



Yo fui conductor de Limusina

Ángel P. García Díaz





Ángel P. García Díaz nació en Madrid en octubre de 1946.

«Yo fui conductor de Limusina» fue escrita después de:

«Vivir sin decir Te Quiero»

«Un Espíritu Exigente»

«Políticamente Incorrectos»

«Fábulas y Poemas Para Después de una Guerra»

«El baúl de la Piquer»

Su vocación de escritor le conduce a contar historias verdaderas.

Los personajes que aparecen en este libro son reales. Hay casos en los que no aparecen sus nombres por razones de seguridad.

Primer mandamiento del conductor de limusina... La discreción.



Si alguien piensa mal de mí será a través de mis libros...

Si alguien piensa bien de mí, será a través de mis libros.

YO FUI CONDUCTOR DE LIMUSINA

Ángel P. García Díaz

DEDICATORIA:

A los que se dedicaron y se dedican a jugarse la vida protegiendo la de los demás.

YO FUI CONDUCTOR DE LIMUSINA

Ángel P. García Díaz

REGISTRO TERRITORIAL DE LA PROPIEDAD
INTELECTUAL DE LA COMUNIDAD DE MADRID

Número de Asiento Registral: 16 / 2021 / 90

Fecha: 14 de enero de 2021

“Existe una notable diferencia entre los «pisapedales»
y un distinguido conductor de limusina”

Capítulo Primero

Madrid: durante la primera década del siglo XXI:

Me sorprendió ver tantas banderas. Había aparcado mi coche en la misma calle bajo un sol de justicia que se escondía entre las moreras para pillar a los tontos desprevenidos. Estaba tratando de mostrar la mejor de mis sonrisas ante una cámara de vídeo de marca coreana manejada por un receloso vigilante de seguridad que trataba de adivinar si era un posible cliente, o un vendedor de enciclopedias.

Un gato, encaramado por propia voluntad sobre el borde de la valla de la puerta principal, trató de trasmitirme con su inteligente mirada el peligro que corría si entraba en aquel recinto amurallado y era contratado por aquella terrorífica empresa de business luxury cars.

Me hubiera gustado justificarme ante el gato, contarle que no tenía más remedio que entrar allí y solicitar un trabajo, pero nunca he sabido comunicarme con los gatos y a ellos tampoco se les da bien comunicarse conmigo. Es más, creo sinceramente que no me entienden un pijo.

Los propietarios de aquella especie de campa descubierta y la amplísima colección de automóviles de lujo eran dos hermanos que por razón de su apellido pude entender que eran de origen vasco. Se habían formado en una de las veintiocho universidades que tienen los jesuitas en los Estados Unidos porque su familia prefería mantenerles, a cierta distancia. Mejor dicho, cuanto más lejos mejor.

Una vez que el rector de la muy católica y privada universidad religiosa de San Francisco llegó a la conclusión que los hermanos de origen vasco estaban preparados para incorporarse al mundo de los negocios les dijo que dejaran libre la habitación. La necesitaban para dos negros de Pensilvania que eran muy buenos jugando al baloncesto.

Les compensó regalándoles el jersey con el logotipo de la universidad.

A los jesuitas no se les da bien el baloncesto, no «la meten» con la misma soltura que la meten los negros desde cualquier lugar de la cancha. Los jesuitas se inclinan más por el fútbol al que juegan por vocación desde antiguo sin quitarse la sotana, por tanto, ni Dios es capaz de pasarles el balón entre las piernas.

El padre de los vascos debía toda su fortuna al vino. No es que le gustara beberlo, le gustaba venderlo, y fue tanto lo que vendió que le dio para formar un imperio que llegó a tener hasta su propio banco. Cuando lo vendió todo, incluido el banco, podía haberles comprado todo un Estado para que montaran en él su propia universidad y no volvieran a Euskadi a dar por el... a la familia.

Incluso podía comprarles el equipo de baloncesto donde jugaba Gasol.

O un equipo de esos que juegan muy bien los puertorriqueños que consiste en pegar a una pelota del tamaño de un pomelo con el palo que en las Américas se guarda detrás de la puerta, para romperle la cabeza a un ladrón... o al vecino si se pone borde.

Sin embargo, decidieron convertirse en jóvenes empresarios pensando que por eso de la sangre se les tenía que dar bien, como se le dio a su riojano padre.

Despilfarraron una fortuna montando negocios imposibles y tras justificarse ante «papa» echándole la culpa a la crisis de sus sonados fracasos le pidieron más dinero para montar un negocio que en el Estado de California funcionaba muy bien; sobre todo en el cinematográfico Hollywood donde las estrellas usaban las limusinas hasta para ir a comprar el pan. El padre estuvo de acuerdo... seguía manteniéndoles lejos.

Tras el minucioso examen del vigilante, mirando el monitor como si se tratara del trasero de una de las secretarias, la puerta corredera metálica de color gris plomizo se deslizó en horizontal hacia el lado derecho para permitir mi entrada y la salida de una limusina Mercedes S600. El lujoso coche lo conducía conducida un estirado chofer vestido de oscuro que al verme entrar me miró como hacía un momento lo había hecho el gato... tampoco me hubiera entendido, era de origen árabe.

El lugar elegido por los estudiantes vasco-californianos era un patio descubierto cerrado por una valla de medio pie y tres metros de altura pintada de color ocre que daba a tres calles. Había una hilera de mástiles blancos con banderas de los países importantes. Curiosamente faltaba la española.

En un par de ellas se representaba el logo de la empresa con el nombre escrito en inglés. En este caso, también curiosamente, le sobraba la tilde.

Miré a un lado y otro. A la izquierda había un poste de combustible donde repostaba a diario la flota cercana a los doscientos coches y la zona donde tres rumanos, que además eran hermanos y esforzados «sin papeles», lavaban los coches cobrando un euro por cada lavado. Trabajaban día y noche para poder subsistir con los raquíticos ingresos que recibían de tarde en tarde con escandalosos retrasos. No podían protestar. No tenían permiso de trabajo.

En aquella especie de mini-campa los vehículos de alta gama en perfecto estado de revista, limpios, y alineados en batería esperaban las órdenes de los jefes de tráfico que trabajaban en una sala parecida a la torre de control de un aeropuerto. Estaba situada en un edificio carente de estilo con menos detalles que el salpicadero de un Seat Panda. En el edificio, de dos plantas, se encontraban también las oficinas, además de los despachos de los amos del negocio y la sala de los conductores que estaban de servicio, o permanecían de guardia. En ese negocio se trabajan las veinticuatro horas.

—Usted tenía una entrevista con el consejero delegado, pero él en este momento no se encuentra en la base.

Estaba en presencia del jefe de operaciones de la compañía de limusinas, alguien que podía ser joven si la amargura que le proporcionaba su trabajo no le hubiera dejado la cara con más pliegues que el culo de la mascota de Tarzán. Su misión principal era engañar con promesas que nunca se cumplían a los desesperados que aterrizaban por allí y no le habían hecho caso al gato.

—Tenemos un servicio de Shuttle-Service durante las veinticuatro horas que realiza los servicios del Aeropuerto —continuó el amargado engañador sin piedad—. Le pediré a uno de los conductores que le lleve hasta el centro.

—No se preocupe, he traído coche —hice una pausa antes de continuar—. Dígale a su jefe que he estado aquí a la hora que me indicó su secretaria.

—Pierda cuidado. Se lo diré.

Inicié la salida fijándome en las personas que había en ese momento en el despacho, gente joven que me miraban como lo había hecho el gato, tratándome de advertir que aquel lugar no era ni mucho menos recomendable.

Cuando estaba a punto de salir por la puerta el jefe de tráfico dijo:

—¿Quiere hacer una prueba antes que le reciba el jefe?

Me volví para mirarle de nuevo a la cara.

—No entiendo —dije con la mano sobre el pomo.

—Tengo un problema. Necesito mañana un conductor de perfil alto y usted lo da.

—Sigo sin entender.

—Está bien, venga a la sala de reuniones, le explicaré.

Le seguí.

En la sala de reuniones había una excelente cafetera, pero sin café. El jefe era particularmente ahorrativo.

Me dijo que el jefe vería con buenos ojos que le hubiera sacado de un apuro realizando un trabajo especial. Se trataba de una boda. Yo sería el conductor de la limusina Lincoln Continental que trasladaría a la novia y otro conductor con un Mercedes S320 se encargaría del novio. La novia era hija de un coronel del ejército de tierra que vestido de uniforme sería el padrino. La boda debía celebrarse en la iglesia de San José, situada en la calle Alcalá a escasos metros del principio de la Gran Vía. El banquete sería en el Casino de Madrid, también en la calle de Alcalá, pero en este caso pegado a la Real Academia de Bellas Artes. A escasos metros de la Puerta del Sol.

—¿How is your English level?

—My English is fluent. I also speak Italian.

—Absolutely perfect.

Contestó el jefe de operaciones en este caso haciendo de entrevistador.

Después supe que él no hablaba inglés, sólo conocía esas palabras que usaba para las entrevistas. Todo en aquella empresa era aparente, nada era verdadero, nada era real.

Llevar a una novia a la iglesia de San José y después al Casino de Madrid no es precisamente algo que pueda catalogarse como especial, salvo que la iglesia y donde se celebraba el banquete estaban en la calle de Alcalá, donde el mismo día, y a la misma hora, se celebraba el desfile del Día del Orgullo Gay, la macrojuerga en la que en más de cien mil gays, lesbianas y transexuales demostrarían su poder mostrando orgullosos a la sociedad madrileña su homosexualidad vestidos de «drag queens» y bailando semidesnudos sobre fastuosas carrozas. Manadas de culos al aire invadirían la calle.

—Creo mi coronel que tendremos que enfrentarnos a un serio problema —dije mientras respetuoso abría la puerta por la que subió a la limusina el militar.

—Si lo dice por lo de los maricones, está arreglado —contestó el coronel como si un sargento le hubiera dicho que no había suficiente tropa para asaltar un polvorín.

Inmediatamente después me entregó una autorización del Ayuntamiento de Madrid que llevaba en la mano con los correspondientes sellos y firmas, además de un cartón acreditativo que permitía el libre acceso a las calles y plazas cerradas al tráfico durante toda la tarde a los vehículos que no fueran una fastuosa y engalanada carroza llena de «reinonas».

—Me temo señor que esto no nos servirá de mucho.

—¡No entiendo por qué! —dijo sorprendido el coronel desde el asiento trasero de la limusina donde se había sentado a la izquierda de la novia.

—No dudo señor que ante esta autorización la policía nos permita pasar, pero será imposible movernos entre los miles de asistentes al desfile —dije dejando los permisos en el asiento de al lado—. Lo siento señor, creo que hoy es el peor día para casarse en la iglesia de San José.

—¡Pues mi hija se casará en esa iglesia por mis santos cojones! —dijo el coronel poniendo la mano sobre la empuñadura de la espada.

Además de la novia vestida con un elegante vestido de color blanco roto, y el padrino luciendo el uniforme de gala, también había subido a la limusina Lincoln Continental doña Concepción, madre de la novia y esposa del militar que mirando a su marido le hizo notar la presencia de los cuatro niños de la familia que acompañarían a la novia hasta el altar portando las arras y sujetando la cola del vestido de la novia. Se entiende.

—Seguro que para nosotros no cerrarían la calle Alcalá si quisiéramos celebrar el día del orgullo heterosexual —dijo el coronel dirigiéndose a su esposa.

—Papá. Si alguien se atreviera a organizar algo así, desfilaría él solo —dijo la novia organizando el vuelo de su vestido.

—¡No entiendo porqué! La Constitución dice que todos los españoles tenemos derecho a manifestarnos.

—Papá no es lo mismo —insistió la novia mostrando media sonrisa.

—No entiendo por qué.

Dijo el coronel mirando a un lado de la limusina. No entendía que la gente mirara tanto a la limusina, no era un Leopard 2^a6, el carro de combate con el que algunas veces había cruzado Madrid de madrugada para evitar las miradas de los curiosos.

—Aquí no se persigue a nadie por ser heterosexual pará —dijo la novia—. Nadie les desprecia, nadie les insulta. No se han visto perseguidos en la escuela, tampoco en la universidad, ni en el trabajo. No despiden a nadie por gustarle las mujeres.

—Tú no echarías a la calle a nuestro hijo si te confesara su heterosexualidad —terció doña Concepción—. ¿Verdad cariño?

—Mi hijo no es maricón —respondió el coronel.

—¿Se lo has preguntado?

—No hace falta, lo sé y basta.

—Papá tú sabes que ningún país persigue a los homosexuales, que ninguna religión les excluye —intervino de nuevo la novia para dejar zanjada la protesta del coronel.

—Está bien, reconozco que no estoy en su órbita, pero no soy Stalin. El franquismo fichaba a los maricas, los soviéticos les condenaban a morir en el Gulag.

La tarde prometía. En el cielo sólo había un puñado de nubes que no estaban dispuestas a poner su granito de agua para amargarnos el día, se limitaban a cambiar caprichosamente de forma. Una de ellas parecía una monja neoyorquina devorando una doble hamburguesa de McDonald's, la otra sólo mostraba un enconado interés por ver los problemas que encontraríamos a medida que nos acercáramos a Cibeles.

“Desde la primera marcha del Orgullo Gay se ha pasado de la pequeña concentración del barrio madrileño de Chueca a la mayor fiesta de ambiente gay de toda Europa, por encima de las celebradas en Londres o París y sólo superada por la de San Francisco, en el Estado de California. Ahora en España se apoya y se promueve este tipo de manifestaciones y se persiguen las relacionadas con la religión. En las Jornadas Mundiales de la Juventud, asistida por el Papa, la izquierda progresista movilizó a sus bases para demostrar su repulsa a la Iglesia y decirle al mundo que no todos los españoles son cristianos. Sin embargo se cubrió la fachada del Palacio de Cibeles con la bandera arcoíris representativa del lobby gay porque, al parecer, todos los madrileños son homosexuales”

La limusina miraba aterrada a un lado y otro por la cantidad de gente que se acercaba a ella con curiosidad, tratando de descubrir si tras los cristales ahumados que no dejaban ver el interior había algún artista famoso. Bajando por la calle de Goya en dirección a la Plaza de Colón pasamos frente a la basílica de Nuestra Señora de la Concepción y el militar mirándola con nostalgia se lamentó:

—Podíamos haber elegido esta iglesia ¡cojones! O la Catedral Castrense de la calle Sacramento, que es donde nos casamos los militares. La verdad hija, no entiendo el interés de la familia de tu novio por la iglesia de San José.

—Bien señor, empiezan los problemas —dije—. Parece ser que también hay carrozas que han decidido salir de la Plaza de Colón.

—¡Putos maricones de mierda! —dijo el coronel mirando en aquella dirección.

—No empieces de nuevo papá.

—Lo ves Paco por qué esos jóvenes reivindican sus derechos —dijo doña Concha—. Tú nunca hubieras dicho putos heterosexuales de mierda.

Al llegar a la plaza fuimos rodeados por algunos que alborozados participaban en el desfile. «¡Déjanos subir guapo!» Gritaban pegados al cristal de mi puerta. Vestían con ropa femenina y los más atrevidos lo que ninguna mujer sería capaz de ponerse.

Los niños que iban dentro del coche, más divertidos que asustados, miraban a través de los cristales ahumados y le preguntaban a doña Concepción:

—¿Son mariquitas abuela?

—Sáquenlos de aquí por favor —dijo la novia muy apurada.

Siempre he estado rodeado de ángeles. En esta ocasión se manifestaron tomando la forma de dos agentes de movilidad que se acercaron a la limusina para espantar a los «mariposones». El coronel bajo la ventanilla y se dirigió a ellos con voz de mando:

—¡Oigan ustedes!

Los agentes —pensando que la limusina venía a participar en el desfile—, siguieron la broma cuadrándose y tratando de simular su gesto de burla.

—¡A la orden mi coronel!

—¡Abran paso que tenemos que llegar a la iglesia!

—¿A qué iglesia mi coronel? —siguieron con la broma.

—¡A San José!

Tenía que tomar cartas en el asunto, los agentes podían hacer un comentario jocoso que encendiera más al militar

—Perdón agente —dije dirigiéndome a ellos—. El coronel lleva a su hija a la iglesia de San José. Además de conductor soy de su escolta personal, estamos autorizados por el Ayuntamiento para entrar en la calle Alcalá.

—¿Usted también es militar? —preguntó uno de los agentes borrando de su cara la estúpida.

—Sí agente, pero no hace falta que se cuadre, voy de paisano.

—De acuerdo, les dejaremos entrar —contestó poniéndose a la acción—. Pero les advierto que no llegarán muy lejos, se subirán al capó y no podrán circular.

—Habrá que callejear —dijo el coronel como si hubiera encontrado la solución.

—La limusina tiene ocho metros y medio de largo mi coronel —dije pensando que lo entendería—. Es ideal para circular por Los Ángeles, pero un trasto inservible en las calles de Madrid.

Era fácil comprobarlo, a los lados de la limusina había otros coches que, aun siendo grandes, eran jugadores de tenis de mesa junto a un equipo de baloncesto.

—No está formada la caravana que sale de esta plaza —dijo el agente con ganar de colaborar—. Quitaremos las barreras. Traten de cruzar la plaza y llegar al lateral del paseo, por allí no hay tanta gente. No quiero darles falsas esperanzas, será muy duro ir más allá de la calle de Prim.

—Si puedo llegar hasta allí lo puedo solucionar —dije con más optimismo que el agente municipal.

Tenían razón. La zona rebosada gente como la presa que no puede contener el caudal de agua que le viene de las montañas. Es cierto que mucha gente venía a participar, pero la mayoría pretendía sólo curiosar, entre los que estarían los que les falta valentía para salir del armario. Nos quitaron las barreras y no sin trabajo, rodando a paso de hombre... heterosexual se entiende, llegamos hasta el Museo de Cera situado en el lateral del Paseo de Recoletos. Las estatuas que había dentro se derretían por mirar.

—Sin ánimo de crítica —manifestó doña Concepción—, no me parece bien que los padres «tolerantes» traigan a sus hijos a estas manifestaciones.

—La degradación de los valores nos llevan a esta realidad tan deformada, ridícula y grotesca —dijo el coronel a modo de discurso—. Confieso que envidio los desfiles militares de los países gobernados por el Partido Comunista. China, por ejemplo. Aquí los paladines del progresismo se sienten satisfechos promoviendo desfiles carnavalescos y se oponen a las manifestaciones militares porque incitan a la violencia. Para ellos el día de las Fuerzas Armadas es el recuerdo del exterminio fascista.

El coronel miraba a los que habían acudido a «la marcha» pronunciándose con exageradas demostraciones de su preferencia sexual. Los niños se sorprendían con las escenas de ver a vigorosos soldados con trajes de romano besarse apasionadamente en la boca. Se reían viendo a los semidesnudos que mostraban al público las nalgas.

“Ulrike Lunacek es una activista lesbiana de la izquierda radical austriaca que con los derechos gay y el aborto como banderas vende la pedofilia como «educación sexual interactiva». A los que se oponen a ella les llama «casposos beatos de la derecha». En 2013 presentó en el Parlamento Europeo legitimar la pedofilia camuflada proponiendo una enmienda que invocaba la necesidad de una educación sexual libre y sin tabúes para los niños mayores de cuatro años”

Desmond Nápoles es un niño de ocho años al que su madre llama Desi. Participó en el desfile del Orgullo Gay bailando lúdicamente en la Quinta Avenida de Nueva York con un vestido arcoíris de tul con mucho vuelo, vistosos collares y un abanico que movía con maestría. Ante la crítica de los republicanos conservadores, que acusaban a la madre de provocar a su hijo para que se convirtiera en gay.

«Mi hijo asistió al desfile por propia voluntad —defendió la madre—. El mismo participó en la preparación de su atuendo. Desi tiene la suficiente edad para saber lo que hace. No me opuse en absoluto, aunque es cierto que pensé que se cansaría pronto y lo dejaría, pero no fue así. Se sentía tan bien que desfiló y bailó durante tres kilómetros. Me sentí muy orgullosa al verle desfilar. Los que me critican deberían sentir lo mismo que yo por los niños que aceptan lo que son. Ellos son el futuro, debemos darles el mismo amor y respeto que a cualquier otro niño»

Hasta llegar al lateral del Paseo, tuvimos que aguantar asaltos y golpes contra los cristales y la chapa de la limusina, además de las voces y ofrecimientos que los niños no deberían oír, y mucho menos ver, sobre todo los atributos sexuales de los que los mostraban con orgullo por su extraordinario tamaño. Por todas partes se veían carteles reivindicando más derechos para el colectivo gay y banderas, muchas banderas, la mayoría de ellas del lobby gay, pero también las había republicanas que pedían sustituir la Monarquía parlamentaria por un Gobierno marxista y las banderas rojas con la hoz y el martillo que tras la desaparición del totalitarismo en la Unión Soviética sólo pueden verse en la permisiva España.

Girar para entrar en la calle Prim no fue fácil por el largo de la limusina, además de tener que sortear a un grupo de jóvenes lesbianas que semidesnudas llevaban pintados sobre los pechos:

«Queremos follar sin IVA»

«Qué los hijos los tengan los fachas»

«Ni Estado ni Religión, en mi coño mando yo».

Encantadoras chicas «progres» que ese día acudían al desfile del Orgullo Gay

«Porque hoy tocaba eso»

Otros por la protección del lince ibérico que en España está en peligro de extinción.

—Está bien niños, coged una coca-cola del minibar. Se acabó, prohibido mirar fuera.

Dijo doña Concepción da los niños que miraban asombrados y comentaban entre ellos: «¡Mira mira, se les ven las tetas!

La defensa de los derechos LGBT es el asunto político que sólo le concierne a la izquierda. Así lo hicieron saber ver cuando Jesús Santos, viudo del político socialista Pedro Zero, desplegó la bandera arcoíris de veintiséis metros de largo sobre la fachada del Ayuntamiento de Madrid.

El cartel «Contra la Sagrada Opresión» —que anunciaba la fiesta del Orgullo Gay de Valencia—, La Virgen de los Desamparados besa apasionadamente la boca de la Virgen de Montserrat. Para el lobby gay la homosexualidad de la mujer es algo más que un derecho. En la Semana Santa de Sevilla se produjo otro esperpento. Abortistas junto al «colectivo gay» procesionaron a ritmo de tamborrada una gran vagina de plástico de dos metros de altura. Rodeada de banderas arcoíris, rojas y republicanas, la procesión de la «Anarcofradía del Santísimo Coño Insumiso» recorrió las principales vías de la ciudad de Sevilla mofándose de los sentimientos religiosos de los sevillanos. Una burla contra las verdaderas cofradías con la que querían demostrar hasta «donde estaban» de las críticas de la sociedad andaluza sobre las preferencias sexuales de cada persona.

Al pasar por las puertas del Palacio de Buenavista —las que dan a la calle Prim—, al coronel sede se le ocurrió dejar la limusina aparcada en el Cuartel General de Ejército y solicitar una escolta de soldados para que abrieran paso entre la multitud. Le dije que no era buena idea por las críticas que recibiría de los que alabarían la medida para ir contra los homófobos represores que acosan a los que participan en el desfile, pero no para evitar los toqueteos que deberían soportar hasta llegar a la iglesia.

—Pensé que sería una buena estrategia —dijo el coronel.

—Lo mi coronel, pero no en este caso —dije para no herir su prurito de estrategia—. Hoy debemos echar mano de la estrategia urbana.

—¿Qué propone entonces? —preguntó.

—Aparcaré justo a la salida de la calle Prim, junto al Edificio Cariátides del Instituto Cervantes —contesté—. Desde allí tendrán que andar entre la multitud. Será sólo un corto paseo de setenta y cinco metros.

—No teníamos que haber elegido San José —se lamentó el coronel.

Hubo que realizar una maniobra para que la interminable limusina entrara en la calle Prim sin llevarse uno de esos bolardos asesinos instalados en las estrechas calles del viejo Madrid por el Ayuntamiento para recortar los beneficios de las compañías aseguradoras y dar trabajo a mecánicos y chapistas. Al pasar por la puerta del teatro Infanta Isabel —frente palacete del siglo XIX donde un amante del barrio de Chueca instaló el bonito Only You Boutique Hotel—, tuve que parar de nuevo porque un grupo de clara y aparente discordancia entre su identidad de género y su sexo biológico se habían vestido de chicas de cabaret, «ellos», y de rudos camioneros de barrio, «ellas». Con grititos muy femeninos, «ellos», y maldiciones y palabras mal sonantes, «ellas».

Se hacían fotos con una «estatua viviente» que representaba a la que había en la cercana Plaza del Rey en homenaje al teniente Jacinto Ruiz y Mendoza, héroe del 2 de mayo. El actor, o estatua humana, vistiendo un orgulloso uniforme de la época calcaba la postura guerrera del teniente de infantería: brazo izquierdo en alto y espada amenazante en el derecho arengando a la tropa. La Asociación Comunitaria de Estatuas Vivientes tenía allí un digno representante, sí señor.

Al llegar a la Plaza... ¡Vallas metálicas de nuevo!

En esta ocasión custodiadas por un par de atléticos agentes de la Policía Nacional que cerraban el paso y señalaban el camino a seguir: la estrecha calle de las Infantas. Uno de ellos, marcando músculo bajo la camisa de manga corta —una talla menor de la que necesitaba—, dio unos golpecitos en la ventanilla de mi lado y el cristal bajó lentamente como lo hacen las ventanillas de los coches en las películas de Quentin Tarantino. Puse delante de sus ojos la autorización para pasar y este metió la cabeza dentro de la limusina para ver si con los cuatro niños venía Michael Jackson, algo que no sería extraño en un día así.

—No se rompa la cabeza agente, es una boda —dije mirando la cara del policía que se quedó como un gato al que le quitan su lata de Whiskas.

El joven policía miró hacia atrás, hacia el principio de la calle por donde pasaban cientos de personas camino de la Puerta del Sol, la Plaza Mayor, y los que pronto se desviarían para terminar con sexo la juerga en Chueca, exclusivo feudo del lobby gay.

—No pretenderán entrar en esa vorágine —clásica pregunta de incredulidad policial.

—No, ya llevo muchas muestras de pintalabios en los cristales —contesté con algo gracioso para ganarme su simpatía.

—¡Oiga usted joven! —dijo el coronel adelantando el cuerpo en el asiento.

El policía me miró enderezando la cabeza y mirándome preguntó:

—¿Es un militar de verdad?

—Sí agente, un auténtico coronel del glorioso ejército español—respondí.

Miró a su compañero y este sin mediar palabra retiró a un lado las vallas metálicas.

—Está bien, pasen —dijo haciendo un saludo y haciéndose a un lado.

La limusina entró en el tramo de calle. Nos detuvimos más adelante. Justo antes de llegar a las vallas que no permitían que los coches salieran a la calle de Alcalá. Atrás, a un lado de la Plaza del Rey, quedaba el imponente pedestal de cuatro metros de altura y la estatua del teniente Ruiz, héroe del 2 de mayo, rodeado por dos cañones de bronce de la época napoleónica.

El coronel maldecía mirando la hora en su reloj. Sin embargo, pronto comprobó que habíamos acertado: el novio llegó a la iglesia de San José más tarde aún porque el conductor del Mercedes S320 —con menos reflejos que un espejo de madera— le había dejado a más de un kilómetro de distancia, teniendo que caminar en contra de la marcha del desfile arrastrando a la madrina que, colgada de su brazo, andaba a saltitos como un pingüino por la poca soltura que permitía su largo y ajustado vestido de seda.

Para los invitados también fue una odisea, la mayoría no llegó y para llegar al Casino de Madrid, donde se celebraba el convite, tuvieron que esperar hasta que la marea de culos al aire permitiera andar con ciertas garantías y las máquinas barredoras dejaran la calle de Alcalá como estaba antes de celebrarse el desfile. En la Cabalgata de Reyes las carrozas tiran a los niños que asisten al desfile caramelos. En las manifestaciones del Orgullo LGTB qué es lo que tiran ¿Condones?

—Bien mi coronel —dije mientras abría la puerta trasera para que bajara la tropa que venía en la limusina—. Los niños y su esposa detrás de usted. La novia de su brazo. Cálese bien la gorra de plato sobre los ojos y no levante la cabeza, en el desfile hay cámaras. Hagan como si estuvieran participando, tendrán que aguantar el sobeteo, las palabras y los gestos obscenos, pero es lo que hay. Hoy es la fiesta de la diversidad, ¡es el Día del Orgullo Gay!

—Llevaré la espada desenvainada, al primero que se acerque....

—¿Abuelo, vas a pincharles en el culo a los mariquitas?

—¡Niños! —dijo escandalizada doña Concepción—. ¡Mira lo que has conseguido Paco!

—Mi coronel, usted ni caso —continué con mi discurso—, haga como si el que desfila delante de usted es la cabra de la Legión.

Debía estirar las piernas. Este ejercicio es conveniente si por un golpe del destino te conviertes en conductor de limusina. Volví hasta la plaza para comprobar lo que había visto al pasar ante el monumento del teniente Ruiz, héroe del 2 de mayo: ¡Una mujer haciendo señas desde el tejado de la «Casa de las Siete Chimeneas»!

—Hace rato que no sale.

Dijo uno de los policías que guardaban las vallas de la Plaza del Rey cuando vio que miraba en dirección al tejado del mítico edificio que con la llegada de la democracia se convirtió en sede del Ministerio de Cultura.

—¿Quién? —pregunté insistiendo con la mirada hacia el tejado.

—La «loca» —contestó el policía—. Se deja ver, hace un par de posturitas y desaparece del alero del tejado.

—Es natural, a los fantasmas les molesta el sol —dije mirando a la derecha, precisamente hacia la puerta del teatro para comprobar si el actor que hacía de estatua viviente seguía allí sin moverse, o se había subido al pedestal.

—¿Está usted bien caballero? —dijo el otro agente pensando en poner en marcha el protocolo policial: pedir el DNI.

—Si ustedes también lo han visto, estoy bien, no hay duda.

—Hemos pedido refuerzos —continuó el policía—. Vamos a bajar del tejado a esa loca antes de que tropiece y se destripe contra el suelo.

—No hace falta que llamen a los «Geos». Si se trata del fantasma de la bella Elena no lo hará, lleva cinco siglos caminado por el tejado sin caerse —dije sin apartar la mirada del edificio que lucía sus apagadas Siete Chimeneas, inservibles y misteriosas.

—¡Un fantasma! —dijeron a coro como si les hubiera dicho que Frankenstein estaba en la plaza subido en un columpio.

—Mi madre dice que en la calle de Barquillo está la Casa de Tócame Roque —dijo uno de ellos tratando de hacerse el ilustrado—. ¿También vive aquí la novia de Freddy Krueger?

Durante un momento sólo nos llegó el ruido procedente del desfile. Nos miramos los tres esperando ver quién haría la pregunta que estábamos locos por soltar, los otros dos presentes, las pistolas de reglamento de los policías, no sabían de qué lado ponerse.

—¿Quiere decir qué lo que anda por ahí arriba no es una cabra loca tratando de llamar la atención? —dijo el policía más avisado de los dos copiando la mirada en blanco y negro de Humphrey Bogart cuando amenaza a un gánster con empaparlo si no le dice dónde enterró a la chica que mataron en el parque.

—Digo que si los tres hemos visto a la mujer vestida con un camisón blanco hasta los tobillos. Caminando como si tal cosa por el alero del palacete, y llevando en su mano una especie de antorcha...

—¿Tú has visto si la «loca» llevaba en la mano una antorcha? —preguntó el otro policía a su compañero interrumpiendo mi exposición.

—No. Ni tampoco lleva una bandera gay —contestó el policía con una sonrisa satisfecha para demostrar que no se le escapaba detalle.

Me miraron evaluando la siguiente pregunta que según los formularios debían hacer en caso de verse obligados a presentar un informe:

—Nosotros somos profesionales. No se nos permite creer en fantasmas —dijo el policía tratando de camuflar su interés—. Pero sí a estar al tanto de cualquier hecho esotérico que pudiera ocurrir en ese edificio.

—Por si pregunta el capitán, ya sabe —dijo su compañero entornando los ojos.

Miré hacia la calle Alcalá para comprobar el estado del desfile. Todavía no podía llevar la limusina a la puerta de la iglesia para recoger a la novia y al cabreado coronel. Decidí entonces ilustrar a los jóvenes policías contándoles una de las muchas esotéricas leyendas que se cuentan del viejo Madrid:

No faltan los que aseguran haber visto de noche al fantasma de la bella Elena caminando desesperadamente de un lado a otro del tejado de la Casa de las Siete Chimeneas. Con un camisón largo hasta los tobillos. Una especie de antorcha en la mano. El pelo largo y negro como el azabache ondeando flácidamente en las azarosas ráfagas de viento. Otros dicen que su pelo no es negro, sino rubio, rubio como la miel. Con los fantasmas también hay gustos y preferencias. En lo que todos coinciden es que la mujer sigue siempre el mismo ritual: se dirige a una parte del alero y señala con dedo acusador la zona de Madrid donde está el Palacio Real, o más bien donde estuvo el Real Alcázar de los Austria, residencia de su amante don Felipe de Habsburgo, conocido por sus súbditos como Felipe II... “El Prudente”.

Las primeras trazas, o posible autoría de La Casa de las Siete Chimeneas, fueron obra de Juan Bautista de Toledo y, como la mayoría de las obras que hizo en España el discípulo de Miguel Ángel, fue Juan de Herrera, su discípulo y ayudante, quien puso la última teja.

Esta fue la única obra civil ordenada por Felipe II en el siglo XVI como pisito de soltera para doña Elena, su amante secreta. Otros aseguran que el palacete fue construido por el padre de Elena, montero del rey, como regalo de bodas para su hija:

Parece ser que los criados que ojeaban la caza del rey Felipe ¡Ganaban una pasta!

Según relatos de la época Felipe II tenía la misma manía de casamentero que su padre, el emperador Carlos I. Arregló la boda de la joven Elena con un militar que pertenecía al noble linaje de los Zapata, que poco pudo disfrutar de su joven esposa porque el rey le envió a la guerra como capitán de los Tercios de Flandes.

En sus ratos de soledad la joven Elena recibía al embozado rey Felipe. El rey acudía puntual a las citas con su hábil amante que le hacía aullar en la cama como un lobo sobre un peñasco cuando usaba el «carrete filipino». Muy a cuento, en este caso.

Las secretas visitas del caprichoso rey no pasaron desapercibidas y pronto los cotilleos de palacio llegaron a Flandes incitando al joven capitán a dejarse matar en la batalla de San Quintín... aunque también es posible que el joven Zapata muriera en el frente por el exceso de «gallardas» en honor de la bella Elena.

La muerte del desafortunado capitán llevó a la joven amante del rey a caer en un terrible estado depresivo, agravado por las ausencias de don Felipe que perdió el interés por la agradable sensación que produce el hilo de seda enrollado en la zona noble de la entrepierna. Resultado: una misteriosa y fría mañana Elena apareció muerta en su cuarto. Días después a su padre le encontraron colgado de una viga de la Casa de las Siete Chimeneas, siete chimeneas que representan los siete pecados capitales.

Cuando ocurrió el suceso Ana de Austria se encontraba ya en la corte para convertirse en la cuarta esposa de Felipe II. Quizá fue, quien pronto se convertiría en reina consorte, quien decidió solucionar el problema que tenía el rey «encima». O quizá Elena presionó demasiado a don Felipe para convertirse en algo más que una simple amante real y fue el rey quien se quitó el problema de «debajo». Para darle a la historia un aire más misterioso y novelesco el cadáver de Elena desapreció en extrañas circunstancias. Fue en este punto cuando comenzó la leyenda de las misteriosas apariciones de la joven Elena en las noches oscuras...

¡O por el día si se celebraba el desfile del Orgullo Gay!

Los hechos esotéricos que ocurren en la Casa de las Siete Chimeneas no terminan con el fantasma de la bella Elena. Años después murió otra joven en su noche de bodas y también era el rey “Prudente” quien cometía sus «imprudencias» con ella. El macabro cadáver de la recién casada apareció en los sótanos del palacete con un puñal clavado en el pecho y junto a ella trece monedas: arras regaladas por el rey a la joven en el día de su boda. Parecer ser que el fantasma de esta joven también vaga por la Casa de las Siete Chimeneas, en este caso por los sótanos, no se atreve a subir al tejado... por si se cae.

El mítico y misterioso edificio siempre se vio rodeado de hechos oscuros, muertes extrañas, conspiraciones y amores prohibidos. Incluso otra muerte violenta en el famoso «Motín de Esquilache», cuando el pueblo enfurecido se presentó en la Casa de las Siete Chimeneas —residencia en 1766 del marqués de Esquilache—, con la intención de lincharlo por haber puesto en práctica una serie de medidas represoras contra «el pacífico pueblo» de Madrid. Por suerte para el marqués no se encontraba en la casa, así que el populacho se conformó con llevarse todo el vino que había en la bodega y los alimentos que guardaba en su despensa.

Las joyas no las encontraron. Robaron un cuadro del marqués que quemaron en la plaza por venganza y mataron a garrotazos al mayordomo que les hizo frente... recibió también varias cuchilladas para ahorrarle sufrimientos.

El motín, interpretado como movimiento popular, tuvo una clara instrumentalización política, como siempre ocurre cuando el populismo de los políticos saca al pueblo a la calle. El marqués de Esquilache ministro de plena confianza del rey Carlos III, puso en marcha las reformas ilustradas necesarias para la modernización de la Villa y Corte. Los madrileños se rebelaron contra las reformas del marqués por considerar que estas amenazaban su identidad: se prohibía el uso de la capa larga y el «chambergos» porque con estas prendas los «embozados» tenían mayor facilidad para esconder armas y conseguir el anonimato, lo que fomentaba toda clase de delitos y desórdenes.

Por decreto ley las capas debían acortarse y el ala ancha de los chambergos cosida para quedar convertidos en «sombreros de tres picos». También —para disgusto de los ladrones— se iluminaron las calles para evitar los asaltos callejeros, medida que tampoco gustaba a los pobres porque las calles quedaban iluminadas mientras ellos «estaban a dos velas». La clase popular, empujada por los que preferían la oscuridad para perpetrar sus fechorías, la tomaron a pedradas con las farolas destrozando una inversión pública valorada en novecientos mil reales de la época.

Otras reformas ciudadanas consideradas como «cosa de señoritos» fue acabar con la suciedad e insalubridad indignas de una ciudad ilustrada. Para ello se puso en marcha un programa de limpieza, pavimentación y construcción de fosas sépticas que evitaba el famoso «¡Agua va!» con el que se vaciaba el contenido de los orinales.

El rey Carlos III venía de una corte más educada. Advirtió al marqués sobre la resistencia pasiva a la que debía enfrentarse cuando pusiera en marcha las mejoras.

El rey solía decir:

«Los españoles son como esos niños que lloran cuando se les lava y se les peina».

La Iglesia y la nobleza tampoco estaban de acuerdo con las medidas financieras puestas en marcha por el oportunista extranjero; por tanto, instigaron el motín utilizando la vieja fórmula comunista de tirar la piedra y esconder la mano con el argumento de que el motín se debía a la desproporcionada subida del pan; elemento alimenticio indispensable de la clase obrera y que había sido ordenado por el capitalismo burgués.

A lo largo de cuatrocientos años la Casa de las Siete Chimeneas tuvo varios propietarios, la mayoría pertenecieron a la Nobleza. A finales del siglo XIX se reformó el edificio y quedó convertido en sede del Banco de Castilla.

Durante las obras apareció oculto entre los muros del sótano el cadáver de una mujer junto con una bolsa de monedas de la época del rey Felipe II. La aparición de «la dama escondida» abrió de nuevo el debate, volvieron las viejas leyendas sobre el mítico y legendario palacio. Durante las obras de 1960 se encontraron los restos de un esqueleto emparedado, en esta ocasión se trataba de un varón de preferencia sexual desconocida... entonces no se celebraba el día del Orgullo Gay. Algunos graciosos comentaron que el esqueleto pertenecía al ¡Campeón del mundo del juego del escondite!

En la actualidad la Casa de las Siete Chimeneas pertenece al Patrimonio Nacional y es la sede del Ministerio de Cultura. Si la mujer aparecida el día del Orgullo Gay dando saltos por el tejado del palacete, era un fantasma, todo indica que la leyenda sigue viva y que los fantasmas no han desaparecido como desaparecieron a finales del Pleistoceno los tigres diente de sable.

—Pues yo digo caballero que si «loca» es un fantasma va a subir al tejado el padre de Domingo Ortega —dijo el policía que parecía más impresionable.

—Di que sí compañero —dijo el otro más resolutivo—. Si hay que obligarla a que baje que lo hagan los «antidisturbios», yo paso.

—Allá ustedes con las medidas. Les dejo. Tengo a una novia esperando.

Dije dejando zanjada la conversación para dirigirme a la limusina.

La calle Alcalá empezaba a vaciarse de gente, «divertida». Las máquinas barredoras hacían de «coche escoba» empujando a los últimos participantes en el desfile hacia los lugares elegidos para celebrar su particular fin de fiesta. Los que tenían prisa por aprovechar el ligue que habían conseguido durante la marcha preferían retirarse a celebrarlo preservativo en mano en la zona de «Chueca», centro neurálgico del «Orgullo», mundialmente conocido por ser el segundo barrio más famoso de ambiente gay. Inmediatamente después del distrito «Castro» de San Francisco.

Para los que defienden estos acontecimientos debería ser tan satisfactorio como saber que es muy poco probable que Madrid pueda desaparecer bajo las aguas por los efectos de un tsunami.

Cuando yo nací la homosexualidad estaba prohibida y perseguida. Después fue aceptada. Si era discreta y estaba medianamente escondida. Convertida en «gay», fue considerada un «Orgullo».

Espero abandonar este mundo antes de que sea obligatoria.

La zona de «Chueca» tomó el nombre de la estación de Metro que existe en el barrio. No porque don Pío Estanislao Federico Chueca: español, madrileño, y uno de los principales compositores de la zarzuela española fuera gay.

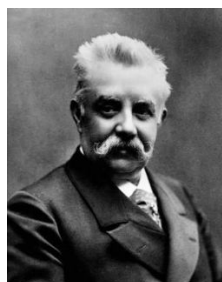
Quién sabe si a don Federico le hubiera gustado en vida que su ilustre apellido se viera unido a este tipo de ambiente. Quizá, aprovechando su talante de madrileño castizo, hubiera cedido el honor a un político de la izquierda progresista tan inclinada a defender al colectivo LGTB, sin tener en cuenta que Stalin —padre de todos los comunistas— aseguraba que la homosexualidad es un vicio burgués. Una perversión fascista. La degeneración humana puesta en marcha en los países fascistas donde florece entre la burguesía sin el menor castigo. Según su ideario:

«Aniquilando a los homosexuales se aniquila el fascismo»

El comisario del pueblo, Nikolai Krylenko, también manejaba su propio ideario:

«La homosexualidad es producto de la decadencia de la clase burguesa. En nuestra «sociedad democrática», fundada sobre los principios sanos del marxismo, no hay lugar para estos viciosos corrompidos»

Es posible que obedeciendo a un rasgo sano de tolerancia. Respeto a la libertad y a la diversidad sexual, al maestro Chueca no le importara añadir a sus dos famosas obras ¡La primera zarzuela gay!... con el fin de «hacer un trío».



Capítulo Segundo

El increíble recibimiento del «gran jefe vasco»:

El gato seguía allí, encaramado sobre el borde de la valla de tres metros pintada de ocre llena de banderas de occidente donde «curiosamente» seguía faltando la bandera española. El gato volvió a mirarme como lo hizo días atrás, aunque en esta ocasión con mayor profundidad, como queriendo decir ¿Qué parte de mi mensaje no has entendido? ¿Necesitas que pinte un grafiti en la pared para alejarte de aquí?

Miré hacia atrás, hacia el lugar donde había dejado aparcado el coche que ya había sido localizado por una paloma dispuesta a dejarme su sello personal, naturalmente con una buena cagada de color blanco porque mi coche es de color negro. La cámara situada en la puerta de entrada y salida de carruajes se movió de arriba abajo por control remoto manejada por el vigilante de seguridad, dejándome en la duda si lo hacía para ver si venía armado o comprobar si mis zapatos eran unos auténticos Callaghan. Después del reconocimiento un leve chasquido me informo que el postigo recortado en la puerta metálica me invitaba a entrar. Ya dentro del patio-garaje mire a los coches y en particular a la limusina Lincoln Continental con la que había compartido la tarde con el coronel y su familia el día del desfile del Orgullo Gay. Después entre en la oficina donde fui recibido por el guardia de seguridad que me llevó a la parte del edificio donde estaban los despachos de dirección, despachos que permanecían siempre cerrados con el fin de impedir que los jefes sufrieran agresiones o posibles linchamientos perpetrados por los conductores más agresivos, que por supuesto los había. La secretaria de dirección, una muchacha delgada de rostro asustadizo, me llevo hasta la puerta de entrada del despacho del propietario de todo aquel tinglado, que compartía sociedad con un socio que permanecía en la sombra por su estrecha vinculación con el partido que representaba a los socialistas vascos. En esta ocasión fui recibido por el hermano mayor, que era además de administrador general el consejero delegado. Tuve que esperar en la puerta hasta que después de ser examinado por una cámara de video, una especie de inspección de rayos X por si escondía algún tipo de arma punzante en alguno de mis bolsillos, escuché el leve chasquido que en aquella empresa era como el «Entre, si no viene a cobrar».

Me dirigí hacia el fondo del despacho mientras seguía siendo examinado. Cuando por fin llegue ante una enorme mesa de despacho, llena de papeles y bolsas llenas de dinero de los servicios Shuttle, siguiendo las reglas del correcto protocolo empresarial salude sin cometer el error de extender la mano, esperando a que él, como persona jerárquicamente superior en aquella empresa, iniciase el gesto si lo consideraba oportuno. No inició el gesto, por tanto, pensé dos cosas: que me consideraba inferior, que se había lesionado la mano jugando al golf.

Tampoco se levantó de la silla durante el saludo, la despedida, y mucho menos durante la entrevista. La razón la conocí más tarde, el estado de su avanzada osteogénesis imperfecta se lo impedía. Quien sufre la enfermedad, conocida como «huesos de cristal», debe evitar estrechar la mano porque un simple apretón le puede producir un daño irreparable. Esta terrible enfermedad obligaba al «gran jefe vasco» a andar arrastrando los pies a un ritmo tan lento que una tortuga le podía sacar dos metros en una carrera donde la meta estuviera a tres. Tenía el agravante que no podía resfriarse, en pleno verano vestía como si fuera a esquiar, con gorro de lana y bufanda bien anudada al cuello.

Su hermano era distinto. En su caso no daba la mano ni tampoco contestaba al saludo de sus empleados porque les consideraba seres inferiores a los que aborrecía, para él representaban al suborden de los primates. Durante la entrevista fui obligado a permanecer de pie, sin duda para rebajar mi autoestima. Sin embargo, fue cordial, cosa que sorprendió a los que trabajaban allí que no podían creer que teniendo la oportunidad no había aprovechado la ocasión para asesinarle.

Fui recibido con un efusivo «congratulations» por el excelente trabajo realizado con la limusina Lincoln Continental el día del Orgullo Gay. Me dijo que la empresa tenía regularmente en plantilla más de cien conductores, más otros tantos autónomos que ponían además de su trabajo sus propios vehículos...

—Sin embargo, son chusma —dijo con acento sobrado—, gente sin formación, ninguno tiene su categoría.

—Gracias —dije sin extenderme.

—Le he recibido porque me lo ha pedido un amigo común.

Hizo una pausa para ver mi reacción y al no verla decidió continuar:

—»El día que vino, el jefe de operaciones no había sido informado, por tanto, le ofreció realizar un trabajo que nada tiene que ver con el puesto que usted solicita.

—Así es, no soy conductor, soy director de marketing.

—Ya —dijo entornado uno de sus ojos—. Sin embargo, ese primer trabajo pudo ser para usted una experiencia distinta y gratificante.

—Una experiencia divertida —respondí con gesto estirado como lo hubiera hecho Williams, el mayordomo de Sir Archibald Bradley.

—El puesto que nos solicita está cubierto. Ese rol le pertenece a mi hermano.

Una nueva pausa eligiendo las palabras que había depositado sobre una balanza imaginaria, después cogiendo las que menos pesaban las soltó:

—Tenemos un par de comerciales, pero no hacen nada importante. Reparten comisiones. Eso es, reparten comisiones. No es precisamente un trabajo que tenga que ver con su experiencia.

—No, no lo es.

Dije manteniéndome a la expectativa. Por el lenguaje corporal que había adoptado el «gran jefe vasco» estaba interesado en contratarme, pero para el puesto que más le interesaba, que no era otro que el de emplearme como «taxista de lujo»

—Me interesa mucho más contratarle como conductor... conductor especial se entiende. Para llevar en el coche a un señor, es preciso ser un señor. Sin duda usted lo es. Piénselo.

—Nunca me he planteado...

—Empezaría mañana mismo —me interrumpió—. Con un trabajo de mucha responsabilidad.

—¿Ser el chofer del rey? —dije para dar a la entrevista un ligero toque de humor.

Tuvo que entender el tono porque con una ligera sonrisa:

—Las hijas del presidente de un país separado de la Unión Soviética están en España completando su formación. Están en Madrid para aprender el idioma. Necesito a alguien especial y discreto para que sea su chofer personal.

Hizo una pausa para valorar el efecto que habían producido sus palabras y continuó:

—»Para nosotros son las «princesas», algo fuera de lugar en un país republicano como el suyo, pero su padre es un liberal conservador que odia a los comunistas y está encantado con que distingamos a sus hijas con tan monárquico título. Para usted será una experiencia interesante.

Aquello empezaba a tener cara. En mi situación rechazar una oportunidad por considerar que no tenía que ver con mi perfil profesional sería una irresponsabilidad. La multinacional en la que trabajaba perdía dinero con la división de electrónica de consumo empeñada en producir televisores rectangulares para colgarlos en la pared.

Lo que entonces fue un sueño, años más tarde se convirtió en realidad. Pero tarde para mí. Nokia malvendió su negocio de televisión y video de España a una empresa de distribución que pensó que había hecho el negocio del siglo. Se equivocó. Su primera medida fue sustituirnos a los ejecutivos que ganábamos más dinero por dependientes que se habían pasado la vida vendiendo batidoras. Cuando vi sentado en mi despacho a un tipo especializado en hornos microondas dije que allí no había futuro. Acerté. El negocio cerraba definitivamente un año después. Cuando quité mi clave personal del ordenador, entregué la llave del coche y las tarjetas de crédito, pensé que el mundo se había puesto en mi contra. Hice una auditoría social tirando de tarjetero para ver a qué colegas o amigos podía acudir en busca de ayuda.

La ayuda estaba de vacaciones en Cancún.

La sociedad me había apartado con la misma frialdad con la que se retiran los yogures caducados de las estanterías de Carrefour.

La oficina del paro y yo nunca tuvimos ningún tipo de relación estable, fuimos siempre simples conocidos. Nos pusimos de acuerdo para iniciar un corto flirteo, nada serio, algo temporal, no estábamos dispuestos a que el Estado pagara mi hipoteca. Pensé que llevar a la universidad a las hijas del presidente de un país ex comunista no rebajaría mi autoestima a niveles tan bajos como las tetas de una culebra. Me adapté a mi nueva situación. Recorté mis gastos. Dije adiós a mi apartamento de elevado alquiler en la sierra. Al coche de empresa. A viajar en primera. A las tarjetas oro y platino sin límite de gastos con las que los ejecutivos de las poderosas multinacionales coquetean con una vida de millonario... sin serlo.

Con el paquete de cambios mi vida dejó de estar acelerada. Me quité de encima la presión. Tiré el estrés a un contenedor de reciclado. Elegí el de cristal. Le di una patada en el culo a las responsabilidades. Borré de mi vocabulario la palabra éxito. Perdí de vista a los angustiosos objetivos. A la traidora competencia. A los ambiciosos clientes que nunca están satisfechos. Con la llegada de la crisis provocada por el «lunes negro» los inmerecidamente ricos yuppies del sur de Manhattan se vieron obligados a cambiar de filosofía: «Menos trabajo - menos ingresos - menos gastos - más vida»

¿Queda entonces claro por qué acepté ser conductor de limusina?

Las «princesas» ocupaban dos de las suites presidenciales del hotel Intercontinental con nombre de pintor famoso. Los escoltas, tres coroneles del ejército de su país, ocupaban otras amplias habitaciones en la misma planta.

Uno de los escoltas se ocupaba en exclusiva de la mascota de las princesas, un precioso perrito blanco que lucía orgulloso un collar de brillantes gordos como garbanzos, una apreciable fortuna que andaba por la calle oliendo meadas y haciendo las suyas en los señoriales árboles del Paseo de la Castellana. Si alguien se hubiera atrevido a robarle el collar al perrito hubiera recibido un tiro sin más del comprometido coronel.

Toda la embajada de su país estaba al servicio de las princesas... yo también.

Durante ocho meses la embajada y el hotel Intercontinental se convirtieron en parte de mi vida, como también lo fueron los cursos de conducción evasiva-defensiva y la formación específica para conductores civiles de autoridades... el papá presidente no quería que sus adorables y musulmanas hijas corrieran ningún riesgo, tenían que heredar el negocio que representaban las comisiones recibidas de los pozos de petróleo.

—Comprobarán ustedes con esta serie de ejercicios que existe gran diferencia entre los conductores especialistas y preparados para conducir un coche oficial y los que se han preparado para llevar... a los niños al colegio.

Las palabras salían de la boca de un «cachas» instructor norteamericano de origen puertorriqueño que nos miraba a los presentes con la superioridad de un sargento instructor de marines. Le mirábamos con atención; bueno, unos más que otros: una mujer, la única que estaba en el curso, se centraba sobre todo en mirarle el paquete. Sin embargo, fue la única mujer que aprobó el curso durante los dos años que lo dio el sargento, salió tan preparada que podía doblar a Tom Cruise en la saga de Misión Imposible... aunque se rompió varias vertebrae, nada serio, cosas del simulador.

El instructor de origen puertorriqueño tenía una obsesiva inclinación a imitar al sargento de artillería Hartman de La Chaqueta Metálica. Nos daba a diario charlas sobre coches blindados, de cómo iban preparados y el resultado de algunos atentados terroristas que había presenciado en los que a los conductores les habían tenido que despegar de la tapicería de los asientos con una espátula. Nos hablaba con pasión de «La Bestia», la limusina blindada presidencial que utiliza en sus desplazamientos el presidente de los Estados Unidos. El «Cadillac One» pesa siete toneladas y está preparado para resistir impactos de bombas, granadas e incluso capacitado para salir bien librado de un ataque nuclear.

Según «chaqueta metálica» Hartman va equipado con cámaras de visión nocturna, lanzagranadas, ametralladoras del calibre cincuenta y un lanzamisiles.

Como el coche de James Bond, pero como su nombre indica ¡A lo bestia!

En las comitivas presidenciales siempre van dos coches iguales para no saber en cuál de ellos viaja el presidente. Como es lógico, los conductores que pilotan a «La Bestia» no son conductores normales, son una mezcla de piloto de rally, competición, y cañoneros de combate.

En eso quería convertirnos «chaqueta metálica» Hartman.

—Sin ánimo de crítica —dijo «Hartman» masticando las palabras, o quizá masticando chicle—: algunos políticos de este país en un rasgo de absurdo populismo cuestionan el uso del coche oficial. Entre ellos hay un presidente autonómico... ahora no me acuerdo cómo se llama... el que va a La Moncloa en taxi y le lleva al presidente un frasco de anchoas de su tierra...

—¿Miguel Ángel Revilla? —dije a modo de pregunta por si se refería al presidente de Cantabria.

—Sí —reconoció el instructor—. Posiblemente ignore que cualquier político por muy popular o populista que sea está expuesto a sufrir un atentado y un taxista no está preparado para prevenir, anticiparse, eludir o reaccionar de forma segura ante una agresión. No está capacitado para cambiar, elegir, y evaluar cada ruta, no conoce los métodos para prevenir atentados, ni sabe cómo salir de ellos. Ganar un puñado de votos no justifica poner en riesgo la vida de un civil.

»Durante un ataque se dispara primero al conductor y al escolta para evitar que pongan en práctica el protocolo de fuga, por tanto, es una irresponsabilidad poner el riesgo la vida de quien no ha sido entrenado para realizar este trabajo... y además le pagan por ello.

Una nueva pausa para comprobar que la mayoría estábamos de acuerdo. Después continuamos con los métodos. Métodos que no se nos permite relacionar porque nuestro primer mandamiento es... la discreción.



Capítulo Tercero

Cuando entré en contacto con los inhibidores anti-bomba:

Había cambiado de vehículo. Debía hacer un trabajo distinto al que había desarrollado con las «princesas». Ahora conducía uno de los más de treinta MG Rober 45 que habían sido preparados como coches oficiales para fiscales y magistrados del Tribunal Supremo. Además de lanzadestellos iban equipados con inhibidores de frecuencias que bloquean las señales de control remoto que hacen estallar artefactos explosivos. Con las «princesas» corrí el riesgo de que los excomunistas enemigos de su padre dejaran mi cuerpo como un mantel de croché: lleno de agujeros. Ahora podía salir volando por los aires como lo hizo el conductor, el escolta, y el propio presidente Carrero Blanco, sorprendidos con un explosivo capaz de partir en dos a un Panzer alemán.

La casualidad hizo que, en Madrid, el mundo Gay tomara el apellido del maestro Chueca como símbolo reivindicador de la diversidad sexual. También la casualidad hizo que el Laureado capitán Haya, que estrelló su avión contra el suelo cuando en la guerra civil fue investido por un caza republicano, diera su apellido y grado militar a la calle donde los ejecutivos urbanos encuentran sexo, alcohol y drogas para manifestar su heterosexualidad a cargo de sus tarjetas de crédito. También es casualidad que precisamente en esta zona de ambición desmedida se encuentra la Fiscalía Anticorrupción, donde fui destinado durante varios meses.

La Fiscalía está... digamos... oculta, en dos plantas de un moderno edificio ocupado por altos ejecutivos: renacidos yuppies que viven del leasing sin tener nada que sea de su propiedad, ni siquiera el potente coche del que presumen. La realidad de las tribus urbanas que residen en Capitán Haya se basa en los buenos contactos de su teléfono móvil y las drogas que les mantiene activos y despiertos. Esta sociedad ególatra, consumista y pretenciosa, del BMW en el garaje, y el Rolex de oro en la muñeca, se compone de profesionales que viven del derroche. Su único objetivo es alcanzar el fulgurante éxito económico... especulando con el dinero de otros.

En la zona de Capitán Haya se respira ambición. Todo es grande. Todo es de marca.

Era mi primer día de trabajo con el fiscal que me habían asignado.

Tomaba café con el sargento de la Guardia Civil que nos protegía al fiscal y a mí de los posibles atentados terroristas y los disparos de los vengativos mafiosos. Estábamos en una pequeña sala reservada junto a la biblioteca para escoltas y conductores. A nuestro alcance teníamos toda la lectura del mundo... del mundo del derecho, claro. Tampoco faltaban periódicos y revistas atrasadas de caza y pesca y los gratuitos que se reparten en la puerta del Metro.

—Que Anticorrupción esté precisamente aquí no deja de ser curioso.

Le dije al sargento que miraba los posos del café del fondo de la taza tratando de adivinar el futuro con la depurada técnica que lo hace una vidente gitana.

—Seguimos el principio de que cuanto más visible eres... menos visible eres. Respondió apartando a un lado la taza, no podía ver los números de la Primitiva.

—Ya —insistí—. Sin embargo, creo que tiene poco sentido que esté precisamente en la zona donde hay más... más...

—¿Más turismo sexual, quieres decir? —dijo levantando una de sus cejas—. Los clubs nocturnos no estorban nuestro trabajo. Además, le dan color a este barrio de arrogantes nuevos ricos.

Hizo una pausa, apartó el periódico al que había echado un ligero vistazo y preguntó:

—¿Has tenido la ocasión de conocer a una joven de Rostov?

—Bueno, no sé, supongo que no, ¿dónde está Rostov? —contesté dando por seguro que me lo diría.

—En Rostov es donde nacen las mujeres más guapas de Rusia —dijo el sargento estirando el cuerpo con satisfacción—. Conozco a dos preciosidades que son de Rostov, trabajan en los clubs nocturnos que hay abajo. Las veo a menudo en la cafetería. Somos amigos... nada de sexo, sólo somos amigos.

—¿Y bien...? —dije invitándole a seguir.

—Son algo especial, además de guapas. Vinieron a Madrid con uno de esos extravagantes millonarios rusos que gastan el dinero con exagerada ostentación.

—¿Y las dejó aquí? —dije sabiendo ya la respuesta, era obvio.

—Reservó varias suites del hotel Santo Mauro para él y su séquito de amigos —dijo el sargento—. Después de varios días de juerga y gastar ríos de dinero en compras desapareció olvidándose de las chicas.

—Las dejó abandonadas como un par de perritos en una gasolinera, sin papeles y sin dinero...

—¡No! —dijo el sargento—, pagó todos los gastos del hotel y dejó pagadas dos suites para que las chicas no tuvieran problemas si decidían quedarse en Madrid. Les dejó además el suficiente dinero y algunas joyas en la caja fuerte del hotel. También dejó una nota y las llaves del BMW descapotable que le había comprado a una de las chicas como regalo de despedida.

—Muchos perros estarían encantados de ser abandonados así —dije con una sonrisa.

—Como el hotel Santo Mauro succiona el dinero como una hembra de mosquito tigre —continuó el sargento—, las chicas buscaron un apartamento con plaza de garaje en esta zona, viven en el edificio de al lado y trabajan como modelos publicitarios. Entre contrato y contrato van al gimnasio para mantenerse en forma y les sacan brillo a las tarjetas de crédito de los que en el club nocturno disculpan sus debilidades diciendo:

«Perdona cartera».

Durante el tiempo que «fui conductor de limusina» tuve la oportunidad de conocer a estos «nuevos rusos» de avión privado que reservan toda la planta de un hotel, aunque sólo necesiten una suite. Sus petrodólares les permiten competir con sus ex compañeros de ideología comunista, los súper millonarios chinos, más pragmáticos que prefieren gastar su dinero comprando negocios, inmuebles, bienes raíces y equipos de fútbol de primera división. Moscú es hoy la ciudad con más concentración de «mil millonarios» por kilómetro cuadrado y la que tiene mayor cantidad de Rolls Royce y deportivos de lujo del mundo, a pesar de que el asfaltado de las calles resulta penoso. Los nuevos ricos comunistas compran lo más rebuscado, sorprendente y caro sin importarles el precio, lo importante es que sea grande y deje boquiabiertos a sus amigos. Se gastan fortunas en aviones, barcos de lujo, helicópteros, minisubmarinos y hasta islas en el lejano Pacífico. Llenan de lujo sus residencias con antigüedades, obras de arte y caballos de carreras, y en el colmo de la excentricidad, están dispuestos a pagar doscientos millones de dólares por un pasaje a la Luna. Estos nuevos jeques del petróleo son jóvenes solteros que carecen de gusto y no saben qué hacer con el dinero. Desde mi modesta posición en la sociedad me atrevo a darles una idea: ayudar a soportar la miseria de los veintidós millones de rusos que sobreviven en la más absoluta pobreza.

Fuimos interrumpidos por la secretaria del fiscal que ante nuestra mirada interrogante nos informó de la hora que el fiscal tenía previsto marcharse. Bajamos al garaje y realizamos los protocolos de seguridad. No había peligro de bomba... ni pistoleros al acecho.

Llevaba tres días trabajando en la Fiscalía de Anticorrupción y el jueves de esa misma semana encontramos a las muchachas de Rostov en la cafetería. Ambas iban vestidas de chándal y como es preceptivo legal eran de marca y ¡Carísimos!

Apenas iban maquilladas, pero aun así era como contemplar a miss mundo y miss universo desayunando un sándwich de huevo. «Animalitos» pensé al verlas.

Nos invitaron a sentarnos junto a ellas y no rechazamos su ofrecimiento; cualquier otro cliente de la cafetería hubieran pagado por ello. La mesa estaba junto a la zona acristalada, un enorme escaparate desde donde se veía todo lo que sucedía en la plaza.

Pedimos a un obnubilado camarero, al que se le saltaban los ojos mirando a las chicas de Rostov, un par de bocadillos y algo para beber —sin alcohol claro, lo más tonificante que se les permite beber a los conductores y escoltas que están de servicio es una coca-cola light—. El ambiente de sexo alcohol y drogas se diluye en la zona de Capitán Haya con la claridad del día con la misma facilidad con la que desaparecen sin dejar rastro los coches de lujo de las puertas de los clubs nocturnos.

A escasos metros de la puerta había un perro sentado sobre sus cuartos traseros que miraba hacia dentro de la cafetería, sin duda esperaba a su dueño que estaría tomando café y devorando una tostada con mermelada de ciruelas. Le miré fijamente y por el nervioso movimiento que hacía sentado adiviné lo que el perro hubiera dicho si la naturaleza le hubiera dado la facultad de hablar:

«Haber si el capullo de mi dueño sale de una vez y me lleva a un parterre ¡Me estoy cagando cojones!»

—Mi nombre es Inessa. En mi idioma quiere decir casta y pura —dijo miss piernas interminables—. Pero soy Inés. Es más español.

La miré, juro que lo hice, y pensé cosas que si mi mujer me hubiera leído el pensamiento hubiera puesto en marcha el proceso de divorcio innegociable... más la custodia de los hijos. Es el calvario que sufrimos los injustamente crucificados por tener un simple pensamiento.

De nuevo con los pies en la tierra —despierto ya del sueño irrealizable— escuche la voz cantarina con acento eslavo de la otra chica:

—Yo soy Uliana.

—¿También tiene algo que ver ese nombre con la castidad? —pregunté mostrando una cómplice sonrisa.

—¡Oh, no! Tiene que ver con Vladimir Ulianov, padre del socialismo soviético.

—Lenin —dije mirándole a los ojos

—¿Eres comunista? —preguntó sorprendida la chica que prefería que la llamaran Ana... porque también resulta más español.

—¡No, por Dios! —contesté poniendo las manos por delante.

El camarero dejó nuestro pedido sobre la mesa y tras nuestra mirada de aprobación se marchó. Se hubiera quedado a vivir junto a las chicas, pero la encargada le miró desde la caja registradora con cara de cabreado rottweiler.

—¿No simpatizas con los comunistas? —preguntó la joven.

—No simpatizo con los que provocan la pérdida de mi libertad con la inseguridad que provoca el miedo...

—¡Compañero! Eso merece ser esculpido en un bloque de mármol —dijo el sargento mirando en el interior del bocadillo para ver si el que había cortado el jamón no se había dejado allí las uñas.

—Cada vez que giro la llave del coche temo que se produzca una explosión. Eso quieras o no me condiciona —hice una ligera pausa para continuar—: No puedo estar de acuerdo con los que quieren dinamitar mi forma de vida, despojarme de mis creencias, obligarme a vivir sin Dios. No puedo estar de acuerdo con los que quieren acabar con mi vida colocando una bomba debajo del coche con el que trabajo.

—¿No te gustan los rusos? —dijo Ana sonriendo.

—Me gusta el caviar ruso, los filetes rusos, la ensaladilla rusa... y las chicas de Rostov —dije centrándome en mi bocadillo, por céntrate en algo que no fueran sus bien torneadas caderas—. No me gusta la montaña rusa y nunca jugaré a la ruleta rusa.

—El conserje de nuestro edificio nos saluda cada mañana con el puño en alto y dice exaltado ¡Viva la URSS! —dijo Ana divertida batiendo en un vaso la coca-cola para evitar los gases—. Repite una y otra vez que la madre Rusia fue la única que supo alcanzar la organización ideal de una sociedad justa y sin conflictos. Que el mundo debería tomar ejemplo de la URSS.

—Podéis decirle a vuestro conserje que Mijaíl Gorbachov puso fin a la quimera comunista, recibió el Premio Nobel por ello —aseveró el sargento con una sonrisa.

Se produjo entonces un espeso silencio que tuvo que ser el perro de la calle quien lo disolviera con un ladrido apremiante para que lo escuchara su dueño, que había decidido prolongar su estancia en la cafetería para tomarse un chupito de Anís del Mono.

—Rusia es un país grande, sí —dijo Ana mirando hacia abajo—. Pero lo es también recortando derechos y libertades.

—Y muy pequeño aportando valores —concluyó Inés.

—Los «Nuevos Rusos» se han adueñado de vuestro país —sentenció el sargento—. Esos patanes «mil millonarios» han surgido de manera espontánea partiendo de la materia orgánica cagada por la Revolución comunista.

—Para salvar a mi país de la debacle provocada por el quebrado sistema de la economía planificada Gorbachov puso en marcha el proceso de liberalización de mercado —continuó Ana—, que no consiguió otra cosa que provocar la terrible inflación que originó el empobrecimiento masivo de la sociedad.

“La «Glasnost» y la «Perestroika» dieron vía libre a los «cárteles» manejados con absoluta exclusividad por la «Nomenklatura»: autoridades del poder público y del Partido Comunista que amasaron grandes fortunas con el acceso a los negocios de exportación, la energía y el petróleo. Con la privatización de las principales industrias y empresas del Estado se beneficiaron más de un millón y medio de funcionarios que se convirtieron en multimillonarios, mientras que el sesenta por ciento de la sociedad rusa se ve obligada a sobrevivir con doscientos cincuenta euros al mes”

—En mi país el dieciséis por ciento, algo más que la mitad de la población española, sobreviven en la extrema pobreza, sin recursos ni beneficios sociales —continuó Inés—. Mi país está en manos de los que se lo han repartido monopolizado sus riquezas. Han creado una brecha económica y social insalvable entre ellos y la clase popular.

»En la Rusia de los «derechos sociales» uno de cada tres no tiene acceso a la asistencia médico-sanitaria. Quien pertenece al grupo de los desprotegidos no es atendido si va a un hospital. Aunque acuda desesperado a la puerta de Urgencias. Estos son los símbolos de nuestra madre Rusia, una alegoría de carne maltratada y ausencia de futuro.

—Es la madre Rusia que añora vuestro conserje —dijo el sargento mostrando un gesto elocuente—. La patria de los comunistas es hoy un país de contrastes.

—¿Volveréis a Rostov?

Pregunté a las chicas para dar un nuevo giro a la conversación. Mi intención era convencer a las dos si decían que no, necesitamos mujeres hermosas capaces de crear nuevos fenotipos de la raza española cruzando el ADN de las hembras criadas bajo el frío siberiano, con la sangre de los que aguantan a base de gazpacho los cuarenta grados de Sevilla.

—¡Volver para qué! —dijeron levantando la cara sorprendidas—. Nos gusta el flamenco, los toros, y nos encanta el gazpacho.

Fuera de la cafetería el ambiente empezaba a cambiar. Los ambiciosos clubes nocturnos habría sus puertas para rentabilizar sus gastos y acoger a los que les apremiaba desenvainar su cartera. Las chicas se levantaron con el clásico «el deber nos llama» y ante la golosa mirada del camarero salido se despidieron con cuatro besos de los que podrían estar perfectamente incluidos en la lista de los bestseller.

No pusieron ninguna pega, nos permitieron pagar el desayuno.

—¿Qué te han parecido las chicas?

—Guapas, equilibradas, educadas, y sobre todo bien informadas de lo que ocurre en su país.

—Dicen que hablan cinco idiomas. No sé a qué nivel, el español ya lo has visto.

—Se nota que no son de Lavapiés, claro. Pero sí, se defienden mejor que nosotros en ruso — dije mirando alrededor y comprobando cómo andábamos de hora.

En la barra había un par de tipos quitándose la resaca de alcohol y tabaco con un doble «bloody mari». Hablaban con tan poca discreción que todo el mundo se enteró cuán de los dos había puesto la guinda a una noche de whisky y sexo.

En una mesa del fondo estaban tomando algo dos fiscales. Posiblemente no irían a almorzar a casa, tenían mucho trabajo y para los corruptos era malo, muy malo, que estos implacables funcionarios de carrera hicieran algunas horas extras.

A su lado, en otra mesa, estaban sus escoltas: dos jóvenes guardias civiles que se comportaban con toda prudencia y discreción, pero con los ojos montados al aire como las cigalas. No se les escapaba detalle de cualquier cosa que ocurría en la cafetería, aunque sólo se tratara de la caída de una cucharilla. Tampoco en los servicios, que curiosamente como todos los que podemos encontrar en este tipo de establecimientos estaban al fondo a la derecha. Hablaban entre ellos, de fútbol, que es lo más socorrido. Interpretaban el papel secundario de dos hinchas del Real Madrid que habían venido a Capitán Haya para hacer el «Tour del Bernabéu».

Sería poco probable que un comando de la izquierda abertzale entrara allí pegando tiros, ese no es su estilo, los que luchan «por la libertad del pueblo vasco» prefieren dejar una bomba en los lavabos y hacerla estallar por control remoto produciendo el mayor daño posible. Sin correr ningún riesgo.

El terrorismo es el fracaso más absoluto del ser humano, por mucho que los «indignados» de la izquierda lo justifique.

Salimos a la calle. Cruzando la plaza entramos en el edificio donde se encontraba la Fiscalía Anticorrupción. El conserje salió de su mostrador para saludarnos, pero sin levantar el puño como lo hacía el conserje del edificio de las chicas de Rostov. Ya en el ascensor el sargento ladeo la cabeza y dijo mientras contemplaba su imagen reflejada en el espejo:

—¿Comprenderás ahora porqué soy anticomunista?

—Tendrás tus razones, yo tengo las mías.

—Los nuevos comunistas instalados en el Congreso y el Senado —continuó el sargento—. Los que disfrazan su ideología con populismos sin sentido han olvidado que fueron los comunistas los que crearon el primer Estado totalitario de la historia. Crearon la policía política más implacable y represora de la libertad. Ocultan la verdad. Los comunistas llevan en su ADN mantener al pueblo como rehén. No reconocen que el comunismo genera miseria y falta de recursos, sobre todo en los países que esclaviza con su política perversa.

Llegados a la planta el sargento puso de forma amigable su mano sobre mi hombro y dijo a modo de sentencia:

—Amigo. Pocas posibilidades tenemos tú y yo en un Gobierno comunista.

—Ninguna —contesté—. No pertenecemos a su «Nomenklatura».



Capítulo Cuarto

Pues no se está tan mal trabajando en la Fiscalía Anticorrupción:

No, no se está tan mal, si se trata de la Fiscalía Anticorrupción de Capitán Haya. Durante los meses que estuve allí destinado tuve la oportunidad de conocer a muchas personas; entre ellas, y por proximidad a este capítulo, a las jóvenes de Rostov que me transportaron a la época en la que era un joven crédulo y romántico que leía todo lo que llegaba a mis manos sobre la Revolución marxista y la utopía del comunismo. También leí el Corán por si me perdía algo, pero no. Sigo siendo cristiano. En mi época quien no leía a Dostoievski, y no se manifestaba contra la matanza de la ballena azul o el aniquilamiento de los pingüinos, estaba perdido... no ligaba un pimiento. No estar de acuerdo con la filosofía de Gramsci, con el populismo de Laclau, ni identificado con el realismo político de Carl Schmitt, convertía a los mozos solteros de mi época en seres extraños condenados a desaparecer, como desaparecieron los lobos marsupiales de Tasmania.

—¿Has vuelto a ver a tus amigas de Rostov? —Pregunté al sargento.

Estábamos en sala de la biblioteca de la Fiscalía. Solos. Él trataba de terminar un crucigrama que otro escolta había dejado sin hacer. Por las prisas. O porque hasta ahí llegaba su funcional intelecto. Hasta la mitad de un crucigrama.

—Se han marchado unos días a «Londongrado». Por razones de trabajo —contestó.

—¡Londongrado! —pregunté extrañado medio cerrando los ojos.

—Londres está ahora lleno de rusos —dijo el sargento—. Los que se han «forrado» ya no les importa vivir en una monarquía, ni les estorba la religión.

—¿Y qué hacen allí las joyas de Rostov?

—Ser junto a otras cien preciosidades de la madre Rusia la cara y las piernas del negocio de un magnate de Moscú que celebra lujosas fiestas para sus clientes.

—Proxenetismo de lujo —afirme sin un atisbo de equivocarme.

—Los «hombres de negocios» de la patria de todos los comunistas son ahora los amos de un país de obreros con dos millones de «trabajadoras del sexo». Son los mayores exportadores a nivel mundial de este tipo de «mano de obra».

—Creí que en los países comunistas estaba prohibida la prostitución.

—Y lo está, pero existe —dijo el sargento con sonrisa de complicidad—. Las autoridades sacan tajada de ello. Estoy informado, trabajo en Anticorrupción.

“En Rusia hay dos millones y medio de jóvenes dedicadas a la prostitución: unas por necesidad, otras porque son obligadas a prostituirse. La tragedia es que la mayoría de las que son obligadas son menores de edad. Un alto porcentaje de las que se dedican a este trabajo consumen «metanfetamina» una droga que resulta más barata que la heroína y mucho más que la cocaína: un gramo de metanfetamina cuesta cincuenta euros. Se puede contratar a una prostituta en Rusia por trescientos rublos, que al cambio son cinco euros: lo que vale un bocadillo de salami y una coca-cola en cualquier chiringuito callejero de Moscú. Una joven puede ser comprada por una organización mafiosa como «trabajadora sexual» a tiempo completo e ilimitado por dos mil euros... como único pago. La cuota incluye el derecho a hacerlas desaparecer sin dejar rastro”

En el período previo a la Revolución de 1917 el joven Iósif Stalin, ante la aguda escasez de fondos del partido de los bolcheviques de Georgia, organizó una partida de pistoleros que forzaban a los empresarios y comerciantes ricos a pagar un impuesto de protección... al más puro estilo desarrollado en Chicago por el imperialismo yanqui.

Los que no pagaban veían como sus negocios eran saqueados y destruidos.

Sin embargo, Stalin consideró que la mafiosa «vacuna extorsiva» no era suficiente para mejorar las finanzas de los bolcheviques, así que recurrió a un conocido amigo llamado Lajos Kuresku, traficante de drogas y muy introducido en el mundo de la prostitución, para que montara y organizara una cadena de prostíbulos que funcionaran a velocidad de crucero por todo el país.

Una vez que el negocio trabajó a pleno rendimiento, buena parte de los ingresos generados por el sexo, el alcohol y las drogas iban a parar a las arcas de su revolucionario Partido.

El negocio constituyó durante un tiempo una buena fuente de ingresos para los bolcheviques de Georgia.

Lenin dijo que aprobaba cualquier tipo de medida capaz de alimentar el Movimiento Revolucionario, pero advirtió que esas actividades ponían en peligro el crédito de la Revolución Proletaria, porque la prostitución es un vicio contrarrevolucionario burgués y fascista que no existe en los países donde se goza de los valores del marxismo.

Según los hermanos Castro hay «jineteras» y por supuesto «jineteros» en Cuba por culpa del embargo norteamericano. El viejo discurso con el que se mantiene a los cubanos en el infantilismo político. El victimismo comunista se basa en culpar siempre al otro.

“Es curioso que los que creen y defienden con mayor vehemencia el comunismo viven en países que no son comunistas. Desaparecida la URSS los regímenes comunistas se han quedado sin proyección ideológica, Rusia ya no cumple con su función de modelo”

El feudalismo en la URSS, que fue sustituido por el desarrollo industrial, hizo que la mentalidad campesina, transformada por la propaganda marxista y la crudeza del estalinismo, sufriera un crudo y repentino cambio.

La nueva sociedad, dirigida y adoctrinada, hizo que la frigidez femenina se convirtiera en un fenómeno masivo.

Las manifestaciones de feminidad eran contempladas como decadentes y burguesas: una joven con los labios pintados era insultada en la calle, amenazada en el Partido y perseguida por el único sindicato obrero del país dirigido por el Gobierno que le imponía el factor ideológico a seguir por la mujer marxista.

Además de la tradicional docilidad a la que debía estar sometida.

“La estabilidad emocional de los que sobrevivieron a la gran represión se reflejó en la forma de entender el sexo de la sociedad comunista. El sexo debía ser una necesidad que había que satisfacer como se satisface el hambre y el sueño, y compartido como se comparte un trozo de pan. Los «matrimonios de tres» se convirtieron en la URSS práctica habitual. Con el trío se desafiaba al modelo tradicional de familia. Los celos y el sentimiento de propiedad debían pertenecer al pasado. Los celos y el sentimiento de propiedad son los enemigos de la Revolución”

A los dieciocho años las mujeres tenían que pertenecer al Estado y debían inscribirse en las oficinas oficiales para elegir pareja. O ser a su vez elegidas. Hombres y mujeres renunciaban a la institución familiar, a recibir la doctrina del Estado sin ninguna intervención de la familia, punto de unión con el viejo mundo.

El término marido-mujer debía considerarse como burgués y fascista.

Con la virtud estalinista aparece el concepto de familia como unidad de producción humana: adoctrinar madres que llenen la URSS de valiosos obreros comunistas. Para estimular la natalidad y combatir la frigidez los más prestigiosos médicos del Estado soviético manifestaban que el despertar sexual de la mujer rusa empezaba tras el primer alumbramiento. Sin aclarar que la impotencia del hombre, y la extrema frigidez de la dócil y sumisa mujer soviética, se debían al miedo a las apariciones nocturnas de la policía política en los domicilios. El pánico les dejaba marcados para toda la vida.

Recomendaban además practicar el sexo no más de una vez al día y una duración entre uno y dos minutos. Prolongar la duración del acto sexual era arriesgarse a contraer graves trastornos neuróticos. Gustarse haciendo el amor podía causar problemas mentales. Durante la etapa de la Unión Soviética no existía la palabra «orgasmo» se usaba el término: «acabar».

El programa de televisión «Gran Hermano» bien podía estar inspirado en la forma de vida y el comunitario sistema marxista de compartir las viviendas requisadas por el Estado a la sociedad burguesa. Cada familia tenía derecho a veinte metros cuadrados de vivienda, no más. Sin puertas. Sin intimidad. Las parejas aprovechaban cualquier momento a solas para tener ese minuto o dos de sexo recomendado por los médicos para proporcionarle obreros sumisos a Stalin. Tanto si fuera de noche. O no. La pareja lo hacía en el suelo para evitar el ruido de la cama. Por respeto a los que ocupaban los otros veinte metros cuadrados de la vivienda comunalmente compartida entre camaradas. Los cementerios y los parques se convertían en «picaderos» habituales. También era posible hacerlo en un taxi, si además de pagar la carrera se añadía una botella de vodka para el conductor.

Las fantasías sexuales eran catalogadas de sadismo fascista.

Besarse en la calle se consideraba una «cerdada de mal gusto», cosa que no dejaba de ser curiosa porque los «padres de la Patria Soviética» se besaban en presencia de todos, sobre todo ante los medios. Famosos fueron los besos apasionados de los Secretarios Generales de los Partido Comunista de la Unión Soviética Leónidas Brezhnev y Mijaíl Gorbachov, con el presidente del Consejo de Estado de la República Democrática Alemana Erich Honecker. Auténticos besos de película largamente aplaudidos por los comunistas del Berlín Este, como lo fue el notorio el beso en la boca de los diputados de la izquierda progresista Pablo Iglesias y Xavier Domènech. Algo que jamás se había visto en la Cámara de los Diputados, ni siquiera cuando se aprobó la Ley de matrimonio homosexual.

A los comunistas les gusta mucho aplaudir. Hemos visto esa pasión por aplaudir en los discursos de: Lenin, Stalin, Mao, Fidel Castro y sobre todo del Líder Supremo de Corea del Norte. Terminado el discurso los aplausos pueden durar horas. La razón se debe a que la policía política apunta a los primeros que dejan de aplaudir.

Los primeros que lo hacen están jodidos.

Varias generaciones de soviéticos crecieron con una experiencia sexual pobre y pasiva bajo un despótico Estado policial. Los hombres carecían de tacto, eran brutales y expeditivos. Pensaban que el simple hecho de meterla debía llevar a la mujer a un arrebató instantáneo de felicidad. Si esto no ocurría se deprimían o enfurecían, llegando al insulto e incluso a la agresión. Como desconocían que la mujer posee otras zonas erógenas, además de la vagina, pasaban por completo de las caricias:

Eyacular... descabargar... dormir... por este orden.

La brutalidad masculina se vio patente en el comportamiento del ejército soviético. Sus asaltos, saqueos y violaciones eran jaleados por las autoridades militares y consentidas por Stalin, que animaba a los soldados a darse un festín ante un suculento botín carnal. Recomendaba que para minar la moral del enemigo las violaciones debían hacerse en presencia del marido, o delante de los padres si se trataba de una joven.

—Por razones de trabajo estuve en Berlín varias veces.

Seguíamos en la biblioteca. El sargento leía por encima la prensa, no tenía ningún crucigrama a medio acabar a mano. Yo estaba con mi segundo café

—¿Pasaste al otro lado del Muro? —preguntó el sargento.

—Sí, dos veces —contesté.

—¿Para qué?

—La primera vez por la morbosa curiosidad de ver cómo se vivía bajo un régimen comunista.

—Para tenerlo en cuenta a la hora de votar —dijo el sargento.

—Sí —admití.

—¿Y la segunda?

—Para comprobar que lo que había visto la primera vez no fue una pesadilla.

—No te gustó lo que viste —dijo el sargento mostrando una ligera sonrisa.

—Nunca me he sentido tan deprimido como en ese lugar dirigido por un régimen tan perverso.

Vi que el sargento estaba de acuerdo, así que continué:

—»La guía que mostraba a los curiosos que se atrevían a cruzar el Muro para conocer las excelencias del «paraíso de libertad comunista» nos llevó hasta el faraónico monumento del Parque de Treptow. Nos dijo que para las mujeres y las niñas alemanas aquello no representaba a la Tumba del Soldado Desconocido, sino la tumba del sádico violador desconocido.

—Yo también estuve al otro lado del Muro. Sólo una vez, gracias a Dios —dijo el sargento poniendo las manos como pantalla—. El hotel del Berlín Este en el que estuve era un edificio de catorce plantas. Era como un enorme ladrillo puesto de pie. No había aire acondicionado porque para los comunistas el aire acondicionado es un lujo decadente, burgués y fascista.

El sargento terminó el café que quedaba en su taza, el café allí era bueno. Tras breve pausa continuó:

—»No era posible abrir las ventanas para que entrara algo de fresco, el hotel las había soldado para evitar que los «felices» ciudadanos del Berlín se suicidaran arrojándose desde alguna ventana del hotel. Preferentemente las del piso catorce. La cosa estaba en cómo lograban pasar al hotel, a los libres ciudadanos del Este no se les permitía entrar en los hoteles.

—A mí los «vopos» me obligaron a cambiar dinero al cruzar el paso fronterizo por el Checkpoint Charlie. La zona americana —aclaré—. No sé para qué. Al otro lado del Muro no había nada que comprar y en los lugares que permitían la entrada a los turistas sólo admitían dólares. Como ocurre en el Estado socialista unitario de la democrática República de Cuba. Todo lo que me obligaron a cambiar lo tuve que tirar.

—¿No cambiaste los marcos orientales al volver a la civilización occidental?

—No. El dinero del Este es «sida money» nadie lo quería coger.

El sargento dejó el periódico a un lado. Se había animado:

—Al otro lado del Muro todo era oscuridad y tristeza. Las colas interminables. Sólo los que llevaban un dólar en la mano podían evitarlas. Las mujeres se prestaban a cualquier cosa para conseguir un simple paquete de compresas, un perfume, o una barra de labios, para ellas todo un lujo. Pocos se habían lavado el pelo con champú desde la invasión del Ejército Rojo.

—Es curioso —añadí—. Fue la propaganda comunista quien le dijo al mundo que el Muro de Berlín se construyó para evitar que los alemanes occidentales esclavizados por el capitalismo invadieran el «paraíso comunista».

—La ignorancia es la madre del autoengaño —convino el sargento.

—Los que tuvimos la oportunidad de estar y conocer el lado comunista de Berlín sabemos que los campos minados, las alambradas, los perros guardianes y los «vopos» que disparaban a matar estaban sólo en el lado comunista. Que los túneles construidos para huir de la zona soviética tenían una sola dirección, la que conducía al progreso y la libertad de la Alemania Occidental.

—La propaganda comunista funciona —añadió el sargento—. Han hecho olvidar a la sociedad occidental su política de terror impuesta tras el Muro y el más de un millar de víctimas que perdieron la vida por tratar de atravesarlo.

—Ni reconoció la felicidad de los que lo consiguieron —añadí con rotundidad.

—Me ocurrió algo gracioso —dijo el sargento tratando de quitarle dramatismo a la conversación—. En el comedor del hotel en el que estuve alojado ponían en la mesa unos horribles tenedores de calamina. No ponían cuchillos, la gente se los llevaba.

—Para evitar que se suicidaran cortándose las venas.

«Era un chiste fácil. Un comentario frívolo sobre los comunistas, tan alejados de conseguir un artículo del catálogo de Ikea, como un «sin techo» neoyorquino comprar un diamante en el Tiffany's de la Quinta Avenida».

—Sin duda —convino el sargento—. Le daba un dólar al camarero que me servía y me traía un cuchillo de la cocina para poder cortar el filete. Tomé una decisión, no sé si acertada o no, el caso es que para no estar todos los días con el dólar en la mano decidí comprar unos cuchillos. Cuando dejara el hotel se los regalaría al camarero, para que se lo llevara a casa. Los busqué en el almacén que según el camarero encontraría de todo.

—De todo, menos cuchillos ¿No es cierto? —aporté la respuesta porque también me ocurrió a mí, aunque no precisamente con cuchillos.

—No. No había cuchillos, pero sí había montañas de calzadores. Con el acero que el Partido destinaba a producir cuchillos la fábrica hacía miles de calzadores.

—¿Montañas de calzadores donde no hay zapatos para elegir?

—Sí se puede elegir. Los hay negros y marrones, para hombre o mujer.

—El «tercer sexo» lo tiene allí crudo —apostillé con una sonrisa—. No los hay con plataforma, ni con tacones de aguja.

—Tras el Muro no hay sitio para las «reinonas» —dijo el sargento rotundo—. No me crucé con ningún amanerado. La «Stasi», la perversa policía política inspirada en la sofisticada máquina de represión soviética, tenía un extenso complejo de vigilancia, interrogación y tortura en Lichtenberg por donde ningún gay quería pasar.

La sociedad rusa tiene una antigua revolución pendiente. Que el Estado acepte por fin la homosexualidad. Moscú no es precisamente el mejor sitio para que un hombre lleve una camisa de flores. El respeto y tolerancia al colectivo LGTB no existe en la madre Rusia. Tampoco en los países del Este donde la URSS ejerció su influencia. Para la antigua Unión Soviética la homosexualidad es producto de la decadencia de la clase burguesa. No es posible que exista un colectivo gay donde hombres y mujeres son perseguidos y los sospechosos sufren acoso en el perpetuo Estado de terror policial.

“Según el ideario de Iósif Stalin: «Aniquilando la homosexualidad se aniquila el fascismo». Esto llevaba a los homosexuales durante la dictadura estalinista a sufrir graves estados psíquicos. Para no ser perseguidos aceptaban la condición de ser tratados como enfermos”

Durante la época franquista «África empezaba en los Pirineos». Los españoles no vieron pornografía hasta el aniquilamiento total del nacionalcatolicismo que mantuvo Franco hasta su muerte: el veinte de noviembre de 1975.

La moral sexual fue más larga y estricta en la Rusia de Stalin.

El ambiguo código de conducta sexual comunista censuraba el sexo en la literatura y prohibía las escenas consideradas inapropiadas en el poco cine que había y en el teatro. Las películas eróticas eran confiscadas por los comisarios políticos y repartidas entre la élite del Estado para que las vieran en su «dacha privada», segunda residencia para uso exclusivo de la élite del Partido Comunista, arrebatadas por la Revolución bolchevique a sus verdaderos propietarios, la alta sociedad burguesa.

Sin literatura, sin espectáculos eróticos, los jóvenes comunistas adquirirían sus experiencias sexuales a cambio de rublos. Los que pertenecían a poderosas familias de militares, políticos, o cercanos al Partido Comunista tenían más oportunidades para acudir a las jóvenes universitarias que cobraban en dólares. Símbolo del decadente Estados capitalista norteamericano. Los menesterosos soviéticos acudían al espacio que ocupaba el ámbito doméstico. En él se encontraban las que, por su adicción sexual o desorden compulsivo, lo hacían a cambio de una foto enmarcada del todopoderoso Stalin, padre de todos los comunistas. Con la llegada al poder de Mijaíl Gorbachov y su política de apertura, transparencia y franqueza conocida como «Glasnost», llegaron a los hogares los primeros aparatos de video domésticos, encargados de poner en marcha la verdadera revolución sexual tan esperada en Rusia, la madre de todos los comunistas.

La pornografía y las películas desconocidas hasta entonces convirtieron a los hogares compartidos en eróticos videoclubs. Creció la demanda de mujeres que dieran vida a las prácticas sexuales de las películas. Las estructuras mafiosas fueron las que pusieron el negocio en marcha. Pronto las principales ciudades rusas se convirtieron en enormes prostíbulos y principales exportadoras de jóvenes con bonitas y resolutivas piernas. Algunas procedentes de Rostov. El servicio secreto soviético se encargó de controlar las prestaciones sexuales de las mujeres que cobraban en divisa extranjera, una forma más de enriquecer con dinero negro a los comisarios políticos, y autoridades del Partido.

Al comunismo se le puede considerar como la gran mentira del siglo XX que los jóvenes neocomunistas pretenden instalar en el siglo XXI con una cara nueva. Los politólogos llaman a esta forma renovada «Socialismo Aplicado». El comunismo no funciona porque no es coherente con los principios fundamentales del comportamiento humano. Su principal diferencia con el capitalismo es que el capitalismo funciona.

En un derroche de populismo los eurodiputados neocomunistas llegados a la Unión Europea en la segunda decena del año dos mil apuntan a la Unión Soviética como el modelo político del futuro. Ignorando su principal objetivo, que no debe ser otro que el bienestar general de «toda la sociedad». La coalición de estos nuevos eurodiputados presentó una Propuesta de Ley para la persecución del anticomunismo, considerando que el anticomunismo se encuentra en el mismo plano del racismo, la xenofobia, la homofobia y el fascismo.

Antonio Gramsci hablaba de los mártires del socialismo con profundísima piedad. Raro sentimiento de este filósofo, teórico marxista y secretario general del Partido Comunista italiano que se confesaba ateo. Para él «Los mártires del socialismo debían considerarse moralmente muy superiores a los mártires del cristianismo».

Otra propuesta de los jóvenes neocomunistas era poner en marcha la Ley de «Memoria Democrática» con la que pretenden que el Parlamento Europeo reconozca los crímenes de la dictadura franquista y los derechos irrenunciables de las víctimas del fascismo. En esta «memoria» no se menciona la Resolución 1481/2006 de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa que condena las violaciones masivas de los derechos humanos cometidas por los regímenes comunistas antidemocráticos y totalitarios.

Tampoco las víctimas producidas por los grupos terroristas que tienen al comunismo como referente ideológico.

Otra de sus aspiraciones pasa por prohibir la presencia en el Parlamento Europeo del papa de Roma y los miembros de la familia Real europea. Exigen además la retirada de los símbolos religiosos en los edificios tanto públicos como privados de la Unión Europea. Además de prohibir con rotundidad la exhibición pública de las banderas y escudos que contengan el símbolo de la cruz.

“Por el ateísmo y el odio a la religión de los neocomunistas los países de la Europa unida que tengan símbolos cristianos en sus banderas se verán obligados a eliminarlos. Cambiar por Ley su histórico diseño”

En el colmo de la insensatez y el disparate también le han solicitado a la Unión Europea que los países miembros obliguen a sus ciudadanos a realizar sus prácticas religiosas exclusivamente en la intimidad de hogar. Pretensión antidemocrática que contradice la Declaración Universal de los Derechos Humanos que protege la libertad de las personas a manifestar libremente su creencia religiosa tanto en público como en privado.



Capítulo Quinto

A nadie en la Fiscalía General del Estado, le apetecía morir:

Había dejado al sargento a pesar mío. Sí, porque durante mi estancia en la Fiscalía Anticorrupción habíamos formado un buen equipo. Un equipo de dos.

Mi identificación con el trabajo y la forma de desarrollarlo me llevaron a un nivel superior. Hablamos de superior en riesgo y en tiros en la nuca.

Por la información de un infiltrado en la banda terrorista ETA los «muchachos violentos», como cariñosamente los llamaba en su día el señor Arzalluz, el comando Madrid quería sumar a su rosario de víctimas fiscales destinados en la Fiscalía General de Estado. Los violentos los miraban mal por puro revanchismo. Se produjo entonces una preventiva llamada y movimiento de valientes escoltas especializados en la lucha antiterrorista y conductores que se habían acostumbrado a la presión de primera línea. Con los testículos colocados donde Dios se los puso a nuestro padre Adán, no abrazados al cuello como se agarra un arborícola perezoso al tronco de un abedul.

Por «cariñosa» recomendación del «gran jefe vasco» me tocó ser la estrella del movimiento hacia el nuevo destino. El Palacio del Marqués de Fontalba, sede de la Fiscalía General de Estado. Mis resultados en Anticorrupción me pusieron una diana purpura en el pecho. Salía de un destino en el que el «crimen organizado» me podía haber ametrallado con esa mala intención que llevan de serie los que la palabra «fiscal» les cierra el esfínter, para enfrentarme a la dinamita de los terroristas de la izquierda abertzale. Seguía estando jodido.

El fiscal al que fui destinado era un tío valiente. Su conductor habitual no.

El Ministerio, alarmado por las alteraciones intestinales que el conductor del valiente fiscal dejaba a diario en el asiento del coche oficial, decidió que yo y mi Rober 45 con inhibidor antibombas incorporado ocupáramos su lugar.

Mi destino en el palacio del Paseo de la Castellana lo compartí con otro escolta: un joven guardia civil con un físico que no era gran cosa, pero capaz de meter una bala por el agujero de un tiesto. Esta habilidad le llevó muchas horas de práctica y romper muchos tiestos, tantos, que para la fábrica de tiestos era un cliente muy especial...

Le enviaban todos los años una cesta de Navidad.

Además del virtuoso capaz de meter una bala por el agujero de un tiesto llevaba un coche escolta de apoyo, con otros dos guardias civiles: uno con las mismas hechuras físicas que John Rambo y el otro de ese grupo selectivo de tipos duros al que le pagan primero y luego le preguntan si le debían dinero.

En mi nuevo destino no había nombres, tampoco referencias ni domicilios.

Se evitan porque en un trabajo tan particular los datos personales se dejan en la taquilla como un sándwich de mortadela. Los terroristas se implican poco con el trabajo. Sus gastos los subvencionan los extorsionados. Todo su tiempo lo dedican a conseguir objetivos y, aunque con menor importancia, los escoltas y conductores oficiales son parte de ellos. Las muertes por tentado son daños colaterales.

Desde que llegaron al cine Pixie, Dixie y Mickey Mouse los ratones son las víctimas del terrorismo de Estado impuesto por los gatos. Este género de roedores miomorfos y sus satánicas mamás transmiten a los humanos la peste bubónica, el tifus y el peligroso hantavirus. Los tiranos gatos llenan el sillón de pelos y comen Whiskas. No sé qué razón asiste a los gatos que justifique su odio fascista y opresivo a los ratones, sí sé que prefiero tener un gato que se apodere de mi sillón... que dos ratones en el trastero.

Si te dijera, amor mío,
Que temo a la madrugada,
No sé qué estrellas son estas
Que hieren como amenazas,
Ni sé qué sangra la luna
Al filo de su guadaña.

Luís Eduardo Aute compuso «Al alba» en 1978. Su intención no fue escribir la canción como denuncia política, pero alejado del surrealismo, más cercano a los temas sociales y a las nuevas libertades hizo esta balada más como un himno de amor y vida, que como denuncia sobre los últimos cinco fusilados por la dictadura franquista.

Presiento que, tras la noche,
Vendrá la noche más larga,
Quiero que no me abandones,
Amor mío, al alba,
Al alba, al alba.

Sin entrar en valoraciones sobre lo que llevó al señor Aute a escribir una oda ensalzando a los últimos cinco mártires antifascistas, la siguiente analepsis mostrará las consecuencias que se producen cuando descuidando los protocolos de seguridad alguien es identificado y señalado por el terrorismo convirtiéndole en objetivo de su ira.

La canción no precisa a quien fue dedicada, aunque llegada la democracia y sin temor a la censura, parece que se refiere a la pareja sentimental compuesta por José Luís Sánchez Bravo y su camarada política Silvia Carretero. Ambos pertenecían al FRAP: siglas del Frente Revolucionario Antifascista y Patriota dedicado desde su fundación a la violencia terrorista organizada por el PCE desde su exilio francés. Desde su ideología marxista-leninista pretendía instaurar, con el movimiento insurreccional y la presión al Estado, la República Popular y Federativa en España.

Los líderes instalados en París alentaban a los «cachorros» del Partido a jugárselo todo con acciones violentas que derrocaran al franquismo. Muchachos amenazando con escopetas y petardos de feria a la fuerte y preparada estructura militar y policial de un Estado. Para su financiación debía proveerse de la extorsión y el asalto. Los principales objetivos el ataque a los símbolos del Estado, el terror y los muertos sobre la mesa.

Para esta joven pareja qué mejor para llevar a la práctica las consignas de violencia recibidas desde París que matar al teniente de la Guardia Civil Antonio Pose Rodríguez, que vivía junto a la casa que habían alquilado en el sudeste de Madrid. El teniente volvía a su casa vestido de uniforme siempre a la misma hora. Un objetivo fácil que ellos mismos podían eliminar si se les proporcionaba un arma que pudiera enviar al infierno al fascista torturador.

“El fascista torturador trabajaba por la mañana en las oficinas de Tráfico y en sus horas libres mejoraba sus ingresos reparando televisores”

El Comité Provincial de la Secretaría de Agitación y Propaganda del Partido indicó la fecha y la forma de llevar a cabo el atentado por los camaradas dispuestos a realizarlo sin riesgos: además de Sánchez Bravo, Ramón García Sanz, Manuel Cañaveras y un tipo huidizo de las juntas profesionales encargado de robar el coche para la huida tras la ejecución sumarísima del teniente. José Fonfría era tan torpe que no pudo hacerlo.

El 16 de agosto de 1975 los terroristas se reunieron en el barrio de El Batán, lugar del atentado, con un tal «Proenza», encargado de arrojar octavillas del FRAP reivindicando el atentado como un acto de justicia en nombre del pueblo oprimido por el fascismo.

Cubierto el comando con una camisa que les cubriera de las posibles manchas de sangre de la víctima, fue Ramón García Sanz quien se apostó en el lugar donde solía aparcar el Seat 850 blanco el teniente Pose que, al ver a su asesino con una bolsa de deporte acercarse a él, pensó que venía a preguntarle algo. García Sanz sacó la escopeta que había probado disparando contra un árbol y disparó a bocajarro contra el teniente abriéndole un gran boquete en el lado izquierdo del cuerpo. La muerte fue instantánea.

García Sanz recogió con toda frialdad la bolsa donde guardó el arma, dejando abandonados por el apresuramiento tres cartuchos. Después, junto a Proenza, que lanzaba al aire las octavillas, huyeron por el paso inferior del Paseo de Extremadura, abandonado después la zona parando a un taxi.

A García Sanz le encontraron en su domicilio la escopeta y la caja con el resto de los cartuchos que guardaba para realizar la siguiente acción. Fonfría, el más asustadizo y cobarde de todos, salió corriendo al escuchar el disparo y se alejó del lugar refugiándose en casa de su suegra. Proenza se asustó tanto que después del atentado desapareció sin dejar rastro. Concepción Tristán informó cual fue el resultado de la operación y María Jesús Dasca se encargó de informar a sus superiores orgánicos. Como suele ocurrir, quizá fueron los «superiores orgánicos» los responsables de poner sobre la pista a las autoridades españolas para conseguir dos objetivos: que la policía dejara de buscar evitando su acercamiento. Crear mártires capaces de encender el odio al Estado.

María Jesús Dasca «Berta», Concepción Tristán López «Sonia», Manuel Cañaveras «Ramiro», Ramón García Sanz «Pita» y José Luís Sánchez Bravo «Hidalgo» fueron detenidos y condenados a muerte por el Tribunal Especial para Delitos de Terrorismo.

La pena para José Fonfría fue sólo de cárcel. A Proenza no le encontraron jamás, quizá fue eliminado por orden de los «superiores orgánicos». Tampoco encontraron a un misterioso personaje al que en las reuniones que participó le llamaban «Pujol».

María Jesús Dasca, Concepción Tristán y Manuel Cañaveras fueron indultados tras las peticiones recibidas por el Estado, entre ellas las del papa de Roma. En el mismo paquete de indultos entró el miembro de ETA José Antonio Garmendia «El Tupa» autor material del asesinato de un disparo en la cabeza del cabo primero de la Guardia Civil Gregorio Posadas. También fueron indultados Manuel Blanco Chivite y Vladimiro Fernández Tobar, ambos activistas del FRAP que habían sido cómplices de la muerte del policía armada Lucio Rodríguez.

Los indultos causaron gran disgusto entre los Cuerpos de Seguridad del Estado que soportaban los atentados. Veían como eran asesinados uno tras otro sus compañeros.

Veían a sus familias aterrorizadas por sentirse amenazadas, y la otra cara de la moneda: los asesinos tratados como héroes y víctimas de la represión franquista.

Exigieron un escarmiento ejemplar. Se debía parar la sangría. Amenazaron con tomar medidas si los últimos cinco activistas condenados a muerte por terrorismo eran indultados. El Gobierno no interviene, mira hacia otro lado y permite que se cumplan cinco sentencias de muerte:

«Los miembros de ETA Ángel Otaegui. Condenado por el asesinato del cabo primero de la Guardia Civil Gregorio Posadas y Juan Paredes Manot «Txiki», condenado por ser el autor material de la muerte del cabo primero de la Policía Armada Ovidio Díaz, durante el atraco a una sucursal del Banco de Santander de Barcelona. Además de participar en el asesinato del inspector Díaz Linares».

«Los miembros y activistas del FRAP José Humberto Baena. Condenado por ser el autor material del asesinato del policía Lucio Rodríguez. José Luís Sánchez Bravo y Ramón García Sanz. Condenados por ser los autores materiales del asesinato del teniente de la Guardia Civil Antonio Pose Rodríguez»

La resolución enciende los ánimos. Los comunistas de París se frotan las manos. Las televisiones muestran a ciudadanos indignados clamando contra el Gobierno fascista del general Franco desahuciado ya por los médicos. Moría unos meses más tarde. Los medios no aclaran la ideología política de los manifestantes.

En Lisboa los «indignados» del Partido Comunista asaltan y queman la embajada y el bello Palacio de Palhavá. Residencia del embajador español. Se ocultó la verdadera intención del asalto: robar los cuadros y tapices de gran valor, la plata, relojes de época, joyas, y el dinero disponible. Un excelente botín.

Una fotografía que dio la vuelta al mundo fue la del socialista y Primer Ministro sueco Olof Palme pidiendo en una manifestación el indulto para los camaradas de la extrema izquierda revolucionaria que luchaban por una España libre. Él recibió sobre su propia carne los efectos del terrorismo revolucionario: un joven le asesinó con dos disparos a quemarropa al salir de un cine acompañado por su esposa... que también resultó herida.

Durante los hechos la extrema izquierda quemó todo lo que la Policía les permitió quemar fuera de España: oficinas comerciales, bancos, agencias de viaje, oficinas de Iberia. Los comunistas pidieron a los gobiernos afines a su ideología que aplicaran sanciones contra el Gobierno franquista. El presidente de México exigió la salida inmediata de España de la ONU.

El Partido Comunista en el exilio se frota las manos. Con cinco mártires fusilados se había conseguido lo que con otros medios se tarda años en conseguir. Las bases de la extrema izquierda agitan aún más el clima de violencia:

«Hacen estallar una bomba bajo un vehículo de la Benemérita matando a tres guardias civiles e hiriendo a otros dos»

«En París resulta herido en la puerta de su domicilio el agregado militar de la embajada española, capitán Bartolomé García, salvando su vida de milagro»

«Un día después es ametrallado el cuartel de la Policía de La Verneda-Barcelona, provocando cinco muertos y dos heridos y nueve días más tarde matan en Zarauz-Guipuzcoa al guardia civil Manuel López Treviño»

La Acción-Reacción para vengar a los cinco camaradas fusilados produce nueve muertos y cinco heridos de los Cuerpos de Seguridad del Estado.

El humorista Forges se une a las protestas por los «cinco fusilados» con una viñeta donde dos «blasillos» andando uno junto al otro preguntan: «Por qué»

Luís Eduardo Aute dedica a José Luís Sánchez Bravo y a su compañera Silvia Carretero «Al alba» una de sus más bonitas y pacíficas canciones.

Nadie dedica una viñeta, o una canción, a los que haciendo su trabajo fueron presa de la venganza de los terroristas... y objetivos de su ira.

Los hijos que no tuvimos se esconden en las cloacas,
Comen las últimas flores, parece que adivinaran
Que el día que se avecina, viene con hambre atrasada.
Miles de buitres callados, van extendiendo sus alas,
No te destroza, amor mío, esta silenciosa danza,
Maldito baile de muertos, pólvora de la mañana.
Al alba, al alba.



Capítulo Sexto

Si vemos cerca el peligro, a Dios y a nuestro médico les tenemos que adorar. Antes, ni hablar:

En la Fiscalía General del Estado todo funciona con exquisito orden. El Rober 45 con inhibidor antibombas incorporado y yo fuimos bien recibidos.

Ocupamos la mejor plaza de aparcamiento en el jardín del palacio que perteneció al marqués de Cubas, muerto en plena guerra civil. Por su fecha de construcción era poco probable que allí hubieran aparcado limusinas tiradas por caballos, pero por el ambiente palaciego que se respiraba en el jardín me daban ganas de ponerle a mi Rober 45 con inhibidor antibombas incorporado un puñado de paja junto a las ruedas.

El marqués de Cubas fue sin duda todo un personaje y el alcalde más efímero que tuvo Madrid. Su mandato duró sólo 25 días. En tan poco tiempo tuvo margen para limpiar la corrupción instalada como huésped con derecho a cocina en el Ayuntamiento. Prohibió por decreto leer el periódico en el trabajo y salir a media mañana a tomar café, sobre todo si se le añadía los churros y la copa de Chinchón. Por eso fue fulminado del puesto. No llegó a cobrar el mes. Al alcalde no le preocupó, al contrario, presumió de no haber cobrado ni veinticinco céntimos de peseta por ejercer durante 25 días como barrendero de corruptos.

Su nombre y título de marqués se vio unido al famoso atentado terrorista que sufrió el presidente del Gobierno y ministro de la Guerra en la calle del Marqués de Cubas. Cuando ocurrió el atentado (27-12-1870) se conocía como la calle del turco porque en ella tenía su residencia el embajador de Turquía. El general Prim era un héroe de guerra acostumbrado a los tiros y explosiones. Como despertador prefería oír un cañonazo junto a la almohada de su regia cama, que las molestas campanadas del reloj de pared.

Si al general como ministro y presidente amenazado le hubieran asignado para su defensa al virtuoso escolta de la guardia civil que metía balas por el agujero de un tiesto. El Peugeot 308 de apoyo camuflado con Rambo y su eficaz compañero. Un chofer contrastado, preparado y licenciado en conducción evasiva, más el Rober 45 con inhibidor antibombas incorporado no hubiera sido emboscado y cazado por los sicarios anarquistas como una liebre en una estrecha madriguera, que era la calle del turco.

Las niñas de aquella época no disponían de redes sociales, las tragedias se contaban en la calle saltando a la cuerda... o jugando al corro:

“En la calle del turco, le mataron a Prim.
Sentadito en el coche, con la guardia civil.
Con la guardia civil, con la guardia rural.
A las diez de la noche, en el palacio real”

La letra de la canción la hizo alguien que no fue debidamente informado.

La escolta que acompañaba al general Prim no era de la Guardia Civil, sino compuesta por un par de militares de alta graduación que por exigencia del presidente y ministro no iban armados. Tampoco el atentado fue a las diez de la noche, ni tuvo lugar en el Palacio Real. Había salido del Palacio de la Cortes tras un largo debate político y se dirigía desde la Carrera de San Jerónimo a su residencia presidencial del Palacio de Buenavista. En Cibeles. El trayecto elegido por el conductor de la berlina presidencial fue una chapuza, debía haber elegido la ruta del amplísimo Paseo del Prado en lugar de la angosta calle del turco, sin duda ideal para llevar a cabo un atentado bloqueando la huida de la berlina oficial con un par de coches. Problema. El conductor y los caballos del general no habían hecho el curso de conducción evasiva... o lo habían hecho y les habían suspendido.

En el siglo diecinueve los que «pilotaban» coches oficiales de caballos del Ministerio iban sentados en el pescante aguantando las inclemencias del tiempo y la caída de tuestos sobre la cabeza sin recibir plus de peligrosidad. Aquel día nevaba como antes solía hacerlo en Madrid, no como ahora, que la boina de contaminación dice a las nubes que se vayan con viento fresco a hacer sus necesidades a la sierra cercana. El conductor, al ver que había metido la pata eligiendo el trayecto, sacó la escondida vena de héroe que todo cochero reserva para casos extremos y se enfrentó con el látigo a José Paúl y sus ocho camaradas anarquistas, armados como si el objetivo fuera asaltar el Cuartel de Pavía. Los caballos agradecieron a los pistoleros el detalle de recibir parte de los latigazos que el desesperado conductor repartía a derecha e izquierda para salir de allí como un Fórmula1. Entre latigazo y latigazo los «violentos» republicanos dispararan al interior del coche como si en él viajara el pederasta que había violado a una de sus hijas.

El general Prim recibió en su cuerpo los disparos de los nerviosos terroristas que si lo hubieran hecho así en una caseta de feria no hubieran ganado el osito de peluche.

El general Prim moría tres días después del atentado. Hay quien asegura que no murió a causa de los disparos, sino rematado en la Residencia presidencial.

Con este asesinato se inició la trágica serie de atentados terroristas contra otros cuatro presidentes del Gobierno de España que «precisamente» eran liberales, conservadores... o fieles devotos de Dios: Antonio Cánovas, José Canalejas, Eduardo Dato y Luís Carrero Blanco.

—En diez minutos salimos. Vamos a la estación.

Estaba distraído. Leía un libro sobre la Segunda República y no había oído acercarse al escolta del Rober 45 que, además de ser capaz de meter una bala por el agujero de un tiesto, se movía como un monje shaolin.

—¿A... la estación? —pregunté cerrando el libro—. Creí que íbamos al aeropuerto.

—El jefe ha cambiado de idea, viene en tren.

Se sentó a mi lado y puso una hebilla suelta que llevaba con los cargadores de munición, esto le permitía ir en el asiento sin ponerse el cinturón... era guardia civil, no se automultaría por no llevarlo puesto.

—¿Qué lees? —preguntó viendo la portada del libro—. ¡La II República!

—Sí —respondí dejando el libro en la guantera.

— ¿Eres republicano?

—No me importaría serlo, si la izquierda no estuviera empeñada en demostrar que España es republicana —dije girando la llave de contacto.

—La República no es de izquierdas ni de derechas —dijo el escolta mirando al coche de apoyo donde el Rambo y su comprometido compañero esperaban en el Peugeot 308 la orden para salir hacia la estación.

El Rober 45 se desperezó con un breve estirado de bielas. Hizo algunas gárgaras de aceite para demostrar que estaba preparado y se dirigió a la puerta de salida del jardín del Palacio donde el coche de apoyo protegía la salida. El Rober 45 se lo agradeció con un movimiento de espejos retrovisores que aún dudo como demonios pudo hacerlo.

Ya en el Paseo de la Castellana el coche de escolta siguió el protocolo de seguridad indicándome la posición que debía ocupar en el carril izquierdo. El compañero de John Rambo, que iba al volante del Peugeot 308, no vio que por ese carril venía un enorme monovolumen. Un vehículo de esos con pinta de carro de combate de la serie Leopard que compran los precavidos papás, para que las precavidas mamás lleven a los niños al colegio y hagan las compras en Carrefour.

El carro blindado era pilotado por una joven mamá que cuando vio al Rober 45 invadiendo su carril hizo por acto reflejo lo que hacen los conductores que tienen el privilegio de tener «su propio carril»: utilizar el claxon de su potente automóvil como si se tratara del gatillo de la ametralladora Browning del calibre 50 que llevan incorporada de serie los tanque blindados de la serie Leopard... ¡Quería darnos matarile!

Además del insistente ametrallamiento de ráfagas acústicas al que nos sometió al escolta y a mí ¡Puso en duda mi profesionalidad llamándome dominguero!

Estuve tentado de hacer dos trompos y un derrapé para demostrarle el provecho que le había sacado a los cursos de conducción evasiva. Pero no lo hice. En su lugar ignoré sus provocaciones, puse cara de Clint Eastwood y dediqué a la enfurecida señora un gesto de disculpa, pensando que sería suficiente para que dejara de gritar como una gata cuando es asaltada a traición por un gato callejero. Me equivoqué. Se enfureció aún más y me lo hizo saber levantando el dedo que le gustaría meterme por el culo.

Su obstinada insistencia provocó que el Peugeot 308 se colocara tras ella y los escoltas le dedicaran un concierto para sirena y orquesta, iluminado con ráfagas de lanzadestellos y un solo de altavoz ordenándole que abandonara inmediatamente el carril izquierdo.

Lo que vino después fue sin duda producto de lo poco apropiado que es conducir un enorme monovolumen con zapatos de tacón de aguja. Los caballos del carro blindado se encabitaron como si hubieran visto una culebra entre sus patas y se fueron como flechas hacia el jardín central del Paseo. Allí arrancó de su pedestal la estatua del ilustre filósofo que lleva ahí toda la vida y se subió a un banco de piedra, dando un susto de muerte a un jubilado que echaba migas de pan a los pajaritos.

Pudimos parar y echar una mano para que la conductora sacara de allí el coche, pero esa función no viene en el libro de protocolo de seguridad, así que continuamos hacia la estación sin más incidentes que destacar.

Llegamos a la estación del AVE-Madrid Puerta de Atocha y nos dirigimos al exclusivo aparcamiento de los coches oficiales. El escolta fue buscar al «jefe» a la Sala de Autoridades y los escoltas de apoyo se dedicaron a revisar las papeleras y los lugares donde podía ocultarse una bomba. Todo en orden. No había paquetes sospechosos y las personas que iban de un lado a otro no tenían ninguna otra intención que mirar el trasero de las azafatas que atendían a los clientes VIP de los vagones de club.

Tocaba esperar. Saque de la guantera el libro de la II República.

El autor pretendía demostrar la larga tradición republicana del país, ignorando que sumados los dos períodos republicanos no superaron los diez años de permanencia. No todos los españoles somos agnósticos o ateos y sólo una pequeña parte que se sienten atraídos por el separatismo.

La I República Española fue un despropósito que conoció a cuatro presidentes. Durante sus once meses de «desgobierno» republicano el país sufrió guerras internas, huelgas obreras, sublevaciones. La tercera Guerra Carlista, la Rebelión Cantonal y el golpe de Estado militar del general Pavía.

La II República duró algo más. Ocho años de inestabilidad, extrema violencia y miedo profundo. Se utilizó al pueblo para satisfacer a los partidos y sindicatos de la izquierda marxista que pretendían imponer la revolución libertaria y el tránsito al régimen totalitario de la Dictadura del Proletariado. La Segunda República no fue derrocada con un golpe de Estado militar, fueron los partidos políticos que desde su ideología pretendían imponer su propio modelo de República. El resultado les condujo al fracaso.

Cada parlamentario tenía su propio sistema para eliminar a sus enemigos políticos. Mejor eliminarlos que hacerles cambiar de idea. El diputado socialista Indalecio Prieto asistía a las sesiones del Parlamento con su propia pistola. La usó en una ocasión para conminar a un parlamentario conservador a retirar sus palabras.

La derecha ningunea a la izquierda. La izquierda odia a la derecha. El menosprecio no mata, el odio sí. El odio lo reflejó la exigencia del Frente Popular para que el Gobierno republicano declarara ilegales a los partidos liberales, monárquicos y de la derecha conservadora, además de incautar sus medios de comunicación y expulsar del Parlamento a todos sus dirigentes. Sin tener en cuenta que muchos parlamentarios, además de liberales o conservadores, eran también republicanos.

El Frente Popular recibió del ministro de Gobernación listas nominales y domicilios de los parlamentarios contrarios a sus ideas políticas. Fue el punto de partida de la razzia nocturna en la que se vieron implicados José María Gil Robles y José Calvo Sotelo, ambos máximos representantes conservadores en la oposición.

Los encargados de capturar al señor Gil Robles fracasaron.

El señor Calvo Sotelo tuvo peor suerte. Sacado de mala manera de su domicilio a las tres de la mañana por Guardias de Asalto y miembros de la Motorizada fue asesinado a unos metros de su casa con dos tiros en la cabeza. Su cuerpo fue abandonado en las puertas del Cementerio de la Almudena.

El asesinato del líder del partido político Renovación Española encendió la mecha del golpe de Estado militar que inició la Guerra Civil de 1936. El autor material del asesinato fue el militante socialista Luís Cuenca, guardaespaldas del Partido y escolta personal del diputado Indalecio Prieto, ministro de Marina y Aire y ministro de Defensa Nacional.

El escolta regresó en compañía del «jefe». Abrió y cerró la puerta de atrás y seguidamente guardó el equipaje en el maletero del Rober 45. Después hizo la seña convenida a los escoltas del Peugeot 308 indicándoles la zona por donde debíamos salir de la estación. Siempre la más segura.

El fiscal preguntó por las novedades destacables ocurridas durante su ausencia. El escolta hizo un resumen rápido. No había ocurrido gran cosa.

— No les esperábamos hoy, sino mañana —dijo el escolta a modo de inicio de conversación—. Su secretaria nos ha informado sobre su decisión de cambiar el vuelo y venir en el AVE.

—Sí —dijo el fiscal—. Mañana es una fecha crítica y significativa, poco aconsejable para utilizar el avión.

—¿Significativa señor? —pregunté pensando en las fechas. Mucha gente venía a pasar las Navidades en Madrid. Por lo de las uvas y eso.

—Lo que les voy a decir no tiene un fundamento racional, lo sé —dijo el fiscal mientras salíamos de la estación...

El Rober 45 dejó de prestar atención al exceso de consumo del turbodiésel y abrió las orejas del intercooler para no perderse una coma de las palabras del fiscal.

—...Mañana es 30 de diciembre, no es cierto.

—Sí señor, lo es —convino el escolta.

—El 30 de diciembre de 1922 se creó la Unión Soviética —dijo el fiscal dejando en el aire un sorbo de aire premonitorio—. Precisamente los treinta de diciembre suelen ser fechas muy atractivas para que los terroristas de ideología pro-soviética celebren el aniversario haciendo una de la suyas...

—Secuestrar un avión, volar un aeropuerto —dijo el escolta demostrando que disparaba y discurría con la misma facilidad.

—¿Por eso ha venido usted en tren señor? — pregunté con la soltura de un profesor de biología explicando la ontogénesis de los poliquetos.

—Sí. He pensado que es mejor no tentar a la suerte —contestó el fiscal.

No tuvo más que decir, así que el coche cambió él solito una marcha más larga de su caja de cambios automática y se dirigió hacia el Palacio de la Fiscalía, tratando de no encontrarse en el camino con otro monovolumen de color oscuro.

Al día siguiente era sábado... y 30 de diciembre de 2006. El Rober 45 con inhibidor antibombas incorporado estaba aparcado en la puerta del domicilio privado del fiscal, un chalet de dos plantas construido en la zona más exclusiva del rico municipio de Pozuelo de Alarcón. Eran las nueve horas.

Los escoltas del Peugeot 308 tenían el sábado libre. No estaba previsto que el jefe fuera ese día a la Fiscalía General, tenía una reunión en el Consejo del Poder Judicial y posiblemente estaría allí hasta media tarde.

—Cuando dejemos al jefe en el Consejo si no te importa nos acercamos al aeropuerto a recoger a mi hermana, llegará como a las diez —dijo el escolta mirando hacia un frondoso árbol centenario que sin duda ya estaba allí cuando construyeron el chalet.

—Según el fiscal hoy no es el mejor día para viajar en avión ¿Se lo has dicho a tu hermana?

—El jefe recibe amenazas desde que metió en la cárcel al primer narco —dijo el escolta quitando importancia al asunto—. Es un tío valiente, pero supersticioso.

—A lo mejor por eso sigue vivo, ¿no crees?

—Sin embargo, puede tener razón hoy ahorcan a Sadam Husein y sus camaradas de ideología pueden buscar venganza haciendo ruido.

—¡islamistas! ¿Otro 11M?

—islamistas o nostálgicos del 30 de diciembre de 1922.

—Que tienen que ver unos con otros —dije sin ver el trasfondo.

—Sadam además de dictador, genocida y presidente de Irak, era el líder supremo del Baaz: partido de ideología laica y socialista. Su militancia se compone en su mayoría de socialistas, comunistas y nacionalistas enemigos de la sociedad occidental.

“Sadam Husein, «Satán» Husein para algunos, era de clase muy popular. Sus padres eran campesinos. Le maltrataron hasta la saciedad convirtiéndole en un adulto resentido. Como líder y presidente se vio muy influenciado por la personalidad de Iósif Stalin, padre de todos los comunistas, de quien copió sus tácticas dictatoriales y el culto a la persona. Como hizo Stalin, Husein llenó Irak de gigantescas esculturas de él mismo”

A las 9,30 salió de su casa el fiscal y sin que el escolta le abriera la puerta subió al coche. Tenía aspecto de estar muy alterado.

—Buenos días —dijo a modo de saludo—. Pongan la radio por favor...

Nos extrañó. Normalmente hablaba mucho por teléfono desde el coche y la radio le molestaba.

—...Ha habido un atentado en el aeropuerto de Barajas.

Al escolta se le fue un color tras otro. La sangre se le heló en las venas. Miró al horizonte en dirección al aeropuerto y dijo con un hilo de voz: «Mi hermana»

De camino hacia el Consejo la radio nos fue informando de lo que había ocurrido treinta minutos antes, aunque el fiscal recibió algunas llamadas durante el trayecto.

Se trataba de un atentado de ETA. La izquierda abertzale celebraba el aniversario de la fundación de la Unión Soviética con dinamita.

«Estoy bien» Dijo la hermana del escolta cuando respondió a la llamada que hizo su hermano con el teléfono del Rober 45 con inhibidor antibombas incorporado.

El jefe ya estaba en la reunión del Consejo del Poder Judicial y teníamos su permiso para ir al aeropuerto. Ella dijo que no. Su vuelo había sido desviado a la T1 y se había enterado de lo ocurrido por sus compañeros del Servicio de Aduanas. También pertenecía a la Guardia Civil, no disparaba como su hermano, pero era capaz de trepar a pulso por una cuerda y hacer flexiones con una mano a la espalda.

«No vengáis» repitió una y otra vez. Me quedaré en el aeropuerto. No sabemos lo que vamos a encontrar bajo los escombros.

Dejamos el Rober 45 aparcado en las plazas reservadas para los coches oficiales en la puerta del Palacio del Consejo, en la calle del Marqués de la Ensenada. Dentro nos darían noticias más precisas que las que estaban ofreciendo los informativos. Al Rober 45 no le gustó que le dejáramos al margen, pero entendía que no le dejaran entrar en el edificio porque con sus ruedas dejaría manchas en las alfombras.

Para que no se sintiera solo dejé puesta la radio.

Dentro del Consejo General del Poder Judicial todo era nuevo. El edificio había sido reconstruido sobre las ruinas del Teatro Lírico de Madrid, devorado por un incendio desbastador del que sólo pudo salvarse la fachada. Dejamos atrás el vestíbulo, el Salón de Actos y, atravesando el edificio en forma de media luna, no dirigimos al lugar en el que en los edificios oficiales mejor se practica el «periodismo oral»: junto a la máquina que sirve cafés en vasos desechables.

«Sólo hay heridos. De momento se desconoce si hay víctimas mortales bajo los miles de toneladas de escombros»

Dijo el que parecía más informado... era su tercer café.

Todos opinaban que había sido ETA la que rompiendo la tregua había volado con dinamita las cinco plantas del módulo D del aparcamiento público de la T4, en el aeropuerto Adolfo Suarez, de Madrid-Barajas.

El escolta me miró. Era 30 de diciembre, día en el que la izquierda pro-soviética hace explotar coches bomba gritando ¡Viva Lenin! en lugar de celebrar sus aniversarios con fuegos artificiales, como hace todo el mundo.

La izquierda abertzale no había cometido hasta entonces acciones terroristas durante una tregua acordada. El atentado sorprendió tanto al presidente socialista José Luís Rodríguez Zapatero que el arqueado de su ceja se le quedó para siempre como seña de identidad.

Muy en su línea calificó el atentado como «Un desgraciado accidente».

“Bajo el infierno provocado por la explosión de una furgoneta cargada con quinientos kilos de explosivos aparecieron dos semanas después los cuerpos calcinados de dos jóvenes obreros”

El acontecimiento provocó que los funcionarios que estaban de tertulia junto a la máquina del café nos miraran al escolta y a mí como víctimas potenciales de los que representando a la «voluntad popular» se adjudican el papel de jueces y verdugos.

Los que llevaban más años destinados allí no olvidaban otro atentado que en este caso resultó más cercano: ETA hizo volar por los aires el coche oficial del magistrado del Tribunal Supremo de la Sala Quinta-Militar José Francisco Querol, con un coche bomba cargado con treinta kilos de dinamita.

En el atentado murieron carbonizados, además del magistrado, el escolta y su conductor.

—¿Cómo pudo ocurrir algo así? —pregunté al escolta que había sacado de la máquina una botella de agua mineral.

—Exceso de confianza. El coche oficial no estaba blindado ni llevaba los inhibidores antiexplosivos como los que lleva instalados el Rober 45 —contestó tras un corto sorbo de agua—. El magistrado era general de la Armada. Iba a cumplir los setenta y tenía previsto jubilarse justo dos meses después... precisamente el 30 de diciembre.

—La fecha fatídica —dije tratando de forzar una sonrisa, aunque maldita la gracia.

—Conocí a doña Pepita, su mujer, el general tenía cuatro hijos.

—¿El escolta era compañero tuyo? —pregunté dejando el vaso del café en el cubo contenedor... lleno ya de vasos desechables.

—No. Los escoltas del Tribunal Supremo pertenecen al Cuerpo Nacional de Policía, pero le conocía. Se llamaba Jesús —bajó la cabeza para disimular la emoción—. Estaba casado y tenía también cuatro hijos.

—¿Y el conductor? —pregunté.

—Antonio Medina. Era joven; estaba casado y tenía un hijo.

Volvimos al coche. Durante el corto camino hasta el aparcamiento de los coches oficiales el escolta me contó la película del atentado:

La izquierda abertzale causó en Madrid cincuenta y un muertos y doscientos heridos haciendo estallar veinticinco coches bomba.

En esta ocasión los terroristas estuvieron apostados varios días en torno al lugar del atentado. Calle de Torrelaguna. El conductor del magistrado utilizaba distintos itinerarios para ir al Tribunal Supremo, pero cerca del domicilio del magistrado los itinerarios se reducían a dos. Sólo había que esperar a que el coche oficial pasara junto al coche cargado con los treinta kilos de dinamita.

Lo hizo el día 30 de octubre de 2000 a las 9.10 de la mañana.

Cuando los terroristas hicieron estallar los explosivos el coche oficial saltó por los aires convertido en una bola de fuego, sobrevoló un autobús y cayó en un parterre al otro lado de la calle. La deflagración mató en el acto al magistrado, a su chofer y al escolta. Sus cuerpos resultaron calcinados e irreconocibles.

Hubo además sesenta y cuatro heridos. Los más graves fueron una niña de once años y el conductor del autobús que pasaba junto al coche bomba en el momento de la explosión. El conductor murió en el hospital Ramón y Cajal tras sufrir durante diez días una intensa agonía.

El autobús hizo de escudo y salvó la vida de las personas que pasaban por la acera.

—Espantoso —dije mientras subíamos al coche.

Apagué la radio y el Rober 45 no dijo nada, los ingenieros de la MG de Longbridge-Birmingham no añadieron los chips necesarios en su electrónica. Su conversación se limitaba a lo que decía el navegador: «Gire a la derecha» «Ha llegado a su destino».

No sé qué noticias había escuchado en la radio el Rober 45 con inhibidor antibombas incorporado. Ni lo que pensaba sobre lo cerca que habíamos estado de ir a la T4 a buscar a la guardia civil que hacía flexiones con una mano a la espalda.

—El general era un hombre de costumbres —continuó el escolta—. A la misma hora de siempre se reunió con el policía, su escolta de siempre, que esperaba charlando con el conserje del edificio. Compraron la prensa y un paquete de Ducados. Después se dirigieron al coche, un Renault Mégane...

—Sin inhibidores...

—No hay presupuesto para equipar a todos los coches oficiales. Muchos llevan las antenas sí, pero sólo las antenas.

—Para que la autoridad que va en el coche crea que va protegido...

—Los niveles de seguridad circulan en paralelo a los niveles de riesgo.

—Por eso nuestro fiscal va muy protegido —dije con la mirada perdida.

—Sí.

—Y nosotros estamos incluidos en el máximo nivel de riesgo.

—Sí.

—Mejor que no te escuche el coche... se asusta con facilidad.



Capítulo Séptimo

Lo terrible es salir de casa con la duda de si vas a volver.

Sigo sin comprender por qué la muerte se empeña en tener tanto protagonismo en mi vida. Juro por lo más sagrado que no tuve ningún interés en nacer en este mundo de locos donde lo único que en realidad conseguimos los mortales es perder la vida. Sólo los inconscientes son capaces de abandonar el mundo espiritual que nos pertenece a todos, menos a los escépticos que cumpliendo con las leyes de su propia religión, la marxista, les permite vivir más dichosos negando la existencia de Dios.

Tras el atentado terrorista de la T4 se celebró en Madrid una tribuna conjunta y secreta de magistrados del Supremo de la Unión Europea para desarrollar respuestas comunes contra el terrorismo y poner en marcha un verdadero Espacio Judicial europeo contra el crimen organizado. Como todas las medidas destinadas a enfrentarse al poder del «lado oscuro» acabaron archivadas por la letra «P» de papelera. Eso sí, los magistrados europeos se llevaron de España una grata impresión de nuestra cocina y una estimable valoración de nuestros vinos.

El Ministerio de Justicia pensó que España no ofrecería al exterior una buena imagen si los «violentos» que ponen bombas en nombre de la libertad y la democracia se llevaban por delante a un magistrado extranjero, haciéndole volar por los aires junto al escolta y el conductor de su coche oficial. Esta fue la razón para trasladarnos al Rober 45 con inhibidor antibombas incorporado y a mí al Tribunal Supremo: al coche por estar tecnológicamente bien preparado y haber demostrado ya su valor en la Fiscalía General del Estado. A mí porque fuimos destinados a la delegación italiana y yo hablo italiano desde muy joven.

Volví a cambiar de escolta. Los del Tribunal Supremo no son de la Guardia Civil, pertenecen a la Policía Nacional.

Durante los catorce meses que permanecimos el Rober 45 y yo en el Palacio de las Salesas Reales quien se ocupaba de evitar que los malos nos acribillaran a balazos atendía por el curioso sobrenombre de «Fidel». Un absurdo disparate, si se tenía en cuenta que a pesar de su barba de revolucionario cubano el escolta era un exacerbado anticomunista que odiaba a muerte a Fidel Castro.

Poniendo a Dios por testigo había jurado que no se afeitaría la barba hasta que no muriera quien prometió a los cubanos no afeitarse la suya hasta que Cuba no viera cumplidas todas sus promesas. La única promesa que cumplió el terrible barbudo fue morir a los noventa años, para demostrarles a sus cautivos compatriotas que «no hay mal que cien años dure».

En contra de sus discursos populistas Fidel Castro vivió rodeado de lujo como lo hacen los ricos capitalistas. Según el teniente coronel Juan Reinaldo Sánchez, que fue su escolta personal durante diecisiete años, en la intimidad el dictador cubano renunciaba a vivir con austeridad, al contrario, vivía rodeado de comodidades capitalistas sin ningún tipo de límite. Estas declaraciones las hizo el escolta después de conseguir huir de Cuba. Un año después... falleció.

Según la revista Forbes el líder cubano se encontraba entre los diez dictadores, reyes o jefes de Estado más ricos del mundo, cosa que el Gobierno cubano desmentía categóricamente afirmando que el comandante en jefe Fidel Castro vivía de su salario oficial, equivalente a treinta y seis dólares americanos mensuales... sin ninguna otra paga extra.

Con esta asignación debía pagar los gastos de su fastuosa doble vida secreta, oculta desde el triunfo de la Revolución como un secreto de Estado. Una doble vida a la que sólo su familia y sus amigos tenían acceso. Todo lo que recibía el líder cubano se revisaba para detectar gérmenes radioactivos. En los viajes fuera de Cuba sus escoltas más cercanos probaban primero las comidas y bebidas como medida preventiva. Sus escoltas eran de su mismo grupo sanguíneo. Fidel Castro no confiaba en los bancos de sangre, se trasladaba de un lugar a otro con su propia nevera de sangre fresca. Sus escoltas.

—Podéis llamarme Vito, así me llaman mis compañeros.

Dijo el escolta italiano que acompañaba a la personalidad que llevábamos Fidel y yo en el Rober 45. Haciendo de anfitriones dábamos una vuelta por el interior del deslumbrante palacio barroco afrancesado que fue antiguo convento de las Descalzas Reales y ahora era la sede del Tribunal Supremo.

Ni Vito hablaba español, ni Fidel entendía nada de italiano, así que me tocaba traducir en ambos sentidos. Vito se había dejado influenciar tanto por el personaje de «El Padrino» que al hablar hacía los mismos gestos que Marlon Brando en la película de Francis Ford Coppola.

Dejamos la Sala de Banderas y bajando por la Escalera de Honor salimos a la calle por la entrada del Marqués de la Ensenada. Queríamos tomar café.

Para los italianos el café es un ritual, así que decidimos pasar de los vasos desechables y acercarnos al Café-Bistrot situado en la preciosa terraza del histórico edificio del Instituto Francés. Allí para tomar un café acompañado de un auténtico croissant no es preciso ir al cajero automático, los precios están a la altura de los conductores y escoltas del Ministerio de Justicia.

—He oído que a tu padre le asesinaron las Brigadas Rojas —preguntó Fidel.

—Sí —contestó Vito tomando un sorbo de café—. Era uno de los escoltas que protegían a Aldo Moro cuando fue secuestrado. Yo tenía entonces diecinueve años.

“La Constitución Española de 1978 puso fin al gobierno de la Dictadura franquista y se legalizó el Partido Comunista de España.

Ese mismo año, el 9 de mayo, a las 9 de la mañana, la policía italiana descubría en el maletero de un Renault 4 de color rojo el cuerpo acribillado a balazos de Aldo Moro: diputado, líder del partido Demócrata Cristiano y primer ministro de Italia en dos ocasiones”

—A mi padre no le dieron ninguna oportunidad —continuó Vito levantando la vista de su taza de café—. Iba en el coche que escoltaba al coche oficial del señor Moro. Ni él ni sus compañeros pudieron reaccionar a tiempo para impedir que diez terroristas vestidos con el uniforme de los pilotos de Alitalia les ametrallaran a ellos y al Fiat 130 donde iba el diputado. Murieron los cuatro escoltas y el conductor. La operación duró tres minutos apenas. Ocurrió el 16 de marzo de 1978, a las nueve de la mañana,

—¡Vaya! En tu país los terroristas van pronto al trabajo. —dijo Fidel mirando al croissant que hizo como si no le oyera. No estaba para bromas.

—Tres años después, en 1981, detuvieron a los asesinos —continuó Vito pasando por el alto el comentario—. Tanto el largo y dramático secuestro, como el trágico final, fueron cuidadosamente preparados por Mario Moretti, uno de los principales fundadores de las Brigadas Rojas. A ese malnacido le cayeron seis condenas de cadena perpetua, pero sólo cumplió trece años de condena. Desde 1994 está en la calle disfrutando de la libertad condicional concedida por el Estado democrático al que él y sus «camaradas» pretendieron dinamitar.

Ahora fue el croissant de Fidel el que emocionado dejó escapar unas gotas de café con leche sobre el blanco y bien planchado mantel.

—Fue una operación milimetrada que dejó algunos interrogantes —dijo Fidel limpiando las gotas de café con una servilleta, no convenía dejar rastros—. Se recogieron del suelo más de noventa casquillos, cincuenta de ellos partieron de la misma arma de fuego. Curioso ¿Verdad? —apuntó Fidel haciendo con la ceja derecha un gesto de sospecha.

—Entre ellos iba un verdadero profesional, un asesino que sin duda pertenecía a la mafia calabresa —dijo Vito con un gesto que hubiera hecho las delicias de Marlon Brando en su papel de Vito Corleone.

—Esa fue entonces la razón por la que unos brigadistas rojos, que al parecer sólo estaban entrenados para quemar contenedores gritando ¡Viva Lenin!, fueran capaces de alcanzar tan extraordinaria precisión eliminando al conductor y los escoltas sin matar al objetivo —dijo Fidel como si hubiera descubierto la irresoluble solución de la cuadratura del círculo.

—No sabía que en Italia la Mafia fuera de izquierdas —dije poniendo un punto de sorpresa mientras miraba a una joven estudiante de francés que sentada en una mesa vecina coqueteaba con un sándwich de huevo.

—La Mafia, como la República, no son de izquierdas ni de derechas —contestó Vito mirando también... al sándwich de huevo.

“Aldo Moro fue secuestrado cuando se dirigía a la investidura en el Parlamento del democristiano Giulio Andreotti, que iba ser investido primer ministro con el apoyo de la izquierda, algo que las Brigadas Rojas consideraban alta traición. Durante casi dos meses el líder de la Democracia Cristiana fue recluido en una «cárcel del pueblo». En ella fue juzgado y condenado a muerte”

Quién sabe cuál era la razón que asistía a los brigadistas rojos para erigirse jueces y verdugos de los que creían en Dios y renegaban de los demonios de la Revolución Comunista. El objetivo de las Brigadas Rojas era instaurar la Dictadura del Proletariado y construir con ella la perfecta sociedad basada en los principios del marxismo-leninismo. Se consideraban guerrilleros, no terroristas. Convencidos de su lucha por la libertad y la democracia, se sentían legitimados para usar la violencia. Para las Brigadas Rojas es el capitalismo quien lleva el hambre y la desesperación a la clase popular, cuando la realidad es otra: el capitalismo se encuentra más cerca de ofrecer el estado del bienestar al conjunto de la sociedad que el comunismo.

La nula capacidad para ver la realidad impedía a los brigadistas rojos reconocer que los éxitos del capitalismo habían alejado a la sociedad de los dogmas de la Revolución. En la década de 1980 el mundo pudo ver derrumbarse al comunismo, no al capitalismo.

Las Brigadas Rojas crearon toxicómanos dependientes de su ideología, adeptos a una droga tan mortal como la heroína. Los que la probaban soñaban con la misión por la que estaban en la tierra: Salvar a la humanidad de la terrible moral que la amenazaba.

Los brigadistas rojos se creían capaces de evitar el sufrimiento al género humano. Eran los únicos puros de este mundo contaminado por la corrupción.

Un leve zumbido producido por el teléfono móvil de Fidel nos hizo volver a la realidad del trabajo. Debíamos estar preparados. En quince minutos salía de la reunión nuestro magistrado italiano. Tenía que ir a su embajada.

—Señores, en marcha —dijo Fidel dejando un billete sobre la mesa que de sobra liquidaba el café y los croissants.

El Rober 45 estaba en el aparcamiento ligando con una berlina de cinco puertas y se sobresaltó con nuestra llegada. No le estaba permitido hablar con extraños. Realizamos el protocolo de seguridad antes de ponernos en marcha y nos acercamos a la puerta principal del Tribunal Supremo donde ya esperaba un coche con dos miembros de la seguridad de la embajada de Italia que nos escoltarían hasta ella.

Los dos escoltas se pusieron inmediatamente a las órdenes de Vito. Estaban dispuestos para hacerle una colonoscopia con su Beretta oficial a quien se acercara al magistrado italiano, apretando el gatillo varias veces. Eran un poco brutos, pero desde que ocurrió el terrible asesinato del juez Giovanni Falcone, los escoltas italianos hacían como los perros: Oler el culo de todos los perros para averiguar sus intenciones.

“El magistrado Falcone, sufrió un mortal atentado terrorista en la autopista de Palermo. Una bomba de mil kilos activada a distancia estalló a su paso catapultando al Fiat blindado que él mismo conducía a una distancia de trescientos metros. En el coche viajaba su esposa Francesca Morvillo, también magistrado. La bomba destrozó centenares de metros de autopista. A causa de la formidable explosión murieron los dos magistrados, los tres escoltas del coche de apoyo y dos personas de otro coche que nada tenían que ver con el magistrado Falcone. Daños colaterales, como llaman los terroristas a las víctimas de sus barbaridades”

—¡Santa Madona!

Dijo Vito impresionado al ver el palacio que el gobierno de Italia compró en 1939, recién terminada la guerra civil, para trasladar allí su embajada y dejar el palacio de Abrantes de la calle Mayor para el uso exclusivo del Instituto Italiano de Cultura.

Durante la corta y convulsa etapa del Gobierno de la II República ocupó este bello palacio de la calle Juan Bravo el Ayuntamiento de Madrid, para lo cual el Gobierno republicano lo requisó a su propietario, el segundo marqués Amboage, en virtud de la Ley contemplada en la ambigua Constitución Republicana que permitía al Estado «socializar» las propiedades de la sociedad burguesa, odiada y perseguida por las fuerzas progresistas y democráticas del Frente Popular.

El ilustre abogado y diplomático jerezano don Santiago de Mora-Figueroa, marqués de Tamarón, cuenta en su libro «El guirigay nacional» que la palabra «guirigay» quiere decir: desorden, desbarajuste, o cachondeo. En su acepción malsonante. Poco o nada tiene que ver con un turista maricón.

Según don Santiago para ser excéntrico es evidente que hay que tener poder y disfrutar de pingües rentas. Contaba que una familia de notables hacendados andaluces, que se distinguía por sus continuas y curiosas extravagancias, durante el asedio francés de Cádiz el padre se vestía de cardenal para dar de comer a las gallinas. Su hijo no se atrevía a tanto, sin embargo, sí se destacaba por su lógica rigurosa. Un día le dijo a su secretario que le dictaría una lista con los nombres de la gente que le caía mal.

«Titúlelo «Gente que me cae antipática, sin saber por qué»

«Sí señor»

«Póngase usted el primero»

«¡Yo señor! ¿Por qué? —preguntó el secretario confundido.

«Se lo acabo de decir «sin saber por qué».

También los marqueses de Amboage sufrieron la amputación de su patrimonio «sin saber por qué».

Mientras el magistrado se reunía con el embajador en su residencia, que ocupaba la segunda planta del Palacio de Amboage, dejamos al Rober 45 rodeado de lujosos coches de diseño italiano que le miraban por encima del hombro... los muy cobardes.

Seguimos a los escoltas al interior del palacio. Nos habían invitado a conocer la embajada por dentro y tomar un exclusivo café espresso. Al Rober 45 no le ofrecieron siquiera un bote de aditivo.

Cruzamos el pabellón de cristal que da acceso al palacio hasta el elegante vestíbulo en forma de templete circular flanqueado por ocho columnas. Al salón de entrada lo cubría por entero una generosa alfombra tejida expresamente para este espacio en 1922 por la Real Fábrica de Tapices. La alfombra cobraba vida subiendo majestuosa por la escalera del neobarroco palacio. La luz que traspasaba los exclusivos cristales de la gran vidriera Maumejean participó en la breve visita mostrándonos el lugar donde en su día estuvo la joya de la colección del palacio: una preciosa escultura de Mariano Benlliure de la célebre bailaora Pastora Imperio, comprada directamente en el taller del escultor por la marquesa consorte de Amboage y vizcondesa de Huerta. A pesar de sus raíces catalanas a la señora marquesa le apasionaba el flamenco y los toros: su hija fue la primera esposa del torero toledano Domingo Ortega.

Uno de los escoltas fue a encargar el café. El otro nos acompañó a los lugares donde se encuentran las pinturas más valiosas del palacio: la sala de música, la capilla, y el salón de baile. La salita de fumar se había convertido en «políticamente incorrecta» por la ley antitabaco entrada en vigor en 2006 que perseguía a muerte a los fumadores...

¡Si Churchill levantara la cabeza!

En la sala de billar esperamos la llegada del café admirando la maravillosa mesa de billar construida por los hermanos Ricci en 1884, una pieza de museo propiedad del Patrimonio real italiano. Sobre la mesa había un Ferrari en miniatura, regalo del presidente de la compañía del «Cavallino Rampante».

—Construir esta joya tuvo que costar una verdadera fortuna —dijo Fidel. Fue el mejor alago que se le ocurrió en ese momento.

Nos sirvieron el café en una mesa auxiliar junto a la mesa de juego donde el embajador jugaba con sus amigos al «Catalone» variante del póker descubierto de siete cartas muy popular en Italia.

—Este palacio se construyó con el oro que ganó el marqués en Cuba con el tráfico de esclavos —contestó uno de los escoltas italianos. Este tipo de comentarios identifica enseguida la ideología política cercana a los que las hacen.

Para mí fue una sorpresa que un italiano se atreviera a valorar la procedencia de la fortuna de los marqueses de Amboage, sin conocer su historia. Yo sí la conocía. Como conocía que el rumor sobre su enriquecimiento con el tráfico de negros fue fomentado por los contrarios políticos de su hijo Fernando, segundo marqués de Amboage, cuando entró por sorpresa en política y fue elegido diputado por el grupo conservador.

Ramón Plá y Monge, primer marqués de Amboage, nació en Ferrol en 1983 en un típico caserón del siglo XVIII situado en la calle del Sol. Era hijo de Félix Plá Pulles y de Ramona Monge Amboage. La familia era de origen humilde. Su padre se dedicaba al comercio. Vendía vinos. Era además un pequeño armador matriculado en el puerto de Ferrol y en alguna ocasión fue diputado en el Ayuntamiento.

Ramón Plá pasó su infancia en Ferrol. Se trasladó a Cuba siendo muy joven para buscar fortuna, sus hermanos mayores vivían allí. Fue propietario de una ferretería y participó en la fundación de las Compañías de Gas y Alumbrado de la Habana y de Matanzas. Su enriquecimiento y la atribución —nunca probada— de ser propietario de una compañía naviera fomentaron la creencia de que su fortuna se debía al tráfico de esclavos.

Después de forjar su fortuna en Cuba se casó con Amalia Tresi, ciudadana de origen inglés con la que se estableció en los Estados Unidos. En 1860 el matrimonio se trasladó a Europa. Fueron residentes en varios lugares de Francia e Italia hasta que al fin decidieron viajar a Madrid para fijar aquí su residencia, ciudad de la que se sintieron muy atraídos nada más conocerla. En la capital madrileña amplió la esfera de sus negocios con inversiones en bolsa y operaciones de crédito al Estado.

Después de vivir en Madrid ya no tuvo ningún interés de regresar a América, y mucho menos dejar España.

Se convirtió en accionista de la empresa del Gas de Madrid, del Banco de España y del Banco Hipotecario. Sus negocios financieros le dieron sin duda más dinero que el que pudo ganar en Cuba... vendiendo negros.

Viudo de su primera mujer, se volvió a casar con Faustina Peñalver y Fauste. El matrimonio tuvo dos hijos. Ramón y Fernando. Ramón, murió a los nueve años a causa de una difteria laríngea, muerte prematura que le produjo una fuerte impresión a su padre. Fue esta la causa para que Ramón Plá y Monge creara una fundación benéfica en recuerdo de su primogénito fallecido que se dedicó a redimir del servicio militar a los jóvenes sin recursos económicos de Ferrol. Además, todos los años por la festividad de San Ramón la Fundación repartía una considerable suma de dinero entre las cien familias más pobres de Ferrol.

Ramón Plá y Monge, primer marqués de Amboage, fue conocido y respetado en los círculos influyentes y políticos de la capital por su distinguida personalidad y reconocida modestia, llevaba una vida alejada de toda ostentación. Reconocido su trabajo en ultramar recibió la Gran Cruz de la Orden Americana de Isabel la católica.

Por sus acciones filantrópicas el Ayuntamiento de Ferrol le dedicó un monumento y le puso su nombre a la plaza donde se encuentra.

Fueron varios los reconocimientos recibidos por parte del Estado. El Papa León XIII le concedió el título pontificio de marqués sin denominación concreta, por lo que Ramón Plá pidió al rey la autorización para usar en España el título con el apellido de su abuela materna: Andrea Amboage.

El gobierno de la II República en ningún momento hizo referencia a su desinteresada filantropía y patriotismo... le acusó de corrupto, explotador y traficante de esclavos.



Capítulo Octavo

Visita a España del señor Putin y la señora Putina.

Los apellidos en Rusia son masculinos y cambian de forma añadiendo al final la letra «a» cuando en lugar de un hombre, se trata de una mujer. De esta manera los rusos han solucionado el proceso de cambio de sexo sin que los individuos que quieran deshacerse de su engorroso «paquete» tengan que pasar por un traumático trance, basta con añadir una «a» para que un varón de apellido Sakarin se convierta sin cirugía en Sakarina.

Liudmila Shkrebnova, esposa del presidente de la Federación Rusa Vladimir Putin se convirtió tras su boda en la señora Putina. Las dos hijas del matrimonio, María y Yekaterina fueron también Putinas. Liudmila Putina se divorció del presidente ruso en el año 2013 para casarse con Artur Ocheretni, veintiún años más joven que ella y un apellido menos chocante. La joven Liudmila fue educada como lingüista, se graduó en la Universidad Estatal de Leningrado en la rama de idioma español y filología, por tanto conocía el sentido que los españoles le damos a la asociación metafórica de la palabra «putina»... y me lo hizo saber.

—Mañana dejará el Tribunal Supremo. Le dedicaremos a cubrir otros destinos.

—¿Menos peligrosos? —pregunté al «gran jefe vasco» que había hecho una ligera pausa en su sagrada pasión... contar dinero.

—Bueno... usted ya sabe, en este trabajo es normal jugarse la vida.

Para el «gran jefe vasco» la seguridad de los conductores tenía el mismo valor que la escobilla del retrete donde defecaban los tres rumanos lavacoches sin papeles. En el atentado de la T4 la terrible explosión destruyó dos Mercedes E280 que llevaban menos de un año rodando. Conocida la tragedia el jefe se interesó rápidamente por el estado de salud de... los dos Mercedes.

Los dos conductores recibieron de lleno la onda expansiva. Uno de ellos, tras varios meses de recuperación en el Ramón y Cajal, fue declarado inútil total para el trabajo.

Las heridas del otro no fueron tan graves, pero le dejó unas secuelas de incontinencia que le obligaban a utilizar «dodotis» durante el trabajo.

Salí del edificio de la oficina con mi nuevo destino y las llaves de la limusina Mercedes-Maybach S600. Un símbolo de ostentación para los que se sienten realmente satisfechos siendo el centro de todas las miradas, en los casos más superficiales. También para los que les gusta presumir de dinero, fama y poder... o sentirse una estrella de Hollywood.

Una paloma levantó el vuelo descargando lastre sobre el impoluto techo blanco de una limusina Lincoln-Continental recién lavada y el joven lavacoches sin papeles maldijo en su idioma a la paloma. Inútil y sin sentido porque las palomas de Madrid no entienden nada si se les habla en rumano vulgar. En gato desde su atalaya al borde de la tapia sonrió de oreja a oreja.

La paloma, adiestrada para cagarse en los coches recién lavados y en los hombros de los que llevan trajes de cheviot, había respetado a la limusina que sería mi herramienta de trabajo en los dos próximos días. El miércoles ocho de febrero de 2006 llegaba por segunda vez a Madrid el presidente de Rusia Vladimir Putin acompañado de su esposa, la señora Putina.

“Segunda vez de forma oficial porque siendo el director del Servicio Federal de Seguridad (antigua KGB) el presidente ruso eludía regularmente el control de pasaportes entrando por Gibraltar. Sus entradas clandestinas eran para vigilar los activos movimientos de los oligarcas rusos que sacaban montañas de dinero de su país y compraban ricas y extensas propiedades en la Costa del Sol. También para mantener un riguroso control de sus propias inversiones”

Estaría a disposición de la señora Putina los dos días de la visita de Estado. En su caso visitas de Estado a las boutiques de lujo de las calles Serrano y Ortega y Gasset.

Una flota de Mercedes S320 y Mercedes Viano se encargaría de los traslados de la Comitiva Presidencial: el viceprimer ministro y ministro de Defensa Serguei Ivanov, el ministro de Justicia, el de Asuntos Exteriores y una legión de autoridades políticas y militares que acompañaban al presidente en esta ocasión... atraídos por el excelente vino del país y el exclusivo jamón ibérico de bellota.

El matrimonio Putin se alojaría en el Palacio Real de El Pardo, residencia que fue durante treinta seis años de Francisco Franco y desde donde él mismo tomaba las medidas para que los rojos comunistas que le hicieron la vida imposible en la guerra no disfrutaran del jamón con etiqueta «5 Jotas», tesoro único de nuestro patrimonio.

Esperando al Ilyushin II-96-300 presidencial pasé revista al bar de la limusina Mercedes-Maybach S600, comprobando que no faltaba el agua de Borjomi, cava de origen español, ni los licores que la señora Putina solía tomar en Madrid, cuando era azafata de vuelo de la compañía Aeroflot.

El «gran jefe vasco» había cambiado el whisky escocés por un auténtico vodka ruso de la marca Putinka Classic. Marca que el fabricante hizo en honor del presidente Putin y que más tarde retiró porque el señor Putin no bebe alcohol, ni le gustan los que lo adoran, como su antecesor en el cargo Boris Yeltsin que murió por culpa de su incontrolado alcoholismo.

Comprobé el funcionamiento de la separación deslizante que se convertía en opaca o transparente presionando sólo un botón permitiendo el aislamiento del conductor de la cabina de pasajeros. Las desarrolladas limusinas actuales nada tienen que ver con la berlina presidencial que utilizaba para sus desplazamientos el general Prim, donde el conductor iba fuera en el pescante aguantando la lluvia... y el olor a boñiga de los caballos que circulaban por Madrid. En esas condiciones nunca hubiera aceptado ser conductor de limusina.

El GPS informaba a los jefes de tráfico de nuestra oficina la velocidad y situación de la limusina minuto a minuto. La temperatura interior-exterior y las personas que viajaban en ella. Nunca se equivocaba. Aunque a veces el jefe de tráfico llamaba al conductor y preguntaba: «¿Qué hace la limusina circulando a ciento cincuenta por la calle del Pez!» «¿Qué hace la limusina subida en un ferry que navegaba hacia las islas Canarias!». No faltaban las guías, revistas, ni los periódicos financieros. La limusina estaba equipada con reproductores DVD, televisión de diecinueve pulgadas y sistema de sonido Burmester High-End 3D. Teléfono y disponibilidad de comunicaciones que la convertían en una desarrollada oficina de negocios y una lujosa sala de reuniones.

La Mercedes-Maybach S600 no es precisamente una limusina que se alquila para realizar... fantasías... se alquila por días enteros a seiscientos euros la hora.

El «gran jefe vasco» disponía de limusinas menos exclusivas: las Lincoln-Continental de color blanco y techo de vinilo y las Mercedes 600 Town Car de color negro. Estaban disponibles para el alquiler por doscientos euros la hora.

Las limusinas son vehículos llenos de romanticismo. Los conductores conocen docenas de historias y han sido testigos mudos de situaciones graciosas y divertidas. Los que desearían realizar alguna vez en la vida sus fantasías a bordo de una limusina deben saber que no hay nada nuevo. Lo suyo, ya lo han hecho muchos otros.

El Pabellón de Estado de la T4 estaba lleno de banderas de España y la Federación Rusa. El aeropuerto era una fiesta. Vladimir Putin fue el primer jefe de Estado extranjero recibido en este nuevo edificio de geometría tridimensional. Siete mil metros cuadrados reservados para recibir a reyes, presidentes, y jefes de Estado que llegan a Madrid. ¡Los rusos se hicieron esperar!

Dos horas después de lo previsto llegó al aeropuerto el avión presidencial escoltado por otro Ilyushin II-96-300 de la aeroflota estatal. En él viajaba parte de la comitiva del presidente Putin y la limusina blindada que usaba en sus desplazamientos. Había un segundo avión donde venía el resto de la comitiva, la prensa desplazada, una compañía de soldados con la misma pinta que el coro del Ejército ruso, y la flota de coches y motos de la escolta personal. Tal movimiento de tropa no estaba justificado porque en España la izquierda jamás se movilizaría en contra de la visita de Estado de un presidente de la madre Rusia. Otra cosa hubiera sido si en lugar de un antibelicista presidente ruso se tratara de un imperialista presidente yanqui.

Cuando llevé al ministro de Justicia Yuri Chayka de visita a la embajada de la Federación Rusa, temí encontrar una violenta manifestación de exaltados conservadores agitando banderas españolas y gritando consignas contra los herederos de la antigua Unión Soviética; pero no fue así, la derecha española tiene mejores cosas que hacer. Sin embargo, los presidentes norteamericanos se ven perseguidos con movilizaciones promovidas en este país lleno de complejos por la izquierda marxista y revolucionaria y los sindicatos afines a su ideología, como si acosar a un presidente norteamericano fuera la principal preocupación que debe tener nuestra sociedad.

La izquierda marxista es única sacando a la calle a los auténticos profesionales del grito y la algarada. Enfurecidos de puño en alto que vocean a coro el ¡No a la guerra! de la familia Bardem rodeados de anticonstitucionales banderas republicanas y las rojas con la hoz y el martillo. Tan pasadas de moda que ya no las utilizan ni los nostálgicos camaradas rusos. Nunca faltan los carteles denunciando la política neocolonialista y belicista de los Estados Unidos, su injerencia, desestabilización, y la fascista apropiación de los recursos naturales que mantienen sus intereses económicos y estratégicos en todo el planeta ¡Todos estos medios de propaganda pagados con el dinero del Estado!

En estas movilizaciones no faltan los que portando banderas del Orgullo Gay piden a gritos al embajador más visitas de los guapos y musculosos infantes de marina y «¡la presencia de la flota VI americana en los puertos del país!»

Los rusos llegaron dos horas tarde. La impuntualidad la llevan en su ADN.

El rey Juan Carlos delegó en el Gobierno el recibimiento del séquito del presidente de la Federación Rusa. Se ahorró el «soberano» cabreo de la espera.

No me gustó la limusina ZIL-411 del presidente Putin, sobre todo el detalle de las domésticas cortinas que cubrían las lunas blindadas. Sólo faltaban detalles como el cojín de ganchillo, el pastor alemán que mueve la cabeza, o el Elvis Presley haciendo un twist con la cadera. Cuando el señor Putin vio la limusina que su mujer utilizaría para salir de compras le dijo a su viceprimer ministro: «O pones mi limusina al día, o te mando a inspeccionar el estado de conservación de los viejos campos de trabajo de Siberia».

La oficina facturó a los nuevos rusos ¡Veintiocho mil ochocientos euros! por los dos días de trabajo. Al ser extranjeros, se ahorraron el IVA. El coronel del ejército ruso, que llevé de escolta los dos días que estuve a disposición de la señora Putina, dijo a la embajada que redondeara la factura hasta los treinta mil para que el «gran jefe vasco» me diera los dos mil euros que sobraban de propina. El camarada coronel desconocía que las propinas incluidas en las facturas y tarjetas de crédito se las quedaba el muy canalla. El coronel llevaba un maletín lleno de euros. Daba un billete de cien a los que abrían las puertas de la limusina. En el hotel Santo Mauro, donde se alojaron las autoridades ¡Acudían tres empleados para abrir las puertas!

—Su nivel de español es muy aceptable coronel.

Dije al estirado militar que se había sentado a mi lado en el Mercedes-Maybach S600. Esperábamos a la señora Putina que estaba reunida en Palacio con la reina Sofía.

—Mi abuelo era de Cataluña —aclaró el coronel—. Fue uno de los más de cuatro mil refugiados republicanos exiliados en la Unión Soviética. Lo pasó mal al principio. Tuvo que esperar mucho tiempo hasta que pudo poder llevar a Moscú a su mujer y a sus dos hijos. Uno de esos hijos era mi padre.

Bajó el cristal de la ventanilla y bajo el volumen del compact disc que había puesto para distraer la espera. Se trataba del Preludio en do menor de Rajmaninov que llevaba en la limusina entre otros videos y audios para que el «gran jefe vasco» pudiera sangrar el bolsillo de los que habían decidido dejar de ser soviéticos.

—»Mi nombre es Artur Avonaliv —continuó el coronel—. Avonaliv es Vilanova al revés, mi abuelo no quiso perder el apellido de su tierra mediterránea. Mi hermana es Ania Avonaliva una de las principales bailarinas del ballet Mariinski de San Petersburgo. Ella era el ojito derecho de mi abuelo ¿Se dice así, ojito derecho?

—Correcto —dije moviendo la cabeza, no dando lugar a dudas.

—El español de mi hermana es más fluido que el mío, incluso mi abuelo le enseñó algo de catalán. Yo no estuve interesado. Paso de idiomas o dialectos poco útiles.

—No haga ese comentario en presencia de un catalán, se sentiría muy ofendido.

—¡Ah sí! No sabía.

—Los niños en la escuela creen que el español es un idioma inventado por Franco para acabar con la lengua madre de los catalanes... lo siguen creyendo de mayores.

Dije mirando a una bandada de pájaros que pretendían amargarme el día dejando sobre el encerado techo de la limusina sus soberanas cagaditas —obsequio real de los pájaros de Palacio—. Me consolé pensando que si no les gustaba Rajmaninov guardarían las distancias y no volarían bajo.

El coronel sacó su cartera para enseñarme una fotografía de su abuelo vestido de mayor del ejército soviético junto a su nieta Ania. No me gustó su cara. Era un tipo de cara antigua, tez curtida y mirada esquiva. Mostraba una expresión de temor, como si tuviera una Tokarev apuntándole a la nuca. El fotógrafo se había vengado con el mayor del Ejército soviético porque seguramente se había negado a pagarle las placas.

El coronel tenía ganas de hablar, yo de escuchar. Me recliné sobre el asiento de la limusina —mi puente de mando—, y dirigí la mirada hacia los soldados de la Guardia Real que realizaban su puntual relevo. La reina Sofía era muy respetuosa con las visitas de Estado —era una buena anfitriona en todos los sentidos—, lo que nos permitía tener mucho tiempo para que el coronel me contara las cuitas que su abuelo encontró cuando decidió refugiarse en el paraíso de los bolcheviques, patria de todos los comunistas.

—Yo no soy comunista, estoy más cerca de Rusia Unida, el partido de centro nacionalista y conservador del presidente Putin. Al comunismo se le acabó su tiempo, ahora Rusia debería pensar en pedir disculpas a los países que tuvo esclavizados con su política perversa.

—¿Su abuelo no se planteó volver a España?

—Nunca pudo salir de Moscú. Tanto él como su familia dejaron de ser rehenes del Estado soviético —el coronel hizo una pausa para darle sentido a lo que dijo a continuación—: Mi abuelo no le contó a la familia porque abandonó Cataluña en plena crisis de la Guerra Civil. Tampoco nadie de la familia tuvo la intención de preguntar.

El coronel bajó la cabeza. Miró la lujosa moqueta del Mercedes-Maybach S600. Pensó que si la limusina la hubiera diseñado un ingeniero ruso en lugar de moqueta de lana le hubiera puesto un vulgar felpudo de coco.

—Quizá no quiso volver por temor a la represión franquista —dije pensando que sería la razón que esgrimiría el coronel. Pero no, en su lugar dijo:

—Huyó de este país por miedo a la venganza de los que se sintieron por él perseguidos —el coronel hizo una pausa, no quería que las palabras se le atropellaran en la boca:

—»Mi abuelo murió comunista, pero arrepentido por las cosas inconfesables que hizo en este país contra sus enemigos de clase —nueva pausa—. Según los documentos de la NKVD, a los que he tenido libre acceso, mi abuelo perteneció al Comité de Milicias Antifascistas, responsable de implantar el comunismo libertario en Cataluña.

»Participó en el montaje de las terroríficas checas comunistas de Barcelona utilizadas por los partidos políticos y sindicatos para interrogar, juzgar y ejecutar a los enemigos de la Revolución proletaria. Tomó parte activa en la socialización y la incautación de los bienes de las empresas nacionales y extranjeras establecidas en Cataluña. Se colectivizó la producción industrial y las explotaciones agrícolas. Se confiscaron los bienes de la nobleza y la sociedad burguesa, así como la apropiación de sus residencias. Tomó parte activa en la represión de la Iglesia... y participó en torturas y ejecuciones.

—Con todo el respeto coronel su abuelo fue...

—¡Una joyita! Como dicen ustedes —me interrumpió y se lo agradecí.

Hacía un buen día. Soleado. Ideal para olvidar lo que el Gobierno republicano permitió hacer a los que justificaron sus acciones obedeciendo la voluntad del pueblo y la clase trabajadora. Una rapiña en la que ningún obrero o agricultor participó, ni tampoco recibió parte del botín.

No pasaron muchas horas para que el coronel tuviera la siguiente oportunidad para hablar de su familia y de su abuelo exiliado en Rusia. Fue durante la reunión en el Palacio de La Moncloa donde se reuniría el presidente Putin y parte de su comitiva con el jefe del ejecutivo, presidente del Gobierno y Secretario General del Partido Socialista Obrero Español. José Luís Rodríguez Zapatero. Hubo canapés y vino español y comentarios jocosos por la postura partidista y salida de tono de ZP durante el desfile del Día de las Fuerzas Armadas. La postura antibelicista y antiamericana que tanto daño causó a las relaciones de España con los Estados Unidos, pero que hizo feliz a los rusos que se divierten con los feos desplantes que se les hace a los altivos y arrogantes norteamericanos. El presidente ruso debía haberle propuesto para recibir una medalla.

El hotel Santo Mauro reponía dos veces al día el minibar de la limusina Mercedes-Maybach S660. Agua mineral Perrier, suficiente hielo. Cuatro termos de buen café colombiano. Té de una rara marca rusa. Y alcohol, sobre todo alcohol. Mucho alcohol. Durante el trayecto desde el hotel donde se hospedaban a La Moncloa los rusos dieron buena cuenta de las reservas de a bordo desapareciendo todo el vodka del minibar, la ginebra y el Jägermeister, licor de culto de los orgullosos alemanes al que los rusos se aficionaron durante su invasión a Berlín.

Habíamos dejado a la reducida comitiva del presidente Putin en el pequeño Palacete reservado para el Consejo de Ministros.

—Mi abuelo se formó de joven en Cataluña con la NKVD —dijo el coronel sentado en el asiento corrido de la zona noble de la limusina diseñada por Maybach con todo lujo de detalles y equipamiento puestos al servicio de los Mercedes Serie S660.

—»Cuando comprobó que la Guerra Civil estaba perdida tanto para la Generalitat, como para el Frente Popular, no lo dudó. Subió a un barco ruso con destino a la Unión Soviética, único lugar en el que no se sentiría perseguido por el fascismo que dejaba atrás. La invasión de Polonia por la Alemania nazi le obligó a alistarse como voluntario extranjero al Ejército Rojo en la II Guerra Mundial. Participó junto a grupo de exiliados españoles en la defensa del Kremlin y la Plaza Roja, aunque no llegaron a combatir porque los Panzer de la Wehrmacht se quedaron a las puertas de Moscú.

—»Sin embargo —continuó el coronel tras breve pausa—, sí participó en la voladura de los pozos de petróleo de Azerbaiyán para evitar que cayeran en manos del III Reich, además de llevar a cabo con la ayuda de otros camaradas españoles actos de sabotaje en Bielorrusia y Ucrania causando una cifra estimable de víctimas entre los alemanes y sus aliados. La NKVD le reclutó entonces para formarle más en serio en actos terroristas.

»Pronto alcanzó el grado de comandante y como pago a su rápido ascenso Lavrenti Pávlovich Beria, jefe de la Policía Política soviética y Mariscal de los Servicios Secretos de la Madre Rusia, le encargó la doble misión de asesinar al nazi Von Reitel, Comisario General alemán para los países bálticos, y secuestrar al comandante en jefe de la División Azul española.

—¡Vaya! Eso es nuevo para mí. Sabía que los divisionarios españoles llevaban el uniforme y las divisas de la Wehrmacht, pero no que los tenientes generales: Muñoz Grandes y Esteban-Infantes, hubieran estado en Rusia bajo el ojo del huracán de la terrible NKVD de Lavrenti Beria.

—Mi abuelo y cinco españoles del grupo «Guadalajara» se lanzaron en paracaídas en territorio enemigo. Fracasaron, no cumplieron con el objetivo. Interrogados en el edificio de la Plaza Lubianka se disculparon: «Al nazi no le encontramos. La División Azul se había marchado».

“Declaración a la española con la que justificaron su ineficacia, una disculpa simple inaceptable para el carácter alemán y peligroso en la Rusia de Stalin. Por menos eran fusilados o morían de hambre en el Gulag”

La torpeza que cometieron los refugiados españoles, que pidieron asilo político en la Unión Soviética, fue creer lo que el aparato de propaganda comunista utiliza desde la Revolución bolchevique de 1917 para el adoctrinamiento de los que deben profesar su fe en el Partido y en su propio Dios comunista.

La cúpula militar del Partido Comunista de España, que abandonó el país para autoexiliarse en Moscú, se dedicó al entrenamiento de partisanos en técnicas de sabotaje y organizar en Polonia al Ejército Popular del general Berling. La mayoría no llegó a combatir. Tres de ellos fueron distinguidos como generales del Ejército Rojo: Enrique Lister, Juan Modesto, y Antonio Cordon.

El comandante, que se había servido un resto de café con un ligero chorrito de vodka Putinka Classic, de la botella que se había librado del asalto al minibar de la comitiva rusa, dijo nostalgia:

—Mi abuelo perdió la confianza del Kremlin cuando fracasó en su misión de matar a Von Reitel. Todo se agravó cuando fue acusado de unirse al comandante Valentín González «el Campesino», en su rotunda negativa de ir a Yugoslavia a tomar parte en la limpieza étnica del genocida mariscal Tito.

—Y fue degradado —dije pensando en lo fácil que es caer en desgracia en un país comunista.

—Peor. Cometió otro error. Desvió la atención denunciando el plan de desertión y huida de «el Campesino» que fue capturado y condenado a trabajos forzados en las minas de carbón de Vorkutá, en el Círculo Polar Ártico.

—¡Vaya! —con camaradas así, para qué buscar a un caballo que te de una coz.

—Él también recibió su castigo. Fue enviado a los terroríficos campos de trabajo como comandante de la Guardia de control y represión del Gulag.

El coronel miró a un punto perdido buscando las palabras precisas, después continuó:

—»Mi abuelo fue un fervoroso ateo que no creía en Dios, pero murió rogando su perdón por los actos de violencia cometidos en los «trituradores de carne», como se conocieron los campos de trabajo del Gulag durante la dictadura de Stalin.

—Hace años estuve varias veces a Berlín —dije dejando a un lado el vaso de cristal en el que había tomado café preparado por el hotel—. Los visitantes de aquel enclave tan especial compraban gorros militares con la estrella roja, o el escudo con la hoz y el martillo. Los mismos que jamás comprarían un gorro similar con la esvástica de la Alemania nazi. La elección es elocuente: Mientras que el símbolo del holocausto nazi espanta, el símbolo que representa el horror soviético no se toma en cuenta.

—La anécdota es significativa, se retrata en ella la indiferencia ante el fenómeno más estremecedor del siglo XX llevado a cabo por el Estado Soviético —dijo el coronel mostrando una sincera actitud de tristeza y vergüenza.

“Bertolt Brecht: el poeta, autor e intelectual alemán que se declaraba tan comprometido con las causas sociales decía sobre las víctimas del Gulag:

«Cuanto más inocentes son, más merecen morir».

Este comunista convencido recibió el Premio Lenin de la Paz y una residencia burguesa en la RDA... tras el muro de Berlín”

Vladimir Ilich Uliánov —camarada Lenin por esa inclinación de la izquierda hacia los apodos—, impuso a sus compatriotas rusos una «dictadura totalitaria» hecha a su medida. Sin embargo, el triunfo de la Revolución pasaba por hacer desaparecer a todos los «enemigos de clase» del proletariado: la familia imperial y toda la nobleza rusa, los banqueros, comerciantes, empresarios, terratenientes, burgueses, clérigos, empleados públicos, militares y policías leales al zar, homosexuales, prostitutas y el resto de escoria innecesaria en una sociedad pura, como debe ser la sociedad marxista.

Para librarse de tan «pesada carga» Lenin fundó el GULAG, una malvada red de campos de trabajo y exterminio que debían cumplir con dos funciones: Producir para el Estado a coste casi cero. Eliminar a sospechosos y enemigos del marxismo-leninismo.

Al no ser autosuficientes los campos de trabajos forzados de la URSS resultaban antieconómicos, así que el Estado soviético se vio obligado a subvencionarlos. Los condenados eran torturados y lo fueron incluso durante su transporte inhumano hasta el Gulag. El sadismo de las torturas estaba en manos de los guardias asistidos por los presos comunes más violentos y sanguinarios. Eran violadores de los derechos humanos que sabían que no serían castigados por sus barbaridades. Ni por sus abusos sexuales.

Existía la tortura psicológica dirigida por sarcásticos carteles clavados en la puerta de los barracones: «Con el trabajo pagaré mi deuda a la patria» «El trabajo en la URSS es cuestión de honradez» «Libertad mediante el trabajo». Los «trabajadores» eran segregados por categorías con su ración de comida correspondiente. Con ello la dirección del Gulag decidía quien debía vivir o morir.

A los condenados se les mataba de hambre para mantenerles bajo control. Las raciones de comida eran tan insuficientes que existía la prostitución entre los internos. Hombres, mujeres, incluso en los tratos se incluía a los niños. La desesperación hacía buscar comida como fuera. El robo era lo más habitual, pero los ladrones debían cuidarse de robar pan porque robar pan era considerado un delito grave en el Gulag y se castigaba con la muerte por apaleamiento.

Además de soportar inacabables jornadas de trabajo los condenados debían soportar el sadismo de los represores guardias del Gulag que repetían hasta la saciedad:

«No necesito tu trabajo, necesito que sufras».

A fuerza de castigos los presos eran obligados a ser dóciles y sumisos. Los guardias ejercían sobre ellos una brutalidad extrema, incluso les disparaban si no cumplían con el trabajo o desfallecían durante las marchas. En ocasiones los guardias les alentaban a fugarse simulando una falsa amistad, para luego asesinarles durante el intento. Los guardias recibían suplementos de paga y más días de vacaciones si abortaban una fuga. Stalin, que desarrolló hasta la náusea el culto a su persona, no permitía que su imagen estuviera presente en los campos de trabajo del Gulag, los condenados eran enemigos del pueblo y no tenían derecho a mirar a su todopoderoso «jefe». Los considerados muy sumisos y trabajadores recibían de regalo una agenda con frases escritas por el mismo Stalin, padre de todos los comunistas: ¡El laborioso debe sentirse libre! ¡Los que trabajan duro, y entregan todo lo que pueden dar a la patria, son héroes!

Sin hacer caso de cifras —sujetas a interpretaciones ideológicas—, veintinueve millones de rusos fueron condenados a muerte o esclavitud durante la dictadura de Lenin y dieciocho durante la etapa de Stalin. Los obreros-esclavos del Gulag estaban sujetos al plan «Tanto trabajas tanto comes» que mataba de hambre a los más débiles. Los planes de crecimiento industrial y la explotación de regiones improductivas llenaron de presos políticos el Gulag. Buena parte eran «kulaks», término despectivo del lenguaje político soviético para los terratenientes de la Rusia Imperial que contrataban trabajadores. Eran propietarios de grandes extensiones de tierra y se negaban a la colectivización de sus propiedades... por tanto «enemigos del pueblo».

El Belomorkanal, principal capricho de Stalin fue construido en dos años con ciento setenta mil «trabajadores de choque» del Gulag. Las obras del canal que comunicaba el mar Blanco con el Báltico fueron ejecutadas de forma rudimentaria en jornadas de veinte y treinta horas. Sin descanso. A cambio de más y mejor comida, ropa de abrigo eficaz y reducción de pena de los condenados. Según los críticos durante las obras del canal murieron veinticinco mil trabajadores de hambre y frío.

La cifra puede ser tan creíble como los muertos en las obras del Valle de los Caídos denunciada como el capricho de Franco. Según el Partido Comunista de España fueron más de veinte mil los que dejaron allí su vida. Sin duda es un claro error de cálculo porque la cifra de obreros empleados por las empresas contratadas por el Estado para la construcción del Valle de los Caídos nunca fue mayor de dos mil seiscientos.

Sólo un diez por cierto —que arroja la cifra aproximada de doscientos sesenta obreros—, eran presos. No sólo presos políticos, también había presos comunes. Todos ellos trabajaban por un sueldo y la reducción de pena.

El Gulag también utilizaba condenados para extraer oro en Kolima y carbón de las minas de Vorkutá, además de la construcción de carreteras, tendidos del ferrocarril, el Metro de Moscú, la producción de ladrillos y la extracción de madera de los bosques de Siberia. Por decreto de la NKVD esposas e hijos de los considerados «enemigos del pueblo» eran también arrestados. Familias enteras fueron condenadas. Las mujeres, poco rentables por su poca adaptación al trabajo, se les castigaba con la negación de higiene y humilladas en los días de menstruación. Era frecuente que una mujer se «dejara hacer» a cambio de ropa o comida. Buscaban el embarazo para librarse de los destinos más duros, se automutilaban, o provocaban el aborto para ser hospitalizadas y conseguir una ración mayor de comida que las mantuviera con vida.

Stalin puso en marcha un Gulag sólo para menores. Los «niños de la guerra» españoles enviados por sus padres a Moscú para librarles del franquismo fueron internados a su llegada en el Gulag de Kolima. Para el Gulag de menores los niños no contaban. No eran rentables. Eran maltratados, no recibían atención médica y en ocasiones servían como mercancía sexual.

Stalin aprobó una orden de «condena complementaria» para que ningún preso que hubiera cumplido su condena abandonara el Gulag durante la invasión de Rusia por la Alemania de Hitler. Para reducir aún más los gastos y subvenciones aprobó reducir la comida y ampliar las horas de trabajo. Los «recortes» rebajaron las posibilidades de higiene, abrigo y asistencia médica profesional.

Volvamos a las cifras. Según los críticos pudieron morir durante la invasión alemana más de dos millones de presos a causa del hambre, frío, enfermedad, agotamiento, negación de higiene, asistencia médica, o simplemente asesinados por revelarse contra la situación. Terminada la Segunda Guerra Mundial entre cinco y seis millones de soviéticos fueron obligados —aunque se resistieron para no hacerlo— a regresar a Rusia. Acusados de espías o antisoviéticos, parte de ellos fueron fusilados y el resto confinados en los campos de trabajo del Gulag. Los «vlasovitas» —soldados del Ejército Rojo al mando del general Vlášov que se rebelaron contra Stalin—, fueron ametrallados mientras bajaban del tren.

En 1948 Stalin creó en los lugares más inhóspitos «campos de destino especial» para presos políticos enemigos del pueblo soviético: trostkistas, eseritas, mencheviques, blancos nacionalistas, diversionistas ideológicos y sobre todo zaristas.

Un cuarto de millón de presos políticos a los que se les grababa un número en la frente, pecho y espalda para ser identificados y soportar duros regímenes de esclavitud. Tenían prohibida la comunicación con el exterior. La alimentación era mínima, la ropa de abrigo muy mala y la asistencia sanitaria casi inexistente. Mucho murieron.

Por las plegarias de los condenados que creían en Dios Stalin murió en 1953.

Lavrenti Beria, jefe de la policía y los servicios secretos de la NKVD asumió el poder del Gulag tras la muerte de Stalin. Como hombre de confianza participó en las purgas del dictador soviético y fue responsable de la represión en los campos de trabajo. Arrepentido de la violencia cometida contra el pueblo soviético trató de demostrar al Kremlin que el Gulag era antieconómico por el elevado coste en subvenciones que tenía que aportar el Estado y la ineficacia del trabajo esclavo masivo. Los trabajadores libres resultan más productivos. Suspendió obras que debían realizarse con mano de obra del Gulag. Consideró que de los dos millones y medio de condenados disponibles en los campos de trabajo más de un millón no debían estar allí desde mucho tiempo atrás. Liberó entonces a mujeres embarazadas, o con hijos menores presos del Gulag, a los ancianos, y los enfermos incurables. Prohibió las torturas en el Gulag. Frenó la sovietización y rusificación de Ucrania occidental y las Repúblicas bálticas llevadas a cabo por Stalin y Nikita Jruschov.

Dos meses después de ocupar el cargo declaró su intención de liquidar el sistema de trabajo forzado en el Gulag por considerarlo ineficiente y sin perspectiva.

Jruschov le mandó arrestar y le ejecutó en nombre del pueblo soviético.

Con Nikita Jruschov se restablecieron los trabajos forzados en el Gulag. La libertad anticipada se concedía mediante la dura intensificación del trabajo del condenado. Ordenó el desmantelamiento de los «campos de destino especial» para presos políticos porque era más fácil que él mismo terminara allí; que jugando como ala-pívot en un equipo de baloncesto... era bajito.

Jrushov fue depuesto en 1964. Su puesto lo ocupó Leonid Brezhnev. Durante la dictadura Brezhnev se hicieron famosos los campos de trabajo de Perm y Mordovia, allí los condenados se automutilaban para ser ingresados en el hospital y recibir una ración de comida suficiente para poder sobrevivir.

Tanto Yuri Andropov, como Konstantin Chernenko, continuaron con la perversa política represiva de Brezhnev.

No fue hasta la llegada de Mijaíl Gorbachov que llegó por fin la disolución definitiva del Gulag. El Premio Nobel de la Paz de 1990 —nieto de antiguos «enemigos del pueblo soviético» que fueron detenidos, torturados y esclavizados por el Estado estalinista—, puso en marcha el proceso de rehabilitación de todos los condenados y liberó a los presos políticos.

—No sólo en Rusia camparon a sus anchas los depredadores —dijo el coronel removiéndose en el asiento de la limusina Mercedes-Maybach S600—. Los alemanes del Este convirtieron los campos de exterminio nazi de Buchenwal y Sachsenhausen en campos de trabajo soviéticos.

—En el Berlín Este decían sentirse orgullosos de haber reconstruido la ciudad apartando los escombros con sus propias manos —dije viendo como un grupo de escoltas y conductores oficiales miraban a la limusina con curiosidad. Los coches oficiales son muy austeros. No disponen de minibar.

—Hasta 1950 tras el Muro instalado por la RDA hubo un cuarto de millón de condenados —convino el comandante—. Fueron ellos los encargados de apartar los escombros. Muchos presos murieron en la República Democrática Alemana y los que sobrevivieron fueron trasladados a la URSS donde siguieron trabajado como esclavos en el Gulag.

»En Checoslovaquia extraían el uranio con el que la URSS cumplía con su programa nuclear. También existió el Gulag en Polonia, Hungría y Bulgaria. En Rumanía el control de los campos de trabajo esclavista estaba a cargo de la «Securitate» que se destacó por ser una de las fuerzas policiales políticas y secretas más brutales del mundo.

»Se emplearon presos rumanos en la construcción del canal Danubio-mar Negro, proyecto tan mortífero como económicamente inútil. Se registraron unas doscientas mil víctimas. Los campos de esclavos de Rumanía desaparecieron en 1989 con la caída de la dictadura comunista. El presidente de la República Socialista de Rumanía y secretario general del Partido Comunista rumano Nicolae Ceausescu presumía con estas palabras:

«El canal del Danubio al mar Negro fue la tumba de los burgueses rumanos».

En 1989 mandó disparar contra la población civil que se manifestaba contra su política genocida. Fue la Securitate, su misma policía represiva, quien le entregó al ejército rebelde. Él y su esposa fueron acusados de genocidio contra el pueblo rumano y fusilados. Nicolae Ceausescu murió cantando «La Internacional».

Otras dictaduras comunistas copiaron el sistema soviético del Gulag. En la China de Mao existía el «Laogai» que significa «reeducación mediante el trabajo». Había mil agujeros negros del «maoísmo» donde no había «condenados», sino ciudadanos de la República Popular cuya creencia en el marxismo flojeaba y debían ser «reeducados» bajo la completa sumisión.

En la República Democrática Popular de Corea del Norte el dictador Kim Il-sung puso en marcha el «Kwan-li-so», donde los guardias eran entrenados para tratar a los presos como subespecie humana. Allí se deportaba a los acusados por «ofensas políticas» o «deslealtad a las autoridades» junto a toda su familia sin pasar por un juicio. Las condenas eran perpetuas para todos. Los campos de trabajo aún pueden encontrarse en las zonas montañosas aisladas del mundo exterior. No se permiten visitas. Se sabe que existen por las imágenes de los satélites, los militares que desertaron y algún preso que consiguió escapar con vida. Los condenados trabajan en la agricultura y la minería en condiciones inhumanas hasta que mueren. Reciben nimias raciones de comida y la ropa la llevan hecha girones. Los niños luchan desesperados por conseguir una semilla entre el estiércol de las vacas.

Occidente sigue ignorando la bula otorgada al comunismo que ni mucho menos es divina, por su condición de ateos.

—Por la NKVD sé que los españoles capturados por el Ejército Rojo durante la invasión alemana fueron tratados como espías y conducidos a los campos de trabajo. Parte quedaron enterrados en la nieve durante las marchas. Lo curioso es que entre ellos estaban los socialistas y comunistas que se alistaron a la División Azul para conseguir llegar a Moscú y pedirle asilo político a Stalin

Dejamos un momento el aparcamiento de los coches oficiales y el comandante y yo entramos en el Palacete del Portavoz del Gobierno. La limusina Mercedes-Maybach S600 está equipada con todo detalle, pero le falta un baño alicatado hasta el techo. Bajamos hasta los servicios disponibles en la planta menos-uno y lavándonos las manos, como es preceptivo, un ordenanza uniformado a disposición del Palacio le espetó al coronel en plena cara «¡Salud Camarada!» añadiendo el gesto anacrónico y agresivo puño en alto del triunfalista rojo de izquierdas que parece simular que atrapa una mosca en el aire y no está dispuesto a soltarla.

—Ese tipo qué es, ¿estúpido? —preguntó el comandante con mirada reprobatoria.

Yo sabía que esa forma de saludo no le gustaba al comandante del Ejército de la Federación Rusa porque, ni era, ni se sentía comunista.

—Discúlpele coronel —contesté—. Es uno más de los muchos errores extendidos por los nostálgicos de este país.

Salimos del Palacio del Portavoz justo a tiempo para escuchar la llamada por altavoz de Protocolo indicándonos que debíamos volver al Palacete del Consejo de Ministros. La comitiva motorizada junto a la limusina del presidente Putin se puso en camino.

El presidente ruso volvía a su residencia del Palacio Real de El Pardo.

La limusina Mercedes-Maybach S600 se encargó de llevar a su residencia del Hotel Santo Mauro a dos ministros que por los comentarios que hicieron durante el viaje de vuelta la recepción había sido... divertida... así lo hizo ver el comandante mirándome con amistosa complicidad.



«No se nace mujer, se llega a serlo»

Sentencia que pertenece a la feminista y filósofa existencialista Simone Beauvoir. Fue pareja sentimental del también filósofo existencialista Jean-Paul Sartre.

La ideología de género impuesta en España por el feminismo radical —apoyada por el pro-feminismo político de la izquierda progresista—, ha colocado al país ante las puertas del fin del dualismo sexual. Los seres humanos dejarán de ser masculinos o femeninos para convertirse en otras cosas más. Destruir el binomio hombre mujer es la última versión de corrección política con la que se pretende que el individuo elija su propia identidad de género y orientación sexual, con independencia de la biología. Esta ambigüedad me llevó a ignorar el participio activo del verbo ser cuando le dije a quién disputaría la presidencia de Chile al democristiano de centroderecha Sebastián Piñera Echenique: «No tengo duda que su próxima visita a España lo hará como «presidenta» de la República de Chile, señora Bachelet».

Si para la Real Academia de la Lengua Española la palabra «presidenta» es correcta lo acepto. Como aceptaré si los ilustres académicos deciden que diga «cantanta», si la persona que canta es mujer, o «caca» en lugar de «caco», si el ladrón es una mujer.

Resulta inquietante que la ideología de género se haya impuesto de esta manera en el país. Para Michelle Bachelet, que sería elegida «presidenta» de la República de Chile, José Luís Rodríguez Zapatero era su modelo ideal de presidente. Su admiración se debía a que desde su despacho del Palacio de La Moncloa se había convertido en el principal exportador de los derechos de la mujer y la igualdad de género.

“Durante el gobierno socialista el presidente Zapatero fue quien más millones de euros aportó al comprometido proyecto ONU-Mujeres presidido por Michelle Bachelet. Como compensación a las abultadas subvenciones recibidas la señora Bachelet se rodeó de feministas y mujeres exministras del Gobierno socialista del señor Zapatero”

El gato seguía allí, sobre la valla. Miraba a un pájaro que iba de un lado a otro buscando un insecto que llevarse al pico, o una miga de pan como acertado sustituto.

Estaba en el despacho del «gran jefe vasco» que echaba espuma por la boca porque hacía unas horas que unos chinos le habían robado una furgoneta de lujo Mercedes de la serie Viano en la puerta del hotel Ritz con el conocido truco:

«Puede decirme dónde está el Museo del Prado»

Además, se habían llevado los equipajes de seis influyentes y millonarios clientes del hotel Ritz. Una buena cantidad de euros en el mercado de segunda mano. Con su venta los chinos tenían suficiente para montar un restaurante, o un bazar de todo a un euro.

Tenía la orden que me había entregado el jefe de tráfico: estaría diez días a disposición de Verónica Michelle Bachelet, exministra de Salud y de Defensa Nacional de la República de Chile durante la etapa del socialista Ricardo Lagos Escobar.

La señora Bachelet sería junto a otros tres candidatos, «candidata» a la presidencia de su país en diciembre de 2005, aunque era el conservador Sebastián Piñera Echenique quién tenía más posibilidades de impedir su llegada a la presidencia, y así me lo hizo saber la señora... «Candidata».

—En esta ocasión será doble su responsabilidad porque no llevaran escoltas —dijo el «gran jefe vasco» como si me mandara al frente armado con un tirachinas—. No creo que sufran ustedes un atentado o ataque alguno, la señora Bachelet es socialista. Otro caso sería si se tratara del señor Piñera, que además de ser de derechas, es dueño de una de las mayores fortunas del país; por tanto, para la izquierda, un enemigo del pueblo.

Al «gran jefe vasco» se le notaban sus preferencias. Estaba claro ¡Adoraba el dinero! Y no se le podía tener en cuenta lo que había dicho de manera intencionada porque unos chinos le habían robado una Mercedes de lujo nueva y, para él, todos los chinos eran comunistas... o se hacían los comunistas.

La señora Bachelet se hospedada en una exclusiva suite del hotel Ritz, una empresa multinacional española del sector de la energía pagaba sus gastos. Le acompañaba como secretario y consejero don Ricardo Lagos Weber, hijo del presidente Lagos, un tipo comprometido con la candidatura de su compañera de ideología, la doctora Michelle Bachelet. Durante los diez días que fui el conductor de la limusina que les habían puesto a su disposición la empresa energética las relaciones fueron muy cordiales, aunque siendo sincero les confesé que, dejada atrás mi etapa de juventud irreflexiva, no había vuelto a votar nunca más a la izquierda.

—Pueden solicitar otro conductor de perfil ideológico más cercano al suyo. No deseo que se sientan incómodos —me ofrecí.

—De ninguna manera» —dijo la señora mostrando una franca sonrisa—. Me gustan los que se mantienen firmes ante los ideales. Aunque no giren en torno a los míos.

Cuando les dejé en el aeropuerto terminada su visita el señor Lagos me dio un billete de cien dólares americanos. Los chilenos no son rusos, sus propinas son más de corte sudamericano. Además, la señora Bachelet tuvo el detalle de regalarme una botella de vino de cosecha especial creada por su bisabuelo, el enólogo de origen francés Germain Bachelet. Le dije a la señora que la abriría para celebrar su victoria. Le di suerte. Acerté.

La apretada agenda de visitas y reuniones de los políticos chilenos me sorprendió por su poco interés por la política económica. Todas sus visitas o reuniones se centraron sobre temas del bienestar y políticas sociales desarrolladas por el Gobierno socialista de José Luís Rodríguez Zapatero. Una de las visitas recomendadas por la sede del PSOE fue a un colegio especializado en la educación de niños sordomudos, donde la señora Bachelet fue informada que la LSE —Lengua de Signos Española—, es diferente a la utilizada en otros países. Como curiosidad, en su afán por demostrar al mundo su hecho diferencial, Cataluña tiene su propio idioma de signos.

A la señora Bachelet le preparó el programa de visitas doña Trinidad Jiménez: secretaria de Relaciones Internacionales del Gobierno socialista. En su primera visita a la calle de Ferraz, donde el Partido Socialista Obrero Español tiene su sede federal, la señora Jiménez se retrasó un poco... dos horas.

A la ilustre invitada le ofrecieron café y el último número de la revista Vogue, a la que estaban suscritas las ministras socialistas desde que dejaron colgada de una percha la chupa de cuero, signo de identidad de las juventudes del Partido. Muy identificadas las damas de Ferraz con la moda todas tenían su propio apodo en las boutiques de Serrano. La señora Fernández de la Vega, vicepresidenta del Gobierno socialista, era conocida como la «vice-vogue».

Para el socialismo chileno el acontecimiento más importante ocurrido en su país fue el genocidio perpetrado por el golpe de Estado militar del once de septiembre de 1973 que puso fin a la democracia aniquilando la voluntad del pueblo y la clase trabajadora. Para la izquierda internacional Salvador Allende fue el «Mesías» que puso fin al capitalismo burgués y la opresión del imperialismo de los Estados Unidos:

Con sus discursos incendiarios el señor Allende quiso mostrar a la sociedad de su país una imagen imaginaria de poder y riqueza que estuvo muy lejos de llegar a ser:

«Mi tarea compañeros será llevar a la práctica la vía pacífica que lleve a Chile hacia el marxismo-leninismo. El socialismo pondrá en marcha nuevos modelos de Estado capaces de intervenir la economía y la propiedad privada.

»Os prometo compañeros que como presidente acabaré con el Estado burgués y su constitución imperialista. Mi gobierno socializará las bases económicas inservibles para la construcción del socialismo.

»Sí compañeros, controlaremos la sociedad y la propiedad privada. Acabaremos con sus medios de producción. Será el fin de la clase dirigente y el capitalismo burgués».

Discurso populista con el que justificó la socialización, colectivización forzosa, expropiación, nacionalización y el desfallo de las arcas del Estado. Además, puso en marcha un programa de control de precios, salarios y la devaluación de la moneda nacional, con lo que consiguió un aumento sin límite de la deuda pública.

La imposición radical de su programa inspirado en la Unión Soviética llevó a Chile al caos económico y social. Llevó al país andino a la quiebra total.

Tan cegado estaba por el marxismo-leninismo que ponía como ejemplo a la Cuba del camarada Fidel levantando el pecho orgulloso:

«El pueblo cubano conoce y sufre el racionamiento. Hoy en Cuba se raciona el azúcar, pero en ocho o diez años Cuba será el país con más alto nivel social de toda Latinoamérica».

Como futurólogo el señor Allende fue un desastre. Con la política marxista-leninista de los hermanos Castro Cuba nunca dejó de ser uno de los países más pobres y oprimidos del mundo. Todo un ejemplo.

Según Lenin, el intelectual y revolucionario padre del leninismo:

“«¡Los intelectuales no son el cerebro de la nación, son la mierda de la nación!» Reflexión filosófica poco acertada si se tiene en cuenta que los tres intelectuales más importantes del siglo XX fueron: Gandhi, Lenin y Mao”

Decir democracia «mola». Decir dictadura «no mola». La democracia «mola», por eso la izquierda se la disputa a la derecha y pretende quedársela en propiedad. Otra cosa es la dictadura, la dictadura no «mola». La dictadura marxista es la mayor expresión del proletariado. Cantarle himnos a la democracia es poético, seduce y produce votos.

Los que utilizan la palabra «democracia» como bandera no deberían ignorar que la democracia no es nacionalizar, socializar, confiscar, ni manejar de manera irresponsable la parte productiva de un país. Allende lo ignoró. Para que la clase popular creyera en el milagro socialista Salvador Allende elevó los sueldos un veinte y un treinta por ciento. Fue una ilusión artificial. La inflación canibalizó la subida de los sueldos y redujo el poder adquisitivo de los trabajadores que habían recibido con ¡vivas al socialismo! la mejora de salarios.

Resultado: los pobres fueron más pobres porque los precios alcanzaron tasas desconocidas hasta entonces y el mercado negro se disparó. Además, el PIB cayó como un castillo de naipes, las Reservas se desplomaron y el Estado entró en recesión. El marxismo-leninismo impuesto a toda la sociedad chilena por el señor Allende destruyó la economía.

El Gobierno socialista se lanzó a la loca carrera de la emisión inorgánica de dinero para financiar el gasto público. El «milagro» llenó de dinero los bolsillos, pero poco había que comprar porque el expropiado aparato productivo del país se había colapsado.

Todo fue a peor cuando los obreros revolucionarios ocuparon las empresas para que el Estado las nacionalizara, medidas que no consiguieron otra cosa que paralizar la economía. La inflación sobrepasó la cota del mil por ciento. La distribución y los precios de los productos básicos tuvieron que ser controlados por el Gobierno por medio de cartillas de racionamiento. Como hizo Fidel Castro en Cuba. Cartillas que con prioridad recibían los afines a la causa socialista. Comprar sin cartilla suponía soportar colas interminables. Los populismos traen desastrosas consecuencias a quienes esperan los milagros que no suelen estar a la altura de los que se confiesan agnósticos o ateos.

“«El socialismo es la filosofía del fracaso, el credo a la ignorancia y la prédica a la envidia. Su virtud inherente es la distribución igualitaria de la miseria» (Winston Churchill)”

—En mi país sufrimos ahora tiempos complejos para las ideas y los valores progresistas, pero Chile no sufrirá otro «once de septiembre» —dijo el señor Lagos mientras tomábamos el café que nos habían ofrecido en la sede de Ferraz

—Iniciada la marcha sobran las discusiones ¡Silencio, oradores! tiene usted la palabra camarada Máuser —recité saboreando el café, sin duda mejor que el café servido por las máquinas expendedoras en sus vasitos de plástico.

El señor Lagos dejó a un lado la taza de café con el movimiento del padre que cerrando la biblia dice a sus hijos que Nerón arrojaba cristianos a los leones en lugar de darles pienso compuesto para mascotas.

—Como les ocurrió a ustedes en 1936 el pueblo chileno fue arrollado por el militarismo loco y genocida de un caudillo fascista, dictador y asesino que derrocó a un presidente elegido por sufragio. La derecha imperialista burguesa y antimarxista violó sistemáticamente los derechos humanos durante diecisiete años. El «pinochetismo» creó la DINA, una violenta, cruel y represiva policía política que se dedicó al exterminio, el secuestro, la tortura y el asesinato. El terrorismo de Estado llevado a cabo por Augusto Pinochet anuló toda oposición política a su régimen militar.

—Hasta que con la vuelta del socialismo se recobró la cordura — apostillé con una sonrisa.

—Con la vuelta al socialismo de la mano de mi padre, el presidente Lagos, Chile crece hoy con igualdad.

Por circunstancias de la vida que no pude controlar me convertí en un diligente conductor de limusina. Mi misión era girar a derecha, torcer a la izquierda, dar marcha atrás y cruzar correctamente las rotondas. Las dictaduras me dan escalofríos, las dictaduras del proletariado me producen terror.

“La dictadura franquista no fue tan perversa como la dictadura pinochetista, tratar de compararlas sería una barbaridad. A pesar de sus dislates el franquismo se mantuvo a distancia de la dictadura del general Pinochet... y a colosal distancia de los líderes genocidas de las dictaduras comunistas”

En 1973 estuve en Buenos Aires y Santiago de Chile. Mi visita tenía dos motivos: hacerme unas fotos junto a los Moáis de la Isla de Pascua y dar unos cursos formativos a las grandes superficies implantadas en Chile y Argentina. Dos países que habían dado el primer paso para dejar atrás la distribución de la época colonial.

Tres meses atrás —durante el asalto y bombardeo del Palacio de la Moneda— había muerto Salvador Allende, terrible suceso que puso fin al Estado socialista y dio paso a la terrible dictadura de Augusto Pinochet. En cierto modo me sentí como en casa, Franco no había muerto pero su vida y la dictadura estaban llegando a su fin.

Junto al hotel en el que me hospedaba había un cine donde en la tarde del domingo colocaron los carteles de la película que pondrían el lunes para la siguiente semana.

Se trataba de un filma producido y protagonizado por Edwige Fenech, conocida en medio mundo por haber interpretado durante la década de 1970 numerosas películas que pertenecían al género de la comedia erótica italiana y despistado distribuidor había enviado la cinta y los correspondientes carteles cinematográficos con la señorita Fenech vistiendo un provocativo minishort. El cartel era atractivo. Sin duda. Sin embargo, al otro día cuando pasé por el cine vi que el cartel había sufrido una curiosa y «ligera» transformación: el propietario del cine le había encargado a un artista grafitero que tapara las piernas de la erótica italiana pintándole una falda hasta las rodillas y tapara su generoso escote con una banderita del Club Deportivo Colo-Colo. Medida que evitaba el cierre de la sala por la policía política del púdicio general Augusto Pinochet que no les quería dar motivos a los jóvenes muchachos capitalinos motivos para las posibles e incontroladas masturbaciones al discreto amparo de los portales frente al cine.

En eso había convertido el descontrolado Chile. En la reserva espiritual de la América Hispana... con tapón irrellenable.

El ambiente que se respiraba era discreto, pero flotaba en el aire el miedo de los perseguidos que temían las continuas violaciones de los derechos humanos. Por un lado se encontraban los que se consideraban víctimas de un genocida dictador y fascista. Por otro los que agradecían a la Junta Militar haberles salvado de caer en las garras del marxismo-leninismo importado de Cuba y la Unión Soviética.

La DINA (Dirección de Inteligencia Nacional) se encargó durante el período de la dictadura de la dura represión política pinochetista. La policía política del directorio militar de las redadas masivas, allanamientos y enfrentamientos armados.

La brigada Lautaro, la unidad de exterminio más cruel al servicio de Pinochet, estaba dedicada a la persecución sistemática de los opositores del nuevo régimen militar, al secuestro, la tortura y el asesinato al amparo del toque de queda decretado por la Junta Militar.

Doscientos mil exiliados huidos de la ira de la dictadura de Pinochet se encargaron de informar a la opinión pública internacional sobre la macabra Caravana de la Muerte, comitiva que recorría todo el país andino para verificar y agilizar las ejecuciones sumarias de los políticos detenidos por la Junta Militar. La «Caravana» fusilaba y hacía desaparecer los cuerpos arrojándolos al mar, o los enterraba entre cal en lugares sólo conocidos por los militares. La mayoría de los cuerpos nunca aparecieron.

Forman parte de la historia como «detenidos desaparecidos».

Entre los exiliados que contaron al mundo las barbaridades cometidas por Pinochet se encontraba precisamente Michelle Bachelet, la candidata a la presidencia de Chile que llevaba en la limusina Mercedes S600 de Ministerio en Ministerio del Gobierno socialista buscando más apoyos financieros que ideas para derrotar en las elecciones presidenciales de 2005 al candidato católico-liberal de centroderecha, Sebastián Piñera.

Según la doctora Bachelet su padre, general de la Fuerza Aérea chilena, no participó en el golpe de Estado de la Junta Militar y su «no alineación» le condujo a la muerte.

Alberto Bachelet Martínez, según la DINA, murió en la Cárcel Pública de Santiago tras sufrir un infarto severo de miocardio. Nadie dio a conocer las posibles torturas sufridas por el general durante los interrogatorios de sus propios compañeros de las Fuerzas Armadas.

Juzgado por un Consejo de Guerra fue acusado de traidor a la Patria y condenado por haber permanecido fiel al Gobierno socialista de Salvador Allende.

Ángela Jeria, viuda del general Bachelet y su hija Michelle, no fueron perseguidas al principio por la Junta Militar. Dos años después, en 1975, fueron detenidas por la DINA acusadas de militar en el proscrito Partido Socialista de Chile y conducidas con los ojos vendados al macabro centro de detención y tortura de Villa Grimaldi. Paso previo para ser conducidas al recinto de Cuatro Álamos. Allí los presos quedaban incomunicados con el mundo exterior. Nadie sabía en qué lugar se encontraban ni conocían la realidad sobre las personas que permanecían en el tétrico lugar. Los prisioneros llegaban con los ojos vendados y los liberados eran abandonados en la vía pública con las manos atadas a la espalda y la cabeza cubierta con un saco. Se sospecha que hubo más de cinco mil detenidos en los recintos de la DINA. Según algunas fuentes dieciocho políticos fueron ejecutados y doscientos once militantes de la izquierda permanecieron «eternamente desaparecidos».

Aún sin llegar al extremo de tortura que sufrieron los detenidos de la extrema izquierda revolucionaria, o los que militaron en los partidos que tras el golpe militar habían sido declarados proscritos, Ángela y Michelle Bachelet tuvieron que soportar las ofensas y los tratos vejatorios de los verdugos de la policía política del dictador.

Gracias a los contactos que Ángela Jeria mantenía con algunos destacados militares obtuvieron un permiso para partir hacia el exilio. Su primer destino fue Australia donde el hermano de Michelle residía desde 1969 y desde allí a la Alemania del Este donde Michelle continuó sus estudios de medicina y realizó trabajos para el Partido Socialista Unificado de Alemania.

Eliminando las interferencias que ofrece la distancia entre ambos continentes el director de marketing de la filial chilena de BDF Nivea AG —multinacional alemana en la que estuve diecisiete años—, me habló no sólo de las cruentas circunstancias del golpe de Estado militar que había sucedido tres meses atrás, sino también de la situación desesperada en la que se encontró al llegar a Chile. Desde el mismo día de su llegada él y su familia fueron perseguidos por el MIR por su asistencia a los oficios religiosos y su aparente forma de vida burguesa. En su casa pintaban esvásticas nazis y frases ofensivas que incluían amenazas de muerte.

“El Movimiento de Izquierda Revolucionaria —MIR— fue hasta 1973 que desapareció tras el golpe de Estado militar una organización paramilitar de extrema izquierda creada y apoyada por el Gobierno cubano del «camarada Fidel». Por medio de la lucha armada y revolucionaria los MIR pretendían instalar en Chile el Estado marxista-leninista amparado desde Rusia por la madre patria de todos los comunistas. Como principal objetivo tenían la intención de derrocar el sistema capitalista para ser reemplazado por un Gobierno sin Estado compuesto por obreros y campesinos. Garantía de una sociedad socialista perfecta libre de clases”

—Con el Gobierno de la Unidad Popular del señor Allende debía ir armado y tuve que contratar a dos escoltas para proteger a mi familia...

Dijo mi colega alemán sin ocultar que lo pasó muy mal durante la etapa de un Gobierno formado en 1970 por ocho partidos de izquierdas para cerrar el camino a los partidos liberales de la derecha conservadora y poner en marcha el experimento de creación de una Cuba andina.

—...Ahora no llevo pistola y mi familia no precisa escoltas. El nazismo desapareció en Alemania en 1945. Yo tenía entonces siete años. Por la edad era imposible que fuera nazi. Tampoco lo soy ahora que tengo treinta y cinco.

El Partido Socialista convirtió en viral el asalto y bombardeo del Palacio de la Moneda y la mitificada imagen del «compañero Salvador» vestido de paisano, con un casco mal ajustado sobre la cabeza y armado con un fusil de asalto soviético AK-47 Kalashnikov, que le había regalado su camarada cubano Fidel Castro.

—En mi país socialista y comunistas viven en la clandestinidad —dije—. Tienen en Allende su referente ideológico por ser el primer presidente marxista que llegando al poder mediante el voto popular estableció en Chile sin violencia el Estado socialista.

—El «compañero Allende» era racista y ante todo antisemita, agnóstico y masón. Se declaraba marxista-leninista y fervoroso devoto de Iósif Stalin. Admiraba como pocos al «camarada Fidel» —el alemán hizo una pausa para tomar aire y continuó—: Salvador Allende se presentó cuatro veces a la presidencia de Chile. En tres de ellas fue contundentemente derrotado. Sólo uniéndose a otros siete partidos de su mismo entorno ideológico consiguió llegar a la presidencia. Dejando de cosechar fracaso tras fracaso.

“La familia Allende eran de origen vasco y desde su llegada a Chile fueron miembros destacados de la burguesía y la aristocracia del país. El abuelo del doctor Allende fue un político radical y gran maestro de la masonería, como también lo fue su padre y el mismo. En 1933 presentó su tesis doctoral titulada «Higiene mental y delincuencia» sosteniendo que la delincuencia tiene orígenes genéticos. Defendía la predeterminación genética de los delincuentes. Consideraba a los «revolucionarios» sicópatas peligrosos que debían ser tratados como enfermos mentales. Propugnaba proceder a penalización de la transmisión de enfermedades venéreas y la esterilización de los alineados mentales”

—Curiosa imagen de alguien considerado por la izquierda internacional como el mesías salvador de las capas oprimidas —dije mostrando una ligera sonrisa.

—Su «no violencia» —continuó mi colega alemán—: fue organizar un movimiento obrero con él que confisco la sociedad productiva de este país. Eliminó los privilegios de la clase burguesa y socializó sus propiedades. Con su poco estudiado programa de reformas pretendió manejar los recursos económicos y estratégicos, no consiguiendo otra cosa que la quiebra total de la economía.

»El doctor Allende en sus populistas discursos hablaba abiertamente de descartar la vía electoral como método para llegar al poder. Proclamaba que las formas pacíficas o legales de lucha no conducen por sí mismas al poder y como presidente expresó su apoyo al MIR permitiendo la violencia guerrillera de la izquierda revolucionaria:

“«La violencia revolucionaria es inevitable y legítima, constituye la única vía que conduce a la toma del poder político y económico. Solo destruyendo el aparato democrático-militar del Estado burgués se puede consolidar la revolución socialista»”

—Bueno —dije como el que explica a su gato que hacer cuando el perro del vecino se caga en el felpudo de la entrada —. Fueron las urnas las que eligieron la vía del socialismo para terminar con la rancia oligarquía capitalista.

—Salvador Allende no llegó a la presidencia de Chile por haber conseguido la mayoría plural amplia del voto, sino por recibir el apoyo de los demócratas-cristianos en la sesión de investidura —aclaró el alemán.

—¡Eso sí que es nuevo! democristianos apoyando a un candidato que se confiesa agnóstico —dije abriendo los ojos como si hubiera visto a un musulmán comiendo jamón de Jabugo, y bebiendo «rebujito».

—Se trataba de arrojar del Gobierno a los conservadores de la derecha.

—Eso sí me suena, sí —reconocí—. Eso no es nuevo.

—El afán de Allende por convertir a todos los chilenos en marxistas-leninistas le hizo traicionar a sus socios violando sistemáticamente la Constitución —continuó el alemán—. Su continuo desprecio a los principios de la Carta Magna puso en guardia a los que no estaban dispuestos a tolerarlo...

—Entrando en escena los militares —sentenció.

—Allende amenazaba con usar la violencia contra los que se oponían a la transición de Chile hacia el socialismo. Con golpe de Estado del once de septiembre se recobró la pacífica línea de cordura...

—Línea de cordura, ¿o terrible represión? —le hice notar a mi colega alemán.

“El Golpe de Estado militar contra Salvador Allende puso fin a la tormenta política que dejó en Chile el marxismo-leninismo del Gobierno socialista. La Junta Militar presidida por Pinochet disolvió el Congreso Nacional. Declaró ilegal la coalición electoral de partidos políticos de la izquierda de Chile y detuvo a sus principales líderes políticos. Restringió los derechos civiles y limitó la libertad de expresión. Hubo un apagón cultural. Se puso en marcha la transformación económica política y social bajo los principios establecidos de la derecha conservadora neoliberal y anticomunista, eliminando el modelo de Allende que proponía un Gobierno marxista-leninista de obreros y campesinos. La Junta Militar confió en economistas formados en los Estados Unidos bajo la dirección del economista conservador y Premio Nobel de Economía, el estadounidense Milton Friedman, que hizo posible lo que se conoció en todo el mundo como el «Milagro de Chile»”

La conversación a bordo de una limusina nada tiene que ver con las conversaciones que puede escuchar un conductor de taxi. Principalmente porque rara vez una autoridad utiliza este servicio... salvo el presidente de Cantabria

Por la apretada agenda de trabajo la doctora Bachelet utilizó la limusina Mercedes S600 para ser entrevistada por los medios de comunicación afines a su ideología política. En ningún momento tuvo la intención de hablar con la prensa cercana a la derecha liberal o conservadora. Por sus ambiguas respuestas pude comprobar que la doctora Bachelet en económica se encontraba a la altura de un médico residente de primer año al que sólo se le permite recetar supositorios. El Mercedes S600 se dio cuenta también, pero no me dijo nada. La aspirante socialista a la presidencia de Chile no se cansaba de alabar al exitoso Gobierno socialista de José Luís Rodríguez Zapatero y confesó que Felipe González fue el único y principal artífice de la andadura que la España moderna inició en 1982 tras liberarse de la dictadura franquista.

Jordi Sevilla, ministro de Administraciones Públicas del Gobierno Zapatero, la recibió en el Palacio de Villamejor y a la salida una joven periodista del El País dijo que estaba allí para entrevistarla. La señora Bachelet dijo que contestaría a sus preguntas mientras nos dirigíamos al hotel Ritz, donde ella y el señor Lagos tenían un almuerzo de trabajo. La periodista estuvo encantada, nunca había tenido la oportunidad de hacer una entrevista en una limusina, así que aceptó el reto... y una coca-cola light del minibar.

—Según la prensa de mi país con la muerte del dictador los españoles se convirtieron en los «alemanes del sur» —dijo la doctora Bachelet a la joven periodista de El País que tomaba notas sentada frente a ella en la limusina Mercedes S600—. Felipe González tuvo la capacidad para poner en marcha este país que durante tantos años estuvo paralizado por la genocida dictadura franquista.

Dijo la señora Bachelet a la vez que salíamos del Palacio donde estuvo la Presidencia del Gobierno hasta que —precisamente un par de meses después de la muerte de Salvador Allende, en 1973—, la izquierda abertzale hizo volar por los aires con un potente explosivo al almirante Luís Carrero Blanco, presidente del Gobierno franquista.

Para la izquierda internacional el presidente Allende fue un mártir de la democracia, el presidente Carrero no. No podía ser considerado un mártir de la democracia porque no había sido elegido por sufragio, sino nombrado a dedo por el dictador.

Según dijo un líder comunista, que tras la muerte de Franco ocupó un escaño en el Congreso de los Diputados: «Carrero muerto, abono para mi huerto».

El Palacio de Villamejor está situado a la entrada del Paseo de la Castellana, junto a la Plaza de Colón. A la doctora Bachelet le hizo gracia la escultura de Fernando Botero: una señora gorda desnuda y tumbada con despreocupación sosteniendo en su rolliza mano un espejito. La estatua de Colón se ruboriza cuando mira a esta Venus de bronce enseñando sin pudor su orondo trasero, así que el descubridor de las Américas desde el alto de su pedestal señala con el dedo hacia otra dirección para no escandalizar a los puritanos y piadosos madrileños de a pie. La doctora Bachelet no hizo ningún comentario, a pesar de estar muy comprometida con la igualdad de género y el empoderamiento de la mujer, simplemente se limitó a sonreír y tras un corto sorbo de agua mineral carbonatada de la marca Perrier, añadió:

—De la mano de los socialistas España pudo dejar atrás el aislamiento internacional que padecía desde 1945. Con la estabilización y su estrenada democracia este país pudo por fin recuperar el crédito perdido. Felipe González puso a disposición del Estado las costosas inversiones precisas para modernizar las infraestructuras tercermundistas que sufrió este país durante cuarenta años. Se comprometió además organizar la Exposición Universal de Sevilla y los Juegos Olímpicos de Barcelona de 1992, dos acontecimientos que ningún otro país se había planteado celebrar en el mismo año.

“La joven periodista de El País tenía cintura de becaria. No estaba preparada para decirle a la señora Bachelet que España no volvería a tener el dinero ni la oportunidad para organizar en el mismo año otra Olimpiada, y mucho menos junto a una nueva Exposición Universal...

A no ser que España encontrara petróleo en el desierto de Almería”

¿Que el Gobierno socialista de Felipe González pudo hacerlo? Sí, que lo hizo, sí.

Pero pudo hacerlo porque con la dictadura franquista España ocupaba la posición del segundo país menos endeudado del continente europeo. Inmediatamente después del pequeño país de Luxemburgo. ¡España tenía toda la capacidad de crédito disponible!

Los Gobiernos democráticos que llegaron después: centro, centroderecha y, sobre todo, los de la izquierda socialista, fueron culpables de meter a España en la senda del endeudamiento desenfrenado. Hipotecando sin remedio a las tres próximas generaciones de españoles. Acumulando la deuda insostenible que según los expertos es impagable.

Cuando Felipe González conoció las cifras de lo que costaría organizar la Olimpiada de Barcelona y la Expo 92 de Sevilla. No se asustó.

Sin duda fue debidamente informado que España carecía de recursos propios para organizar en el mismo año dos acontecimientos que exigían enormes inversiones. No se preocupó. Al contrario. Aseguró que conseguiría el dinero para llevarlos a cabo y poner en marcha el ambicioso plan de ampliar la capacidad de los aeropuertos. Construir una envidiable red de modernas autopistas y realizar el proyecto de la Alta Velocidad Española (AVE) inaugurando la primera línea Madrid-Sevilla en 1992.

¿De dónde saldría tanto dinero?

Los países poderosos prestan dinero a los que tienen todo su crédito disponible. España lo tenía. Esa fue la clave. El Gobierno socialista estuvo dispuesto a iniciar la terrible carrera hacia un endeudamiento que transformaría al segundo país con la menor deuda externa de toda Europa, en un país con su crédito internacional completamente agotado. El Gobierno de la dictadura franquista desapareció de la esfera política por la presión internacional ejercida sobre España para que esta abandonara su política de autarquía y autosuficiencia. Contraria a los intereses de los países del resto del mundo.

Los poderosos exigían que España pidiera dinero prestado y Felipe González lo hizo... ¡Pidió dinero a manos llenas!

Durante los catorce años que Felipe González mantuvo al Partido Socialista en el poder nunca faltó dinero. Nadie sabía de dónde, ni cómo llegaba, pero el grifo no dejaba de fluir. La doctora Bachelet no los sabía porque en economía sólo estaba preparada para recetar supositorios. El Gobierno socialista hizo posibles los proyectos heredando un Gobierno construido bajo un régimen austero y autosuficiente que no gastaba más de lo que recaudaba. Un Estado pequeño, con pocos cargos políticos, poco costoso y con fuerte capacidad de ahorro. España se desarrolló hasta convertirse en la décima potencia industrial. ¡Y lo hizo sin apenas cobrar impuestos!

Los Gobiernos de la Democracia recibieron una España llena de oportunidades con sus recursos intactos. Felipe González pudo pedir el dinero que necesitaba para realizar el espectacular despliegue inversor que representó la organización simultánea de la Exposición Universal de Sevilla de 1992 y los XXV Juegos Olímpicos de Barcelona...

¡Dos de los mayores eventos ideados por el ser humano!



Capítulo Décimo

«Algunos están convirtiendo a este mundo en un auténtico disparate»

Los estereotipos sociales de la familia y la mujer sufrieron notables cambios con el fin de la dictadura y la llegada de la democracia. La mujer, que durante el Gobierno franquista tuvo en propiedad el rol de llevar a cabo el sentido evolutivo del ser humano como esposas y madres, se ajustaron al nuevo modelo de vida que trajo bajo el brazo el siglo XXI: las féminas, más inteligentes y con derecho a voto, se dividieron en dos corrientes: las que no apostaban con tanta alegría por los cambios y las que dejaban en manos de las sumisas el matrimonio y la maternidad. Salvo las unidas en matrimonio igualitario con otra mujer que además de exigir el reconocimiento social, cultural y jurídico de la pareja, deseaban ser esposas y madres... las dos.

Cuadro parecido ocurre con el matrimonio igualitario entre varones, donde la más «loca» de los dos sueña con la intervención quirúrgica que le permita ser «madre»... como si ya no lo fuera sin necesidad de dar a luz.

En el desarrollo de esta asombrosa sociedad progresista se producen otros casos esperpénticos; como es el caso del «matrimonio single» en el que una mujer se casa consigo misma porque sólo ella se ama y se respeta de verdad. Sólo ella puede prometerse fidelidad hasta que la muerte le separe... de ella misma.

En esta sociedad egoísta es más fácil jurarle fidelidad eterna a uno mismo. La duda está en si el que se casa consigo mismo se enamora de otro ¿Se divorciará de sí mismo?

El rechazo a la propia naturaleza ha alcanzado límites insuperables.

El término sexo hace referencia a la naturaleza y salvo las estrellas de mar, los caracoles y las lombrices de tierra, el sexo implica sólo dos posibilidades: ser macho o ser hembra, ser hombre o ser mujer. Las diferencias no corresponden a una naturaleza dada, sino a meras construcciones culturales hechas según los roles y estereotipos asignados a los sexos por la sociedad. En el término género se aprecian tres variaciones: masculino, femenino y neutro. Nuestra sexualidad hace referencia a la voluntad divina de crear dos seres distintos entre ellos con capacidad para expresarse de forma distinta: como hombre, o bien como mujer.

España no estaría dispuesta ahora a soportar los costos y sobrecostos de otra Olimpiada. Pero este soberano país como líder mundial en trasplantes de órganos si está preparada para acoger los Juegos Mundiales de Deportistas Trasplantados, en el que participan atletas de todo el mundo que han recibido un trasplante de órgano con éxito.

El evento multideportivo organizado por la Federación Mundial de Trasplantes está patrocinado por el Comité Olímpico Internacional y cuenta con la simpatía de los donantes de todo el mundo. Gente desprendida, como desprendido fue Camilo José Cela donando en vida todos sus órganos a la ciencia... menos lo que la contrastada heterosexualidad del Premio Nobel de Literatura de 1989 no le permitió desprenderse:

“El culo no donaré,
Pues siempre existe un confuso
Que pueda darle mal uso
Al culo que yo doné.
Muchos años lo cuidé
Lavándomelo a menudo
Para que un cirujano boludo
En dicha trasplantación
Se lo ponga a un maricón
Y muerto me den por el culo”

Volví al hotel Intercontinental donde estuve destinado ocho meses con las hijas del islamista presidente de la República de Azerbaiyán a las que llamábamos en familia, las «princesas».

Se trataba de estar a disposición del hotel que ofrecía el servicio de limusinas de lujo a sus clientes VIP, por un veinticinco por ciento más del elevado precio que el «gran jefe vasco» cobraba a las personalidades alojadas en los hoteles de lujo de la capital. El precio era lo de menos, los clientes que solicitan tener varias horas una limusina Mercedes S600 a su disposición huyen de la vulgaridad de mirar el precio.

Durante una semana estuve a disposición de un curioso personaje de origen vasco que presumía de sus exclusivas relaciones con políticos, empresarios y periodistas. Su posición e influencia le permitía prometer succulentos negocios desde el amplio salón de la suite de lujo que ocupaba en el hotel Intercontinental, y en la limusina Mercedes S600. Un lugar discreto en constante movimiento bien dotado de whisky escocés de ocho años, agua Perrier en abundancia, y suficiente hielo.

«Muy amigo mío» «Muy amigo mío»

Estas fueron las palabras que más escuché durante la semana que estuve trabajando con el vasco «conseguidor». Terminé por aborrecerlas. No había nadie en el mundo que no estuviera en su agenda de «íntimos amigos» ¿Tráfico de influencias? Sí, a eso se dedicaba el vasco. Pero con clase. Era un auténtico profesional.

Cenaba todas las noches en Zalacaín con personalidades que acudían al exclusivo restaurante de lujo con escoltas y coche blindado. Terminado el compromiso al vasco le gustaba ir a tomar unas copas antes de acudir a un club nocturno donde veía cada noche el «sorpresivo» show de striptease de un monumento de mujer. Sorpresivo porque finalizado el «numerito erótico» se pedía un fuerte aplauso. Un aplauso no para Mireia, que era su nombre artístico, sino para Manolo, que era su nombre de pila.

El vasco vio por primera el show de quien mostraba al público el resultado de una costosa terapia de reemplazo hormonal en Biarritz. Desde entonces vivía obsesionado por tener una noche de sexo consentido con Manolo. Le daba igual lo que costara. Poco le importaba que el tal Manolo pidiera todo un maletín repleto de dinero para seguir haciéndose nuevos y exclusivos «arreglitos».

Problema: la estríper espantaba a los que pretendían comprobar lo que escondía celosamente bajo un triángulo de tela de color negro del que nunca se desprendía en el escenario. Eso al vasco no le importaba. Confiaba en su más que sobrada fama de «conseguidor». Si era capaz de conseguir un permiso papal que le permitiera vender libros del Corán en las mismas puertas del Vaticano, nada ni nadie podía impedirle tener una noche de alocado sexo con Manolo y ver lo escondía bajo el triángulo de tela.

Estaba convencido. La atracción irresistible de la limusina Mercedes S600, que esperaba cada noche a las puertas del club, acabaría con el escudo antimisiles con el que se protegía la estríper de los morbosos clientes del local nocturno.

El vasco insistía en ofrecerle noche tras noche sexo profundo en la lujosa suite del hotel Intercontinental, ofrecimiento que caía en saco roto una y otra vez cuando la estríper me pedía que me dirigiera a su apartamento de la calle de Capitán Haya.

Durante el camino el vasco le tocaba las piernas, encontrándose con un enérgico manotazo cuando sus manos se acercaban a un palmo de la braga. Tampoco le invitaba a subir al apartamento... era otra zona vedada.

—Va a conseguir que me vuelva loco —decía el vasco cuando volvía con una nueva negativa desde el portal del edificio de Capitán Haya.

—¿Al hotel señor? —le respondía con la clásica pregunta.

Un día no volvió del portal. Poco después recibí en la BlackBerry un mensaje:

«Le llamaré cuando necesite que vuelva a buscarme»

Sonreí. Me alegré por él recordando la conversación que mantuvimos días antes camino de Mérida, donde debía reunirse en la sede de Presidencia de la Junta de Extremadura para tratar de un ambicioso proyecto sobre energías renovables.

—Estoy confuso —me dijo—. Hasta ahora siempre me había sentido profundamente heterosexual; ahora, no sé qué pensar.

—¿No será que no ve a la señorita Mireia como un hombre señor?

—No quiero acostarme con Mireia, quiero acostarme con Manolo —dijo mirando los pelados campos que dejábamos atrás a través de la ventanilla de la limusina.

—»Bueno —continuó tras saborear un ligero sorbo del whisky que se había servido del completísimo minibar que llevaba a bordo la limusina—. Todos sentimos alguna vez el impulso de tener una experiencia homosexual, aunque sólo sea por curiosidad.

—Le prometo señor que yo no soy nada curioso —dije mirando hacia atrás por el espejo retrovisor—, aunque confieso que si he tenido la tentación de entrar en un «döner kebab» y probar la carne de ese rollo que da vueltas.

El vaco me puso un mensaje para que le recogiera en Capitán Haya a las trece horas. Había estado con la estríper diez horas, tiempo suficiente para satisfacer su curiosidad.

Su aspecto al llegar a la limusina no era precisamente el de un triunfador, al contrario, su estado de ánimo era el estado de ánimo del curioso que por fin prueba la carne de cocodrilo... y comprueba sorprendido que sabe a pollo.

Subió a la limusina, saludó, sacó una botella de agua mineral del minibar y con voz de quien se atraganta comiendo una albóndiga dijo que le llevara al hotel.

—Estoy decepcionado —dijo tomando un trago de agua directamente de la botella.

—¿No ha resultado lo que usted esperaba? —pregunté ante su postura de desencanto.

—¡Es una mujer, maldita sea! —contestó desilusionado.

—Me lo temía señor —dije poniendo en marcha la limusina—, un cuerpo así no se consigue con inyecciones y pastillas.

—No volveré al club nunca más, se acabó —dijo tomando otro trago de la botella.

—¿Quiere decir señor que no ha satisfecho su... curiosidad?

—No —dijo reclinando la espalda sobre el asiento.

»Además, para motivarme ante su sexo consentido le obligué a seguir la corriente cuando le decía ¡Me vuelves loco Manolo!

El vasco no cumplió su promesa. Volvimos cada noche a llevar a la estríper a su apartamento de Capitán Haya y allí se quedaba hasta bien entrada la mañana. Después del chasco recibido, al comprobar que su fantasía erótica no era un guapo mozo, sino una mujer de bandera, el vasco pensó en tomar otros caminos que le llevaran al punto de averiguar si era del todo heterosexual. O pertenecía al grupo de heteros ambiguos que se amparan en la noche para desfogar sus deseos más vedados con transexuales y mariquitas travestidos con apariencia de mujer. Para no sentirse culpables de lo que son en realidad.

“La prostitución homosexual se vale de la inseguridad de sus tímidos clientes a través del travestismo. La forma directa es mostrar a los curiosos los resultados de las terapias de reemplazo hormonal. O la exhibición del miembro sexual masculino para atraer a los indecisos que buscan experimentar la sensación que recibe un preso cuando es seducido por su compañero de celda. O asaltado en las duchas por un grupo de secuaces”

Aclarar o satisfacer la «bicuriosidad» del vasco seguidor tuvo que costar mucho dinero. El representante artístico de la estríper no estaba de acuerdo con que tuviera relaciones sentimentales si estas ponían en peligro la mina de oro que proporcionaba Mireia haciéndose pasar por un tío que se llamaba Manolo y tenía pilila como el Manneken Pis. Para los empresarios como mujer era una más. Sin nada destacable que la diferenciara de otra mujer dispuesta a desnudarse en un escenario con mucha sensualidad y un poco de arte. Sin embargo, como el transexual que ha invertido una fortuna en convertirse en una mujer de bandera, era otra cosa. Los transexuales que camuflan lo que la naturaleza les puso entre las piernas están más solicitados y les llueven los contratos.

La propuesta del vasco fue muy concreta. Se trataba de simular un trío. La estríper, en su rol de Mireia debía ofrecer su lado más femenino y dejarse abordar por el lado alternativo, o «cara B». Interpretando el papel de Manolo la stripper tenía que poner en juego un completísimo kit erótico con accesorios para satisfacer la parte del cuerpo que rima con mulo. Además de un pene de tamaño africano que debía usarse con cierta maestría evitando posibles desgarros una vez entrenada la vía. Desconozco si el vasco aclaró por fin las dudas sobre su ambigua heterosexualidad. O quedó tan frustrado como las espigas de un campo de cebada que soñaron con ser cerveza, y vendieron su grano para fabricar pan.

«La elegante flota del hotel Ritz, y la menos estirada del hotel Palace»

El «gran jefe vasco» se reclinó sobre la espalda de su asiento y puso ante mí las llaves de dos de las últimas joyas incorporadas a la flota en la última semana: un Mercedes S500-W221 y un Jaguar XJR575. Su acostumbrada mirada esquiva me recordó la del padre que da las llaves de su descapotable a un joven universitario para que lleve a su hija a la fiesta de graduación, advirtiéndole con la mirada que poco importaba si la fiesta terminaba en el jacuzzi de un love-hotel, pero que si rayaba el coche mejor que no volvieran. Ninguno de los dos.

Cuando un misántropo personaje, de tan desarrollada e inequívoca vocación para permanecer invisible daba la cara, había que preocuparse. Sin embargo, en esta ocasión no había motivo de recelo. Se trataba de un nuevo cambio de destino.

Salí del austero despacho donde ni el sol tenía permiso para entrar mirando la orden que me obligaría a dejar a los ejecutivos del Cuerpo Diplomático, y los poderosos empresarios acostumbrados a frecuentar el hotel Intercontinental —antes hotel Castellana Hilton—. Mire al gato que tenía entre sus patas algo de extraña procedencia, aunque viniendo de este taimado minino seguro que sería parte del interior de un bocadillo robado a los lavacoches.

Mi nuevo destino sería la elegante flota del hotel Ritz, donde estaría a disposición de sus selectos y estirados clientes que según la cacareada leyenda interna debían superar un código secreto «no escrito» conocido entre los empleados con las siglas NTR. No Tipo Ritz. Esta antigua y férrea observancia de selección no permitía la admisión de artistas, toreros o personajes públicos famosos que no ayudaran a mantener la atmosfera selecta de tranquilidad que exigían los «Clientes Tipo Ritz».

Es curioso saber que hasta el final de franquismo el Ritz obligaba a sus clientes a permanecer en el interior del hotel con traje y corbata, y las señoras no podían vestir pantalones. Los nuevos «parlamentarios» de la democracia van al Parlamento vestidos como si fueran de barbacoa. Jóvenes resentidos contra lo que representa la clase burguesa se presentan en el hotel Ritz cuando son invitados a reuniones y conferencias sin importarles si ofenden o no con su «progresista» manera de vestir.

Tampoco les importa a estos populistas asamblearios colocados en el Palacio de las Cortes como diputados dejar a su paso botes vacíos de los refrescos que llevan en la mochila junto a los libros de sus ídolos: el fundador del comunismo italiano Antonio Gramsci, el místico populista argentino Ernesto Laclau, y el filósofo Carl Schmitt, nacionalsocialista alemán que estuvo muy comprometido con el régimen de Hitler.

El hotel Ritz buscó en su día la manera de desviar a los NTR hacia el hotel Palace, no sólo por la proximidad, sino porque durante algún tiempo ambos hoteles pertenecieron al mismo dueño. Entre estos clientes NTR se encontraba Alejandro González Iñárritu, el director y productor más laureado del cine mejicano. El señor Iñárritu es sin duda un tipo agradable. Simpático y muy comprometido con Hollywood y su trabajo. Pero su sencilla y abierta manera de ser, además de su descuidada forma de vestir cuando salía del hotel para ir al trabajo, le convertía en un auténtico NTR... un «No Tipo Ritz» de pies a cabeza.

“Al director mejicano le había contratado la Productora Independent Films London y la Agencia Creativa W+K de Ámsterdam para rodar la campaña global de Nike «Escribe el Futuro». Una verdadera gran producción rodada en distintos países y protagonizada por las grandes figuras del fútbol que se verían las caras en el Mundial de 2010 que se celebró en Sudáfrica... y ganó la Selección Española”

El primer cineasta mejicano que obtuvo dos veces consecutivas el Oscar de Hollywood al mejor director fue desviado al hotel Palace con la disculpa de no tener dispuestas dos suites contiguas y comunicadas entre sí, y el señor Iñárritu había venido con su esposa y sus dos hijos de corta edad: María Eladia y Eliseo. No era verdad. Fue la maquillada disculpa que le dio el hotel para ocultar su condición de NTR.

El sencillo productor mejicano, que pasaba de formalismos en la manera de vestir, aceptó la solución del traslado considerando que el Palace era un hotel que se acercaba más a su desenfadada personalidad. Problema: fui incluido en el paquete del cambio de hotel junto con el Mercedes S500-W221 y el Jaguar XJR575, contratado para todo el mes por la Productora. Los tres tuvimos que abandonar la elegante flota del Ritz y formar parte de la menos estirada flota del Palace. Al principio pensé que el cambio sería mientras Alejandro González Iñárritu y su esposa María Eladia Hagerman permanecieran en Madrid. Me equivoqué. El «gran jefe vasco» me dejó en el hotel de la Carrera de San Jerónimo algo más de cuatro años.

Los astros deportivos que venían a Madrid para participar en el rodaje de «Escribe el Futuro» permanecían sólo unas horas. Llegaban en un jet privado junto a los «satélites» que orbitan a su alrededor y terminado su papel se marchaban satisfechos por la insultante cantidad de euros que habían cobrado por darle dos patadas al balón... en el caso de Roger Federer por demostrar su habilidad con la raqueta.

Ningún jugador que por exigencias del rodaje tuvo que quedarse una noche en Madrid consiguió una suite en el hotel Ritz. Fueron desviados al hotel Palace y el confiado director del spot publicitario de Nike pensó que era porque él estaba allí.

No quise sacarle de su error. Los jugadores de fútbol no eran bien recibidos en el Ritz desde que el AC Milán estuvo hospedado en el hotel por capricho del propietario del club, Silvio Berlusconi. Fue una experiencia tan negativa que ningún otro jugador volvió a medio tumbarse en los elegantes sillones del Ritz, pasearse en chándal por el hotel, ni pisar las alfombras de la Real Fábrica de Tapices con sus deportivos. Sólo bastó una vez para que los jugadores de fútbol fueran declarados NTR, y así fue mientras el hotel Ritz, se llamó Ritz.

Sí le comenté —por su acercamiento a las estrellas de Hollywood—, que para eludir el código NTR Rita Hayworth no hizo su reserva como actriz, sino como la esposa del príncipe Ali Khan, y Grace Kelly como la princesa consorte del Principado de Mónaco. Grace Kelly y su esposo Raniero III de Mónaco pasaron en Madrid su luna de miel.

El actor James Stewart fue desviado al hotel Hilton y el embajador americano llamó al director del hotel Ritz escandalizado: «El señor Stewart ha venido a España a dar una conferencia como general de brigada de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, no como actor». El director del hotel se disculpó y dijo que el general sería bien recibido en el Ritz, pero fue demasiado tarde, «el actor» dijo que se quedaba en el Hilton porque allí le habían recibido con todos los honores, sin tener que ponerse el uniforme de general, ni mostrar sus medallas de héroe de guerra.

César Ritz creo este buque insignia de lujo y buen gusto de Madrid bajo la fiel premisa de adelantarse a los deseos de los clientes. De los clientes a los que no les importa el precio. Frank Sinatra exigía que en su suite no faltara un piano de cola de color blanco... y siempre lo tuvo. El hotel Ritz le ponía un piano de cola de color blanco en la suite, aunque no entrara.

¡A Plácido Domingo le bordaban el albornoz y las zapatillas con sus iniciales!

Sin embargo, a Michael Jackson no le permitieron el capricho de reservar toda una planta del hotel para él y sus mascotas.

Ava Gardner fue expulsada del hotel Ritz y siguió la estela de los NTR hacia el hotel Castellana Hilton. Allí, en la Suite Real de la octava planta, «el animal más bello del mundo» tenía su exclusivo «after-hour» donde reunía a todos los que se sentían capaces de seguirla durante sus incansables noches de drogas, alcohol y sexo. Nadie era capaz de negarle un capricho, ni ponerle fin a las fiestas que ella empezaba. Todo debía continuar hasta que con muchas copas encima echaba a todos de la suite; a todos menos al que decía: «tú quédate», que solía ser el que tenía el bulto más prometedor bajo el pantalón. Todo hace pensar que sus líos amorosos con los toreros Mario Cabré y Luís Miguel Dominguín fue por la admiración que sintió al verlos torear y confundir la taleguilla del traje de luces con lo que ella tanto reverenciaba.

La tasa metabólica de Alejandro González Iñárritu afectaba su percepción del paso del tiempo. Siempre llegaba tarde, era algo crónico. El día que rodaban la secuencia con Cristiano Ronaldo en el cine Capitol nos dio siete minutos para llegar a la Gran Vía.

El Mercedes S500-W221 se puso en marcha, sí, pero lo hizo indignadísimo.

El traslado desde el hotel Palace fue una odisea porque era Carnaval y se celebraba un desfile que ocupaba toda la Gran Vía, y parte de sus alrededores. El día estaba para unas prisas, como se dice por aquí. Otro hubiera maldecido en hebreo, el señor Iñárritu no. Llamó al jefe de su equipo de rodaje con su inseparable teléfono móvil y le ordenó que filmara una bobina entera, utilizaría algunas imágenes en el spot.

Aquel día hubo cientos de extras que participaron en la campaña de Nike sin saberlo, sin cobrar, sin recibir el par de birras, ni el bocata de calamares.

—No se deben dejar pasar estas oportunidades —dijo el señor Iñárritu—. Me gusta filmar y aprender con todo lo que pasa mí alrededor. La calle siempre tiene cosas que decir y nos enseña cómo decirlo —hace una pausa, mira a ambos lados del Mercedes S500-W221 y continúa—. Un colega me envió una bobina con la fiesta que se organizó aquí en Madrid cuando se estrenó «Viridiana», la genial película del maestro Buñuel que estuvo tantos años secuestrada por la dictadura franquista.

—¿Secuestrada señor? —dijo girando levemente la cabeza.

—Secuestrada y las copias destruidas por orden expresa de Franco —contestó sin apartar la vista de los cristales del Mercedes—. Este país sufrió con el franquismo un terrible genocidio cultural, pero ese día tan extraordinario se produjo una explosión de libertad que permitió que la gente saliera a la calle a cubrir Madrid de banderas rojas.

Todos los que han tenido la oportunidad de subir en los 388 caballos del Mercedes S500-W221 saben que su motor es exquisitamente silencioso. En esta ocasión no fue así, carraspeó para aclarar sus 32 válvulas de inyección y de haber tenido la facultad de hablar hubiera soltado por su doble escape varios improperios de origen hitleriano...

Los orgullosos Mercedes S500-W221 no olvidan que son, ante todo, alemanes.

—Aquella «explosión de libertad» no fue motivada por el tardío estreno de «Viridiana» —dije girar la cabeza. Usé el espejo retrovisor—. Franco había muerto dos años antes y el nueve de abril de 1977, conocido por los comunistas como el «sábado santo rojo», el Partido Comunista fue legalizado en España. Hubo muchos románticos que salieron a la calle envueltos en la bandera roja de la hoz y el martillo, una bandera que había estado escondida en el baúl de los abuelos comunistas durante cuarenta años.

—No deja ser buena noticia que un exiliado político que tuvo que dejar su patria para evitar ser fusilado fuera por fin recompensado con el estreno de la película que fue presa del vandalismo franquista —insistió el señor Iñárritu.

Ahora sí que el Mercedes S500-W221 estuvo a punto de plegar los espejos y negarse a continuar. Le tranquilicé con unos golpecitos en su volante de lujo. A él no le habían preparado para devorar combustible y AdBlue para contrarrestar sus emisiones, pero no para conocer los verdaderos aspectos que rodearon la vida de Luís Buñuel. Yo sí. Conocía su mucho de leyenda y mentira. Sus realidades escondidas. Envidias, celos. Su enfermiza obsesión por su madre. Su terror a la muerte. Su inmenso sentido de culpa por desear la muerte de su padre. Su salvaje sentido de humor. Sus complejas relaciones amistosas con Dalí y su frustración por no haber llegado a tener el suficiente talento, imaginación y fantasía para ser un escritor como Federico García Lorca.

“Para algunos hispanos de «allende» los mares el exilio de Luís Buñuel fue tomado como ejemplo de intelectualidad comunista contra la dictadura franquista, sin tener en cuenta que en ningún momento fue perseguido. Se marchó de España antes de que Franco llegara al poder.

Dalí por su posición de burgués simpatizó con el Golpe Militar de 1936 y no criticó la dictadura. Buñuel desde su privilegiada posición republicana le salvó la vida a su colega, el director de cine José Luís Sáez de Heredia. Perseguido por la milicia anarquista dormía en la calle por temor a volver a casa. Había sido condenado a muerte por ser primo de José Antonio Primo de Rivera, fundador del único partido español de ideología fascista.

—Conozco la amargura del exilio —continuó el señor Iñárritu tras beber un sorbo de agua carbonatada Perrier—. Con diecisiete años fui expulsado de la escuela por tener relaciones con una mujer mayor. Me escapé con ella y su padre amenazó al mío de muerte. Me acusó de seducir a su hija, el muy... ¡El muy cabrón!

Los que participaban en el follón del desfile de Carnaval se pegaban al Mercedes S500-W221 y trataban de ver quién iba dentro, un capo de la mafia o algún director de cine famoso, pero de aquella ruidosa panda pocos conocían de cara al señor González Iñárritu. Confieso que hasta que no trabajé con él... yo tampoco.

—»La fuga acabó en desastre —continuó el señor Iñárritu—. Abandoné a la hija del padre matón sumida en una grave crisis de ansiedad. Le dije que lo sentía no más y me enrolé en un barco carguero que venía a Europa ofreciéndome comida y aventuras a cambio de pelar papas en la cocina y fregar los suelos del buque.

»Estuve en África y en media Europa hasta que decidí dejar las papas, la fregona y desembarcar en el puerto de Bilbao. Un lugar muy emotivo para mí, cuando me preguntan por el origen de mi apellido presumo de abuelo vasco.

Sonreí. Sabía que no era verdad. Los nacidos en tierras americanas acostumbran a regalar los oídos de la gente que los escucha con frases redondas adaptadas al lugar o país donde se encuentran. Lo del abuelo vasco es un clásico.

El exilio de Luí́s Buñuel fue voluntario. Quería ir a Hollywood para nacionalizarse norteamericano y trabajar con los grandes del cine. Consideraba que sus ideas no cabían en Francia y ni mucho menos en una España esclava de la censura franquista. Fue un mejicano accidental, le ofrecieron la nacionalidad y la aceptó. No quería alejarse de los Estados Unidos. No le gustaba Latinoamérica, a sus amigos les decía:

«Si desaparezco buscame en cualquier parte menos en un país latinoamericano»

Su exilio fue una falsa etiqueta. Salió de Madrid al principio de la Guerra Civil cuando nadie pensaba que la República sería derrotada y la perdería. Cuando subió a un tren abarrotado de gente, que no confiaba en el eslogan del «No Pasaran» que dijo la Pasionaria, no lo hizo para exiliarse o huir de la represión franquista, lo hizo para reunirse en Ginebra con el ministro de Asuntos Exteriores de la Segunda República.

El ministro ordenó su inmediato traslado a París y ponerse a las órdenes del embajador que representaba a la España republicana. Su misión sería colaborar en las misiones de inteligencia y contraespionaje llevadas a cabo por la Embajada, y la compra de armas a los países centroeuropeos, menos a la Alemania de Hitler.

El embajador le proporcionó una «tapadera» que le permitiera producir un crítico documental sobre el genocidio de los militares golpistas en suelo español con el apoyo de sus aliados de la Alemania nazi y la Italia fascista. Se trataba de difundirlo en el extranjero y solicitar ayudas a los países que no debían permitir el holocausto de las Potencias del Eje que luchaban contra los Aliados. Ni la llegada del nacionalismo fascista a la España republicana. El guion fue escrito por Luís Buñuel y su camarada Pierre Unik, periodista y poeta surrealista miembro del Partido Comunista francés.

“El documental «España leal en armas» ofrecía una visión plena de demagogia y retórica victimista. Fue dirigido por el director de cine Jean-Paul Le Chanois, francés de origen judío conocido por sus actividades sindicalistas y políticas en el seno del Partido Comunista”

Otra útil «tapadera» fue ser parte del Comisariado responsable del funcionamiento del Pabellón de la Segunda República en la Exposición Internacional de París de 1937.

Su principal participación fue ayudar a colgar el «Guernica» de Picasso, el mural en blanco y negro con el que quiso mostrar al mundo el horror del bombardeo de la aviación nazi sobre la población de Guernica. A Buñuel no le gustó el mural.

Se lo dijo a Picasso y este se justificó diciendo que había hecho lo que la República española le había encargado:

«Un ofensivo instrumento de guerra y defensa contra el enemigo».

Un año después, en 1938, la República le envió a Hollywood como asesor histórico de películas y documentales sobre la Guerra Civil Española. Se trataba de enseñarle al mundo el horror del fascismo y los «crímenes» franquistas. No llegó a involucrarse en ningún proyecto, la guerra terminó con la victoria de los Nacionales y a los productores de Hollywood no les interesó llevar a Franco a las pantallas por considerar que era un declarado anticomunista que estaba más cerca de la América democrática de Roosevelt, que de la Rusia totalitaria de Stalin.

Instalado con su familia en territorio norteamericano, sin trabajo y sin dinero, tuvo que aceptar el ofrecimiento del político y magnate financiero Nelson Rockefeller. Debía seleccionar películas de propaganda antinazi y utilizarlas como un eficaz instrumento propagandístico. Desde un despacho del popular MoMA —Museo de Arte Moderno de Nueva York— dirigió un equipo cuya misión era contrarrestar la influencia de la Alemania nazi en la América latina.

Todo fue bien hasta que apareció la primera edición del libro «La vida secreta de Salvador Dalí», donde su amigo y camarada de la Residencia de Estudiantes le citaba como revolucionario, ateo y comunista. Esta situación podía pasar desapercibida en una sociedad progresista como es la francesa, más cercana a la tesis comunista, pero no en una conservadora sociedad americana que disponía de su propia «caza de brujas».

Durante la visita de Salvador Dalí a Nueva York Luís Buñuel pidió explicaciones al megalómano y narcisista genio de Figueras, pero este no se disculpó:

«Mi libro es para ponerme a mí en un pedestal, no para ponerte a ti»

La respuesta provocó el distanciamiento y la ruptura de sus relaciones, pero poco importaba, el mal estaba hecho. Dalí proporcionó a los americanos la disculpa para que diera un paso atrás en la obtención de la ciudadanía estadounidense.

“La prensa hizo eco del problema. Cuestionó el trabajo que llevaba a cabo el director español en el MoMA y puso más carne en la rejilla de la barbacoa cuando un vengativo periodista publicó el desafortunado manifiesto de Luís Buñuel sobre la bomba atómica norteamericana. Además de su poco aprobado apoyo a la revista de clara orientación marxista «España Libre», crítica, antifascista y enemiga de los Estados Unidos”

Desde entonces tanto él como todos los miembros de su familia permanecieron siempre vigilados. Eran interrogados cada vez que entraban en suelo norteamericano.

La situación duró hasta 1975. Curiosamente fueron perseguidos hasta el año en el que murió el dictador Francisco Franco.

Tras la ambigua «invitación» para dejar su trabajo en el MoMA volvió a Hollywood y solicitó el puesto de jefe de doblaje para las versiones españolas de películas y documentales destinados a la América hispana. Su intención era permanecer en Los Ángeles en espera de su ansiada nacionalidad norteamericana. Obtener la «Green Card»: Tarjeta verde que permite la residencia y el derecho a trabajar en el país

Esta no llegó. Estaba incluido en la «lista negra» que perseguía la incursión de comunistas en los Estados Unidos.

Luís Buñuel se declaró siempre apolítico. En 1950 dejó el Partido Comunista al que se afilió en París en 1932, cuando él y sus intelectuales amigos surrealistas creían en la utopía del comunismo. El surrealismo no es de burgueses ni conservadores.

Presumía de su condición de aragonés y republicano. Nunca dejó de ser español de corazón. Perdió esta condición en 1949 para obtener la nacionalidad mexicana en 1951.

Mientras atendía otra de sus maratonianas conferencias el señor Iñárritu miraba los edificios de estilo afrancesado de ambos lados de la Gran Vía. Algunos de esos edificios habían sido contruidos por arquitectos de origen vasco. Gracias a Dios, ninguno había sido presa de la dinamita de la izquierda abertzale... todavía.

Terminada la conversación el famoso productor dedicó su atención al agua mineral carbonatada que paciente esperaba a ser consumida en la botella de Perrier.

—En mi despacho de Los Ángeles tengo un proyecto —dijo tras beber un poco de agua—. Mi intención de realizar un remake de «Viridiana». Espero no ser perseguido, como lo fue Buñuel en este país; supongo que Franco descansa, y descansa en paz.

—No sólo la dictadura franquista censuraba, secuestraba y hacia desaparecer las películas que no le gustaban —dije mirando a dos cabreados guardias municipales que arreglaban lo que el desfile de Carnaval enmarañaba.

“Luís Buñuel tuvo serios problemas en el que se había convertido en su país, México, con su película «Los olvidados». El film fue censurado y se mantuvo prohibido durante muchos años. Esta coproducción mejicana fue nombrada Memoria del Mundo por la Unesco, y recibió el premio del Festival de Cannes a la mejor dirección. Buñuel conjugó magistralmente surrealismo y neorrealismo italiano para mostrar una imagen devastadora de cruda realidad, pobreza y miseria de los marginados suburbanos en la populosa Ciudad de México. Su trabajo no gustó. La sociedad burguesa mexicana solicitó la expulsión del país de Luís Buñuel y su familia y el nacionalismo ultraconservador obligó a secuestrar la película y hacer desaparecer las copias”

—Cuando se estrenó «Los olvidados» yo tenía trece años —dijo el señor Iñárritu con su mirada puesta en el salpicadero del Mercedes S500-W221 como si allí hubiera algo escrito—. Sé que el productor, un buen amigo de Buñuel, no asistió al estreno de la película por miedo a las críticas.

»Tampoco lo hicieron los actores y la mayoría de los que intervinieron en ella por miedo a ser agredidos.

»Los espectadores que se atrevían a entrar al cine para ver «Los olvidados» salían de la sala como si hubieran asistido a un entierro. Durante los pocos días que se mantuvo en cartel hubo continuas agresiones y violentas reacciones. Sólo los intelectuales de la izquierda revolucionaria aplaudían lo que para otros era una revulsiva obra.

Dejamos atrás el primer tramo de la calle y nos zambullíamos en el segundo donde los bares, las orquestas y los músicos callejeros atraían a más gente. Todavía nos llevaría un tiempo llegar al cine Capitol, así que el señor Iñárritu continuó hablando de su vida para evitar ponerse más nervioso... si eso era posible... el productor mejicano tenía más estatura; era más alto, pero no tenía la flema de Alfred Hitchcock.

—Luís Buñuel también tuvo problemas en Francia —dije mirando la luz roja del semáforo que se divertía por tenernos allí parados.

“Después de haber sido estrenada en París «La edad de oro» fue secuestrada por el Gobierno francés y prohibida su distribución durante cincuenta años.

Levantado el embargo en 1980 fue distribuida en Nueva York.

En París, la cuna de la «liberté, égalité y fraternité» fue distribuida un año después, en 1981. En España, por la crítica mordaz de Buñuel hacia la clase burguesa, «La edad de oro» fue protegida y recomendada por el gobierno de la Segunda República. Curiosamente durante la guerra civil se «perdieron» todas las copias. También por su fuerte carácter crítico y la extrema pobreza en la que vivían los desheredados de las Hurdes el documental «Las Hurdes, tierra sin pan» fue prohibido por el Gobierno republicano”

—»Los que veían en Buñuel un exiliado antifranquista que con su cine defendía a las clases humildes se equivocaban —quise aclarar—. Los que no estuvieron cerca de él desconocían que sus películas no eran otra cosa que su propia manifestación poética.

—No es esa la imagen que dejó en México —dijo el señor Iñárritu creyendo aportar un importante dato—. Para realizar la película de «Los olvidados» se vistió con su peor ropa y se mezcló con los pobres para conocer de cerca sus miserias.

—Porque él desconocía la miseria —dije para aclararle al señor Iñárritu los aspectos íntimos de la vida de Buñuel—. Tanto él, como Federico García Lorca y Salvador Dalí, eran tres jóvenes burgueses que compartían más diversión que estudios en la Residencia de Estudiantes. Les movía el mismo planteamiento estético: la poesía, la pintura y en el caso de Buñuel y Salvador Dalí el surrealismo de sus películas.

»Eran amigos inseparables y buscaban el medio que más se ajustara a sus deseos para demostrar su propia expresión poética. Lo hacían también estando bebidos.

Una limusina Hummer de color blanco llegó a nuestro lado y nos miró por encima de sus espejos. Nosotros ni caso, siempre ha habido clases y al Mercedes S500-W221 les rebosa por todas las juntas.

—»Es fácil encontrar elementos de contacto entre ellos —continuó—: la Luna, los insectos, la muerte, el sexo, la podredumbre del ser humano. Buñuel se reía de la Iglesia y ridiculizaba a sus ministros. Cuando acudía a una fiesta de disfraces lo hacía vestido de obispo. Tachaba de vacía a la clase burguesa, pero no perdía la oportunidad de criticar los malos modos de la clase popular y demostrar el desprecio que sentía por los miserables.

Es cierto que existían vínculos y elementos de contacto entre la vida privada de Luís Buñuel y Alejandro González Iñárritu. Menos la puntualidad. El señor Buñuel era exageradamente puntual. Si llegaba antes de lo previsto a una cita esperaba a que se cumpliera la hora para aparecer.

No era el caso del señor González Iñárritu. El día que Dios repartió el don de la puntualidad el genio del cine mejicano llegó un par de horas tarde.

En lo que sí estuvieron ambos de acuerdo era en que «Nadie es profeta en su tierra».

Refrán con el que estuvo de acuerdo Jesús de Nazaret a las puertas de la sinagoga antes de emigrar en busca de mejores aires y gente que le escuchara sin tirarle piedras.

El director de cine español buscó sus ateas predicciones al otro lado del océano Atlántico. En la América donde estaba permitida la libertad de culto, aunque se mirara con malos ojos a quienes se confesaban agnósticos, ateos o musulmanes. Además de odiar a muerte a los comunistas. El director de cine mejicano pensó lo mismo. Cambió jalapeños y enchiladas por las hamburguesas de McDonald, pasando al otro lado de ese controvertido muro fronterizo que contiene el asalto de los desheredados que buscan el sueño americano de la «América pija».

El joven Iñárritu confesaba haber sido expulsado de la escuela por ser un pésimo estudiante. No era verdad. Mentía. Fue expulsado por haberse fugado con una mujer mayor con la que estuvo liado.

Luís Buñuel también fue expulsado de la escuela de los jesuitas. Tampoco era verdad. Fue él mismo quien decidió alejarse de su obra apostólica... después de haber recibido una humillante patada en el trasero por los curas que pretendían educarlo.

Luís Buñuel presumía de su agnosticismo: «Soy ateo gracias a Dios».

Con el remake de «Viridiana» el productor y director mejicano González Iñárritu no encontraría los mismos problemas, ni las motivaciones que tuvo el director Luís Buñuel en 1961. Cuando vino a Madrid a rodar el film faltando a su promesa de no volver a pisar España mientras esta no fuera republicana.

“Al genio de Calanda —afincado en México por propia voluntad—, no le importó que fuera España quien subvencionara parte de su película. Tampoco que tras ser premiada con la Palma de Oro del Festival de Cannes tuvo que ser el Director General de Cinematografía y Teatro quien recogiera «el envenenado premio» en ausencia de Luís Buñuel, provocando con este acto el enfrentamiento con el Vaticano y su cese inmediato por haber enviado al Festival una película provocadora y blasfema en representación de España”

La vida de Buñuel estuvo llena de símbolos que trasladó a sus películas: «Viridiana» nació de una fantasía erótica de un Buñuel adolescente. Según el genio del surrealismo con trece años estaba locamente enamorado de la reina Victoria Eugenia de Battenberg, esposa de Alfonso XIII.

“Quizá fue este el motivo por el que de mayor tuvo un idilio permanente con la República y no le importó que esta celosa y vengativa compañera de viaje ideológico enviara a su amor platónico al exilio dándole una patada en sus reales posaderas. Cosa que sin embargo la familia borbónica agradeció porque no es lo mismo vivir el resto de la vida exiliado en Roma, que pasados por la guillotina, como Luís XVI y su esposa María Antonieta. O fusilados como hicieron los soviéticos con toda la familia imperial rusa”

Que era un amor imposible lo sabía el joven Buñuel.

A pesar de pertenecer a una familia burguesa rodeada de criados y obreros agrícolas que permitían que su padre viviera como un rey sin dar un palo al agua, no dejaba de ser un plebeyo sin posibilidad de entrar en la alcoba real y ver los secretos que guardan las reinas debajo del polisón. Fue un jodido niño burgués que desconocía las estrecheces.

Su familia tenía su propio palco en el principal teatro de la ciudad. Su niñera le llevaba a menudo al circo y acompañaba a tomar sus clases de música para evitar que el jovencito Buñuel cargara con la funda del violín. Sin embargo, estaba consciente que no dejaba de ser un plebeyo, circunstancia que no le impedía soñar que se introducía en el Palacio Real y ponía un narcótico en el vaso de leche de la reina Victoria Eugenia.

Una vez dormida y a su merced gozaba de los reales favores que un mocoso de trece años puede recibir de una reina... vete a saber qué favores.

El genio de Calanda plasmaba sus sueños surrealistas en el guion de sus películas.

El sueño de la reina española drogada para satisfacer un deseo sexual lo incorporó en el film «Viridiana». En la película mostraba a un hacendado burgués viudo y entrado en años que utiliza la misma estratagema para seducir a su sobrina, una joven novicia próxima a tomar los hábitos y sin experiencia de la que se había enamorado al verla rezar en camisón. Para Buñuel la inocente novicia de «Viridiana» representaba la presa que fue su madre, seducida y casada a los diecisiete años con su padre un rico burgués veintiocho años mayor que su madre. A ella la adoraba, a él no, desde que fue muy joven deseaba la muerte del afortunado indiano que regresó a su pueblo natal, Calanda, huyendo de la guerra de Cuba.

Este íntimo y macabro deseo lo dejó entrever en «Viridiana» recreando el suicidio del viudo burgués que arrepentido se cuelga de un árbol con la cuerda de saltar de la niña de su fiel criada. La joven novicia, sintiéndose culpable de la tragedia, lleva durante el resto del film el saltador de la niña entre sus manos, como si se tratara del rosario que utilizaba para sus oraciones.

«Viridiana» no fue un film concebido como película antirreligiosa. La escena más polémica surgió durante el rodaje. No estaba en el guion presentado a la cesura, ni el original que se utilizó para pedir la subvención.

Como en «Los olvidados» el genio de Calanda utilizó el personaje de un ciego mezquino y pordiosero para representar a Jesús de Nazaret, personaje principal del cuadro de la «Última Cena» de Leonardo da Vinci. El ciego sentado en el centro de la mesa, y doce mendigos adoptando la posición de los apóstoles, miraban incrédulos a la menos virginal de las indigentes que levantándose groseramente la ropa simulaba hacer una fotografía con su obscena entrepierna. Una irreverente y sacrílega escena con la que Buñuel demostraba lo inútil de la caridad cristiana, la devastadora crueldad de los mendigos, y el desdén que sentía por los miserables.

La copia enviada a la Censura no fue el original que los productores presentaron en el Festival de Cannes. Cuando el director general de Cinematografía y Teatro de España vio desde el palco del Festival el estreno de «Viridiana», sintió que la película era su sentencia de muerte política. Rogó a Dios que el fuego divino quemara el original y todas las copias, pero no fue así. Si no deseaba ningún tipo de protagonismo, lo tuvo. Buñuel no se presentó a recoger el premio porque huía de estos actos. Los agnósticos productores, cercanos a la ideología comunista, ofrecieron al director general de Cinematografía el regalo envenenado de ser él quien recogiera la Palma de Oro.

El vizconde de San Javier pensó en la bronca que recibiría del ministro y en su más que posible retirada del cargo político. Pensó que con suerte todo terminaría ahí, pero no fue así. En Cannes estalló la tormenta.

El periódico del Vaticano, L'Osservatore Romano, que en su cabecera se define como político y religioso, condenó la película tachándola de blasfema y sacrílega

¡Un insulto para la Iglesia!

¡El film producido por ateos para mofarse de la religiosidad de la sociedad cristiana, ridiculizando la imagen sagrada del hijo de Dios!

El nuncio apostólico de la Santa Sede exigió al Gobierno español el secuestro inmediato de la película. Que no fuera estrenada en España. La inmediata excomunión de todos los que participaron en la película.

Tras ver de nuevo la película, en esta ocasión la original que los productores enviaron al Festival de Cannes y ganó la Palma de Oro, el Ministro de Información y Turismo español ordenó secuestrar inmediatamente el original y quemar todas las copias. Negó rotundamente ante los medios que la película galardonada fuera de producción española.

A Franco le tenían mucho miedo. Cuando vio la película nadie fue capaz de decirle que Buñuel la había rodado en una finca cercana al Palacio Real del Pardo, su residencia oficial. Se lo ocultaron.

“Según la Productora Franco vio la película y no se escandalizó. Incluso comentaron que había sonreído con alguna de sus escenas. Fue Silvia Pinal la protagonista de «Viridiana» quien rescató el original de la película y la llevo a México, donde la registró como mejicana. Dieciséis años después de su presentación en Cannes el film fue reconocido como producto español y estrenado en los cines Roxy de la calle de Fuencarral. Fue un sábado de Semana Santa. El mismo sábado que Madrid fue invadido por las banderas rojas del Partido Comunista”

Por fin el Mercedes S500-W221 se abrió paso a codazos entre el enjambre que abarrotaba las puertas del cine Capitol para ver rodar a Cristiano Ronaldo su parte del spot de Nike. ¡La mayoría no sabían lo que pasaba allí!

Tampoco que hacía allí Deje señor Iñárritu con su inseparable móvil personal en una mano y la botella de agua carbonatada Perrier en la otra.

No me quedé para poner al día a los curiosos. Debía volver al hotel Palace.

La vuelta fue más sencilla. Los participantes del Carnaval se diluían como las nubes que tratando de sobrevolar la Torre de Madrid calculaban mal la altura y se pegaban coscorrónes contra las ventanas de la última planta. No es que en aquella época hablara sólo... ni mucho menos... sí compartía mis pensamientos menos íntimos con mi compañero, el lujoso Mercedes S500-W221. La prodigiosa máquina me escuchaba y rara vez me llevaba la contraria. Mi leal camarada, serio devorador de combustible y AdBlue, desconocía tanto como el señor Iñárritu los aspectos que rodeaban la vida de Luís Buñuel. Su mucho de leyenda. Su mucho de verdad y mentira. La enfermiza obsesión por su madre. El sentido de culpa por desear la muerte de su padre. Su terror a la muerte... y su salvaje sentido de humor.

“Para el final de mi vida tengo reservada una última broma para mis amigos, ateos convencidos como yo. Ante lo inminente de mi muerte les haré llamar y, cuando serios y entristecidos estén rodeando mi cama, se llevarán la sorpresa de ver entrar a un obispo o sacerdote católico. Previamente contratado por mí. Escandalizados serán testigos de mi confesión. Mi simulado arrepentimiento y el perdón de mis pecados.

Recibida la Extremaunción prometo girar la cabeza y morir... si es que me quedan fuerzas para tomar a broma mi muerte”

Luís Buñuel, nació en 1900 en Calanda (Teruel). Considerado como uno de los más importantes y originales directores de cine de la historia, por sus convicciones políticas y las dificultades impuestas por la censura de la dictadura franquista, buena parte de su obra cinematográfica fue adoptada por Francia, o le pertenece a México, país que se ofreció voluntario para tenerlo como ciudadano. Venía regularmente a Madrid ver a sus médicos, y cuando necesitó ser operado. El genio de Calanda murió en la Ciudad de México en 1983. Echando mano de su inagotable sentido del humor sus últimas palabras fueron dirigidas a Jeanne, su mujer: «Ahora sí que muero»



«Sólo te creeré si me dices lo que quiero oír»

SI el hotel Intercontinental es un clásico frecuentado por los que elevan la disciplina del amiguismo y el «indebido» tráfico de influencias a nivel de cátedra, es en el hotel Palace donde estos curiosos personajes encuentran su venerado santuario. La corta distancia que existe entre el hotel y el Palacio de las Cortes permite a los que se enriquecen gracias a sus contactos con el poder reunirse en privado con los políticos que se escaquean de vez en cuando y acuden al hotel con la única intención de tomar café en un ambiente discreto y distinguido sin ser acosados por los medios... o evitar que algún patoso derrame salsa de tomate sobre sus pantalones en la cafetería del Congreso.

Por la cúpula vitral que cubre y llena de color la Rotonda, uno de los espacios públicos de mayor personalidad del hotel Palace, circulan personajes conocidos por sus buenas relaciones con el estamento político, empresarial y financiero. Artistas del intercambio de favores. Gurús que basan su poder en el dinero y su fuerza en la información. Presumen de sus contactos y relaciones con el poder, aunque esas relaciones sean ficticias, o se basen en la nada.

Mauricio Casals: presidente del diario La Razón y adjunto al consejo de Atresmedia Corporación, es un abogado, profesor de filosofía, consejero, y empresario barcelonés, que aplica en el Palace su propio modelo de trabajo. Vive y despacha en el Palace. Duerme de martes a jueves en el hotel. Los políticos le piden favores y él se dedica a su especialidad: tejer complicidades.

Su larga mano, sus contactos y su aguda inteligencia consiguen lo que para otros son imposibles. Su modelo es observar siempre la distancia con maneras sencillas, educadas y una sobria discreción conservadora. Lo que otros hacían en la sombra él lo departía a la vista de todos, en cualquier espacio público del hotel Palace y en ocasiones en el Mercedes S500-W221. Confiaba en mi discreción. Estuve varios días destinado por el «gran jefe vasco» a su servicio. El tiempo justo que el señor Casals se dedicó en exclusiva a conseguir la fusión de las dos cadenas de televisión que formarían en un futuro inmediato «Atresmedia Corporación», un Grupo Multimedia que pronto controló el cuarenta por ciento del mercado publicitario.

La operación resultó costosa y complicada por las duras condiciones impuestas por la Comisión Nacional de la Competencia. Condiciones que el señor Casals consiguió suavizar haciendo ver al Consejo de Ministros las pocas dificultades que tuvo su paisano y colega Jaime Robles Lobo para crear el grupo audiovisual Mediapro.

Jaime Robles Lobo, se hizo millonario gracias a los contactos con el poder y su habilidad para conseguir contratos públicos. Es un engendro de empresario surgido de una modesta profesión de periodista deportivo al que el «zapaterismo» convirtió en una especie de Rupert Murdoch en versión catalana. ZP creó un monstruo. Nunca se consideró español. Catalanizó su nombre y apellidos para ser conocido como Jaume Roures Llop.

Trotskista de opereta, mediocre y resentido, de joven Roures Llop militó en La Liga Comunista Revolucionaria de la IV Internacional. Fue incluso detenido por colaborar y apoyar a ETA durante la etapa del franquismo. Es curioso que siendo un reconocido millonario y empresario capitalista financie a La CUP, el minoritario partido político de espíritu asambleario, revolucionario y marcadamente anticapitalista que considera a la sociedad burguesa su enemiga de clase. De acuerdo con el magnate multimillonario y especulador financiero de origen judío George Soros se convirtió en mecenas de Pablo Iglesias, el «mesías» del partido populista de ideología comunista Podemos. Dispone de sus medios audiovisuales para el apoyo del independentismo catalán y el populismo de la izquierda sin temer a los revolucionarios anticapitalistas de la CUP. Maneja como nadie «el tuyo y el mío». Conforme a su interpretación Karl Marx el empresario Roures nunca dijo que había que ser pobre, amasó una inmensa fortuna desarrollando su ambiciosa política de alianzas en el mercado mundial audiovisual con Mediapro, empresa que no se identifica como catalana ni española, sino holandesa.

Fruto de su compromiso político con el comunismo creó el diario «Público» y fue productor de la película documental Comandante, el íntimo retrato de Oliver Stone sobre Fidel Castro. Un comandante Fidel al que Roures Llop alabó en vida como si fuera un Dios. «Sólo tuvimos una oportunidad para tenerlo cerca... fue más que suficiente».

“Al Mercedes S500-W221 no le gustó nada el señor Roures. Jaume Roures Llop es la antítesis de su paisano barcelonés Mauricio Casals Aldama”

Recorriendo la Gran Vía el señor Roures soltó uno de esos manidos discursos de los que se inyectan a diario pequeñas dosis de marxismo-leninismo en vena. El destinatario no era yo; por supuesto, sino un periodista que iba sentado frente a él en la limusina Mercedes S500-W221. Se trataba de un joven arribista de ambiciosa mirada que buscaba el favor del magnate para prosperar en su trabajo. Nervioso, tomaba tímidos sorbos de agua mineral Perrier sosteniendo en la mano la pequeña botella. Se trataba de mantener sus manos ocupadas porque no se atrevía a fumar. Íbamos al complejo de La Moncloa, donde el multimillonario magnate de la televisión tendría una de sus continuadas visitas privadas al secretario general de los socialistas españoles, al que tanto debía. Atravesando los discretos cristales oscuros de la limusina con su mirada el señor Roures dijo señalando la placa de la calle que recorre el centro de Madrid de este a oeste: «El franquismo no ha muerto. Para los casposos fascistas de la derecha la Gran Vía sigue siendo la «Avenida de José Antonio». Y añadió haberse sentido ofendido cuando el expresidente de la Generalitat de Catalunya Jordi Pujol enalteció la figura del líder de Falange Española delante de un periodista:

“Aun sabiendo que la cita es un riesgo, tengo que reconocer que en circunstancias muy difíciles fue sólo José Antonio Primo de Rivera quien mejor entendió los problemas de Cataluña”

Al Mercedes S500-W221 se le revolvió el agua del limpiaparabrisas cuando el periodista, con exagerado acento para dejar clara su afinidad ideológica, dijo que considera un ultraje el afán de los fascistas por cambiar los nombres de las calles para llevar al olimpo de los héroes a los genocidas de la Guerra Civil española de 1936.

“Ignoraba que tres meses antes de comenzar la Guerra Civil el Frente Popular cambió el nombre original de la «Gran Vía» de Madrid por el de «Avenida de la CNT» para honrar a la libertaria y anarcosindicalista «Confederación Nacional del Trabajo» fundada en Barcelona en 1910. Al principio de la Guerra Civil la calle pasó a llamarse «Avenida de Rusia» y, un año después, cambió de nuevo su nombre por el de «Avenida de la Unión Soviética», colocándose una placa conmemorativa con los escudos de la Segunda República Española, la Unión Soviética y un texto muy significativo «Homenaje de los amigos de la URSS»”

Con la «Ley de Memoria Histórica» del presidente ZP reconocía, ampliaba los derechos y establecía medidas en favor de los que padecieron persecución y violencia durante la Guerra Civil y la posterior dictadura franquista. Derechos reservados en exclusiva para las víctimas y represaliados afines al Frente Popular.

José Antonio Primo de Rivera nunca lo fue.

Encarcelado por tener una pistola en su despacho fue fusilado antes del comienzo de la Guerra Civil y fusilado poco después. No fue franquista. Fue eliminado de la esfera política antes de la llegada de Franco al poder. Fue diputado en la Cortes Generales republicanas era el líder, portavoz de la Unión Monárquica Nacional y cofundador del partido político de ideología nacionalsindicalista Falange Española, afín al fascismo europeo. Según José Antonio:

“El socialismo, como contrafigura del capitalismo, sabe hacer su crítica sin ofrecer el remedio. Prescinde de toda estimación del hombre como valor espiritual. En Rusia el pueblo vive bajo el terror del comunismo y es prisionero del capitalismo de Estado”

Por estas y otras declaraciones fue condenado a muerte en un simulacro de juicio ordenado por Francisco Largo Caballero: presidente del Gobierno de la II República y ministro de la Guerra hasta 1937. Secretario General de la «Unión General de Trabajadores» y del Partido Socialista Obrero Español. No existía entonces ni la dictadura ni el franquismo. Sí cabe destacar que José Antonio fue hijo de Miguel Primo de Rivera, responsable de impulsar la dictadura o Directorio Militar en un corto espacio de la monarquía de Alfonso XIII. Tanto Franco como José Antonio fueron considerados enemigos de la República por su ideología marcadamente anticomunista.

La «Ley» borró de la historia a unos y hecho héroes y mártires represaliados a otros.

Es curioso que en Madrid hayan desaparecido nombres que son parte de la historia de España y exista la calle del Payaso Fofó y el parque de Manolito Gafotas.

Francisco Largo Caballero tiene calles, parques, avenidas y monumentos en ciudades y pueblos que no saben —o han olvidado— que «el Lenin español» apoyó la dictadura militar de Miguel Primo de Rivera y parte de su Consejo de Estado.

Fue el líder de la fallida Huelga Revolucionaria de 1917: golpe de Estado a imagen y semejanza de la Revolución de Octubre de los bolcheviques de Lenin. En este caso para derrocar la monarquía de Alfonso XIII e instalar en España la Dictadura del Proletario.

Por esta acción llevada a cabo por la UGT y los anarcosindicalistas de la CNT, Francisco Largo Caballero fue condenado a treinta años de prisión. No los cumplió. Nueve meses después fue amnistiado al ser elegido diputado por Barcelona. Las urnas y la democracia, en las que no creía, consiguieron su libertad. Su talante democrático se veía reflejado en sus «pacíficos» discursos:

“Si ganamos las elecciones bien, si las perdemos vamos a la guerra.

La democracia es incompatible con el socialismo. La democracia no debe ser otra cosa que dar el primer paso hacia la dictadura del proletariado.

Para deshacernos de nuestros enemigos, debemos tener nuestro propio terror socialista y atraer a nuestro lado a los cien millones de habitantes de la Rusia soviética. En cuanto a los otros, no tenemos nada que decirles, deben ser aniquilados. Debemos suprimir a los que por sus antecedentes o situación económica sean una rémora para la Revolución socialista.

Que nadie dude que el poder será nuestro, por las buenas, o por las malas"

No sería esta la última ocasión que el socialismo atentara contra el orden constituido. En 1934 lo intentó de nuevo contra la Segunda República. Los socialistas y comunistas la consideraban de derechas y enemiga del pueblo. A la cabeza, como presidente del Comité Nacional Revolucionario se encontraba Francisco Largo Caballero. Pasada a la historia como la Revolución Asturias causó mil cuatrocientas víctimas en veintiséis provincias. En esta ocasión el «Lenin español» eludió toda responsabilidad. Fue la antesala de la Revolución Social de 1936 que provocó la Guerra Civil española.

Al frente del Gobierno del Frente Popular Francisco Largo Caballero convirtió a España en un protectorado de la Unión Soviética donde los sicarios de la NKVD, convertida después en el KGB, tenían absoluta libertad de movimiento. Las «checas» creadas a imitación de las soviéticas desataron el «terror rojo» en el país, especialmente en Barcelona, Valencia y Madrid. Religiosos, burgueses y desafectos del Frente Popular se convirtieron en víctimas del marxismo-leninismo. Para alegría de Stalin, recién empezada la Guerra Civil, el presidente de la Segunda República Manuel Azaña mediante decreto autorizó al Gobierno de Largo Caballero a intervenir el dinero y el contenido de las cajas privadas de todos los bancos del país y trasladar las reservas de oro, plata y papel moneda del Banco de España al lugar que se considerara oportuno. El Frente Popular consideró que el mejor lugar para depositar las reservas del tesoro de todos los españoles era la Unión Soviética.

Por lo general los cuervos o cornejas están capacitados para buscarse la vida cuando necesitan comerse algo más duro que un tierno gusano. El señor Roures y el ambicioso periodista estaban en el edificio Semillas del Complejo de La Moncloa y el Mercedes S500-W221 miraba desconfiado a una pareja de cuervos. Sobre todo, al más grande que parecía llevar el graznido cantante. El otro más pequeño bien podía ser una hembra de cuervo, o un simple y sometido macho de corneja.

Desde la rama menos elevada de un árbol ambos pajaracos vigilaban el paso de los coches que transitaban por las calles internas del complejo de La Moncloa. Inmediatamente pensé, dada mi experiencia y horas de espera en el aparcamiento de coches oficiales, que esperaban una víctima en la que descargar sus corrosivas deposiciones. Salí del coche con la intención de intimidarlos ocultando la mano bajo la chaqueta de mi traje negro. Pretendía que creyera que iba armado. Los cuervos me miraron con indiferencia. No resultaba peligroso.

Fuera del coche descubrí que el cuervo más grande llevaba algo en el pico que no podía comer por estar revestido de una especie de cáscara. En ningún caso se trataba de un tierno gusano. El taimado cuervo esperaba que pasara un coche oficial bajo el árbol para dejar caer lo que tenía en el pico bajo las ruedas. Eligiendo astutamente el que parecía tener las ruedas más anchas y duras. A la tercera lo consiguió. Graznaron ambos contentos y fue el más pequeño quien arriesgando su vida bajó del árbol para hacerse con el fruto y dárselo al jefe. El jefe ni le agradeció el detalle, ni compartió con él lo que tenía pinta de ser una nuez. Es más, le echó del árbol a graznido limpio.

“Tanto cuervos como cornejas son aves de extraordinaria inteligencia, omnívoros, oportunistas y de gran habilidad para conseguir herramientas con las que resolver sus problemas. El señor Roures y el periodista que le acompañaba en su visita a La Moncloa bien podían ser dos cuervos. Sin embargo, por sus maneras, el periodista más bien era una «corneja»”

La «corneja» me sorprendió cuando subiendo al Mercedes S500-W221 calificó de atrasados y decadentes antianimalistas a los aficionados que, apostados a la puerta del Palace, esperaban la oportunidad de ver a los toreros hospedados en el hotel. Criticó con mala baba todo lo que olera a toro de lidia. Menos al estofado de rabo de toro que no admite críticas. Pervive desde que el gastrónomo Marco Gavio lo dejó como herencia en este país con forma de «piel de toro» en el siglo primero después de Cristo.

El atolondrado periodista tratando de halagar al «cuervo jefe» dinamitó las corridas de toros tachándolas de símbolo de la España imperialista que mantiene esclavizada a la democrática Cataluña. Pretendía que el sentimiento catalanista del señor Roures pensara en él para ocupar un puesto directivo en sus cadenas de televisión. Desconocía que quien tenía sentado a su lado en la limusina mantenía en el más estricto secreto los derechos de imagen de algunos toreros y sus derechos televisivos dentro y fuera de España.

«A mi perro Trotsky no le parecería divertido que los enfermos mentales que se divierten torturando a los toros le clavaran agujas y cuchillos hasta matarle» —dijo mirando a los lados para ocultar el resentimiento que volcaban sus ojos sobre la moqueta de la limusina Mercedes S500-W221.

“Los animalistas que imponen su modelo de sociedad, y exigen desterrar para siempre las corridas de toros, deberían acercarse a uno de ellos para decirle a los ojos: «No temas, quiero salvarte y luchar por tus derechos».

La reacción del toro no se hará esperar. Lo derribará primero de una mortífera cornada y una vez en el suelo se cebará con el inocente y confiado amante de los animales hasta convertirle en un despojo humano”

Le observé a través del retrovisor. Sus palabras cargadas de odio vindicaban para los animales los mismos derechos fundamentales de los humanos. Por tanto, las crueles prácticas desarrolladas en las plazas de toros debían estar eternamente prohibidas. Como debía estarlo la explotación de los animales en el circo y su sufrido cautiverio en el zoo. No deberían extender licencias a las tiendas de mascotas y se debería abandonar de inmediato los ensayos clínicos con animales en los laboratorios.

El populismo de los nuevos políticos de este Estado convertido en aconfesional por el carácter anticatólico de la izquierda socialista obliga a «toda» la sociedad a renunciar a sus tradiciones por considerarlas atávicas. Sujetas al pasado.

Se trata de debilitar la identidad colectiva para convertir a los españoles en un nuevo pueblo. Un pueblo hecho a su gusto y medida.

En la órbita de la retirada de las vallas publicitarias del «toro de Osborne» además de los animalistas encontramos a los intransigentes nacionalistas periféricos, que no consideran al mastodóntico toro negro como un símbolo estrictamente comercial, sino como el símbolo fascista de una España imperialista y opresora.

El toro de Osborne ha sido boicoteado y derribado de sus emplazamientos en aquellas regiones que quieren desmarcarse del espíritu nacional adoptando además símbolos propios que les identifique como nación independiente. En Cataluña han adoptado como símbolos propios de los catalanes el «caganer» y, en respuesta al toro de lidia, el «burro de Bruch».

“El toro de Osborne es para muchos españoles el símbolo de su masculinidad por los grandes atributos que el toro muestra entre sus patas traseras. También de virilidad por el brandy o coñac de hombres al que representa el toro negro. Su retirada permitiría reemplazarlo en todo el país por vallas publicitarias que promocionen los quesitos en porciones de «La vaca que ríe»”

El toro de Osborne sufre un atentado tras otro. En ocasiones no sólo se ha visto privado de su fantástica y brava cornamenta, sino también de lo más representativo de su género. También han pintado al toro de rosa añadiéndole unas buenas ubres lecheras. Ante algo así me veo obligado a concederme una licencia de lenguaje:

“No hay nada que mejor represente el carácter de los españoles que los cojones del toro de Osborne. Así que, por favor. No se los toquen”.

—Me han dicho que estuvo con el expresidente Jordi Pujol en dos ocasiones.

Dijo don Mauricio Casals, presidente de La Razón, acomodándose en el asiento trasero del Jaguar XJR575.

—Es cierto señor —respondí mirando hacia atrás a través del espejo retrovisor del Jaguar—. El mes pasado le llevé a la Universidad Carlos III. Había sido invitado en su condición de expresidente de la Generalitat para dar una conferencia en la Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas del Campus de Getafe.

—¿Y qué impresión le causó el Molt Honorable?

—Me pareció un viejecito encantador. —dije empleando un tono circunspecto.

—Sí. Esa es la impresión que da a los que no le conocen en profundidad —dijo mirando hacia las Puertas del Palacio de Congresos.

No hice ningún comentario. Dirigí el coche hacia la plaza de Cánovas del Castillo y bordeando la Fuente de Neptuno continuamos hacia el restaurante Zalacaín.

Llegaríamos e un pispás.

—Siendo el señor Pujol presidente de la Generalitat —dije sin mirar atrás—, le recogí en la Sala de Autoridades del aeropuerto de Madrid y le llevé al Hotel Villa Magna. Le había invitado la embajada de Alemania para dar una conferencia sobre Cataluña a inversores y empresarios alemanes. Me sorprendió ¡La dio en alemán!

—No es que sea Goethe hablando alemán, pero se defiende —dijo el señor Casals con una ligera sonrisa—. Estudió en el Colegio Alemán de Barcelona.

“En la búsqueda de un colegio de calidad que no fuera religioso Jordi Pujol i Soley fue educado desde los cinco años en la escuela que hasta el final de la Segunda Guerra Mundial estuvo bajo la influencia de la Alemania nazi de Joseph Goebbels, un comunicador que marcó vivamente la personalidad de Jordi Pujol desde la escuela primaria. Aprendió alemán y de pasada algo de inglés y francés. A los doce años decidió que el castellano no era su lengua materna y decidió estudiar catalán de la mano del ideólogo nacionalista Joan Triadú, que además de iniciarle en el uso de la lengua como «hecho diferencial» de la patria catalana fue quien le hizo sentir el odio paranoico que los catalanes deben sentir por la España imperialista.

—¿Conoce el caso de Banca Catalana? —continuó el señor Casals.

—No en profundidad señor —contesté con la esperanza de que el señor Casals lo dejara ahí. Me equivoqué. La nómina de periodistas de investigación contratados por La Razón se ganaba el sueldo y quiso demostrarlo. Mentalmente dije al Jaguar XJR575 que se mantuviera imperturbable. Lo hizo. Guardó un exquisito silencio.

—La quiebra de Banca Catalana fue un escándalo. Miles de clientes perdieron sus ahorros y cientos de accionistas fueron engañados.

»El molt honorable se rodeó entonces con la «estelada» independentista y mentira tras mentira desvió la atención hacia Madrid. Fue una maniobra calculada. No hay mayor manipulación emocional que el victimismo del independentismo catalán... y eso el molt honorable lo sabe.

El señor Casals hizo una pausa y mirando a un lado y otro del Paseo que corta Madrid de norte a sur continuó:

—»El molt honorable president engañó siempre a Madrid. Como buen catalán hizo siempre «la puta i la ramoneta». Pactó con la izquierda y con la derecha. Pacto incluso con el diablo. El caso era mantenerse en el poder el mayor tiempo posible.

»El poder ofrece enormes beneficios... y eso el molt honorable lo sabe.

—¿Debo entonces cantar la palinodia, el molt honorable expresidente no es un viejecito encantador? —dije sin mirar atrás, el Jaguar XJR575 no me lo permitía

—No. No lo es —contestó rotundo el señor Casals—. El Gobierno de la Generalitat es una máquina de producir mentiras, su misión es nutrir de odio y radicalismo al independentismo catalán.

—Sin embargo, escuche buena parte de la conferencia que dio el expresidente Pujol a los estudiantes del Campus de Getafe y el discurso bien podía estar firmado por Helmut Kohl, padre de la reunificación alemana.

El señor Casals guardó silencio. Miró hacia los lados de Paseo y dijo:

—Su perfil se inclina más hacia la personalidad del xenófobo Joseph Goebbels por el sentimiento de superioridad que siente sobre todo lo catalán. El corolario sobre esta afirmación podemos verlo en su discurso:

«Miente, miente. Miente que algo quedará. Cuanto más grande sea la mentira, más gente la creerá. Es más eficaz una mentira que no puede ser desmentida, que una verdad que resulte inverosímil. La mentira repetida mil veces adecuadamente se convierte en una verdad»

«Carga sobre el adversario tus propios errores y defectos y responde a su ataque con el tuyo. Silencia las cuestiones sobre las que no existen argumentos. Nunca presentes noticias que no favorezcan al partido. Si no puedes negar las malas noticias, inventa otras que las distraigan. La propaganda debe ser popular y adaptada a los menos inteligentes, cuanto más grande sea la masa a la que hay que convencer, más pequeño será el esfuerzo mental que se debe realizar»

«La comunicación debe ser controlada, si ella no es posible conquistar el poder. La propaganda es lo que más influye en el movimiento espiritual de la nación. Entre la idea y el pueblo. Debe limitarse a un número pequeño de ideas repetidas incansablemente desde diferentes perspectivas. Por regla general la propaganda opera siempre a partir de un sustrato preexistente, ya sea una mitología nacional o un complejo de odios y prejuicios tradicionales. Se trata de difundir argumentos que puedan arraigar en actitudes primitivas. La capacidad receptiva de las masas es limitada y es escasa su comprensión. Tiene además facilidad para olvidar sin esfuerzo»

Joseph Goebbels, político alemán y ministro para la Ilustración Pública y Propaganda de Tercer Reich, era el amigo y colaborador más cercano de Adolf Hitler. Ambos llegaron al poder de la mano del Partido Nacionalsocialista de los Obreros Alemanes.

“Con la apócope de «nazi» la izquierda oculta que se trataba de un partido obrero de ideología nacional y socialista. Es curioso que los partidos que incorporaron la «O» de obrero en sus siglas no están dirigidos por obreros. No hay obreros ni campesinos en los partidos marxistas-leninistas ni forman parte de la «nomenclatura» que controla el mecanismo de poder.

Goebbels fue conocido por su dominio de la oratoria, su profundo antisemitismo y discriminación racial. Ante la inminente entrada del ejército soviético de Stalin en el «Führerbunker» —donde Hitler, Eva Braun y la plana mayor se suicidaron— Magda Goebbels envenenó a sus seis hijos con cianuro. Después Joseph Goebbels le disparó a su esposa y se suicidó. Como ocurrió con Adolf Hitler y Eva Braun los cadáveres de Joseph y Magda Goebbels tampoco aparecieron. Todo parece indicar que por orden directa del führer los cuatro fueron quemados con gasolina a la puerta del bunker de la Cancillería.

—De vuelta al hotel felicité al expresidente Pujol por su conferencia a los estudiantes de la Universidad Carlos III —dije bajando del coche para despedir al señor Casals al principio de las escaleras del restaurante Zalacaín—. Quizá me excedí cuando le dije que la historia debería estarle agradecida por todo lo que había hecho por Cataluña.

—Sin duda se excedió —dijo el señor Casals bajando del coche—. La historia no debería perdonar al molt honorable president que lanzara al catalanismo en brazos del independentismo unilateral.

Le vi subir la escalera. Por el peso y su altura, y la figura algo cargada de hombros, el señor Casals tenía una inconfundible manera de andar. Al llegar al último tramo de escalera, antes de entrar en el restaurante más elegante y elitista de Madrid, se volvió sonriendo. Quizá lo hizo pensando en lo que dije del expresidente Pujol, que me parecía un «viejecito encantador». Alzó levemente la mano a modo de despedida y respondí con una sonrisa. El Jaguar XJR575 no dijo nada, estaba distraído.

Para Mauricio Casals Aldama el trabajo no era su vida, era el trabajo lo que le daba la vida. Le ayudaba a combatir el cáncer que padecía.

Nunca dejaba de trabajar.

El sentimiento profundo e intenso de alejamiento hacia todo lo que les acerque a España ha creado varias generaciones de catalanes que han crecido educados en el odio y alimentados con la xenofobia propia del catalanismo. Este fenómeno nacido del sentido de superioridad les hace considerar que todo lo español sea más simple, sucio y por supuesto inferior. El catalanismo inició su andadura en el siglo diecinueve con la pérdida de las colonias. Por la industria y su «cultura» Cataluña se considera más rica y poderosa que el resto de España.

No sería aventurado decir que con Jordi Pujol empezó todo. Envuelto en la bandera independentista catalana se siente un hombre de Estado porque ha dedicado la vida y su energía a destruirlo. Como Joseph Goebbels, ministro de Propaganda de la Alemania nazi de Hitler, utilizó la Televisión catalana TV3 y todos los medios a su alcance, tanto públicos como privados, para dedicarlos en exclusiva al mensaje de que España es el enemigo natural de Cataluña. En colegios y universidades el mismo objetivo, educar a las nuevas generaciones de catalanes en el desafío independentista y hacerles las víctimas provocadas por el nacionalismo, cuando no justificarlas.

El «sentimiento catalán» distorsiona la relación con la realidad-racionalidad al hablar de sentimientos. ¿En realidad qué es el catalanismo, la danza de la sardana, los Castells, o simplemente el odio a España?

El nacionalismo periférico no es otra cosa que la guerra civil en todos los sentidos. No hay diálogo porque los nacionalistas no lo quieren. Sólo buscan someter al Estado al que consideran opresor y fascista. Cataluña prohibió las corridas de toros y lo presentó como un triunfo animalista, cuando en realidad para ellos fue un triunfo contra «todo lo español». El independentismo periférico y nacionalista busca los mismos objetivos que la Revolución Socialista. Se trata de destruir el Estado y sobre sus cenizas construir el que más se acomode a su ideología, o su objetivo independentista.



«Ghost, más allá de lo incomprensible»

Como he dicho en otros libros anteriores sigo sin comprender por qué el Ángel de la muerte sigue despedido por las veces que mi vida se le ha escapado entre los dedos. Me he disculpado en algunas ocasiones y en otras he manifestado que no fui yo quien tomó la decisión de volver a este mundo de locos, donde sólo conseguiría perder la vida. Creo que es cometer una torpeza abandonar los planos de existencia donde Dios nos ofrece todo a cambio de nada, hay que ser muy inconsciente para desear abandonar de buen grado el mundo espiritual que nos pertenece a todos. Menos a los que se sienten más dichosos en manos del ateísmo religioso.

El pedagogo francés Allan Kardec fue quien mejor supo sistematizar la doctrina del espiritismo, y Jerry Zucker quien hizo la más poética manifestación de amor sobre este tema en su película «Ghost». Película de culto en la que algunos creemos y otros no.

La doctrina de la ciencia filosófica considera inaccesible para el entendimiento humano la existencia del mundo espiritual que gravita entre nosotros. También pone en duda la intervención de seres luminosos —ángeles o psicopompos— que conducen o acompañan al espíritu de los fallecidos hacia la luz divina. Como también la participación de las cuadrillas de oscuros personajes que lo arrastran hacia el abismo de los perversos donde son recibidos por el Príncipe de las tinieblas.

La comunidad científica considera que no existe la evidencia clara que apoye lo etiquetado como manifestaciones «paranormales», considerando estas creencias como «pseudocientíficas», y los acontecimientos atribuibles al más allá manifestaciones mal interpretadas por la sugestión, la imaginación, o las antiguas creencias. Según estos filosóficos razonamientos Jerry Zucker y Allan Kardec son visionarios que defienden la existencia no probada del alma y su individualidad después de la muerte. Se duda de su inmortalidad y suerte verdadera porque va en contra del pensamiento materialista.

Es posible que no tengan razón, pero... ¿I si sí?

En uno de mis libros anteriores, concretamente el que titulé como «Un espíritu exigente», cito mis experiencias personales sobre fenómenos «paranormales» es posible encuadrarlos en el campo de lo científicamente inexplicable.

Por los hechos ocurridos en México que cito en el libro se puede comprobar que mi vida ha girado sobre algo. Posiblemente sobrenatural. Escribiendo este decimotercer capítulo se ha repetido otro de estos casos que no se ajustan a las leyes comprensibles de la naturaleza. Un caso raro, vamos. Para explicarlo dejó el Jaguar XJR575 aparcado a las puertas del Palace para dar un salto adelante. Un salto para situarnos en lo ocurrido en la primera semana del mes de junio de 2018.

“En estas fechas ya he dejado el trabajo. Estoy jubilado. Entre otras muchas cosas me dedico a ser el único apoyo del último de mis ascendientes. Se trata de un tío de noventa años... y sumando... a pesar de los extraños efectos paranormales que le persiguen desde que murió su mujer ahogada en una piscina municipal. El macabro y desgraciado accidente consiguió convertir su vida en un extraño y continuo sinsentido. Una espiral de acontecimientos manipulados por quien al parecer ya no pertenece a este mundo. Por su manera tan demoniaca de actuar. Le pido que vaya a la iglesia. Que rece. El problema es que pertenece a esa generación que se considera cristiana, apostólica y romana ¡Sin creer en Dios!”

¿Qué ocurrió en la citada semana de junio de 2018?

Todo empezó con una extraña llamada perdida. Extraña por la forma de quedar registrada, como si el operador de telefonía móvil quisiera hacer una demostración paranormal de hasta dónde puede llegar su tecnología ¡Al infinito y más allá!

No le di mayor importancia. Fui director de marketing en Nokia CE, conozco los teléfonos móviles desde que presumían de tener el tamaño de un cartón de leche.

—Hola tío ¿Cómo estás? —digo dando por hecha su acostumbrada respuesta: «estoy bien». Su oído no da para más.

—Me has llamado —continuo—: ¿Necesitas algo?

—Yo no te he llamado.

Vale. Llamada accidental. No le doy más importancia.

—Mañana voy a verte.

—No te oigo.

Vive en la residencia San José, un lugar lleno de atenciones y comodidades de los servicios sociales de la Comunidad de Madrid dedicado a los mayores. Los gastos de la residencia los paga con su paga de jubilado. Su familia política, desobedeciendo la ley de protección a los mayores, le puso en la calle cuando le vaciaron la cartilla de ahorros.

Sus ahorros pertenecían a la herencia recibida de su hermana. Mi madre.

Dejar el domicilio donde vivía con su mujer y compartía con parte de su familia política fue una liberación. Desde el mismo día que le faltó su mujer —la ahogada— su vida se vio llena de asombrosos y extraños hechos paranormales.

Uri Geller decía: «Lo que provoca «estas cosas» no quiere que puedan demostrarse».

Este ilusionista de origen hebreo, conocido por declarar que tiene poderes psíquicos, se refiere a la lucha sostenida entre ángeles y demonios. Lucha que para los agnósticos resulta divertida. San Pablo en su carta a los efesios cuenta la lucha contra los espíritus del mal que habitan en el espacio. San Agustín dice de los ángeles:

«El nombre de ángel indica su oficio. No su naturaleza. Si preguntas por su naturaleza diré que es un espíritu. Si preguntas por lo que hace diré que es un ángel».

“Según los estudiosos los seres humanos no somos más que la culminación del conjunto de la evolución. Un proceso desarrollado poco a poco. Elemento tras elemento. Civilización tras civilización. La transformación o acción de desarrollo de la especie fue gradual e inconsciente, animando el fenómeno con las conquistas y atrofiando la evolución al ser conquistados. El destino del ser humano será: evolucionar hacia un estadio superior que le permita alcanzar a través de su energía física el nivel de vibración suficiente para controlar los átomos de su cuerpo. Convirtiéndose así en un ser puramente espiritual que puede manifestarse a los situados en los planos inferiores a través de su campo de energía”

Este campo de energía fue la causa por la que recibí una insólita llamada que no dejó rastro en mi teléfono móvil. La extraña llamada me impulsó abrir el sistema de «Banco en Casa» instalado en el ordenador. Comprobé que la desconocida llamada pretendía avisarme: la familia política, que había arrojado a mi tío de la parte que le correspondía de su casa por herencia, volvía a hacer de las suyas. Por un error del correo habían recibido la renovación de la tarjeta del cajero automático y le estaban dejando otra vez sin dinero. De nuevo la lucha entre ángeles y demonios. En esta ocasión vencieron los ángeles. Ganaron los buenos.



«Energías renovables, fuente de embaucadores y pervertidos»

Mi «triscaidecafobia» no resulta alarmante. Lo sé. No obstante, he decidido dejar el capítulo decimotercero con sólo tres páginas y pasar de las cuestionadas «energías paranormales» que dan tanto «yuyu», a otra cosa. Porque; que los muertos te canten al oído, o te hagan tropezar bajando una escalera no tiene nada de interesante. Por mucho que los dedicados a comunicarse con ellos defiendan esta posición dejaré en este capítulo a un lado el conjunto de creencias relacionadas con las «realidades últimas» y dedicaré mi atención hacia otras energías más cercanas. Escribiré algo sobre las controvertidas «energías renovables» que también esconden otro tipo de «fantasmas». Los fantasmas financieros.

Para el ecologismo idealista no importa cuál sea la verdad, lo que importa es que la sociedad crea en su posible verdad. Bajo esta premisa el Gobierno del «zapaterismo» cantaba odas rasgando la lira como Nerón durante el incendio de Roma. Se trataba de tener contentos a intelectuales y ecologistas criminalizando la energía de las centrales nucleares. Los colectivos ecologistas sin autoridad sobre la realidad científica presionan al Estado para que ponga fin a los efectos contaminantes generados por las centrales nucleares y eliminar el tendido de las líneas aéreas de Alta Tensión, sospechosas de provocar la muerte por leucemia.

—Los ecologistas más radicales se dedican a pontificar sobre la ciencia con escasos conocimiento —dijo el «vasco conseguidor» cuando el Mercedes S320 y yo le llevamos a una de sus regulares visitas a la ciudad de Mérida, sede de Presidencia de la Junta de Extremadura—. Dicen que su misión es alertar sobre la desertificación, el CO₂, la pérdida de la biodiversidad.

—¿Y no es verdad señor? —pregunté con la mirada impresa en el espejo retrovisor.

—Según la NASA la biomasa de la Tierra crece —contestó el exclusivo cliente del hotel Intercontinental—. Para esos fanáticos fundamentalistas la solución es pasar a la ofensiva. Proponen evitar la caza de pájaros matando a los cazadores que les disparan.

El «vasco conseguidor» iba muy cómodo en el asiento de atrás. Estaba satisfecho.

El Mercedes S320 no estaba al corriente del alcance de los negocios que llevaba a cabo el «vasco conseguidor» en el amplio salón de la suite que regularmente ocupaba en el hotel del Paseo de la Castellana. No le culpo, yo tampoco. Sí intuía lo que hacían él y otros interesados durante sus continuos viajes, o regulares visitas a Mérida. Se trataba del ambicioso plan ecologista de las «Energías Renovables» aprobado entre rasgueos de guitarra por el romántico y ecologista presidente del Gobierno socialista:

«La sociedad española debe volcarse en la producción y utilización de energías limpias y no contaminantes. Se trata de conseguir un desarrollo sostenible, ambiental, económico y social ¡Sea patriota! El sol puede ser suyo. Invierta en energías renovables»

La publicidad sonaba bien. El Real Decreto que regulaba la producción de energía en régimen especial llevaba la firma del presidente socialista José Luís Rodríguez Zapatero y el visto bueno del rey. El Gobierno destinó importantes recursos para llevar a cabo el plan, así que no había motivo para desconfiar. Muchos inversores estuvieron dispuestos a multiplicar su dinero instalando «huertos solares». Se lo creyeron... y se arruinaron.

“Un joven científico español aseguró en una entrevista que en un futuro no lejano la energía menos contaminante será extraída de las hojas de los árboles”

Otro de los «gurús» del intercambio de favores que utilizaba la cúpula vitral del hotel Palace para deslumbrar al estamento político era el abogado y empresario barcelonés Jaime Malet. Presidente de la Cámara de Comercio de Estados Unidos en España.

Don Jaime —como debía ser tratado manteniendo la correcta distancia—, presumía de relaciones con el poder. En este caso el «muy amigo mío» no era ningún farol. Para él se trataba de una semiverdad. Desde el principio del Gobierno Aznar el señor Malet fue uno de los pocos encargados de coordinar sucesivas delegaciones del bipartidismo. Como catalán tenía claro que con la independencia los catalanes sufrirían una peligrosa deslocalización y pérdidas millonarias en inversiones. Poco importaba. Mejor ser pobres independientes, que ricos oprimidos. Cuestión de gustos.

Confieso que soy tan escéptico, como curioso y si había un empresario que conociera más de cerca los proyectos sobre energías renovables era el presidente de la Cámara de Comercio de Estados Unidos en España.

El Mercedes S320 y yo tuvimos la ocasión de ponernos al día sobre los nuevos modelos energéticos cuando llevamos al señor Malet a una conferencia que se celebraba en la ciudad de Salamanca.

—Debemos ser optimistas señor —dije posando mis ojos en el espejo retrovisor.

—Sin duda —dijo el señor Malet tomando un sorbo de agua Perrier—. Pronto las áreas de servicio venderán más agua y refrescos que combustible.

—Un viejo sueño señor.

El Mercedes S320 no dijo nada. Iría pensando en la dieta que le esperaba si las nuevas tecnologías decidían que los motores Mercedes debían funcionar con el agua embotellada que llevaba el minibar.

—El modelo actual energético está anticuado. Podemos vivir sin petróleo obteniendo la energía de fuentes menos convencionales —aseveró el señor Malet.

—Eso dijeron muchos... desaparecidos —hice ver con intención.

—Si tuviera en mi poder un invento revolucionario no dudaría en ofrecérselo a los que el invento beneficia, no a los que perjudica —dijo el señor Malet perdiendo la mirada en el lejano y extenso paisaje de «Tierra de Campos»—. Desafortunadamente los inventores cometen el mismo error una y otra vez...

—Y acaban en la cárcel, o bajo un palmo de tierra como como John Kanzius tras presentar su invento —añadí.

—En un manicomio, como acabó Paul Pantone. Envenenado como Stanley Meyer, o denigrado y en la miseria como Nikola Tesla —dijo el señor Malet terminando de beber el agua de la botella Perrier.

Habíamos dejado hacía ya rato la monumental ciudad de Ávila. El Mercedes S320 devoraba kilómetros sobre la plomiza doble autovía tumbada al sol en la Meseta Norte. El horizonte ofrecía un bello espectáculo coronado por un cielo tan azul que parecía haber sido teñido con añil de blanquear pañales. Menos los desechables destinados a las vigorosas meadas de los bebés nacidos en la Era Digital.

Es posible que mi lujoso compañero no hubiera digerido que en el futuro su potente y orgulloso motor alemán estaría obligado por ley a cambiar su refinado combustible de marca por agua de garrafón.

—En España tuvimos dos casos. Aunque con fines menos siniestros —añadí para amenizar el tiempo que nos quedaba para llegar a Salamanca—. El más reciente ocurrió cuando yo tenía algo más de veinte años. El segundo perdido más en el tiempo. Ni usted ni yo habíamos nacido.

Franco estuvo convencido hasta su muerte de haber sido elegido por Dios y la Iglesia para ganar la divina Cruzada contra el comunismo soviético. Terminada la Guerra Civil de 1936 el petróleo escaseaba tanto en España como escaseaban las divisas en moneda extranjera para comprarlo. Sólo un milagro a la altura del apóstol Santiago sería capaz de solucionar el grave problema de la falta de combustibles. Si Franco se lo pedía.

No funcionó. El apóstol que perteneció al exclusivo «círculo de dilectos» de Jesús de Nazaret no tuvo la solución con la que minimizar las dificultades para el abastecimiento del petróleo, ni muchos de sus derivados.

Franco se vio perdido hasta que alguien que tenía la cabeza para algo más que para llevar puesto el bombín le propuso la solución de emergencia utilizada en Europa en el período comprendido entre la Primera y la posguerra de la Segunda Guerra Mundial: ¡Motores impulsado por «gasógeno» que permitían sustituir los combustibles derivados o refinados del petróleo!

“Tal como se conoce hoy a la automoción no sería posible ver la ciudad llena de coches, camiones y motos con una aparatosa estufa instalada en la parte de atrás para proporcionarle al motor combustible gaseoso quemando carbón, leña o residuos combustibles como la mierda seca de vaca... de dudoso octanaje”

Ante estos conflictos, al omnímodo y vitalicio Generalísimo de Todos los Ejércitos por la Gracia de Dios, le llegó la propuesta de un perverso embaucador que pretendía convertir a España en la principal exportadora de gasolina sintética producida con el agua del poco caudaloso río Jarama. Franco, entusiasmado con el posible proyecto de convertir el agua en gasolina, puso en marcha un ambicioso plan de construcción de pantanos que almacenaran agua suficiente para tener la capacidad de exportar gasolina española al resto del mundo. A precio más reducido que el barril de crudo que exportaban los ambiciosos países del golfo Pérsico, enemigos de su religión.

El embaucador «gasolinero» era el austriaco Albert von Filek, presunto inventor y científico de ideología filo-fascista que presumía de exmilitar de alto grado y pertenecer a la nobleza del desaparecido imperio austrohúngaro. Rebotado y encarcelado en otros países por sus estafas y prácticas delictivas llegó a España buscando la protección de la monarquía borbónica, dándose de morros con los republicanos llegados al poder de forma más que dudosa en 1931 propinando al rey Alfonso XIII una patada en el trasero.

Acostumbrado a engañar y estafar se metió en turbios negocios con la complicidad de algunos diputados disconformes con el sueldo que recibían en el Congreso de los Diputados. Al ser descubiertos y denunciados por la oposición, se quitaron el polvo de encima sobre los diputados conservadores acostumbrados a estos manejos de ricos. La boca de von Filek fue cerrada metiéndole en la cárcel. No fue ninguna novedad, estaba acostumbrado. Estando en prisión empezó la Guerra Civil de 1936 y por su simpatía o acercamiento al Frente Nacional fue trasladado a otra prisión más segura, de donde sólo se salía para ser fusilado en la pradera de San Isidro o en Paracuellos del Jarama.

Allí conoció a quien terminada la fratricida guerra se convertiría en su mentor: el «germanófilo» Ramón Serrano Suñer, cuñado de quien terminada la divina «Cruzada» contra los enemigos de la Iglesia se convertiría en el «führer» o caudillo de todos los españoles, por la gracia de Dios.

Von Filek contó al «cuñadísimo» de Franco que se había librado en dos ocasiones de ser trasladado a Paracuellos y que su primera etapa como preso se debía al grave error que cometió cuando trató de vender al Gobierno republicano la patente de su revolucionario combustible sintético, poniendo en peligro las altas comisiones de las compañías explotadoras de combustibles fósiles que recibían los ministros y autoridades republicanas. También confesó que a cambio de su libertad le ofreció al Gabinete del presidente de la República, Francisco Largo Caballero, la patente de su revolucionario combustible sintético, pero su oferta fue rechazada por el «Lenin español» que solo compraba «a precio de oro» las ayudas y la ciencia que exportaba la Unión Soviética.

Terminada la contienda Albert von Filek fue liberado por el nuevo Gobierno franquista. Este agradecido le demostró a Franco su firme admiración y regaló a la empobrecida España la patente del invento por el que era perseguido en todo el mundo por los sicarios de las compañías petrolíferas, dispuestas a darle caza y robarle su fórmula secreta con el único fin de ocultarla bajo llaves, o ser destruida.

“Engañar a Franco no era fácil. Era gallego. Pero tocó su fibra sensible al presentarse como el mesías capaz impulsar la autarquía nacional en materia de carburantes. Producir tres millones de litros diarios de gasolina sintética, mezclando su fórmula secreta con el agua que corre mansa por el madrileño cauce del río Jarama”

Para Franco aquello podía ser otro milagro, como el de Jesús en las bodas de Caná. Si el hijo de Dios convirtió el agua en vino, él convertiría el agua en «filekina», nombre elegido por él mismo para el nuevo combustible sintético de origen español.

Puesto el plan en marcha, se despropiaron terrenos junto al río Jarama donde se instalarían los enormes contenedores y depósitos de combustible destinado a la exportación. Seguidamente darían comienzo las obras de instalación de una colosal planta productora capaz de refinar millones de litros diarios de gasolina sintética que von Filek prometía producir mezclando el agua del río Jarama con su fórmula secreta.

Engañar a Franco no era fácil y tratar de estafarlo peligroso. No tan peligroso como contrariar a Stalin. Pero sí, engañar a Franco no era nada recomendable. Los dictadores tienen siempre algo en común.

Como buen gallego era tan reservado como desconfiado. No se fiaba de nadie. Sobre todo, de los «satélites» que giraban en la órbita de su residencia de El Pardo. Decidió ser él mismo quien valorara la efectividad del nuevo combustible producido por von Filek. Decidió probarlo. Mandó al chofer llenar el depósito del Rolls Royce que utilizaba regularmente en sus desplazamientos y salió de viaje. Se desconoce si se dirigió a Santiago de Compostela. Las sensaciones y el informe del chofer fueron favorables.

Franco convencido dio la orden al Ministerio de Industria para que el Boletín Oficial de Estado anunciara la masiva producción del revolucionario carburante y la puesta en marcha de su exportación. Europa se pondría a sus pies.

Todo fue un engaño. El conductor, comprado por el bellaco estafador von Filek, no llenó el depósito del Rolls Royce con «filekina», sino con el combustible disponible en el surtidor del Palacio de El Pardo ¡Auténtica gasolina Súper especial de 98 octanos!

Todo hubiera ido bien si los patosos científicos franceses —que conocían las andanzas de von Filek en su país—, no se hubieran reído del infantilismo del Gobierno franquista que pretendía llenar los depósitos de Europa con su revolucionaria «filekina».

A Franco no le gustaba que le tomaran el pelo. Y menos que se rieran de él.

De niño sufrió una larga cadena de humillaciones y el angustioso paso por la academia militar llenó su vida de complejos. Las burlas que recibió durante años se debían a su corta estatura, su desproporcionada cabeza y la voz atiplada producto de una sufrida sinusitis infantil de la que nunca se recuperó. Franco sustituyó placeres humanos por poder. Cuando consiguió el poder omnímodo y absoluto sobre los españoles nadie fue capaz de sostener su mirada más de un minuto.

Como todos los dictadores que rinden culto a su persona, mataba sólo con la mirada.

Los inventos revolucionarios no deben temer a los que el invento beneficia, sino a los que el invento perjudica. El señor Malet pudo decirlo más alto. Pero más claro no.

Los inventores que cometen errores deben prepararse para sufrir las consecuencias: algunos desaparecen, otros acaban en la cárcel, o encerrados en un manicomio. Sin duda hubo unos cuantos que fueron envenenados, Otros aniquilados sin más.

A pesar de que von Filek engañó al «führer» de todos los españoles, este no se portó como el «führer» de todos los alemanes. El austriaco responsable de la estafa y su compinche, el conductor oficial que hizo la prueba asegurando haber llenado el depósito de combustible de uno de los Rolls Royce de Franco con «filekina», fueron a la cárcel.

Para los críticos antifranquistas Albert von Filek fue enviado a un campo de concentración, estuvo preso varios meses. Después fue fusilado y enterrado en secreto en una fosa común.

No es cierto. Fue deportado a Alemania y allí murió doce años más tarde.

Otro de los casos de fraude con el que quisieron deslumbrar a Franco fue aún más descabellado. Porque no se trataba de hacer un revolucionario combustible con el agua de los ríos ¡Sino el motor que funcionara con agua de río!

El perito industrial, Arturo Estévez Varela, ofreció regalarle al Estado español la patente de un invento sin precedentes que como la «filekina» parecía no tener ni pies ni cabeza. Pura superchería. Sin embargo, el inventor copó los medios de comunicación durante un par de años presentando en sociedad un invento revolucionario que pondría a España a la cabeza de la innovación mundial y acabaría con la tiranía del petróleo:

¡El motor que funcionaba con agua!

El perito de origen extremeño, nacido en 1914, mostró desde joven una extrema curiosidad por la ciencia. Este «doctor chiflado» se pasaba el día creando cachivaches capaces de solucionar la vida del ciudadano medio. Su mayor obsesión fue desarrollar el motor que funciona con agua. Para ello tiró de marketing. Se presentaba de pueblo en pueblo montado en una moto de su propiedad, a la que según él le había acoplado el motor que funcionaba con agua. Buscaba un lugar concurrido, principalmente la plaza del pueblo. Llamaba la atención de la gente y cuando se veía rodeado de curiosos cogía un botijo y bebía un largo trago de agua. El resto del botijo lo vaciaba en el depósito de combustible de la moto. Seguidamente la arrancaba y daba una vuelta a la plaza ante la sorpresa e incredulidad de la gente que había presenciado el show.

Pronto los medios de comunicación se volcaron con el orgulloso inventor español que aseguraba que cuatro litros de agua del grifo proporcionaban a su motocicleta:

¡Una autonomía de novecientos kilómetros!

Todos aplaudían el hecho de que el desinteresado inventor —en un magnánimo acto de patriotismo—, renunciara a ganar millones con su brillante invento, cediéndole al Estado la patente y licencia de producción para el beneficio de la sociedad española.

Reunido el Gobierno en torno a Franco le hablaron del proyecto que en esta ocasión le iba a salir gratis al Estado. Los ministros no contaron con que Franco, ya muy mayor, seguía siendo muy desconfiado. Sobre todo, después de la experiencia de la «filekina» de Albert von Filek.

Franco dejó entonces en el Consejo de Ministros una frase lapidaria para la historia:

«Ya hemos hecho bastante el ridículo»

—En este caso más reciente yo era un niño, no tendría más de ocho años —dijo el señor Malet guardando el teléfono móvil. Había recibido una llamada—. Recuerdo que mi padre lo habló una vez en familia. Después tuve la oportunidad de escucharlo en boca de otras personas más autorizadas.

—¿Creé que pudo existir una conspiración por parte del Gobierno franquista para que no siguiera adelante el proyecto del motor de agua? —pregunté interesado.

—Después de dejar de salir en los medios. De no ser a diario divulgado, ni acaparar protagonismo, perdió relevancia —contestó el señor Malet—. Lo que al principio se consideró como la gran noticia que proporcionaría muchas oportunidades al sector del automóvil, se diluyó como un castillo de arena en la orilla del mar.

“Todo valía para demonizar al Gobierno franquista. Se inventaban historias sin razón ni fundamento. Todo valía para desacreditar al Estado y presentar a la sociedad internacional a un Franco dictador y sin escrúpulos que mantenía al pueblo secuestrado y en la pobreza”

—«Ya hemos hecho bastante el ridículo»— Hice revivir la famosa cita de Franco.

—Según las leyendas urbanas que circulaban entonces fue Franco quien ordenó al Ministerio de Industria que descartara el invento. Todo hacía predecir que el jefe del Estado fue presionado por el poder industrial y financiero que exigía guardar el invento en un cajón, o hacerlo desaparecer. Todo falso —concluyó el señor Malet.

Se produjo un silencio de los que ayudan a las pausas reflexivas a tener más claridad para valorar el mensaje. El Mercedes S320 lo sabía. Dejó que el silencio de su motor fuera objetivo y su ausencia de sonido sin intencionalidad dramática. Sólo silencio.

—Lo cierto es que el invento no fue más que un fraude sin sentido —continuó el señor Malet con la rotundidad del que sabe lo que habla—. Lo demostraron los análisis que Franco solicitó al Ministerio de Industria. Los resultados técnicos y científicos fueron ciertamente negativos.

El señor Estévez no dijo la verdad cuando aseguró que su motor funcionaba con agua, su chifladura sin rigor científico era científicamente irrealizable porque violaba todas las leyes de la mecánica y la termodinámica.

El agua es hidrógeno y el hidrógeno es una sustancia inflamable de gran energía. Pero está claro que el agua por sí sola no se quema. El perito industrial y aprendiz de mago Arturo Estévez, propietario de otros más sofisticados, estrafalarios e inservibles inventos, aseguraba que el motor de su motocicleta funcionaba con agua mezclada con otro «material» secreto. Nunca reveló cuál era su «material» secreto. Lo ocultó como se ha ocultado bajo llaves la «fórmula secreta» de la Coca Cola, concebida como una bebida medicinal por el farmacéutico estadounidense John Pemberton.

Los científicos aclararon que se trataba de «boro»: elemento químico de varias aplicaciones en el campo de la energía atómica que, a causa de su gran capacidad para absorber los neutrones, es empleado como amortiguador de control en los reactores nucleares. El inventor dijo rotundamente que no. Que su material secreto para producir combustible no era «boro», sino un material más barato, rentable y duradero.

Pero se negaba a revelar de qué material se trataba.

Todo olía a fraude. Ante la pregunta de si la fórmula de Arturo Estévez podía ser rentable los científicos aseguraron que no, y aportaron un contundente razonamiento:

«Es posible hacer un combustible mezclando agua y «boro» porque ambos generan la combustión que da lugar al hidrógeno. El problema es su eficiencia, menor que la que ofrece el diésel o la gasolina. Además, no es rentable. Es preciso mezclar 45 litros de agua y 19 kg de «boro» para producir los 5 kg de hidrógeno precisos para una autonomía similar a la de un tanque de 40 litros de diésel o gasolina. El precio de los 19 kg de «boro» rondaría los sesenta o setenta mil euros. Franco tuvo razón al desechar por absurdo convertir el agua en combustible usando la fórmula de Arturo Estévez. El camino no es mezclar agua barata con productos químicos que valen su peso en oro»

Los que trataron de vender a Franco revolucionarias fórmulas para producir combustible fueron tan visionarios como los padres de la ciencia ficción: Julio Verne y H.G.Wells. Ambos tuvieron la suficiente imaginación para adelantarse a su tiempo. La suficiente imaginación para ver el futuro.

—Tengo sobrados conocimientos sobre la producción de los combustibles ecológicos para asegurar que los combustibles de nueva generación ya están aquí.

Dijo el señor Malet echando hacia atrás su espalda para admirar el perfil de la nueva catedral de Salamanca desde la ribera del río Tormes. Estábamos llegando.

Tenía razón, la fórmula que trasforma agua y aire en combustible sintético no contaminante ya está disponible. Se trata de un diésel que se obtiene con la mezcla de agua, hidrógeno y dióxido de carbono. Se consigue separando el oxígeno y el hidrógeno que contiene el agua utilizando un proceso de electrolisis a más de 800 grados.

El hidrógeno y dióxido de carbono se transforman en reactores de síntesis y como resultado se obtiene un hidrocarburo sintético que refinado se convierte en e-diésel.



«Si luchas contra los monstruos, procura no acabar siendo uno de ellos»

Trabajar para don Jaime Malet, presidente de la Cámara de Comercio de Estados Unidos en España no era fácil. Si tomamos como base la serie de televisión británica «Arriba y abajo» no sería la planta de arriba donde al señor Malet le gustaría vivir. Si tenía que elegir prefería el ático. Se sentía cómodo al ser tratado como señor por los que, por su posición en la sociedad, se veían obligados a vivir abajo.

Después de los desencuentros que tuvo con dos conductores que el «gran jefe vasco» tenía destinados en la flota del hotel Palace decidió que sólo el Mercedes S320 y yo estábamos a la altura. Razón por la que tuve que elegir al conductor que debía acompañarnos a Mérida donde el señor Malet debía reunirse con el presidente de Extremadura y un grupo de inversores norteamericanos interesados en las energías renovables del «Plan Zapatero». No debía saber inglés para que los americanos pudieran hablar de negocios durante el viaje en presencia de un extraño. El extraño se llamaba Iván. Era un inmigrante de la antigua Unión Soviética que conocía varias lenguas eslavas, pero del inglés el «yes» y poco más.

Iván había escapado de la Unión Soviética después de dos intentos fallidos en los que se jugó la vida y como mal menor la libertad. Si es que en la «madre patria» de todos los comunistas la vida valía algo, y existía la libertad.

“Iván se libró de morir asfixiado bajo la avalancha que se produjo al final del encuentro de fútbol entre el Spartak de Moscú y el HFC Haarlem de los Países Bajos —equipo en el que jugaba Ruud Gullit—. El dramático accidente ocurrió el 20 de septiembre de 1982. Se jugaba el partido de dieciseisavos de final de la Copa de la UEFA. La Autoridad soviética sólo le permitió al club vender dieciséis mil entradas, unas absurdas limitaciones impuestas por los soviéticos en el Estadio Central de Lenin antes de convertirse en el actual Estadio Olímpico de Luzhniki. Ante esta reducida asistencia los directivos del Spartak decidieron abrir sólo dos sectores del estadio y dejar el resto cerrado”

Hacía mucho frío, ventaja o desventaja según se mire de estar tan cerca de Siberia. Los «krasno-belie», o rojiblancos como son conocidos los seguidores del Spartak de Moscú, se vieron obligados a agolparse en las gradas que estaban menos heladas por el calor que emanaba del subsuelo procedente del metro de Moscú. Esa zona era la más templada y resguardada. Además, la más cómoda para salir al final del partido por estar cerca de la entrada del Metro. Los rusos estaban eufóricos. No es que tuvieran mucho que celebrar, el Gobierno de Brézhnev había conseguido que la URSS alcanzara una influencia global positiva en lo militar, pero en lo económico Brézhnev la había metido dentro del núcleo de un cataclismo económico que llevó al paraíso de la Unión Soviética hacia la irremediable disolución en 1991.

Lo que celebraban a voz en grito los rusos era que en la anterior eliminatoria su equipo había machacado literalmente a los ingleses del Arsenal y que en esta ganaban a los holandeses del Haarlem por 1-0. Todo iba bien, además había pocas posibilidades para que a los rusos les igualaran el partido. A falta de diez minutos los aficionados empezaron a desfilar buscando las pocas salidas habilitadas para esta ocasión. Fue entonces cuando ocurrió lo que nadie esperaba:

¡El Spartak marcó el 2-0 a diez segundos del final!

El estruendo que armaron los seguidores rojiblancos cuando los suyos volvieron a marcar produjo una tremenda estampida. Los que habían abandonado el estadio volvieron a la carrera. Con la marcha pretendían jalearse al equipo y celebrar el segundo gol. Los choques resultaron brutales. Los rezagados empujaban y derribaban a todos los que se encontraban al paso. Las víctimas fueron materialmente trituradas. El caos se fue disolviendo poco a poco, pero de manera demasiado lenta por la inoperatividad de la policía. Otro problema fue el sanitario: la madre patria de todos los comunistas era una superpotencia militar a nivel galáctico, pero no disponía de hospitales suficientes cercanos al estadio para recibir a tantos heridos a la vez. Además de no contar con los modernos medios sanitarios de otros países con presupuesto militar más modesto.

“El Estado soviético minimizó el asunto a nivel internacional. En Moscú no había sucedido ninguna tragedia porque en el «paraíso comunista» no sucedían desgracias sin estar debidamente ordenadas por el Estado soviético”

El resultado de la catástrofe se mantuvo en la oscuridad hasta la llegada de la Glasnost y la inmediata disolución de la Unión Soviética. Con la desclasificación de los archivos se supo entonces que no habían sido sesenta y dos los muertos en la tragedia, sino trescientos cuarenta. Si trascendió a la prensa la declaración de Shvetsov, el jugador del Spartak que marcó el segundo gol. Su frase resume la tragedia:

«Nunca debí marcar ese gol...»

El Gobierno de Leonid Brézhnev decretó el cierre del Estadio Lenin en señal de luto y señaló como responsable al ministro del Interior Nikolai Shcholokov. Acusado de corrupción, fue suspendido de militancia en el Partido, perdiendo sus privilegios y todas las condecoraciones recibidas durante toda su vida política y militar. Se suicidó cuando fueron a retirárselas. Los funcionarios condenados a severas condenas de cárcel tuvieron la fortuna de ser amnistiados por cumplirse sesenta años de la fundación de la URSS por el todopoderoso Lenin.

La conexión de Iván con la tragedia del Estadio Central de Lenin fue que los directivos del equipo holandés invitaron a un escogido grupo entre los que habían sufrido las más traumáticas pérdidas para visitar Holanda y ver el último partido que Ruud Gullit jugaría con el HFC Harlem.

“Después de lo que se consideró la mayor tragedia deportiva ocurrida en la Unión Soviética el jugador quiso dejar el equipo y fue el Feyenoord quien pujó para hacerse con los servicios de este extraordinario jugador”

Iván fue uno de los elegidos, había perdido a su padre y a su único hermano. Pero tenía un problema: no tenía familiares de primer o segundo grado que sirvieran de rehenes para obligarle a volver a Moscú, si cometía la tontería de hacerle un corte de mangas a Leonid Brézhnev y decidía no volver a respirar el aire de libertad del paraíso comunista. El Estado soviético puso toda clase de trabas. No estaba de acuerdo que uno de sus identificados y leales obreros se quitara el mono de trabajo con el emblema de la hoz y el martillo y se marchara a despilfarrar horas de trabajo en los corruptos países situados al otro lado del Telón de Acero.

Había que mantenerles alejados de las malas influencias del capitalismo y de los gobiernos opresores y fascistas enemigos de la Revolución.

“Es curioso ver que la Unión Soviética fue un idílico Estado de obreros y campesinos con un Gobierno comunista ¡En el que no había ni obreros ni campesinos! En su nomenclatura sólo había leales comisarios políticos y militares mal encarados”

Una vez que Iván se vio fuera del idílico lugar por el que suspiran los obreros, que no pertenecen a la perfecta sociedad socialista, decidió ser libre y quedarse para siempre en el infierno capitalista. Tuvo la firme decisión de no volver a Moscú. Renunciaba a su «democrática vida comunista». A la libertad que le ofrecía el Estado soviético. Renunciaba a ser protegido por el Gobierno comunista de Leonid Brézhnev. A su cartilla de racionamiento. A su minúscula y proletaria vivienda compartida con otros camaradas tan proletarios como él, hijos de la madre patria de todos los comunistas.

La reunión en el Convento de la Orden de Santiago —sede principal de la presidencia y Gobierno de Extremadura—, fue un éxito. El señor Malet quiso que los norteamericanos conocieran la muy noble y muy leal ciudad de Trujillo, lugar al suroeste de España donde nacieron dos de sus hijos predilectos: Francisco de Orellana, descubridor del río Amazonas y Francisco Pizarro, conquistador del Perú.

Les gustó. Les gustó tanto, como ponerse ciegos de vino de pitarra y jamón ibérico de Montánchez en el mesón «La Troya», un clásico situado en la palaciega y señorial plaza Mayor de Trujillo, cerca de la iglesia de San Martín y a la espalda del monumento dedicado a Francisco Pizarro, que además de conquistar el Perú, incorporó el Estado imperialista de los incas a la Corona española.

Les dije a los norteamericanos que el monumento pertenecía a una trilogía realizada por uno de sus paisanos artistas, el escultor Charles Cary Rumsey. Los americanos se sorprendieron. No lo sabían.

—Mañana serás tú quien esté a disposición del señor Malet...

Iván estuvo de acuerdo. Estábamos sentados en una mesa al fondo del restaurante.

—»Estaré a disposición del joven americano que está a su lado —dije levantando discretamente la vista—. Quiere conocer los sitios donde estuvo su abuelo cuando vino a Madrid con la romántica Brigada Lincoln a matar fascistas.

—Dile que su abuelo se equivocó de país. Tenía que haber ido a la URSS a librarnos a los rusos de los tiranos estalinistas.

—Si pregunta por algún edificio en particular me limitaré a responder. Sin embargo, si le diré que fue en el hotel Palace, donde está alojado, donde según su abuelo se recuperó del disparo que recibió de los fascistas en el frente de Brunete.

“El Gobierno republicano del Frente Popular le despropió al empresario belga George Marquet sus dos hoteles más emblemáticos de Madrid: el hotel Ritz y el hotel Palace. Durante la guerra civil el hotel Ritz fue reconvertido en improvisado hospital de sangre. En la habitación 27 de este lujoso hotel murió el anarquista Buenaventura Durruti, que recibió un disparo de su propio escolta. El hotel Palace se convirtió en la embajada de la URSS, ocupó toda la primera planta. Bajo la elegante cúpula vitral, se instalaron quirófanos de campaña. El resto de hotel se dedicó a hospital militar, guardería y domicilio de funcionarios republicanos.

Terminada la guerra civil ambos hoteles fueron devueltos a sus legítimos dueños por el Gobierno franquista”

—Si se interesa por algún otro palacio o residencia burguesa en particular dile que posiblemente allí estuvo instalada alguna de las 256 checas comunistas del Frente Popular, donde eran detenidos, torturados y condenados a muerte los enemigos de la Revolución socialista —las palabras de Iván fueron como un invisible manto que se extendió y disolvió sobre el blanco techo del restaurante. Nadie las escuchó.

Conocía la razón por la que vino el abuelo del joven norteamericano y a qué vinieron más de treinta mil voluntarios brigadistas reclutados por la III Internacional.

Había sufrido al comunismo de cerca. Conocía sus métodos. Se trataba de dinamitar el caos fascista imponiendo el orden comunista, cuando el mundo debería saber que no existen notables diferencias entre comunismo y fascismo. Salió el uno del otro, son la misma manzana con diferente gusano.

La presencia de intelectuales, poetas, y escritores idealistas cercanos al comunismo ofrecieron a la opinión pública una imagen equivocada de las Brigadas Internacionales que llegaron a España en 1936. Con ellas llegaron aventureros, obreros desocupados, afiliados al partido comunista, jóvenes idealistas y románticos, muchos románticos que vinieron con un libro de poemas sobre la libertad que ofrecía el ideal de la filosofía socialista. A todos estos los acompañaban los que vieron en la Guerra Civil española una clara oportunidad para hacer turismo.

El atractivo de conocer España, sus monumentos y sus fogosas y atractivas mujeres.

Curiosos que a la hora de la verdad dudaron en disparar un arma que no sabían, ni querían utilizar. Todos ellos fueron carne de cañón cuando tuvieron que enfrentarse a un Ejército de África, bien entrenado por militares de contrastada profesionalidad, Franco y los generales africanistas condecorados entre ellos.

Por otro lado, estaban los acólitos de Iósif Stalin: revolucionarios antifascistas cuyo destino era conseguir el quimérico sueño de Lenin: la Revolución comunista que llevara a todos los países del mundo a la dictadura del proletariado.

La Brigada Lincoln, o Batallón Abraham Lincoln como fue conocido en combate, estaba formado por afiliados al Partido Comunista de los Estados Unidos, que fue legal mientras gobernaron los demócratas de centro izquierda de Franklin D. Roosevelt.

Con ellos vinieron convencidos antifascistas dispuestos a terminar con la amenaza de un Partido Fascista Republicano del totalitario dictador Benito Mussolini, «Il Duce», que no pretendía convertir a todo el mundo en fascista, sino resucitar la Antigua República romana tomando como símbolo el saludo copiado de las legiones.

Otro caso era el antisemita Adolf Hitler el «Führer» del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán. El verdadero coco. El fascismo del «Caudillo» de España fue pasajero. Un mal catarro que se le pasó a Franco cuando comprendió que sin los Aliados su dictadura militar tendría poco futuro. Acertó.

Los voluntarios que supuestamente habían venido a España a combatir «al fascismo» se llevaron la sorpresa de ver cómo eran desposeídos del pasaporte y enviados al centro de instrucción comunista de André Marty, «El carnicero de Albacete». Cuando fueron capaces de disparar dos veces sin herir a quien tenían al lado, fueron incorporados a la estructura militar de un Ejército que había dejado de ser republicano para convertirse en rojo y popular. Un ejército que entre sus planes no estaba salvar a la República, a la que consideraba burguesa, sino sustituirla para imponer la Revolución socialista.

“El Ejército republicano lucía en sus uniformes la estrella roja de cinco puntas. Divisa soviética que representa los cinco dedos de un obrero proletario y los cinco grupos sociales del marxismo-leninismo: jóvenes, militares, intelectuales, obreros y campesinos. El resto no son precisos para imponerle al mundo la Dictadura del proletariado, por tanto, pueden ser eliminados. Incluso los que han dejado de ser jóvenes”

El ejército del Frente Nacional, alzado, golpista, sublevado o contrarrevolucionario, qué más da, utilizaba los símbolos y divisas históricas de la Nación española. En ningún momento utilizó la estrella roja soviética como tampoco utilizó la «esvástica» de los nazis alemanes, ni el «fascio» de los fascistas italianos. No necesitaba identificarse con símbolos importados de otra nación. Les bastaba con los suyos propios, que no eran soviéticos, nazis o fascistas, sino hispanos.

Por regla general en La Troya nunca faltan los clientes sorprendidos que miran la tortilla de patata, o tortilla española entera que les pone en la mesa el camarero nada más sentarse. Es una antigua y curiosa costumbre de la casa. Desde hace muchos años.

—Los pasaportes que les quitaron a los brigadistas norteamericanos fueron un tesoro para Moscú —dijo Iván reclinándose sobre el respaldo de la silla del restaurante—. Los servicios secretos soviéticos los utilizaron para infiltrarse en los países Aliados, y el Comisariado del Pueblo sacó mucho provecho de los cientos de pasaportes que llegaron de España.

—¿Los ofrecían a los desesperados que pretendían salir de la URSS? —pregunté por preguntar, conocía la respuesta.

—A mi padre le engañaron. Entregó a un comisario todos los dólares que él y mi abuelo pudieron reunir, pero nunca recibieron el pasaporte. Mi familia tuvo que guardar silencio, a todos les asustaba la sombra del Gulag.

Las palabras de Iván rebotaron en el suelo como una pelota de pimpón y se perdieron entre las mesas del restaurante. No volvieron a aparecer.

Para André Marty la vida de un brigadista valía justo lo que costaba la bala precisa para fusilarlo. Cuesta creer que la Brigadas Internacionales que tenían la misión de aniquilar el fascismo para construir el paraíso de libertades propuesto por el comunismo sufrieran la terrible represión de sus propios camaradas. Tras la desclasificación de cartas y documentos de la Guerra Civil española —que estuvieron en poder del NKVD y del KGB hasta la llegada de la Glasnost y el fin de la Unión Soviética—, el propio André Marty reconoció haber ordenado el fusilamiento de quinientos brigadistas internacionales que estuvieron a su cargo en los campos de entrenamiento militar de Albacete: desafectos al Partido, desertores y criminalmente cobardes ante el enemigo. El Comisario general Marty en ningún momento participó en la guerra, permaneció siempre lejos del combate.

Josip Broz fue uno de los peones comunistas que envió Iósif Stalin para aniquilar a los trotskistas y bakunistas que impedían el desarrollo del estalinismo en España. Participo en la formación de brigadistas. Según el libro de sus memorias él mismo mandó fusilar a más comunistas que el general Franco durante toda la guerra.

Terminado el conflicto volvió a su país donde se convirtió en el «mariscal Tito», principal arquitecto y jefe de Estado de la Federación socialista de Yugoslavia.

“Es en tierras de Extremadura donde La Internacional es mejor recibida que la Marcha Real. Es una bella tierra poblada de alcornoques”

—Poco importa lo que se denuncie sobre el comunismo: las fotos, testimonios, las grandes cifras de muertos, lo represaliados —dijo Iván con amargura—. Siempre hay alguien, no importa la edad, sexo o profesión que justifican la Revolución comunista. Lenin elaboró la más terrorífica teoría de poder creada en el siglo XX, lo que hizo Lenin en Rusia entusiasmó a Hitler y a Mussolini. Los monstruos le imitaron.

—El comunismo se construyó como una religión sustitutiva. Con sus propios dioses, sus mártires, sus libros sagrados, la promesa del paraíso en la tierra, la lucha de clases, los conflictos sociales —dije como si estuviera dando la alineación de un equipo de baloncesto—. Yo también me deje influenciar por esos creadores de opinión que presentan al marxismo como la evolución natural y filosófica de la Humanidad hacia el modelo de un mundo más justo. Sin opresión. Fundado en la solidaridad y el reparto de la riqueza. La verdadera religión con Karl Marx como único Dios.

—¿Has sido socialista! —preguntó Iván espantado.

—Lo fui... pero mejoré —contesté sonriendo. No quería preocuparle, me caía bien.

—»Parte de los jóvenes de mi generación nos afanamos en buscar con qué sustituir la religión que para los progres resultaba incómoda y contrarrevolucionaria.

»Se trataba de encontrar un nuevo mensaje que resultara menos esquivo.

»El incierto porvenir y el franquismo, con el que pocos de mi entorno se identificaron, me hizo buscar respuestas entre los que pensaban que el comunismo era el único catecismo.

»Adopté el socialismo democrático como transición, hasta que dejé de estar cómodo aceptando unas ideas que atentaban contra mi propia independencia. No estuve dispuesto a pertenecer a un universo jerarquizado de sumiso rebaño en el que yo no encajaba. Desde muy niño tengo tendencia a rechazar la obediencia ciega.

»Leí muchos libros. La gente de mí alrededor me llenó más de libros que de ideas. Creo que los leí todos. Incluso los clásicos de los escritores rusos tuvieran o no que ver con la filosofía socialista.

»Leí la Biblia y en un momento de álgida creatividad me atreví con «El Corán». Juro que lo leí con respeto, pero no lo entendí. Supongo que por eso no soy musulmán. La musa culpable de alejarme de la izquierda y no aceptar el comunismo fue leer «Doctor Zhivago», del ruso Boris Pasternak».

“Novela con la que el escritor y poeta ruso ganó el Premio Nobel de Literatura en 1958. Nobel que tuvo que rechazar cuando fue acusado de traidor por el Partido Comunista. La Sociedad de Escritores Soviéticos calificó la novela de mediocre y traicionera contra la causa comunista. Sus camaradas acusaron al escritor de atentar contra la paz y el progreso que ofrece el comunismo y de haberse prestado voluntariamente como arma de propaganda burguesa contra la Unión Soviética. Denunciaron su decadencia moral y pobreza de pensamiento afirmando que el Novel era el pago a su traición. Fue privado de la ciudadanía soviética e invitado respirar la atmósfera capitalista que tanto le gustaba en otro país. Expulsado del sindicato de escritores tuvo que abandonar el paraíso comunista. Murió en el exilio dos años después de pena moral al sentirse rechazado por su patria”

—»Otra musa culpable de mi desencanto fueron las traumáticas visitas que por razones de trabajo realicé al otro lado del Muro de Berlín. Sentir el comunismo de cerca me hizo ver la realidad de una ideología que impide el derecho más elemental del ser humano: la libertad y el poder elegir el modelo de vida sin sufrir por ello. Pude comprobar que entre los comunistas mi vida no valía nada.

Lejos de ser un supuesto paraíso de libertades la Segunda República fue un azote para la prensa libre. Su régimen «democrático» amenazaba a los periodistas desafectos, cerraba periódicos y incautaba sus edificios. Una de las obras cumbre de la literatura rusa fue «Guerra y Paz», de León Tolstói. Este autor estuvo muy comprometido con el pueblo ruso, como lo estuvo su hija. Alejandra Tolstói manifestó su anticomunismo desde su exilio en Nueva York con una carta enviada en 1933 a la prensa española. La comprometida carta sólo fue publicada por ABC, arriesgándose al cierre del periódico y la confiscación de sus bienes por el Gobierno de la Segunda República.

Alejandra Tolstói había huido dos años antes de Rusia tras ser perseguida y amenazada en la URSS por sus ideas políticas. Confesaba estar horrorizada por las atrocidades cometidas por los servicios secretos soviéticos bajo el mando del genocida Iósif Stalin.

“Como dijo mi padre en 1908 «No puedo callarme». Su grito fue el detonante para que el pueblo ruso se uniera a su protesta contra las condenas a muerte de obreros y campesinos ordenadas por el Gobierno zarista. Con el nuevo régimen estalinista tanto rusos como ucranianos fueron asesinados o condenados a morir de hambre en el Gulag. Siento la imperiosa necesidad de elevar mi voz y gritar como hizo mi padre, a pesar de estar vigilada y perseguida por quien destruye la cultura, la religión, y libertad de las personas por el bien de la Sociedad proletaria”

Alejandra Tolstói citaba en su carta la política de exterminio planeado para aplastar la resistencia de los desafectos durante los años más oscuros y dramáticos de la historia de Rusia. Denunciaba el Holocausto del pueblo ucraniano asolado por el hambre que provocó la colectivización de sus tierras y el robo de sus cosechas en 1932 y 1933.

Aunque las cifras fueron ocultadas por el Gobierno soviético se sabe que fueron entre siete y doce millones las víctimas del Holodomor, cifra que pudo ser muy similar a los muertos provocados por el Holocausto nazi. La denuncia contra la barbarie sufrida en Ucrania por la hija de León Tolstói tuvo muchos problemas para ser publicada, su carta fue censurada por el Gobierno del Frente Popular. Sólo ABC se atrevió a publicarla.

Alejandra Tolstói murió en el exilio a los 95 años, curiosamente los mismos años que vivió su padre. Antes de convertirse en el principal enemigo de Stalin, y tener que huir para no ser ejecutado, León Trotski dijo que en España la URSS no necesita hacer propaganda comunista: «Allí la prensa burguesa y capitalista nos la hacen gratis».

León Trotski murió asesinado en México. Su muerte, ordenada por Iósif Stalin, fue ejecutada por el comunista catalán Jaime Ramón Mercader del Río.

Cien años y cien millones de muertos después, el comunismo sigue siendo una ideología admirada y respetada. En el siglo XX sólo Rusia y España crearon un régimen comunista. En Rusia, tras cinco años de trágica guerra civil provocada por Lenin contra su pueblo triunfó el comunismo. En España, tras una desastrosa guerra civil que duró tres años, el comunismo perdió. En ningún momento la izquierda reconoció su derrota.

—Una de las muchas cosas que me sorprendieron cuando llegué a España fue la ausencia de censura —dijo Iván haciendo una seña al camarero para que le trajera una coca-light la bebida más fuerte que nos permitía beber el «gran jefe vasco».

—Llegaste con el Gobierno socialista en el poder —dije recordando que compré el Decamerón de Giovanni Boccaccio en una librería clandestina—. La muerte de Franco resucitó un hambre voraz por ver las cosas que estaban más vigiladas que prohibidas.

—Lo primero que hice en Madrid fue hartarme de ver cine erótico —dijo Iván.

—No te culpes, yo fui a Londres a ver «El último tango en París». Mi mujer aprovecho el viaje para comprarse una falda escocesa.

—Me río yo de la censura franquista, ni color con la represión que sufrió la URSS con el vanidoso mariscal Brézhnev.

—Supongo que no sería tan terrible como la impuesta por los bolcheviques cuando llegaron al poder —dije tomando un poco de agua—. Siendo su lema «la libertad», la primera medida tomada por Lenin fue eliminar la libertad de expresión imponiendo una dura censura. Firmó un Decreto que prohibía publicar cualquier tipo de crítica contra la Autoridad soviética y todo lo que el Comisariado de Pueblo considerara burgués.

—Fue peor aún en la época de Stalin —terció Iván—. Para la Gran Enciclopedia Soviética la censura en un Estado socialista es de diferente naturaleza a la existente en los Estados burgueses. El único objetivo socialista consiste en defender a muerte los intereses proletarios de la clase trabajadora.

—Suenan bien al oído.

—Sí —continuó Iván—. Entra bien por el oído, pero el mundo debería saber que la élite soviética utilizó la censura en su propio beneficio, sobre todo durante las grandes purgas llevadas a cabo por Iósif Stalin.

“A la eliminación física de los oponentes de Stalin le siguió la destrucción de todas las imágenes relacionadas con ellos. Se retocaban o eliminaban cuadros y fotografías de los líderes caídos en desgracia. Nikoái Yezhov, el infame jefe de la NKVD que organizó la masiva represión política de 1936-1938 y su sucesor en el cargo Lavrenti Beria —implicado en el asesinato de León Trotski— fueron ejecutados y el Estado soviético publicó una orden para que todos los que tuvieran la Gran Enciclopedia Soviética la cambiaran por una nueva versión revisada donde ya no aparecían los políticos caídos en desgracias durante la etapa de Stalin”

—Desde el «mayo francés» de 1968 para el periodismo progresista es más cómodo centrarse en las teorías populistas que alabar los éxitos de la sociedad conservadora. La derecha no mola —Iván estuvo de acuerdo, así que continué—. Hay dos maneras de ganar el Premio Pulitzer, demonizando al franquismo como hizo Ernest Hemingway, o elevando a los cielos al estalinismo, como hizo Walter Duranty.

“En España poco o nada se conoce de este corresponsal del «New York Times» que recibió el Pulitzer ocultando a la opinión pública la gran represión y el genocidio soviético de Stalin. No hizo bien su trabajo”

Walter Duranty, reportero angloamericano de origen inglés —de Liverpool como los Beatles—, fue los ojos en Moscú del diario intelectualmente más progresista y prestigioso del mundo, el New York Times. Pero no cumplió. Ocultó la realidad más sangrienta de la historia de Rusia. Llegó a Moscú como corresponsal de su periódico para cubrir el nacimiento de la Unión Soviética —cinco meses antes de que el absolutista Lenin se hiciera con el poder fusilando a sus adversarios—. Con el respeto y la intacta credibilidad ganada como corresponsal en la Primera Guerra Mundial en 1921 envió una crónica en la que ponía en duda las nuevas políticas bolcheviques.

“La imagen espantosa de la hambruna llena de desesperación a las víctimas que huyen hacia el interior del país. Se estima que veinte millones de personas están condenadas a muerte. Existen informes fiables que elevan esta cifra hasta los treinta o cuarenta millones»

Pronto se dio cuenta que con las críticas al comunismo no tendría porvenir en la Unión Soviética. Tampoco estaba dispuesto a ser uno de los «invitados extranjeros» del Gulag, no tenía ninguna curiosidad por conocer Siberia. Durante los años siguientes sus crónicas se fueron suavizando bajo la atenta mirada y el severo control del Estado soviético. Se volvieron cada vez más pro-revolucionarias y comunistas.

Stalin supo ganárselo para su causa y como aliado para que vendiera una imagen intachable de su persona en el exterior, sobre todo en los Estados Unidos de América. Le garantizó una calidad de vida que sólo podían disfrutar las altas autoridades políticas de la Nomenklatura del Partido Comunista: un apartamento de lujo en Moscú, la «dacha» en el campo, y un ostentoso automóvil con chofer para que paseara a su amante rusa.

Stalin le concedió además lo que no estaba al alcance del resto de los corresponsales extranjeros: el mejor acceso a la información que al Estado soviético le interesaba difundir y las entrevistas exclusivas con el propio Stalin, privilegio que no estaba al alcance de ningún periodista. Sus trabajos de propaganda estalinista llegaban a España y el Gobierno del Frente Popular las difundía para demostrar a los españoles donde estaba el futuro de la nueva sociedad proletaria. Lo que no llegaba era la más mínima crítica a los rusos bolcheviques. Tampoco nada sobre sus atrocidades.

Sobre el primer «plan quinquenal» aplicado por Stalin, imponiendo al campesinado la completa colectivización de sus tierras y la obligación de entregar la cosecha al Estado, escribió un extenso artículo que al ser publicado en su totalidad por el New York Times le fue concedido el Premio Pulitzer de 1931. Con una exaltación fuera de lugar en un periodista occidental presumía como un marxista más de las excelencias de la transformación radical de las estructuras económicas y sociales de las repúblicas socialistas. No le comunicó al mundo que desde un año antes el noventa por ciento de las tierras agrícolas estaban colectivizadas y los hogares rurales convertidos en granjas comunales. No le comunicó al mundo que la medida mató al pueblo de hambre.

Acusado de enaltecimiento a la figura de Stalin y ocultar la verdadera realidad que acabó con la vida de millones de ucranianos la organización del premio Pulitzer considero retirar el prestigioso galardón a Walter Duranty. El oro de Moscú lo evitó. El New York Times quiso desmarcarse de su corresponsal dejando claro que las crónicas enviadas por su corresponsal en la Unión Soviética eran una muestra del peor periodismo publicado por el diario. El oro de Moscú también lo evitó”

Este cómplice del Estado soviético ocultó uno de los períodos más oscuros de la historia contemporánea. Renunció a su deber. Recibiendo el Pulitzer aseguró que los informes sobre la hambruna en Rusia no eran otra cosa que exageraciones manipuladas. Propaganda maligna de los enemigos del comunismo. No había hambre, no había muertos por inanición. Un incomprensible enfoque que mantuvo incluso durante el «Holodomor», la terrible realidad que causó más de siete millones de muertos.

Su postura de influyente periodista de su tiempo, cuyas crónicas se publicaban también en España, fue muy útil para el régimen absolutista soviético y la imagen de Stalin de cara al exterior. Sobre todo, en los países que más le interesaba que creyeran su engaño.

La perfecta herramienta de comunicación de Stalin montaba escenografías con las que recibía a las ilustres visitas extranjeras. Se hicieron famosas las granjas colectivas montadas como teatros, incluso con actores que engañaban por completo a los invitados. Un ejemplo es que nadie visitó Ucrania, pero se les hizo creer que sí lo hicieron. Se sustituían los carteles con el nombre de las ciudades. Con este truco chapucero engañaron al primer ministro francés Edouard Herriot y al arzobispo de Canterbury, que al volver a sus países de origen se deshicieron en halagos a Stalin por lo que habían visto: una sociedad en marcha, trabajadora, y en perfecta armonía.

Otra de las visitas recibidas por la URSS durante una de sus peores hambrunas fue la del famoso y polemista dramaturgo irlandés Bernard Shaw. Su gran influencia en el teatro, la cultura y la política occidental le convirtió en el autor más importante de su tiempo. Ganó el Premio Nobel de Literatura en dos ocasiones. No quiso ver el hambre que sufría el pueblo soviético. Lo descartó con un comentario tan frívolo como lo era él:

«Nunca he comido tan bien, como lo hice durante mi viaje a Rusia»

Entusiasta admirador de la Unión Soviética y sobre todo de Lenin al que consideraba el estadista más interesante de Europa, visitó la URSS uniéndose al grupo organizado por la Muy Honorable vizcondesa Astor —la primera mujer que ocupó un escaño en la Cámara de los Comunes del Parlamento Británico—. El viaje cuidadosamente dirigido por el Estado soviético culminó con una reunión privada con Stalin, al que el señor Shaw describió como «un caballero georgiano que carecía de malicia».

Durante una de las cenas celebradas en su honor dejó otro de sus frívolos comentarios: «He visto todos sus terrores y estuve enormemente complacido con ellos»

¿A qué terrores se refería? A su vuelta del viaje envió una carta al *The Manchester Guardian* en la que denunciaba la continua tergiversación de los logros soviéticos adjuntado una sencilla crónica de su visita.

“Deseo dejar constancia que en ninguna parte de la URSS existen claras evidencias de esclavitud económica, desencantos o privaciones. No existe el desempleo, sino la esperanza de una continua mejora. Por todas partes vi junto a Nancy Astor, y el grupo de veinte personas que nos acompañaba, una clase obrera fiel y entusiasmada. Un ejemplo de industria y conducta que enriquecería al resto del mundo si sus sistemas proporcionaran a los trabajadores los incentivos socialistas para seguir el ejemplo soviético”

George Bernard Shaw pasó de la admiración que sintió al principio por Karl Marx, a la secreta admiración por Benito Mussolini y su entusiasmo por Iósif Stalin. Cuando Adolf Hitler llegó al poder dijo que la dictadura absolutista es el único orden político viable. Le describió además como «un hombre muy notable y capaz», declarándose muy orgulloso de ser el único escritor que en Inglaterra era escrupulosamente educado y justo valorando su persona.

El pacto Ribbentrop-Molotov de agosto de 1939 —con el que soviéticos y nazis se repartieron Europa—, fue para Bernard Shaw el mayor triunfo político de Stalin. Con dicho pacto firmado nueve días antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial Stalin puso a Hitler bajo la presión de su dedo pulgar. El tratado se desintegró en 1941 cuando Hitler cometió el mayor error de su vida: invadir la Unión Soviética.

Bernard Shaw ignoró la «Gran Purga» llevada a cabo por Stalin contra setecientos mil exmiembros del Partido Comunista. Sobre estas noticias aparecidas en la prensa estadounidense envió una categórica nota de prensa:

“Es impensable que Iósif Stalin, junto al Comisario del Pueblo Kliment Voroshílov, el mariscal Semión Budionni y el democrático Tribunal Militar de la Unión Soviética, hayan podido cometer tal genocidio sin pruebas abrumadoras de su culpabilidad”

El éxito del comunismo se debe a los «corifeos» que lo alaban, justifican y ocultan sus tragedias ¿De qué fueron culpables los ex-camaradas de Partido Comunista, de no estar de acuerdo con las políticas de Stalin?



«Cuando el águila deja caer desde lo alto a la tortuga»

Para algunos la cultura del lujo extremo que representan las elegantes «limusinas» les conduce por el tortuoso camino de los pensamientos eróticos que algunos simples desarrollan gracias a su estúpida fantasía. Sin duda el más solicitado sea tocarle las piernas a una rubia deslumbrada mientras ella bebe sorbitos de champán. También los hay que llevan sus pensamientos hacia extremos más populistas, denunciando que estos coches extraordinariamente largos simbolizan a la decadente y opulenta sociedad burguesa. Que estos lujosos coches es cosa de ricos.

Sin embargo, los orígenes de la limusina no fueron precisamente burgueses, sino muy humildes. Los principios de la limusina empezaron en la campaña francesa de «Limousine», de ahí el origen de su nombre. Se trataba de humildes carretas de madera que los campesinos utilizaban para el transporte agrícola. Su principal característica era la separación que existía entre el conductor y la parte reservada para la mercancía. Se debía también a que estas carretas se utilizaban para llevar animales al matadero y convenía que el conductor no se mezclara con los... clientes.

Estos vehículos o limusinas separadas y partidas en dos, también se convertían en humilde vivienda de los menos favorecidos cuando se trasladaban a otras regiones durante la vendimia. Engalanadas también servían como coche nupcial para llevar a los novios a la iglesia y en ocasiones suplían al socorrido granero durante las primeras experiencias prematrimoniales.

La sofisticación y el champán a bordo llegaron después.

En los Estados Unidos tunear vehículos es un culto que puso de moda la sociedad afroamericana. Cortar un viejo Cadillac, alargarlo todo lo que permitieran sus ejes y convertir la parte de atrás en un pequeño apartamento causó furor entre los que se cargan de cadenas de oro para no pasar desapercibidos. Los fabricantes de automóviles no estuvieron dispuestos a dejar en sus manos un negocio que prometía. Vieron en estos coches extraordinariamente largos su gran oportunidad si centraban la producción de limusinas de lujo en la exclusiva sociedad burguesa. Crearon el nuevo símbolo de poder de la clase privilegiada... políticos incluidos.

La presentación en sociedad corrió a cargo de las «celebrities», para una estrella de Hollywood es inconcebible prescindir de la limusina en la gala de los Oscar, y mucho menos ir de compras a la Quinta Avenida. Sin embargo, con el fin de la dictadura franquista y la «democratización» de la limusina los tiempos cambiaron para la clase popular. La imagen de la limusina también. Ser propietario de una limusina sigue siendo un lujo exclusivo, pero desde que el «gran jefe vasco» decidió importar de Los Ángeles las primeras Lincoln Continental, cualquiera puede diseñarse su propio «reality show». Presumir de poder durante unas horas. Provocar la envidia de los demás. En eso estábamos el Mercedes-Maybach S600 y yo, su fiel compañero y exclusivo conductor.

En esta ocasión esperábamos a la esposa de un multimillonario portugués que venía regularmente a Madrid con su jet privado cuando tenía una cena importante y quería ir bien peinada. Para los peluqueros estilistas de Llongueras de la calle Ortega y Gasset se trataba de alguien a la que había que atender como si fuera una reina. Terminada su sesión de belleza la señora seguía siempre el mismo ritual: compraba unos zapatos en Tod's —adoraba los zapatos de Tod's—, algo nuevo de Versace, Gucci o Christian Dior, un exclusivo perfume en Bulgari, y algún carísimo regalo capaz de deslumbrar a sus amistades. El Mercedes-Maybach S600 se indignaba con tanto derroche.

El avión aterrizó a su hora. El matrimonio venía a menudo a la ciudad. Siempre se hospedaban en el hotel Palace. También el señor se hospedaba en el hotel Palace cuando venía solo o acompañado de algún miembro del staff ejecutivo de su compañía. Curiosamente siempre se trataba de jóvenes atractivas con un master para sacarle partido a la sombra de ojos. El señor no se cortaba por nada.

Sabía dónde íbamos. Lo tenía en la orden de trabajo. La tripulación despidió a la señora junto a la escalerilla del avión mientras que en la terminal del aeropuerto civil y militar de Torrejón de Ardoz los jets privados iban de un lado a otro buscando aparcamiento. Había dos aviones pertenecientes al «Grupo 45», la unidad militar dedicada al transporte de autoridades. El presidente del Gobierno volaba ese día, le vi subir en uno de ellos. El otro era para despistar. Dos cazas del «Ala 12» estaban al acecho por si el avión presidencial era atacado por un comando yihadista. Demasiadas precauciones ¿Quién quería matar al presidente? Con lo bien que lo estaba haciendo, destrozando la economía.

Hacia buen tiempo. Las nubes que estaban sobre nosotros miraban con desconfianza a los dos cazas F-18... si despegaban sin avisar no tendrían sitio donde refugiarse.

—Vamos primero a Llongueras —dijo la señora interrumpiendo unos segundos la conversación con su teléfono móvil.

Siempre hablaba con su teléfono móvil. El mundo a su alrededor no existía cuando hablaba con su elegantísimo teléfono móvil.

Salimos del aeropuerto dejando a la izquierda la Base Militar y nos dirigimos al centro de la ciudad por la Autovía A-2. No había mucho tráfico, los coches habían sido sacudidos de la autovía como las migas de un mantel. A nuestro lado circulaban dos camiones presumiendo de potencia y una furgoneta con un cartel en su costado que anunciaba la especialidad a la que se dedicaban los malencarados que trataban de igualar nuestra marcha derrochando combustible: «Fontanería y Limpieza de Alcantarillas»

La señora dejó un momento su elegantísimo teléfono a un lado y abrió una de las botellas de agua Perrier, cortesía del «gran jefe vasco». Bebió un discreto sorbo de agua y mirando distraídamente hacia un lado dijo:

—Mi hijo estuvo aquí en Madrid la semana pasada.

—Sí señora —contesté—. Se hospedó en el hotel Ritz.

—Lo sé —dijo la señora—. Como sabe que me apasiona el cine clásico me llamó para decirme que la suite en la que estaba fue en su día ocupada por Rita Hayworth, la famosa «Gilda»...

Al joven hijo de la señora del jet privado le apasionaba su Ferrari. Estaba enamorado de su Ferrari. Había venido para participar en una Concentración de Superdeportivos, algo con lo que los jóvenes mega-ricos demuestran al resto de la sociedad el infinito poder de sus papás. Efectivamente estuvo alojado en una de las principales suites del hotel Ritz, otra cosa es que fuera precisamente en la que descansaron los preciosos huesos de Rita Hayworth.

—...Le dije a mi hijo —continuó la señora—, que durante la dictadura franquista los artistas y toreros no fueron bien recibidos en el Ritz, sobre todo desde el escándalo que formaron Ava Gardner y sus amigos en el hotel.

—Es parte de la vieja leyenda del Ritz, señora.

—Me gusta el hotel Ritz, pero mi marido prefiere desde hace muchos años alojarse en el hotel Palace. Dice que va más con su carácter.

Es cierto, al señor portugués del jet privado prefería hospedarse en el hotel Palace por la exquisita complicidad que recibía de sus empleados... a cambio de generosas propinas.

—¿Sabe usted que el príncipe Alí Khan alfombró el suelo con treinta mil rosas y llenó la piscina del hotel con el perfume favorito de Rita Hayworth?

Dijo la señora con una de sus esmaltadas uñas entre los dientes. Le gustaba hablar de los caprichos y lujos reservados a los que desean demostrar que el mundo les pertenece.

—Hay hombres capaces de hacer locuras por una mujer —Seguidamente pensé:

«Otros añaden a esas locuras ciertos grados de estupidez»

No apartaba los ojos de la carretera ni un momento y el Mercedes-Maybach S600 me lo agradecía deslizándose entre la selva de vehículos. Era preciso estar atentos para mantener a raya a los que se arriman demasiado para ver si en la limusina va el dueño de Zara, o Plácido Domingo, por ejemplo.

—La boda del príncipe y la actriz fue como un bonito cuento de hadas —continuó la señora como si estuviera leyendo el «Hola»—. La plebeya nacida en un humilde apartamento de Brooklyn casada con el hijo del Aga Khan, descendiente directo de Fátima, la hija de Mahoma.

—Sin embargo, señora, Rita Hayworth no abrazó la fe de su suegro, el Imán de los Musulmanes Ismaelitas Chiitas.

Con mi comentario traté de hacer ver a la señora del jet privado que no todos los de origen humilde se dejan deslumbrar por el poder y el dinero. Bueno; a veces sí, pero eso no debo decirlo yo. Soy de origen humilde.

Rita Hayworth fue muy criticada por sus súbditos cuando la cubrieron de joyas y se postraron ante ella besándole los pies el día de su boda. Este gesto horrorizó a la estrella de Hollywood, acostumbrada a ser admirada y perseguida por los hombres, pero poco dada a este tipo de vasallaje musulmán. No se sentía cómoda en presencia de los árabes. Tampoco con la exigencia del príncipe para que abandonara definitivamente el cine y se centrara en su nueva vida de princesa consorte. Tuvieron una hija y es cierto que lo consiguió al principio, pero pronto las continuas infidelidades del príncipe acabaron con el matrimonio.

“Alí no fue un buen marido, pero sí un buen amante. El príncipe tenía mucho arte en la cama, podía prolongar sus erecciones el tiempo que él quisiera sin llegar a eyacular. La técnica la aprendió en los burdeles egipcios, aconsejado por su padre, el Aga Khan”

La boda de la estrella de Hollywood con el príncipe Alí Khan fue «la boda del siglo» para los musulmanes. Para el Vaticano no. El papa Pío XII advirtió a la actriz que siendo católica la unión no era válida ante Dios. Sus hijos nacerían en pecado.

Rita Hayworth se casó embarazada de su hija Yasmine Aga Khan.

Con notables diferencias, a Grace Kelly también le costó adaptarse a su nueva vida de princesa consorte, cuando se casó con el príncipe Raniero III de Mónaco. Este enlace fue más vistoso. Pero menos romántico. Grace Kelly fue una diosa que conquistó el corazón del mundo. El príncipe no fue más que un mentecato poco atractivo de grandes orejas y cabezón que no conquistó el corazón de nadie.

Rita Hayworth era norteamericana. Su vínculo con España fue su padre, Eduardo Cansino Reina, un sevillano que pertenecía a una estirpe de artistas de origen judío-sefardí que emigró a los Estados Unidos en busca de fortuna

“«The Dancing Casinos» fue el pomposo nombre con el que el padre y una tía de la Hayworth se presentaban en las salas y teatros de variedades de Nueva York”

Cansados de los discretos resultados disolvieron la sociedad y cada uno se fue por su lado. Eduardo Cansino se trasladó con su familia a California.

Pretendía ser como Fred Astaire y triunfar en el cine.

La Gran Depresión económica de 1929 acabó con sus ilusiones. No le contrataba nadie y la academia de baile que montó para ganar algo de dinero fue un fracaso, a los norteamericanos no les gusta bailar la «jota». Volvió a formar «The Dancing Casinos» ahora teniendo como pareja de baile a su hija, Margarita Carmen Cansino, a la que prohibía que en público le llamara padre. En ocasiones la presentaba como su pareja sentimental. La joven Margarita fue violada y acosada sexualmente por su padre desde los trece años. Desde entonces practicó una tímida resistencia pasiva ante un padre que sólo la quería para él, aunque sí la animaba a ser complaciente con algunas personas, en particular si eran empresarios o productores de Hollywood que podían proporcionarle la forma de cumplir su sueño. Ensayar y recibir palizas procurando no dejarle marcas en el cuerpo fue la práctica habitual que sufría Margarita cada día que su padre bebía.

A ella siempre le faltó el coraje para plantarse. Enfrentarse a su padre y decirle basta.

Tampoco lo hizo su madre, Volga Margaret Haworth, una showgirl de Broadway que murió a los cuarenta y siete años alcoholizada.

Rita sufrió en silencio hasta que apareció en su vida Edward C. Judson, un personaje veinte años mayor que ella que frecuentaba la vida nocturna de Hollywood, aunque de él poco se sabía. Tomó a la joven bailarina bajo su protección y transformó a la hispana Margarita Cansino en la anglosajona Rita Hayworth. Acortó con la apócope el nombre de la actriz y añadió la «y» al apellido de su madre para darle mayor sonoridad y separar la imagen de Rita de la de su tío, que también era actor.

Se puso al mando del negocio seguro que representaba la actriz y en los cinco años de matrimonio Rita Hayworth fue exprimida como un limón. Hablaba por ella, elegía su ropa, preparaba las entrevistas, le escribía sus respuestas. La trataba como si no tuviera alma propia. Como si tuviera poco cerebro.

“Me casé con Edward a los diecinueve años para escapar de mi padre. Me hizo adelgazar y cambiar el color de mi pelo para convertirme en pelirroja. Yo me case por amor, él porque vio en mí una segura inversión. Según él es preferible que la mujer bella no sea inteligente. Se la maneja mejor”

La mujer más explosiva de la década de los cuarenta hablaba poco de sus maridos. De su cuarto esposo Dick Haymes, un actor y cantante argentino que desarrolló toda su carrera en los Estados Unidos dijo en una entrevista:

“De Dick me gustaba su música y me divertía con él, pero era un mal tipo. Me pegaba cada vez que se pasaba con la bebida, algo normal en él. En eso me recordaba a mi padre”

Orson Welles no pegaba a la actriz, pero tampoco le hizo caso en los cuatro años de matrimonio. «Gilda» convirtió a Rita Hayworth en la sex-symbol más deseada por los hombres, menos para su marido, más preocupado en otras aventuras que en cumplir con quien le echaba de menos cada noche. Rita siempre reconoció que ella no fue más que una consecuencia y lo imposible que resulta vivir con un genio cuando la vida sólo gira en torno a él. Sin embargo, fue sólo a Orson Welles a quien Rita le descubrió sus dos más íntimos secretos: Su padre abusó de ella sexualmente y detestaba ser actriz.

Quien llevó a la pantalla «Ciudadano Kane», una de las obras maestras de la historia del cine, se enamoró de Rita al verla en la portada de la revista «Life» en 1941. Estaba rodando en Brasil y aseguró que cuando volviera a los Estados Unidos se iba a casar con ella. Cumplió su promesa.

“Cuando me dijeron que Orson había dicho que se iba a casar conmigo me sorprendió ¡Ni siquiera nos conocíamos en persona! Creí que todo era una broma. Él era un genio tenía fama y yo no era nada, apenas fui a la escuela”

Ella salía entonces con Víctor Mature, alguien que para el «genio» Orson Welles no ofrecía ninguna competencia, decía de él que era un pésimo actor poco atractivo con cara de dolor de estómago.

Rita Hayworth carecía de formación. Su padre era un analfabeto que no veía en los estudios ninguna utilidad. Desde que tuvo cuatro años se vio obligada a bailar y a los trece el padre la hizo debutar con él como pareja de baile. Actuaban en locales de la Baja California para no alejarse de Los Ángeles y los estudios de Hollywood, «el dorado» para los que sueñan con triunfar en la meca del cine.

El milagro apareció cuando la «Fox» se fijó en ella como sucesora en la pantalla de la mexicana Dolores del Río. Acepto. En principio realizó pequeños papeles reservados para bellezas morenas de origen hispano.

Además de la explotación a la que la sometía su padre aparecieron en su vida los «Harvey Weinstein» de la época que imponían su particular «derecho de pernada» entre las jóvenes actrices como algo usual del Hollywood clásico de entonces.

También entre los jóvenes actores de atractivo trasero.

Los que fracasaban al principio eran los más afortunados porque tenían tiempo para rectificar. Los que se desengañan demasiado tarde debían sobrevivir practicando alguna forma de prostitución. Además, se veían obligados a frecuentar determinados ambientes y no tardaban en alcoholizarse, o terminar para siempre «colgados» de las drogas. Solución y próxima parada: el suicidio o la muerte por sobredosis

Darryl Zanuck fue uno de estos acosadores. Persiguió a Rita desde el principio, a pesar de que siempre recibía un «no» por respuesta. El que fue uno de los productores más importantes y conocidos de la edad de oro de Hollywood no permitía que ninguna mujer le rechazara. Como no podía tenerla debajo... decidió quitársela de encima.

Rabioso al ver el triunfo de Rita Hayworth con «Gilda» la siguió humillando cada vez que tenía ocasión. No acepto ir a la boda de Rita con el príncipe Ali Khan porque no estaba dispuesto a rebajarse y verse obligado a llamarla princesa.

Nadie le echó de menos.

Sin embargo, para Rita Darryl Zanuck no fue el peor de todos, la verdadera bestia fue Harry Cohn, un mentiroso explotador, intratable y mezquino.

La mayoría de las actrices se veían obligadas a filmar escenas de desnudos, Rita no lo necesitaba. Bailando resultaba más provocativa. Fue pareja de baile de Fred Astaire y Gene Kelly, los «monstruos» sagrados que triunfaban en aquella época. Fue la «doña Sol» de «Sangre y arena», la película que la lanzó y consagró como un símbolo sexual.

«Gilda» fue sin ninguna duda la película. La que convirtió a la estrella en la «diosa del amor» para toda la sociedad norteamericana de los años cuarenta. Fue tan famosa como la frase que siempre la acompañó:

«Todos los hombres que conocí se acostaban con «Gilda», pero se levantaban conmigo».

Margarita Cansino no se parecía en nada a Rita Hayworth. Tampoco sus personajes.

Según Orson Welles resultaba mucho más bella sin maquillaje.

“Con Orson tuve una hija. El no deseaba tenerla y nunca se ocupó de ella. Su verdadera pasión fue el volcánico romance que tuvo con Dolores del Rio, mi rival. Amó tanto a esa mujer, como amaba a España”

Orson Welles se enamoró de España desde la primera vez que estuvo en ella. Tenía entonces diecisiete años. Durante toda su vida sólo tuvo un deseo: sus cenizas debían quedar eternamente depositadas en la finca de su amigo, el torero Antonio Ordoñez.

Su hija Rebecca se encargó de hacerlo. Llevo sus cenizas a Ronda cumpliendo el deseo irrenunciable de su padre.

Tras el divorcio con el príncipe Alí Khan la vida de Rita Hayworth entró en una espiral de destrucción que incluyó otros dos desgraciados matrimonios: Dick Haymes y James Hill, dos «tipos» que también abusaron de ella porque la obligaron a seguir trabajando para vivir a su costa.

“He hecho buenas películas, pero no mucho dinero. Reconozco que no tengo cabeza para los negocios. Lo único que sé es actuar y a eso me he dedicado. Nunca me importó el dinero. Siempre rechacé las ofertas que me hacían para hacer teatro, musicales o televisión. Mi corazón sólo estaba en las películas. Yasmine y Rebeca, mis hijas, lo fueron todo para mí. Rechacé buenos proyectos para estar más tiempo con ellas”

El mito de Rita Hayworth se extinguió una fría mañana de 1976 en el aeropuerto de Londres. Los que esperaban a la estrella en el aeropuerto de Heathrow vieron como descendía del avión una mujer irreconocible. Envejecida, ausente y asustada.

Para la historia del cine Rita Hayworth murió en 1987. No es verdad. Murió cuando empezó a ofrecer en público una imagen patética y deformada.

José María Íñigo la llevó a su programa «Directísimo», reconociendo después que fue un error. La grabación, sin duda un valioso documento histórico, desapareció de Televisión Española sin dejar rastro.

El Jaguar XJR575 y yo tuvimos la oportunidad de saber algo más sobre la mítica actriz de Hollywood cuando llevamos a José María Íñigo a una recepción del hotel Palace. Le acompañaba un periodista interesado en la vida íntima de la Hayworth.

Tanteaba la posibilidad de escribir un artículo sobre la «diosa».

El célebre presentador le habló de la entrevista en Televisión que resultó muy corta y sobre todo un desastre. Rita Hayworth respondía con cosas sin sentido, llegó incluso a decir en directo que debía volver al hotel porque había olvidado ponerse la ropa interior.

—El manager me advirtió —dijo José María Íñigo con la mirada perdida tratando de proyectar en los cristales del Jaguar aquella aciaga entrevista—. Recomendó la posibilidad de entrevistarla mientras estaba en maquillaje, de esa forma evitaríamos que bebiera antes de ponerse ante la cámara. Fue la entrevista más triste de mi carrera, así que la corté por respeto. Temía que si continuaba con las preguntas ofrecería la terrible evidencia de su inestabilidad emocional, poniéndose ella misma en ridículo. La vi ausente y nerviosa. Antes de comenzar la entrevista desesperada llegó a beberse los pequeños frascos de colonia que había en el camerino. No ocultaba su dependencia. Reconocía que necesitaba beber:

«Beber es como un fuego que empieza con una pequeña llama y acaba en un colosal incendio. Nunca fui una bebedora habitual. No recuerdo cuando, ni la razón que me empujó a beber. Sí sé que me doy pena»

—Yo —dijo el periodista—, pertenezco a la generación de espectadores que conocen a Rita Hayworth por la reposición de sus películas en televisión. No acabo de entender la desolación de los mayores al ver como la «Gilda» que inflamó los deseos de millones de hombres, se diluía como un trozo de hielo en un vaso de coca-cola.

—Había una razón —dijo Íñigo—. Nadie conocía entonces que Rita Hayworth tenía Alzheimer. Ella tampoco. Entonces se sabía poco de esta enfermedad degenerativa y su enfermedad no le había sido diagnosticada.

—¿Entonces los que vieron aquel «Directísimo» de Televisión Española pensaron que el estado de ruina se debía a su reconocido alcoholismo? —terció el periodista a modo de pregunta.

—Para mí aquella entrevista fue la prueba más cruel de la destrucción del mito de «Gilda» —dijo José María Íñigo autoinculpándose—. El momento hubiera sido menos doloroso si se hubiera conocido que Rita Hayworth padecía un Alzheimer que destruía poco a poco su memoria y arruinaba su cerebro.

“Todo el mundo pensó que el deterioro físico de Rita Hayworth se debía a su afición incontrolada a la bebida. Había tomado el mismo camino de su madre. Su vida se convirtió en un infierno hasta que apareció su ángel, la princesa Yasmine Aga Khan. Su hija lo dejó todo para cuidar a su madre y dedicó parte de su fortuna a la investigación del Alzheimer. Ronald Reagan, el actor de Hollywood que se convirtió en el cuadragésimo presidente de los Estados Unidos, también padeció esta terrible y devastadora enfermedad”

La vida de Rita Hayworth no fue nada fácil. Murió sin saber quién era. Su hija Yasmine fue la única persona que estuvo a su lado hasta que la actriz de Hollywood y exprincesa consorte murió a en su apartamento de Manhattan a causa del Alzheimer que durante años padeció en secreto. Glen Ford, quien le dio la bofetada más famosa de la historia del cine, llevo a hombros el féretro de «Gilda».

La película de 1946 que consagró a Rita Hayworth como la mejor actriz de la época, promovió un escándalo. La Iglesia la consideró gravemente peligrosa por la forma tan erótica y provocativa con la que se quitaba un guante. Esta escena de «Gilda» se convirtió en icono en todo el mundo.

Franco veía la película en el cine-teatro del Palacio Real de El Pardo cada vez que doña Carmen Polo iba de compras. Que era muy a menudo. No la censuró por la escena del guante que tanto escandalizó a la Iglesia, sino por la sonora bofetada en blanco y negro que da Glen Ford a Rita Hayworth. Para el dictador, que en un tiempo no muy lejano no le tembló el pulso a la hora de firmar una sentencia de muerte, pegar a una mujer era una mala influencia que ningún español decente debía consentir.

«Gilda» también fue un icono para los soldados norteamericanos. La bomba atómica lanzada por los Estados Unidos sobre las islas Bikini en 1946 llevaba grabada la imagen de Gilda. También ocasionó una histérica expedición a la Cordillera de los Andes, allí se enterró una copia de la película para conservarla en caso de un desastre nuclear.

Habíamos dejado atrás el palacio de la embajada de Francia y estábamos dispuestos para girar a la izquierda y enfilear la famosa y elegante calle de Serrano, donde el Mercedes-Maybach S600 se sentía más cómodo. En esa parte de Madrid la gente es más educada. Dejamos a un lado la embajada de los Estados Unidos y la tanqueta blindada que hacía guardia en la entrada. No era operativa, estaba allí para asustar. Tras recorrer unos metros por «la milla de oro» volvimos a girar a la izquierda para entrar en Ortega y Gasset, algo que el «conservadurismo» del Mercedes-Maybach S600 no aceptaba de buen grado. No le gustaba girar a la izquierda.

La señora no quiso interrumpir su conversación cuando nos detuvimos en la puerta de Llongueras. El elegante salón de belleza que por sus precios no es recomendable para las señoras que no tienen jet privado. El día prometía. Madrid es una ciudad acogedora donde todo el mundo es bien recibido. Menos el mal tiempo. En Madrid las nubes deben considerarse unas incómodas invitadas. Desean despedirse cuanto antes. Eso sí, con un socorrido y educado: «Nos vamos que nos esperan en el norte».

La señora había puesto la televisión del Mercedes-Maybach S600 —en ese momento «Telecinco» ofrecía un programa de cotilleo—, hablaba además con su elegantísimo teléfono móvil con una amiga en portugués.

“Es asombrosa la capacidad de las mujeres para atender dos cosas a la vez sin perderse, un arte que dominan tras realizar y aprobar con nota un «máster»”

La señora le decía a su amiga que había venido a Madrid con el avión porque debía volver esa misma tarde a Portugal. Esa noche tenía una cena. Dijo que terminada su sesión en Llongueras tomaría algo rápido y haría unas compras. Necesitaba algo mono para ponerse esa noche. Típico de las señoras que tienen a su disposición un ropero kilométrico: «¡No tengo nada que ponerme!»

Otro de los lugares más visitados por la señora del jet privado en Madrid era el antiguo Embassy del Paseo de la Castellana, donde siempre tomaba una copa de vino, croquetas, y un trozo de su famosa tarta de limón. Este exclusivo salón de té de estilo inglés, orientado a la clientela de las embajadas existentes en la zona, fue inaugurado en 1931 por su fundadora, la irlandesa Margarita K. Taylor. La señora se sentía muy cómoda en él desde que le dije que fue una pieza clave durante la Segunda Guerra Mundial para los judíos que huían hacia Portugal.

La liebre corre a cincuenta y tres kilómetros por hora. Velocidad que ni en sueños puede alcanzar una tortuga. Si no termina antes entre las uñas de un águila la esperanza de vida de una liebre es de cinco años ¡Cincuenta y tres años menos que una tortuga!

Correr acorta la vida.

Como la señora —acostumbrada a ver el mundo desde su jet privado—, el águila utiliza la altura para ver como su horizonte se extiende hasta límites insospechados.

El águila es todo poder. Todo control. El jet de la señora también. Quien no tiene jet privado no tiene poder. La tortuga tampoco lo tiene. La tortuga es un animalito que no puede estar más cerca del suelo sin estar debajo de él. Tampoco puede elevarse por sí sola del suelo. La gravedad es una costumbre irrenunciable de su mundo. La única oportunidad que tiene una tortuga para ver el horizonte desde la altura que lo ve un águila es dejarse atrapar y ofrecerse como parte de su dieta alimentaria.

“El horizonte de las tortugas no va más allá de los centímetros que mide de largo un plátano y, con su velocidad, solo puede aspirar a perseguir repollos, abatir en combate a las lechugas, o sobrepasar en carrera a los lentísimos caracoles”

El resto de la evolución pasa junto a las tortugas dejándolas atrás. No representan ningún peligro. Básicamente resultan complicadas de comer. Sin embargo, deben tomar precauciones contra esas águilas que se pasan las horas muertas posadas sobre un risco escrutando los reinos del mundo. Tratando de detectar la presencia de esos bichos chillones y mentalidad victimista que reniegan de su posición en la cadena alimenticia.

Si el águila ve moverse a una piedra, meciéndose lentamente entre los arbustos, no pensará que a la piedra le han salido patas, sino que puede convertirse en algo sabroso si es capaz de romperle la coraza que lo protege... precisamente de las águilas.

Entre las uñas del águila la tortuga quizá descubra por primera vez como se agranda su horizonte. Ya no será de unos cuantos centímetros, sino todo lo que puede verse a una altura de trescientos metros del suelo. En ese momento la tortuga pensará lo afortunada que es teniendo como amiga a un águila que le ofrece la oportunidad de ver el mundo desde otra perspectiva. Entonces el águila la dejará caer desde el cielo.

Al precipitarse hacia la muerte comprobará que el águila le ha subido a esa altura con la única intención de estrellarla contra una roca y convertirla en un exquisito plato.

Una vez eliminada su indigestible «cáscara».

El águila no es consciente de estar tomando parte de una tosca forma de selección natural ¿O sí? Cabe la duda si las águilas disfrutaban atormentando a las tortugas. Los problemas de las águilas empezaran cuando las tortugas aprendan a volar.

Louis B. Mayer fue una de esas águilas que mantuvieron instalados sus nidos entre las letras de la colina de Hollywood. Él nunca tuvo alas, no le hacía falta volar, tenía jet privado. Es curioso ver la masiva presencia que en la «meca del cine» tienen los personajes de origen judío. En Hollywood la mayoría de los que tienen algo que decir son de origen judío... menos el león de la Metro.

LB, como se hacía llamar el magnate de la Metro-Goldwyn-Mayer, fue el hijo de un chatarrero que creció en la calle recogiendo trapos, papeles y basura. La calle le curtió y buscarse la vida le convirtió en un buscavidas ingenioso y oportunista.

El tiempo le hizo olvidar de dónde venía. Como presidente y miembro fundador de la MGM fue la persona mejor pagada en los Estado Unidos hasta que su enfermedad, y acto seguido su irremediable muerte, le retiró de su «mítico imperio industrial» cinematográfico. Naturalmente el sueldo se lo puso él mismo.

Gobernó con mano draconiana el Hollywood de su época. Creo el «star-syistem»: método con el que retenía y explotaba con precios irrisorios a los actores y actrices que caían presos entre sus uñas de águila rapaz. Con la mayoría de sus treinta mil empleados se portó como la versión judía de Himmler. Disfrutaba viéndolos sufrir.

No era perfecto y lo sabía, pero poco o nada le importaba. No le gustaban los débiles.

Su más reconocido éxito personal fue su multitudinario funeral. Fue muy concurrido.

Los que asistieron a él querían asegurarse de que había muerto de verdad.

A sus guionistas les exigía finales felices. Como la bruja de Blancanieves los malos debían morir. Así terminaban siempre sus películas. Los guiones debían defender y proteger ante todo los principios morales de la clase media norteamericana.

Las historias sobre el holocausto eran bien recibidas y sobre todo las mejor pagadas.

Los alemanes tenían que ser muy malos. Asesinos y xenófobos. Los aliados buenos chicos, héroes y defensores de la democracia americana. Todos los guiones que mostraran el sufrimiento judío en manos fascistas tenían vía libre para su inmediata producción.

Quiso llevar al cine la historia de Margot Wölk la mujer alemana reclutada a los veinticuatro años por las SS como una de las quince catadoras oficiales de comida al servicio Adolf Hitler. No se conoce nada sobre las compañeras de Margot. Sí se conoce por ella el terrorífico testimonio de esa especie de ruleta rusa:

«Probaba la comida del führer tres veces al día en presencia de dos oficiales del Servicio Secreto. Era terrible esperar el desenlace: la sonrisa de los oficiales, o la muerte inmediata retorciéndose de dolor»

Ella tuvo suerte, murió a los noventa y cinco años.

Los «pogromos» de la Revolución rusa. La Guerra Civil con veintinueve millones de rusos condenados a muerte o esclavitud en el Gulag de Lenin, no merecían críticas, ni merecían la pena. Tampoco los dieciocho millones de ejecutados por el mariscal Iósif Stalin, padre de todos los comunistas. Criticar el comunismo, no da dinero.

Louis B. Mayer fue un manipulador ególatra y ambicioso que no se rendía a sus carencias. Las utilizarlas a su favor. Su éxito en los negocios iba ligado a su agitado carácter. Vivía del cine y de él se valía sacando la vena dramática del protagonista que muestra su histeria para conseguir lo que se propone. En su caso préstamos millonarios, ampliación de contratos, o venta de sus películas. Si el banco le comunicaba que no tenía fondos para pagar la nómina de sus empleados gemía, ponía los ojos en blanco, se agarraba el pecho y se desplomaba en el suelo. Acción que repetía ante un acreedor que preocupado aflojaban la presión y olvidaba de momento la deuda.

Siempre hubo dudas si los ataques se debían a síntomas de histrionismo diabólico, o a verdaderos trastornos físicos o nerviosos. La gente de su alrededor afirmaba que eran verdaderos. Era un hombre emotivo y apasionado al límite de la locura. Le consideraban un extremista que podía mostrarse odiosamente engreído, o quedarse sin voz y sin capacidad para actuar si no disponía de recursos suficientes.

Las águilas que bajan al suelo para dar caza a las tortugas no se paran a pensar lo que ocurrirá cuando las tortugas aprendan a volar, o sean capaces de conseguir el suficiente dinero para tener un jet privado. Las grandes estrellas no estuvieron dispuestas a que las águilas que anidaban en las colinas de Hollywood las subieran hasta el cielo y las dejaran caer. A Rita Hayworth un águila le subió a lo alto y la dejó caer. No entre las rocas, sino sobre el olvido. O lo que es peor. Sobre un barril de whisky.



«Verdades absolutas, mentiras peligrosas»

Sin un proceso previo la verdad está capacitada para convertirse en una mentira. Una mentira peligrosa. El peligro que tiene una mentira fácil de hacer es que quien la crea no piensa en sus consecuencias. Ninguna mentira es inocente. Las mentiras creadas que circulan sin impunidad producen desconcierto porque se confunden con esas verdades absolutas, cómodas y adaptables que se utilizan en sociedad cuando no hay mucho más que decir. En política las supuestas verdades crean tópicos y mitos que glorifican a unos, y demonizan a otros, con sorprendente facilidad. Los ignorantes son peligrosos, los profundos ignorantes son profundamente peligrosos.

—Franco les tenía miedo a los trenes.

El Mercedes S500-W221 no demostró sorpresa. Estaba acostumbrado a escuchar memeces. El director mejicano Alejandro González Iñárritu, y un técnico del equipo de producción contratado por Productora Independent Films para rodar la campaña global de Nike «Escribe el Futuro», estaban localizando exteriores. Tenían interés por ver las posibilidades que podía ofrecerles el vestíbulo de la estación de Atocha y el jardín tropical que ocupa el lugar que ocuparon las vías y andenes de la estación hasta 1992.

El director mejicano no demostró mucho interés por conocer la fobia que según su acompañante sufría el dictador. Yo tampoco. Nunca he aprobado la malintencionada ideología de los que convierten las «verdades absolutas, en mentiras peligrosas».

Durante el mes que duró el rodaje del spot de Nike el Mercedes S500-W221 y yo tuvimos la oportunidad de escuchar como el técnico del equipo de producción le ofrecía a don Alejandro una particular forma de ver a nuestra sociedad después de haberse librado de la cruel y destructiva dictadura franquista.

Él llegó al cine a los dieciséis años de la mano de su padre, un jefe electricista que le «enchufó en la productora de cine en la que trabajaba y en la que también estuvo contratado su abuelo, un represaliado franquista que se libró de ser fusilado cuando le conmutaron la pena de muerte por una condena de treinta años. Sólo cumplió cuatro, fue indultado por Franco.

En 1945 su abuelo participó en el castin de una productora para interpretar a un revolucionario maquinista de tren víctima de la Guerra Civil española de 1936. El papel lo bordó. Había sido maquinista, líder anarcosindicalista de las Milicias Ferroviarias, y estuvo a punto de ser fusilado. El productor quedó impresionado con su historia de perseguido y represaliado y no solo le dio el papel en su película, sino que se quedó en el equipo de rodaje como maquinista de trávelin y manejo de grúas.

En 1958 todo el equipo de producción fue contratado por Samuel Bronston para participar en el rodaje de la película «El capitán Jones».

“Nacido como Samuel Bronshtein el productor que creó su propio Hollywood en Madrid era de origen ruso y familia judía. Era sobrino de León Trotsky, fundador del Ejército Rojo y enemigo de Stalin”

El rodaje duró cuatro meses. España es una mina para rodar exteriores y eso lo sabía Samuel Bronston, que eligió Denia por su castillo, el puerto, y el barrio pesquero donde no había que gastar muchos dólares en decorados. Tampoco los que fueron contratados como extras necesitaron mucho maquillaje, la mayoría tenían cara de bucanero.

Fueron construidas con toda fidelidad tres fragatas del siglo XVII, una de ellas estuvo siempre amarrada en el puerto. El film fue dirigido por el director australiano afincado en los Estados Unidos John Farrow que, por lo largo del rodaje, se instaló en Denia con su familia:

“Su mujer, la actriz irlandesa Maureen O’Sullivan, alcanzó su popularidad interpretando el papel de Jane, la compañera de Tarzán. También trajo a sus hijos, entre ellos a una adolescente Mia Farrow que fue elegida reina de las fiestas de Denia, algo que siempre recordaba la actriz con una sonrisa cuando le hablaban de España”

Los principales intérpretes de «El capitán Jones» fueron Robert Stack y una soberbia Bette Davis que muy metida en su personaje de Catalina la Grande se dedicó a hacerles la vida imposible a todos. Déspota y caprichosa amenazó con abandonar el rodaje si no era despedido el «incapaz» que no acertaba con su gusto en las comidas. Al verse despedido el cocinero quiso vengarse de la actriz preparando un rico estofado de patatas guisadas con carne de gato que entusiasmó a la actriz. Durante el tiempo que estuvo Bette Davis en el rodaje se comió veinte gatos.

En aquella época las estrellas de Hollywood descubrieron lo bien que se vivía bajo la protección de una dictadura que permitía a las «celebrities» sus interminables juergas y los escandalosos excesos con el alcohol y las drogas como principales artistas invitados. El régimen franquista rentabilizaba con cada película rodada en España el oportunismo de los productores americanos que aprovechaban los incentivos fiscales para realizar costosos rodajes en suelo español. El franquismo pedía a cambio que los americanos mostraran al mundo la excelente situación y calidad de vida en la España de Franco. Samuel Bronston lo sabía y sabía cómo tocar la fibra sensible del dictador. Conocía su afición al cine. Para rodar las escenas palaciegas en las que intervenía Bette Davis en su papel de Catalina la Grande le solicitó a Franco que le permitiera rodar en el Palacio Real. Franco no se opuso. El problema surgió cuando la caprichosa actriz de ojos saltones, que se paseaba por el palacio con el cigarrillo en la boca y dejaba caer la ceniza en las alfombras, le exigió al director rodar una escena especial que no estaba prevista en el Salón del Trono. Quería recibir al capitán Jones sentada en el trono oficial del rey de España, algo fuera del alcance de cualquier mortal que Bette Davis consiguió con la venia de Franco.

“El abuelo comunista del técnico de producción que aseguraba que a Franco le daban miedo los trenes solicitó ser incluido en el grupo técnico que debía trasladarse desde Denia a Madrid para rodar las escenas del Palacio Real. Tenía la esperanza que el dictador apareciera un día por el rodaje. Deseaba tenerlo frente a frente. No para dejar caer sobre él un foco que consiguiera electrocutarle, sino para darle las gracias por haberle devuelto a la vida. Franco no apareció, con lo que evitó una dolorosa deshonra a la familia”

—Resulta curioso que a Franco le dieran miedo los trenes —dijo don Alejandro bajando del Mercedes S500-W22—. Se reunió con Hitler en un tren.

—Los trenes provocaban en el dictador una ansiedad descontrolada —terció su acompañante, el técnico de producción desde su asiento—. Sentía la intensa sensación de miedo y temor que producen los fantasmas del pasado en la mente atormentada de los dictadores...

Hizo una ligera pausa para bajar de la limusina y colocándose junto a don Alejandro dijo a modo de flashback cinematográfico:

—...Fueron miles los obreros y sindicalistas ferroviarios represaliados por el salvaje capitalismo de la dictadura franquista.

—¿Está de acuerdo? —preguntó don Alejandro dirigiéndose a mí.

—No sé decirle señor —contesté mientras cerraba la puerta del coche—. Cuesta creer que el Estado represivo de la dictadura franquista persiguiera a sus ferroviarios por estar capacitados para poner en marcha un tren.

Al técnico no le gustó mi respuesta, del mismo modo que el Mercedes S500-W221 no dio crédito a sus palabras. Yo tampoco. El director mejicano había venido a trabajar así que, desentendido del tema, se encaminó hacia la puerta de acceso al interior de la nave central de la estación de Atocha.

El técnico producción aligeró el paso para ponerse a su altura y mientras se alejaban seguía demonizando a la dictadura culpable de la represión de los obreros ferroviarios, entre ellos su abuelo, condenado a muerte por defender la democracia luchando contra el capitalismo y el derecho de los trabajadores ferroviarios.

“En el mes de noviembre de 2018 el ministro de Fomento y el presidente de Adif y Renfe, ambos miembros históricos del Partido Socialista Obrero Español, inauguraron el monumento que rendía homenaje a los ferroviarios represaliados por el Estado franquista. El monumento se encuentra cerca del Salón Regio de la estación de Atocha, donde el Gobierno republicano permitió los juicios sumarísimos y los macabros «paseos» llevados a cabo por la Checa anarcosindicalista de las Milicias Ferroviarias”

Las checas, al más puro estilo soviético, estuvieron dedicadas a detener, interrogar y torturar a los desafectos del Frente Popular. En cada «checa» los tribunales populares formados por anarquistas, sindicalistas y obreros cercanos al comunismo revolucionario juzgaban sin posibilidad de defensa a sus enemigos de clase.

Los juicios sumarísimos eran fiel reflejo de los celebrados en la Unión Soviética, donde los tribunales forjaban episodios tan rocambolescos como el de 1918, donde los fiscales acusaron a Dios por crímenes perpetrados contra la humanidad. El responsable de grotesco episodio fue Anatoli Vasílievich Lunacharski, un comisario de Lenin que se dedicó a perseguir a la Iglesia convencido de poder acabar con dos mil años de historia.

Resulta curioso que siendo ateo no negara la existencia de Dios.

El dramaturgo y crítico literario, marxista desde muy temprana edad, acusó a Dios de «genocidio» colocando la Sagrada Biblia en el banquillo de los acusados. Los fiscales presentaron numerosas pruebas de culpabilidad basadas en testimonios históricos.

El juicio se prolongó durante cinco horas.

La defensa, nombrada para la ocasión por el Estado soviético, aportó sus argumentos tratando de disculpar los crímenes cometidos por Dios. En su alegato final la defensa pidió la absolución ¡Dado el grado de demencia del acusado!

El tribunal no aceptó la petición de absolución. Lo tuvo claro desde el principio.

A los jueces no les tembló la mano y, dada la extrema gravedad de los delitos juzgados, Dios fue declarado culpable. El diecisiete de enero de 1918, a las 6:30 horas un pelotón de fusilamiento del Ejército Rojo disparó cinco ráfagas de ametralladora contra el cielo de Moscú.

La sentencia de muerte contra Dios se había cumplido.

Siguiendo la ley de gravitación universal las balas terminaron cayendo al suelo sin alcanzar su objetivo, con lo cual quedó demostrado que no es posible fusilar a Dios.

“No corrió la misma suerte, Anatoli V. Lunacharski. En 1933 Stalin nombró al político ruso embajador de la URSS en la España republicana. No llegó a cumplir su misión, murió en Francia durante el viaje sin tomar posesión del cargo. Sus cenizas reposan en la Necrópolis de la Muralla del Kremlin”

Mis clientes volvieron de la visita a la Estación de Atocha. Don Alejandro no parecía satisfecho. No había encontrado lo que buscaba o estaba cansado del cansino parloteo del técnico de producción que mientras andaban camino de la limusina no paraba de hablar con la inocente ilusión del «becario» que cree haber encontrado el argumento para rodar las nuevas «Cincuenta sombras de Grey» en versión más atrevida.

—Mercedes de Acosta fue la depredadora de Hollywood. Era capaz de quitarle la mujer a cualquier hombre —dijo el técnico subiendo a la limusina para sentarse al otro lado de don Alejandro—. Fue la más furiosa e indómita lesbiana que pisó los estudios.

Me mantuve junto a la puerta invitando con la mirada a don Alejandro para que subiera. Me lo agradeció con la mirada seguido del gesto con el que me indicaba que quería volver cuanto antes al hotel Palace para quitarse de encima al pesado de su acompañante. Lo entendí. Al Mercedes S500-W221 tampoco le gustaba.

El técnico de producción dejó de «cacarear» un momento y dejó la carpeta que llevaba a su lado en el asiento corrido de la limusina. Abrió el minibar y preguntó con la mirada a don Alejandro si quería que le sirviera algo. Este le dijo que sólo una botella de agua Perrier. Él puso dos cubos de hielo en un vaso de cristal tallado y se sirvió una cumplidita cantidad de whisky de ocho años, cortesía del «gran jefe vasco».

Junto con el Mercedes S500-W221 me centré en salir del controvertido aparcamiento VIP de la estación de Atocha procurando no provocar la exacerbada irritación que les produce a los «taxistas de toda la vida» la presencia de las limusinas de lujo. No les gusta la competencia. Don Alejandro dejó de prestar atención a lo que le rodeaba y se centró en atender una llamada de los Estados Unidos. No pudo aislarse del todo porque su persistente acompañante seguía ofreciéndole ideas para producir películas capaces de captar sustanciosas subvenciones del Gobierno progresista que estaba en el poder.

—Mercedes de Acosta fue una activista española comprometida con los derechos de la mujer norteamericana —dijo el técnico de producción saboreando el whisky—. Puso en solfa innumerables convenciones sociales. Esto le marcó la vida y le sirvió de tortura.

“Mercedes de Acosta no era española, como aseguraba el técnico de producción. Nació en Nueva York en 1893. Era hija de Ricardo de Acosta, cubano de procedencia asturiana. Su madre fue la andaluza doña Micaela Hernández de Alba y Alba, descendiente directa de los duques de Alba”

Burguesa y norteamericana perteneció a la alta sociedad neoyorquina los setenta y cinco años que vivió en Manhattan, la ciudad de los rascacielos. Hubiera vivido más si un tumor cerebral no se hubiera interpuesto en su camino, amenazando gravemente su vida. En 1960 agobiada por las deudas se vio obligada a vender su controvertida autobiografía. Murió ocho años después olvidada y relativamente pobre.

Las revelaciones sobre sus conquistas fueron la causa de la pérdida de muchas de sus amistades, principalmente de las que pertenecían al «Círculo de Costura» un grupo privado de mujeres bisexuales en el que además de Mercedes de Acosta estaban: Greta Garbo, Marlene Dietrich, Joan Crawford y Bárbara Stanwyck. Monstruos sagrados de la «Edad de oro de Hollywood».

El código de conducta de la industria del cine y el teatro exigía mantener en secreto la sexualidad de sus principales estrellas. Los agentes y productores se esforzaban en ocultar el lesbianismo, la bisexualidad y el ambiente gay que existía entre actores y actrices. La terrible lesbiana de origen hispano recibió oleadas de denuncias de los que afirmaban que inventaba sus conquistas para ser famosa. Es poco probable. Eva Le Gallienne, la actriz, productora y directora teatral se puso tan furiosa que destruyó todo lo que pudiera recordarle a su amante. Pero, según confesaba Alice B. Toklas, amante de la escritora Gertrude Stein, no era fácil deshacerse de Mercedes de Acosta.

Sus más sonadas conquistas fueron: Greta Garbo, Marlene Dietrich e Isadora Duncan. Incluso Pola Negri, supuesta prometida del galán de Hollywood, Rodolfo Valentino. Mercedes de Acosta se casó en 1920 con Abram Pool, un pintor de renombre. Fue un matrimonio de conveniencia, los dos eran homosexuales.

Fue la menor de siete hermanos. Aida, su hermana mayor, pasó a la historia como la primera mujer del mundo que pilotó un dirigible. Su madre, deseosa de tener otro varón, miraba a su hija menor como si fuera un chico. Hasta algo más de los siete años Mercedes Rafael —como la llamó su madre durante los primeros años—, creyó ser un niño sin «pilila». Siendo muy pequeña se aficionó a descubrir en los baños del colegio lo que tenían las niñas debajo del babi. La fascinación por su excéntrica y aristocrática madre marcó su vida.

“¿«Quién de nosotros pertenece a un solo sexo»? —decía cuando explicaba que el alejamiento de las convenciones femeninas de sus primeros años le hicieron proclamar desde muy joven la ambigüedad de su identidad sexual—, «Yo a veces me siento tan andrógina como un percebe»”

Se hizo célebre por su excéntrico ropero masculino. Se vestía con pantalones, le gustaba llevar capa y zapatos de diseño masculino. Nunca ocultó su sexualidad y fue algo más que una «socialite» sexualmente voraz y transgresora de las normas sociales. Diseñaba ropa. Fue guionista de cine, dramaturga, ensayista, novelista y poetisa. Sin excesivo éxito. Perdía dinero con las obras que les escribía a sus amantes.

Don Alejandro escuchaba a su acompañante, pero no más de lo justo. Se le veía poco interesado en conocer la historia de la lesbiana que perdió el control de su vida cuando creó ser dependiente de una caprichosa Greta Garbo que nunca puso en su ocasional amante ninguna prioridad. Su relación con la Garbo puso al descubierto una sofisticada forma de flagelación que siempre estuvo junto a ella, pero sin ser tan perjudicial. Todo se debía a su obsesión por figurar. Era una esclava del postureo.

—Nunca tuve la oportunidad de conocer a la Garbo —dijo don Alejandro perdiendo la mirada entre la sopa de automóviles que nos rodeaban—. Sé que en 1954 recibió un Oscar como reconocimiento a toda su carrera, pero no estuve presente «güei», nací nueve años más tarde.

—Yo tampoco la tuve —dijo su acompañante simulando una sonrisa—. Pero como apasionado del cine clásico me interesa la vida de sus más reconocidas estrellas.

—Pues no más quítese esa idea de la cabeza «güei» —dijo don Alejandro dejando la botella vacía del agua Perrier en una de las guanteras—. Hacer una película sobre una «marimacha» latina que estuvo liada con medio Hollywood no es el mejor argumento para ganar un Oscar. Además, el productor tendrá problemas de abogados. Mire «güei». Hay pocos que no se caguen encima si les llama Marty Singer, el «perro rabioso» de Hollywood.

Marty Singer, conocido como el «pitbull» de Hollywood es el abogado más temido de la industria del cine. Un terror para los que tratan hacer negocio aireando la vida privada de sus estrellas”

Don Alejandro miró con desgana a su acompañante y dijo con intención:

—Conozco a pocos que puedan resistir una llamada telefónica del «pitbull» sin «mearse como la madre» en los pantalones.

—Mercedes de Acosta murió hace treinta años

—Pero viven los herederos de sus presuntas amantes...

Se produjo un repentino silencio en el que sólo se oyó el tintineo de los cubitos de hielo del vaso de whisky del técnico del equipo de producción.

—...Siga buscando «güei» —continuó don Alejandro—, aquí son bienvenidas y pueden recibir algo de dinero las películas que ensalzan a los que perdieron la Guerra Civil. Escriba no más un remake sobre la película «Libertarias». La vi en mi país y me causó buena impresión —hizo una pausa y miró a su acompañante—. Lo curioso es que a la salida del cine me abordó un tipo. Me dijo que si le aceptaba un café estaba dispuesto a contarme lo que el director Vicente Aranda se dejó atrás presionado por los que financiaron la película.

“Vicente Aranda nunca ocultó su compromiso con la izquierda. Escribió el guion de la película «Libertarias» con los guionistas José Luís Guarner y Antonio Rabinad, tomando como base la novela homónima de este último «La monja libertaria». Los tres eran de Barcelona. Por razones de edad no participaron en la Guerra Civil española, pero si la sufrieron. En 1937 el padre de Antonio Rabinad fue fusilado por milicianos anarquistas de la FAI. José Luís Guarner nació ese año. Su padre, oficial del Ejército republicano, estuvo entre los políticos y militares exiliados en México”

En los bulevares del Paseo de Prado los centenarios cedros, magnolios y castaños de indias miraban por encima del hombro a los monoicos y caducifolios «plátanos de sombra», árboles de origen incierto a los que la caprichosa naturaleza les ha revestido el tronco con un parchado de colores como el de las telas de los trajes de camuflaje.

Por razones de su ADN alemán —muy alejado de la Unión Soviética—, el Mercedes S500-W221 sentía un profundo desafecto por todo lo que olía a marxismo. Hablar en su presencia sobre los «demócratas» que dividieron su país con un muro infranqueable rodeado de minas antipersona le revolvió el líquido de frenos. Tanto él como yo no teníamos especial interés en conocer las verdades o mentiras que le contaron a don Alejandro sobre aquellas «románticas» mujeres comprometidas con la lucha libertaria a las que Vicente Aranda vistió en su película de heroínas y mártires de la Guerra Civil...

¡Arriba parias de la Tierra! ¡En pie famélica legión!
¡Atruen la razón en marcha, es el fin de la opresión!

...Su potente imagen con el puño en alto cantando la primera estrofa de La Internacional fue impulsada por la máquina de propaganda comunista para mostrarle al mundo a estas mujeres anarquistas y antifascistas que participaron al principio de la Guerra Civil española de 1936 defendiendo su revolucionario anticlericalismo religioso y las ideas libertarias sobre el sexo y las relaciones de pareja. Estas comprometidas mujeres soldado de mono azul, fusil al hombro y gorro cuartelero retratadas por Vicente Aranda en su película «Libertarias» no fueron tratadas por la Segunda República como románticas heroínas revolucionarias, sino como la incómoda presencia que había que eliminar del frente. Obedeciendo la interesada campaña de descrédito encabezada por el líder socialista Francisco Largo Caballero fueron criticadas por su ambigua orientación sexual y escaso compromiso. El «Lenin español» las acusó de meretrices y trasmisoras de enfermedades venéreas que debían ser desalojadas de los campos militares.

Equiparar a las milicianas libertarias y anarquistas con las prostitutas de retaguardia descalificó a la Autoridad republicana. Según el propio testimonio de estas idealistas mujeres siempre estuvieron dispuestas a practicar un sexo libre y consentido, pero no en el frente, ni en los campos militares:

«Los hombres guardaban las distancias. No se acercaban a nosotras porque estábamos tan sucias y llenas de piojos como ellos»

Peor fue lo del sexólogo de ideología anarquista Félix Martí Ibáñez, responsable de impulsar la legalización del aborto en Cataluña. Como médico psiquiatra, escritor y subsecretario de Salud Pública del Gobierno de la II República aseguraba que las milicianas españolas no eran revolucionarias, sino prostitutas, ninfómanas y viciosas que propagaban las enfermedades venéreas entre los soldados y sus propios camaradas, produciéndoles daños irreparables.

“Estas mujeres de medias virtudes convierten la tierra sagrada empapada de sangre proletaria en su lecho de placer. ¡Mujeres atrás! Si el soldado busca el placer de la carne que lo haga bajo su responsabilidad moral y observando los recursos higiénicos de rigor. Que nadie se desvíe de la ruta que lleva a la libertad ni ponga en el acero de los músculos la blandura de la fatiga erótica. Atrás las que no renuncian a su relajada vida y siembran de males venéreos el frente. Las infecciones de transmisión sexual deben ser extirpadas y para ello hay que expulsar a las mujeres de las trincheras”

El autor de este eugenésico mensaje nació en Cartagena y su traslado familiar a Barcelona le convirtió en un acérrimo y convencido nacionalista catalán. Como escritor se dedicó a escribir incendiarias soflamas anticapitalistas. Tras ser herido en la guerra se ocultó hasta que pudo huir de Cataluña. En contra de su ideología comunista eligió Estado Unidos, el país más anticomunista de Occidente como refugio y se estableció en Manhattan, su ciudad más capitalista. Renunció a su nacionalidad para ser ciudadano estadounidense. Considerándose víctima del franquismo no volvió a España durante la dictadura. Como tantos otros «perseguidos» murió de viejo en la cama.

El inicio de la Guerra Civil de 1936 produjo el caos en el bolchevizado ejército republicano, que utilizó como divisa la estrella roja de Moscú, no valoró en ningún momento la figura poética de las milicianas libertarias y antifascistas de mono azul y puño levantado que luchaban para dinamitar la sociedad patriarcal y machista que se empeñaba en mantener a la mujer en un plano inferior.

Pasado el desconcierto de los primeros meses de la Guerra Civil, el Frente Popular alejó a las jóvenes libertarias y antifascistas de los lugares de combate con argumentos más higiénico-sanitarios que morales. Pasaron entonces de ser heroínas, a ser acusadas de provocar las enfermedades infecciosas que minaban la salud de los soldados.

Para las «libertarias» el sexo no era más que su ansiada expresión de libertad.

Para sus propios camaradas anarquistas no eran más que un puñado de «guarras» infiltradas por el enemigo para llevar a cabo el diabólico plan de minar la salud del Ejército republicano. Ante esta situación el aparato de propaganda comunista presionó para que las milicianas paramilitares abandonaras la lucha y «ocuparan» la retaguardia:

“Las obreras de este país han sabido comprender cuál fue el momento de acrecentar el entusiasmo empuñando las armas con tanto coraje como el obrero proletario. Las mujeres ya han cumplido. Ahora la Revolución les pide reintegrarse al trabajo. El proceso revolucionario puesto en marcha no debe ser interrumpido ante la falta de los brazos masculinos, principales impulsores del engranaje de la economía. Mujeres al trabajo, ese es vuestro puesto ¡Salud!”

Dolores Ibárruri «la Pasionaria» pasó de animar a las mujeres en lucha contra la clase burguesa, opresora y capitalista, a decirles que su tiempo como instigadoras a la lucha contra el fascismo había pasado:

“Ahora vuestro sitio se encuentra atrás, en la retaguardia, ocupando un puesto en las fábricas y hospitales”

El socialismo marxista enarbola como propia la bandera del feminismo, ignorando que los países occidentales y capitalistas son los ideales para nacer mujer.

El capitalismo hace que la mujer sea más libre, segura e independiente.

La populista «memoria histórica» impulsada por la izquierda progresista fue creada para borrar de la historia a los que ganaron la Guerra Civil española de 1936 y enaltecer a los que no reconocen que fueron derrotados. La idea pretende mostrar a la sociedad héroes y mitos que la historia no fue capaz de crear.

Ni la naturaleza fue capaz de producir.

Marina Ginestà se encuentra entre esos mitos. Fue una joven que nació en Toulouse en el seno de una familia comunista de emigrados a Francia. Una familia que regresó a Barcelona antes de la instauración de la Segunda República. Ella en ningún momento fue consciente de que se convertiría en la imagen de la Revolución Social española de 1936, cuando el periodista alemán Hans Guttman le hizo la mítica fotografía en la terraza del hotel Colón con el fusil al hombro, y el mono azul recién planchado de las Juventudes Socialistas.

Ella reconoció que fue la segunda vez que tuvo un arma en las manos. La primera vez se le escapó un tiro por accidente que estuvo a punto de alcanzar a un camarada.

El miliciano se revolvió como una fiera y le propinó una sonora y machista bofetada.

El fotógrafo era un comunista de origen mejicano que se hacía llamar Juan Guzmán. Le había pedido prestado «el chopo» a un anarquista de los que se quedaron a vivir en el hotel Colón cuando los clientes fueron desalojados. Hasta que no se bebieron toda la bodega, y terminaron con el contenido de las despensas, estuvieron viviendo en el hotel haciendo lo que más odiaban...vivir como burgueses.

Se había declarado un orden nuevo, socialista y revolucionario. El hotel, requisado a la propiedad por la Generalidad de Cataluña, fue convertido en la sede de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista Unificado de Cataluña. El edificio fue cubierto con símbolos de partidos y sindicatos marxistas. Dos grandes retratos de Lenin y Stalin cubrían la elegante fachada.

La posición no podía ser más simbólica. A los pies de la joven miliciana quedaba la plaza de Catalunya y más allá la ciudad entera. La sublevación militar había fracasado en Barcelona y en la fotografía la joven sonreía con gesto desafiante, el general Franco caería en manos de sus camaradas anarquistas y fusilado, como lo habían sido los generales Goded y Fernández Burriel en los Fosos del Castillo de Montjuic.

A Marina Ginestà le mostraron su popular fotografía siendo ya octogenaria. A pesar de haberse sentido vigilada y perseguida por sus enemigos de clase murió en su dorado exilio parisino a los noventa y cuatro años.

Quizá fue esto lo que le contó al director mejicano Alejandro González Iñárritu quien le abordó a la salida del cine donde vio «Libertarias».

«Si Dios existe, los milagros son posibles»

Este capítulo empecé a escribirlo un «Primero de Mayo». Uno de esos primeros de mayo evocadores en los que uno se decide a sacar recuerdos escondidos en los pliegues de la memoria. El día mundial del «movimiento obrero» nunca tuvo para mí una especial relevancia, a pesar de que pertenezco a la conformada condición social que al carecer de control sobre los medios de producción se ve obligada a vender su trabajo al capital. Algo que Karl Marx siempre rechazó. Sin embargo, es cierto que el uno de mayo para mí es una fecha evocadora porque fue el de 2015 cuando se produjo el milagro que, salvo la vida de Lola, la mujer a la que estoy unido de por mi vida.

Aquel primero de mayo de 2015 no hubo en Madrid nada relevante, aparte de las manifestaciones en las que se reivindican los derechos sociales más cercanos a la clase popular y el homenaje a los mártires obreros de la represión de Chicago en 1886.

Cabe destacar que en las primeras páginas de los periódicos de tirada nacional el principal ideólogo de «Podemos», Juan Carlos Monedero, permitía que el zar Pablo Iglesias II se convirtiera en el único líder supremo del Partido.

En aquellos días de mayo el Mercedes S500-W22 y yo andábamos con las principales figuras del tenis mundial que participaban en el «Mutua Madrid Open» y por razones de mis planes de trabajo aquel 1 de mayo de 2015 no hubiera estado en casa cuando mi mujer tuvo una crisis pulmonar obstructiva muy severa, unida a una grave insuficiencia respiratoria. Si hubiera estado sola hubiera muerto plácidamente, con la sensación de haber caído en un sueño profundo. Estando muy grave a mis hijos y a mí nos dieron pocas esperanzas. Sólo cabía rezar... y lo hicimos.

Los conductores de limusina que el «gran jefe vasco» decidió que debíamos pertenecer a la exclusiva flota del hotel Palace teníamos la ventaja de estar sólo a unos cuantos pasos de la basílica de Nuestro Padre Jesús de Medinaceli. Está casi pegada al hotel. Según la tradición, quien le pide al Nazareno tres deseos, uno siempre se cumple.

Lo mío era muy gordo, tenía que salvarle la vida a la madre de mis hijos, tenía que salvarle la vida a mi mujer.

—Veo que le tiene mucha fe.

Estaba de pie ante la capilla de San Antonio de Padua y fue un hermano capuchino que después de persignarse ante la talla obra de Mariano Benlliure se había dirigido a mí mostrando una pacífica y bondadosa sonrisa.

—Sí padre —le respondí girando la cabeza—. Mi mujer cree mucho en él y en este momento le necesita más que nunca.

—Le he visto rezar estos días. No puede ocultar que está muy preocupado.

—Lo estoy padre; a pesar de que la doctora transmite esperanzas, lo estoy.

—Todo va a salir bien. Tenga fe...

Me dijo el capuchino sacando del hábito una estampa de Jesús de Medinaceli.

—... Llévase a su esposa, le ayudará a encontrar la salida.

—Gracias padre.

—No me las de a mí, déselas a Él.

Me dijo con un discreto gesto mirando hacia el altar mayor donde se encuentra la imagen de nuestro padre Jesús Nazareno. Después desapareció de mi lado con el mismo sigilo con el que se movía siempre en el interior de la iglesia.

Medinaceli lucía un blanco brillante y luminoso. Espectacular. Miré hacia la parte alta del retablo desde donde la imagen de Jesús Nazareno envía a los fieles que le rezan su mirada de sufrimiento. Y su mirada de perdón.

La figura encorvada por la flagelación que sufrió durante el martirio estaba cubierta por la tradicional túnica de terciopelo de color morado-nazareno que está bordada con representaciones de la corona de espinas y el Sagrado Corazón de Jesús. Sobre el pecho el escapulario con la cruz roja y azul de los Padres Trinitarios.

Me dirigí hacia los primeros bancos de la iglesia y me senté junto a un hombre de apariencia muy devota que arrodillado devoraba «avemarías» en silencio. Terminada su plegaria tomó asiento, en apariencia muy satisfecho, y no tardó en girar la cabeza para decirme en voz baja:

—Si le pide tres cosas una se la concede. Se lo aseguro.

—Entonces le pediré dos que no necesite, para que se centre en la que sí necesito.

Dije pensando que aquel cristiano debía ser uno de los muchos asiduos y fieles parroquianos de Jesús de Medinaceli. No supo que decir. Procesó un momento mis palabras e insistió:

—A lo mejor le concede las tres, a mí me ha ocurrido.

—Sin duda Jesús premia su constancia, yo vengo menos por Medinaceli.

—No crea. No pude entrar en una iglesia en vida de mi padre —dijo mi beato vecino de banco mirando al altar de la Inmaculada que está junto al panteón de los Duques de Medinaceli—. Mi padre, comunista de toda la vida, daba un rodeo por no pasar por la puerta de una iglesia. No, nunca tragó a los curas... bueno sí, le gustó el cura que le dio la extremaunción porque le dijo que era comunista como él.

—¿Y su madre? —dije tratando de cortar la conversación. No reparó en ello, así que insistió:

—No, mi madre no. Ella fue muy devota, aunque sus preferencias se acercaban más a Jesús el Pobre.

No le escuchaba. Bueno sí, un poco. Estaba a lo que estaba. Sin embargo, él continuaba hablando en voz baja como si estuviera en un confesionario. Miré hacia las personas de los bancos vecinos. Nadie escuchaba al que se esforzaba en contarme su vida sin habérselo pedido, pero eso es «lo que hay» en una iglesia, donde la gente va a exponer sus problemas ante Dios esperando que los escuche en silencio y no les lleve la contraria. Que les perdone y no les reprenda, por grave que sea su confesión.

“Jesús de Medinaceli no es el lugar donde van los perfectos de pensamientos perfectos, sino donde van las personas imperfectas que buscan el camino perfecto para llegar a Él”

—Un hermano de mi padre fue de la cuadrilla del batallón republicano «Margarita Nelken». Durante la Guerra Civil española tomaron el convento de Medinaceli y buscando leña, o algo que ardiera para calentarse, encontraron en el sótano la caja de madera con la que los frailes capuchinos habían escondido la sagrada imagen de Jesús Nazareno envuelta en sábanas. Los capuchinos ocultaron la talla por miedo, meses antes un piquete de revolucionarios libertarios pretendieron destruirla. En esta ocasión fueron los devotos y vecinos del convento los que lo impidieron.

“Puesta en marchas la Revolución Social de 1936 no había nada seguro dentro de los edificios religiosos, las iglesias, o los conventos”

Mire hacia los lados buscando una disculpa que me alejara de allí, pero las imágenes marianas que ocupaban las capillas de la basílica de Jesús de Medinaceli tenían un marcado interés en que escuchara la confesión del hijo del comunista.

—»Juan Manuel Oliva, que era el jefe de aquel batallón republicano —continuó mi beato informador—, fue quien reconoció la talla que representaba a Jesús Nazareno e impidió que sus hombres la echaran a la hoguera.

—El tal Oliva era un devoto cristiano —apostillé mirándole con una sonrisa.

—No que va. También comunista de toda la vida —contesto el hombre—. Consideró que la talla era muy valiosa y que debía entregarla a la «Junta de Incautación».

“La «Junta de Incautación y Protección del Patrimonio Artístico» creada por iniciativa de la «Alianza de Intelectuales Antifascistas» se ocupó en parte de frenar los abusos de los piquetes revolucionarios. La Revolución Social de 1936 puso en marcha la política de incautación de los bienes de la Iglesia, la sociedad burguesa, y los palacios de la nobleza”

—»La imagen de Jesús Nazareno fue primero trasladada junto a otros tesoros a Valencia, donde se había instalado el Gobierno republicano huyendo de las tropas nacionales —continuó mi improvisado informador—. Pero no era para eso para lo que la «Junta de Incautación» se hacía con todo lo que se podía fundir o vender, así que tras un breve paso por Cataluña acabó en la ciudad suiza de Ginebra.

—¿Quiere decir que el Jesús que vemos ahora no es el auténtico? —dije mirando a la parte alta del presbiterio donde se encuentra el camarín con la imagen del Nazareno.

—Gracias a Dios es el verdadero —dijo el fraile capuchino materializado de nuevo a mi lado como sólo él sabía hacerlo—. Terminada la Guerra Civil España pudo reclamar parte de lo que el Gobierno republicano había incautado y enviado al extranjero. El pintor Álvarez de Sotomayor, director del Museo del Prado depuesto con la llegada de la II República, consiguió que la imagen del Cristo de Medinaceli volviera con nosotros.

La llegada del capuchino fue la excusa ideal para despedirme del hijo del comunista y dirigirme a la puerta. El fraile me siguió.

—Gracias padre —dije discreto—, no sabía cómo...

—Santos es un hombre de fe.

—A pesar de no haber pisado la iglesia mientras vivió su padre.

—Nuestro padre Jesús Nazareno le concedió las tres gracias que necesitó su hijo para curarse de la leucemia.

Llegamos a la puerta y el capuchino se giró para despedirme:

—Rezaré por su esposa —dijo con su bondadosa sonrisa de fraile franciscano.

—Gracias padre —dije devolviéndosela—. Según Santos su padre venía poco por aquí, se la tenía jurada a los curas.

—Bueno sí, su padre era poco... creyente —dijo el fraile dándose a entender.

—Comprendo padre, participó en esa orgía comunista dedicada a masacrar cristianos a causa de su fe —dije mirando hacia la claridad de la calle—. Ahora es la yihad islámica la que ha tomado el relevo contra la religión más perseguida del mundo.

—¿Conoce el milagro que desató la temida represión de los comunistas contra los fieles cristianos checos? —preguntó el fraile.

—No padre —contesté quedándome a su lado.

—Lo presenciaron veinte testigos, o diecinueve para ser exactos.

Parados discretamente a uno de los lados de la puerta principal el fraile capuchino me contó la tortura y el posterior asesinato del padre Josef Toufar en 1949, el episodio más irracional ocurrido en el país que durante la Unión Soviética fue la Checoslovaquia del comunista Klement Gottwald.

Occidente desde hace décadas sufre la ira irracional del terrorismo islámico, mientras que en el pasado la represión partía de los regímenes comunistas que permanecían bajo el yugo de la madre Rusia, donde se llegó a juzgar y condenar a muerte a Dios al ser acusado por el Régimen comunista de «genocidio» perpetrado contra la humanidad.

El obispo húngaro Vilmos Apor fue el primer mártir del comunismo reconocido y beatificado por Juan Pablo II, el papa aclamado como símbolo del anticomunismo y enemigo de la expansión del marxismo. El último mártir religioso del comunismo bien pudo ser el padre Toufar, torturado y asesinado por haberse negado a mentir o renegar del supuesto «milagro» acaecido en su iglesia de Cihost, un pequeño pueblo situado a cien kilómetros de la bonita ciudad de Praga.

—Cuando visité la iglesia del padre Josef —continuó el fraile capuchino mirando hacia un punto alejado de la calle de Jesús—, la gente del lugar aún demostraba miedo e inquietud. «No hable de eso con nadie», me decían. «Ese asunto es peligroso. El padre desapareció y ya está; no hay más que hablar».

—¿Los jóvenes checos también opinaban así? —pregunté.

—No. Los que no sufrieron la dictadura del régimen caído opinaban que el religioso fue un mártir del cristianismo y su desaparición debía ser esclarecida.

El fraile me dejó un momento para ayudar a una anciana a entrar en la iglesia y cuando estuvo de nuevo a mi lado continuó:

—»El milagro de Cihost hizo que el régimen comunista checoslovaco promoviera la persecución contra los fieles de la Iglesia al nivel más perverso que se daba en los países del Bloque del Este. Después del crimen contra el padre Josef los sacerdotes fueron perseguidos. Muchos fueron asesinados, otros sufrieron penas de prisión durante años o terminaron esclavizados en los campos de trabajo del Gulag comunista.

—Quizá sea ese el motivo por el que la República Checa tenga el mayor porcentaje de ateos de la Unión Europea —dije como reflexión.

—La gran mayoría de checos desconocen la doctrina cristiana, como también es cierto que muestran cierta sed por buscar la verdad —apuntó el fraile.

“La Iglesia checa tiene falta de conocimiento, además de contar con los prejuicios de quien considera a la religión por debajo de la ciencia. El país tuvo también un movimiento cismático, herético: el movimiento husita. Además, cuentan los prejuicios del pasado. La Guerra de los Treinta Años y el proceso de recatolizar el Estado produjeron un efecto negativo entre los checos. La Primera República checoslovaca fue creada con un acentuado signo anticatólico. La dictadura comunista custodiada por la Unión Soviética mantuvo preso al país durante cuarenta años”

—»Los gobernantes checoslovacos fueron títeres manejados a distancia por Stalin, padre de todos los comunistas —continuó el capuchino—. Creó el «Pacem in Terris»: un sector eclesiástico colaboracionista infiltrado en la Iglesia. Se trataba de clérigos al servicio de la dictadura comunista que delataban a los fieles comprometidos y a sus propios compañeros, frailes, seminaristas, y desde luego sacerdotes.

“Checoslovaquia rompió sus relaciones con el Vaticano, las pocas misas celebradas lo hacían bajo el estricto control del Estado. Los bienes eclesiásticos fueron confiscados. El proceso de adoctrinamiento en las escuelas fue siempre a favor de los valores del comunismo y en contra de la religión. Esa es la razón del elevado porcentaje de agnósticos y ateos en lo que fue la antigua Checoslovaquia”

—¿Qué ocurrió en la iglesia de Cihost, padre? —pregunté interesado esperando oír uno más de los tristes episodios protagonizados por los que obedeciendo a un odio irracional fueron los más violentos enemigos de la fe.

—El primer episodio de lo que pudo ser un «milagro» causó el comienzo del martirio del párroco de esa pequeña iglesia —contestó el hermano capuchino saludando a unos fieles que entraban mirándole con marcada señal de simpatía hacia su serena persona.

—»Ocurrió en diciembre de 1949 —continuó el fraile—, cuando la cruz del altar de la pequeña iglesia del padre Josef se movió de un lado a otro. Oscilando con el movimiento isócrono de los péndulos del reloj de una torre.

—¿Se movió en presencia del sacerdote? —pregunté interesado.

—El padre no se percató de ello. Estaba predicando en el púlpito de espaldas al altar. Sí vio los gestos de los feligreses que atónitos miraban asustados el extraño movimiento de la cruz.

—Es posible que más que un milagro los que estaban en la iglesia vio en el movimiento de la cruz la mano conminatoria de Dios. —añadí.

—Para los fieles el hecho fue real y visto desde todos los rincones de la parroquia por los feligreses que había allí. Cada cual lo interpretó según su fe o sus creencias. Lo que sí está claro es que la noticia voló por el país llevando sensaciones de espanto o incredulidad, como también de grato consuelo y esperanza —resolvió el capuchino categórico—. El suceso volvió a repetirse días más tarde durante la Santa Eucaristía del 25 de diciembre. En esta ocasión la noticia del milagro se extendió fuera del país y publicado por la revista «Time».

—Y el «milagro» ya no pasó desapercibido para la dictadura comunista —concluí.

—Así es. El presidente Gottwald, conjurado para acabar con la influencia de la Iglesia checa, envió a sus fieles agentes de la «STB» para conseguir o preparar pruebas falsas o incriminatorias contra el padre Josef. El régimen comunista no podía permitir que una manifestación de fe eclipsara el culto al Partido Comunista, y mucho menos a su líder.

“En 1962 Milos Hrabina, encargado de conseguir pruebas incriminatorias contra el padre Toufar, confeso que fue la policía política del Partido, quien instaló el rudimentario mecanismo de cuerdas y poleas en la base de la cruz para demostrar que el falso «milagro» de Cihost había sido preparado por el cura para engañar a sus fieles parroquianos. Además, obligó al religioso a confesar que todo había sido un vil engaño promovido por él para convertir a su iglesia en un santuario de peregrinación”

—»El padre Josef se negó en rotundo a mentir y seguir el juego de la policía política, responsable de la colocación del artilugio que movía la cruz para desacreditar a la Iglesia —continuó con su narración el capuchino—. Fue secuestrado y torturado hasta producirle la muerte. Tenía sólo cuarenta y ocho años.

Se hizo un silencio en la puerta de la basílica de Medinaceli rodeado por el olor a flores e incienso que llegaba desde el interior.

La historia sobre el «milagro» de la iglesia de Cihost narrada por el bondadoso fraile capuchino me impresionó lo suficiente para promover mi curiosidad y el deseo de ampliar la noticia sobre los hechos ocurridos en la actual República Checa. En la hemeroteca de ABC encontré un artículo redactado por Luís Calvo, periodista del diario, que ampliaba con datos los conocimientos sobre el caso que disponía el religioso de la basílica de Medinaceli.

El artículo mencionaba al «interrogador» Ladislav Mácha que sesenta años más tarde reconoció que, incluso con las piernas destrozadas y sangrando por todo el cuerpo, no consiguieron convencer al sacerdote para que admitiera que el artilugio montado en la cruz por la policía política del Partido Comunista para desacreditar a la Iglesia lo había instalado él mismo para crear el falso milagro. El mismo policía confesó que nada ni nadie pudo evitar el trágico final del padre Toufar.

El Gobierno comunista del dictador Klement Gottwald tuvo tiempo de cometer una salvaje tropelía más mientras el padre Toufar agonizaba. Trasladado a su parroquia le obligaron a grabar una película recreando el truco de la cuerda y las poleas que movían la cruz de su iglesia. El dictador tenía que demostrarle al pueblo checo que el milagro de la iglesia de Cihost era una burda estafa con la que el sacerdote pretendía engañar a los fieles que aún confiaban en la Iglesia católica.

No contaron con las heridas del cura que eran tan graves que fue imposible que participara en el rodaje, por lo que tuvieron que utilizar a un actor como doble.

En 1968 un periódico checo defendió la tesis de la detención ilegal y asesinato del padre Toufar en 1950 denunciando que la intención de la policía política fue que el sacerdote admitiera haber fabricado el mecanismo colocado en la cruz que produjo el falso «milagro de Cihost». Según el periódico Ladislav Mácha torturó al sacerdote para que se confesara culpable y al no conseguirlo provocó con un fármaco que la úlcera de estómago que padecía le perforara el estómago.

Nadie pudo evitar su trágico final.

Josef Toufar fue trasladado a una clínica de Praga donde se hizo lo posible para salvarle la vida, pero las terribles tácticas de interrogación utilizadas por los agentes de las terribles «checas comunistas» no lo permitieron. Los médicos declararon que el sacerdote había sido golpeado de una manera increíblemente cruel.

Una enfermera confesó: «Estuve en un campo de concentración comunista y vi auténticas salvajadas, pero nunca vi un caso de violencia tan horrible. En el cuerpo del párroco de Cihost no quedaba un sitio que no sangrase. De su boca sólo salía espuma, sangre y saliva»

Según detalló el diario «Catholic Herald» en 1950 el ministro checo del interior Vaclav Nosek dio una rueda de prensa evitando la presencia de los corresponsales extranjeros. En ella afirmó que el padre Josef Toufar confesó haber diseñado el juego de poleas instalados en la cruz de su iglesia para engañar a sus feligreses.

«Ha confesado que el «milagro» de la iglesia de Cihost no era más que un fraude. Él sabía que sería juzgado y castigado, como serán juzgados y castigados los sirvientes a sueldo del Alto Clero católico que actuaron como cómplices»

“Durante la rueda de prensa el ministro presentó el supuesto juego de poleas y la película propagandística que había rodado la policía política del Partido. Lo que no confesó el político comunista es que el padre Josef Toufar estaba muerto y enterrado en una fosa común”

El suceso de Cihost fue el pistoletazo de salida para la represión de la Iglesia católica en las Repúblicas Socialistas de Chequia y Eslovaquia. Mientras que estuvo desplegado y en pleno funcionamiento el aparato opresor dirigido por el ateísmo del Estado soviético el pueblo no supo nada sobre la desaparición y muerte del padre Toufar.

“Con la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética llegó la libertad de culto al país. Actualmente la iglesia de Cihost es un lugar de peregrinación donde los católicos acuden para ver donde se produjo el milagro de la cruz. Su torturador y asesino, juzgado en 1998, fue condenado, pero no entro en la cárcel debido a su avanzada edad. Falleció en su casa, rodeado de su familia y en paz, a los noventa y cinco años”

Si Dios existe, los milagros son posibles, porque sólo un milagro pudo salvar la vida del 264 papa sentado en la silla de Pedro.

¿Milagro o suerte? Lo cierto es que un joven seminarista de veinticinco años conocido como Karol Józef Wojtyła se libró de ser asesinado por la política expansiva colonialista de la Unión Soviética durante la Segunda Guerra Mundial. Iósif Stalin se apoderó de Europa del Este dejando esa parte del continente bajo el yugo represivo de la Rusia comunista.

Polonia vivió oprimida por el ejército soviético que liberó a los polacos de los nazis alemanes, pero les incluyó en la política represiva bolchevique que mataba o deportaba a los campos de trabajo a los que se declaraban contrarios al Régimen rojo. Entre los que tenían pocas posibilidades de librarse de la represión comunista había un grupo de jóvenes seminaristas. Uno de ellos era el futuro papa Juan Pablo II.

El origen del suceso pertenece a 1945 cuando Cracovia, una de las ciudades más antiguas de Polonia situada al margen del río Vístula, estaba en poder de la Alemania de Adolf Hitler y de su agnóstico ejército alemán que no simpatizaba con sacerdotes ni seminaristas. Los religiosos tenían pocas oportunidades de sobrevivir en el Este, así que se veían obligados a ocultarse, o pasar desapercibidos. Los seminarios organizados en Polonia por sus obispos eran todos clandestinos. El seminario al que perteneció el joven Karol Wojtyła esperó rezando durante toda la guerra la liberación de la ciudad de Cracovia por los soldados aliados, pero no fueron los Aliados lo que empujaron a las fuerzas alemanas desde el frente de Stalingrado, sino los soviéticos. El mismo ejército rojo, que violó a un millón de alemanas cuando llegó a Berlín, tuvo la misión de liberar Varsovia. Problema: si a los nazis alemanes no le gustaban los aspirantes a cura, los rojos soviéticos los despreciaban, así que les volaban la cabeza sin más.

Cuando los nazis alemanes entregaron sus armas, cansados de luchar en tierra hostil contra el ejército soviético, permitieron que los rusos se mostraran a la vista de los polacos como los grandes héroes y liberadores de su país.

En Cracovia liberaron a un grupo de mineros que habían sido confinados por los soldados alemanes en una mina de piedra. Entre los obreros se habían camuflado dieciocho seminaristas y uno de ellos era Karol Wojtyła, que se libró de la muerte gracias a la protección de Vasili Sirotenko, un oficial soviético que intercedió por él salvándole la vida.

Según reconoció en 2008 este exoficial del Ejército Rojo los soldados rusos en su marcha hacia Berlín se aprovecharon de los derechos de conquista con todo lo que encontraban a su paso. Él sólo estuvo interesado en apoderarse de los libros que trataban sobre el Imperio Romano. Ese fue su único y exclusivo botín de guerra.

El militar ruso era estudiante de Historia. Tenía previsto terminar la carrera conseguida lo que por la intervención directa del Ejército Rojo parecía una segura e inminente victoria. Problema. Los libros estaban escritos en latín y difícilmente podría sacar apuntes de ninguno de ellos. Desesperado buscó entre los seminaristas prisioneros quien tuviera la suficiente capacidad intelectual para ayudarle con la traducción. Uno de ellos le habló de un compañero inteligente y capaz que podía ayudarle porque, además del latín, conocía otros idiomas.

“No sólo el joven rubio de ojos azules que se sentó en Roma en la silla de Pedro dijo que podía pasar los textos del latín al polaco, sino directamente al ruso. Lo aprendió de niño por su madre de ascendencia rusa. Según trataban a los servidores de la Iglesia los siempre atemorizados acólitos al servicio de las maldades de Stalin, la amistad y protección de Vasili Sirotenko, el oficial soviético que tomó bajo su protección al seminarista Karol Wojtyla, fue determinante para proteger el futuro del papa Juan Pablo II. Sus diecisiete compañeros seminaristas tuvieron peor suerte, fueron enviados a los campos de trabajo de Siberia, de donde nunca regresaron”

No sólo los países del Este tienen en exclusiva mártires en su Iglesia. En 1997 el papa Karol Wojtyla beatificó al primer mártir gitano que en toda la historia alcanzó la gloria de los altares. Para el obispo de Roma el beato que fue conocido como «el Pelé» representó la concordia entre los payos y el pueblo gitano.

Ceferino Giménez Malla fue antes y después de su conversión un tratante de burros, mulas y caballos que hacía sus negocios en las ferias de ganado de Aragón. También era artesano de cestería, oficio muy apegado a la errante etnia gitana.

Como laico pertenecía a la «Tercera Orden de San Francisco» y, aunque Ceferino Giménez se sentía profundamente marcado por la religión católica, siempre acató con respeto la ley del pueblo gitano. Desde su beatificación sus devotos le rezan en su capilla de la Iglesia de San Francisco de Barbastro.

Poca notoriedad y escasa o nula participación tuvieron los gitanos en la Guerra Civil española de 1936. Considerado como pueblo errante, y descalificado por su forma despreocupada de vivir, los gitanos no se involucraron en un conflicto que no lo veían como suyo, manteniéndose al margen de cualquier ideología y prudentemente alejados de políticos y militares. Los gitanos se consideran alérgicos a los uniformes, sobre todo al tradicional color verde de la Guardia Civil.

No fue el caso de Helios Gómez: pintor, poeta libertario y anarquista que fue conocido en Cataluña como «el artista gitano de corbata roja». Como represaliado preso político fue el autor de la «Capilla Gitana» que pintó él mismo en la Cárcel Modelo de Barcelona. En la capilla todos los personajes representados tienen rasgos gitanos y, curiosamente, los ángeles son negros, como pedía en sus boleros el cantante cubano Antonio Machín.

A diferencia de este comisario, ateo y político activo del Partido Comunista, «el Pelé» era tan prudente y juicioso que payos y gitanos acudían a él para solucionar sus conflictos. Su vida transcurría en paz hasta que todo saltó por los aires cuando en la Guerra Civil, viviendo en Barbastro-Huesca, fue arrestado por un grupo de milicianos anarquistas al salir en defensa de un joven sacerdote que estaba siendo arrastrado y martirizado por las calles de Barbastro camino de la cárcel.

Ese fue el comienzo del calvario de Ceferino Giménez Malla, agravado cuando descubrieron el rosario que llevaba en el bolsillo. Esa grave falta contra el ateísmo del Estado republicano la milicia del Frente Popular la castigaba con la pena de muerte.

De la incomprensible condena nadie pudo salvarle, tampoco el obispo de Barbastro, que estaba unido al gitano por la curiosa amistad que puede existir entre un miembro de la Iglesia de máximo grado y un tratante de ganado. Que además vendía cestos.

Fue ejecutado por no renunciar a su fe. Murió como tantos otros mártires de la persecución religiosa que dando fin a su trágico momento decían: «¡Viva Cristo Rey!»

“Poco después ocurría la «tragedia de Barbastro», en la que el obispo Florentino Asensio Barroso fue detenido, torturado y fusilado junto a los 51 «Claretianos de Barbastro». Fue uno de los trece obispos asesinados en la Guerra Civil. Proclamado mártir de la Iglesia católica fue beatificado por Juan Pablo II en 1997”

El martirio y asesinato del prelado de Barbastro fue de una crueldad diabólica. La noche del 8 de agosto de 1936 un grupo de milicianos, entre los que se encontraba Alfonso Gaya, el peor de todos ellos, sacaron violentamente al obispo de su domicilio y lo llevaron a rastra hacia la «checa comunista» para someterle a un juicio sumarísimo. Después de ser condenado, fue el malvado Alfonso Gaya fue quien le cortó al obispo los testículos con la afilada navaja que llevaba en el bolsillo y envolviéndolos en papel de periódico dijo entre risas: «Esta noche alguien se cena los cojones del obispo».

Dos chorros de sangre llenaron las piernas del prelado y la de otro preso al que habían atado a su espalda. Para llevarlo a fusilar detuvieron la hemorragia del obispo con esparto. Tal como se procede con los animales que han sido capados. Las baldosas del suelo donde hicieron la salvaje mutilación quedaron encharcadas de sangre.

Seguidamente el obispo fue fusilado en compañía de otros presos condenados en juicios sumarísimos. Los verdugos los hicieron dentro del cementerio de Barbastro, observando un especial cuidado con el obispo para no herirlo de muerte. Querían que el obispo muriera lentamente rabiando mientras se desangraba del todo.

Los lastimeros quejidos de su larga agonía se escucharon en el cercano hospital de San Julián y fue el doctor Antonio Aznar quien rogó al comité miliciano de vigilancia que acabara con el martirio. Un grupo de milicianos fue al cementerio y le remataron.

El obispo y los misioneros Claretianos de Barbastro fueron asesinados en agosto de 1936 por odio a la fe. Las víctimas fueron treinta y nueve seminaristas, nueve sacerdotes y doce hermanos. Sólo nueve de ellos tenían más de veinticinco años. Pertenecían a familias de condición humilde. La mayoría eran hijos o nietos de obreros del campo.

Florentino Asensio Barroso había sido nombrado obispo meses antes. Terminada la Guerra Civil su cuerpo fue buscado y encontrado en una fosa común del cementerio de Barbastro entre otras víctimas de las ejecuciones arbitrarias anarquistas del Frente Popular. Fue reconocido entre los cadáveres de otros fusilados porque su cuerpo permaneció incorrupto. Sus reliquias se veneran en su capilla de la Catedral de Barbastro. Nadie debería olvidar los disturbios llevados a cabo contra una España desangrada que sentía creyente y católica. Proclamado el «orden republicano» se puso en marcha el afán de destrucción contra los monumentos y edificios religiosos. Sobre todo en Madrid y Barcelona. Fue el pistoletazo de salida que puso en marcha en toda España la elevada y terrorífica cifra de mártires de la fe.

«Lo bonito de la revolución es su parte destructiva. Es una lástima que desde 1931 sólo se hayan quemado iglesias y cuatro conventos birrias»

Con estas palabras Ramón María del Valle-Inclán se posicionó en contra del clero católico. Desde su producción literaria, identificada con el «esperpento» como reflejo de su oscura y esperpéntica imagen, se postuló desde su posición de miembro cofundador de la «Asociación de Amigos de la Unión Soviética» para organizar en 1933 el primer «Congreso de la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios».

Se trataba de propagar las conquistas y realidades del Socialismo, desmintiendo las calumnias y falsedades del capitalismo. Sin embargo, su deformada manera de ver los aspectos de la vida le hizo pronunciarse en contra de la dictadura socialista que el Frente Popular impuso durante la Segunda República española. Sorprendiendo además con sus reflexiones a favor del Fascismo de Benito Mussolini.

A la vuelta de su corta estancia en Roma, donde ocupó el cargo de director de la Academia Española de Bellas Artes, confesaba en sus famosas tertulias: «Mussolini está haciendo una gran obra. Si hubiera que buscar una ciudad para que fuera la capital de todos los europeos, sin duda Roma sería mi elegida.

El adagio popular de Piotr Kropotkin: «La única iglesia que ilumina es la que arde» provocó la incontrolada ola de violencia anticlerical. La sentencia del pensador y político ruso, principal teórico del anarquismo comunista fue extendida en la España republicana por el miliciano anarquista Buenaventura Durruti. El «mata obispos», como se hizo llamar por sus camaradas, puso en marcha la sentencia contra los mártires que permanecieron fieles a la fe de Cristo. La «Ley de memoria histórica» quiso eliminar de Madrid la calle dedicada a las «Mártires Concepcionistas» con el único fin de borrar de la historia la vergüenza del martirio de las catorce religiosas de la «Comunidad de San José» que sufrieron la violencia anarquista de los milicianos del Frente Popular.

Todas sufrieron un salvaje acoso, las jóvenes fueron violadas y terminaron el martirio siendo fusiladas. Del paso por las armas sólo se libró una religiosa que iba en silla de ruedas, aunque tuvo un trágico fin. Por un macabro afán de divertirse empujaron la silla desde lo alto de la escalera. No merecía la pena gastar una bala con una monja inválida.

En la puerta principal de la basílica de Nuestro Padre Jesús de Medinaceli el cielo estaba tan lleno de azul que se salía por los bordes. Sólo una ligera nube, como si hubiera sido espolvoreada en el cielo, se asomaba curiosa sobre el alero del edificio de enfrente. Me había despedido del fraile capuchino dejándole junto a unos entusiasmados turistas californianos que se habían sorprendido al verle vestido con el hábito marrón de los hermanos menores franciscanos, ceñido por el cordón de tres nudos que representan la pobreza, obediencia y castidad de la orden.

Sólo habían visto a los frailes vestidos así en las películas del Zorro.

Se hicieron fotos con él felices y el capuchino les ofreció una amplia y bonachona sonrisa marcada por su blanca y poblada barba.

—Aquí el hermano es muy querido.

Me volví. A mi lado se había materializado Santos, el hijo del miliciano comunista con el que había compartido en la iglesia el banco frente al altar mayor.

—Hola de nuevo —le saludé volviéndome hacia él.

Llevaba en la mano algo envuelto en papel de plata que bien podía ser un bocadillo de calamares.

—Es de la «Taberna la Dolores» —aclaró.

—¿Calamares? —pregunté.

—No. Bocata de panceta —contestó como enseñando un trofeo.

Miré hacia la derecha de la calle donde permanece desde 1908 una de las más típicas tabernas madrileñas frecuentadas por los fieles de Jesús de Medinaceli. Después dirigí la mirada algo más lejos. Hacia el aparcamiento de la flota de Palace donde esperaba el Jaguar XJR575. Teníamos que ir al barrio de Chamberí a recoger a un rabino de la sinagoga Bet Yaacov, que está en la calle de Balmes.

El Palace es por excelencia donde se celebran las bodas religiosas de la comunidad judía, y son los rabinos del único templo sefardí de Madrid quienes las supervisan. No solo por la obligación inexcusable de que todo lo servido en el banquete debe ser «kosher», sino porque el hotel tiene que cumplir con cada uno de los preceptos de la religión judía. Los utensilios usados en la cocina y los salones deben estar acondicionados e impecables. Mejor si son nuevos. El rabino comprobará que todo lo que debe usarse no ha tenido contacto con alimentos «no kosher».

Llegando a extremos difíciles de entender.

Las bodas de la comunidad judía española celebradas en el hotel Palace se llenan de lujo, joyas y simbolismos. Son la muestra de extrema riqueza de las grandes familias representadas por los Benarroch, Bensalem, Salama, Misrahi, Bendahan...

—Voy a una conferencia a la sede del sindicato Comisiones Obreras. Está aquí al lado, en la calle Lope de Vega —dijo Santos señalando a la izquierda de la iglesia de Medinaceli con la mano que sujetaba lo que llevaba envuelto en papel de aluminio.

—Va bien acompañado —dije señalando a su bocadillo de panceta.

No supo que contestar, no era ligero de reflejos. Miró a un lado para encontrar palabras con las que continuar y las encontró entre los dientes de un caniche que buscaba un árbol con malas intenciones.

—Va sobre «el infierno de Ravensbrück» y las tortuosas deportaciones sufridas por las republicanas antifascistas represaliadas por el «franquismo».

—Tema muy apropiado para compartirlo con el bocadillo —dije echando mano de la socorrida ironía que manejo a veces. Santos tampoco lo entendió.

—Puede acompañarme, la entrada es gratis.

—Lo siento, tengo que hacer y el lugar no es apropiado para los que nos mantenemos a cierta distancia del comunismo.

—Entre los que me incluyo, no crea.

—Dudo que a su padre le hubiera gustado oír sus palabras.

—Según su agnóstica teoría, sobre la existencia de cualquier forma de vida más allá de la muerte, seguro que no me ha oído —dijo Santos con una sonrisa. Aunque miró a un lado cruzando los dedos.

—Dante describió el «Infierno» sin conocer el «Gulag» de Stalin, ni la perversión de la «Leibstandarte» SS de Adolf Hitler —sentencié endureciendo la mirada.

“Es por mí que se va a la ciudad del llanto. Es por mí que se va al dolor eterno y al lugar donde sufre la raza condenada. Yo fui creado por el poder divino, la suprema sabiduría y el primer amor, y no hubo nada que existiera antes que yo. Abandona la esperanza si entras aquí / Dante Alighieri”

En la conferencia que se ofrecía en la sede sindical de Comisiones Obreras un video en blanco y negro denunciaba las terribles deportaciones que en la Segunda Guerra Mundial sufrieron doscientas mujeres españolas del Partido Comunista que desde su exilio de Francia participaban con la Resistencia en acciones paramilitares contra la ocupación de la Alemania nazi. Entre ellas la activista catalana afiliada a la Internacional Comunista Neus Catalá, liberada por el Ejército Rojo en 1944 junto a las víctimas que sobrevivieron al campo de concentración para mujeres de Ravensbrück.

La historia la escriben los vencedores. Su justicia también. Iósif Stalin formó parte del trio de líderes mundiales que en la Segunda Guerra Mundial se repartió el mundo. De no haber formado parte de la foto en la «Conferencia de Teherán» Stalin hubiera sido uno más de los procesados por genocidio en los Procesos de Núremberg. Por los millones de víctimas que originó la «Gran Purga», su particular represión política de los años 30. Fueron millones los desterrados, ejecutados o encarcelados para toda la vida en los distintos «gulags» comunistas a disposición de Stalin para consolidar su poder eliminando a los «trotskistas» y «leninistas» con participación en los órganos de Gobierno. La represión estalinista duró hasta su muerte, en 1953. Tenía 74 años.

El «Gulag» era el administrador y encargado del sistema soviético del castigo y el trabajo forzado, en todas sus formas y variedades. En el «tritador de carne», como era conocido el Gulag, los presos eran tratados como ganado. Para el «estalinismo» fue la fuente inagotable de mano de obra a coste cero y la fuente con la que compensaba las ingentes pérdidas humanas perdidas por el manteniendo del ritmo de la producción en la Unión Soviética y la extracción de las materias primas. El trabajo forzado fue tan importante que la población reclusa creció en los «gulags» al mismo ritmo que las grandes ciudades. El número de prisioneros en el infierno del «Gulag» era similar a la población de la España desangrada que según Stalin «agonizaba» bajo la dictadura franquista. Fueron muchas las familias destruidas. Muchos los años perdidos en el exilio. Millones los represaliados. Demasiadas las muertes innecesarias.

El video estaba patrocinado por la TV3 de Cataluña y en él se trataba sobre el merecido homenaje recibido por Neus Catalá, víctima condecorada por el Gobierno de la «Generalitat de Catalunya». Neus era entonces la última superviviente catalana del holocausto nazi en el campo de concentración para mujeres de Ravensbrück. El campo de concentración de las SS donde fue víctima de las sádicas «aufseherinnen», las sádicas brujas guardianas formadas en Ravensbrück.

Doscientas españolas que pertenecían a la Izquierda revolucionaria fueron allí esclavizadas y explotadas hasta que fueron liberadas por el Ejército Rojo. Obligadas a trabajar en la fabricación de armas y munición en las veinte naves industriales que en Ravensbrück manufacturaban piezas para la industria de armamento.

Las prisioneras españolas encontraron la mejor manera de boicotear y ralentizar el proceso de elaboración. Y así lo hicieron saber las que sobrevivieron al horror nazi.

“Las prisioneras españolas mezclábamos la pólvora de las balas con lo que teníamos más a mano —confesaba Neus Catalá en el video—. Si no era posible poníamos la mínima cantidad para provocar el fallo. Todas las prisioneras estábamos incluidas en la nómina de las «aufseherinnen», las malvadas guardianas que humillaban y torturaban a las prisioneras hasta provocar su muerte. Cuando fuimos liberadas del infierno de Ravensbrück nos quedamos en el exilio. Nuestra misión era continuar la lucha por la Revolución socialista y la Dictadura del Proletariado. Conseguir la libertad derrocando la dictadura de Franco. Nunca abandoné la militancia comunista”

Neus Catalá sufrió durante quince meses las humillaciones y torturas en el campo de concentración de Ravensbrück. Sin embargo, murió en paz y en la cama de la residencia de ancianos junto a su hija en el pueblo que la vio nacer «Els Guiamets-Tarragona». Había cumplido los 103 años.

«Mi viaje hasta Ravensbrück fue una pesadilla» —contaba Teresa del Hoyo:

“En un vagón para ocho caballos y sin apenas respirar por el poco aire que entraba por unas minúsculas ventanas nos metieron a noventa mujeres. Compartíamos un cubo para hacer nuestras necesidades. Sin agua y sin comida. Ese viaje en tren fue el comienzo de mi primer infierno. Nos recibieron en Ravensbrück a manguerazos para desinfectarnos, luego nos raparon el pelo”

No tenían nombre, sino un número que debían decir en voz alta y en alemán. Las prisioneras españolas llevaban cosido en la ropa un triángulo invertido de color rojo para ser identificadas como prisioneras políticas. Ese color les mantuvo alejadas del exterminio en las cámaras de gas y lejos de los experimentos de los «carniceros» Gebhard, Fischer y Stumpfegger, los doctores para los que las prisioneras no eran más que «kaninchen». Conejos de laboratorio.

«Fue un humillante intento de destrucción de la persona» —confesó postrada en la cama Mercedes Núñez Targa poco antes de morir.

“Sobreviví, otras muchas no lo hicieron. Sufrí como todas las demás prisioneras de las sucias y vejatorias inspecciones ginecológicas. Otras muchas fueron esterilizadas y convertidas en juguetes eróticos de entretenimiento para los soldados. A pesar de las terribles secuelas que ese maldito infierno dejaba en el cuerpo mantuve intacto el sentimiento de lucha. Salí de allí muy deteriorada y delicada de salud. Los médicos me dijeron que evitara los embarazos. Que no tuviera hijos. Tuve uno. Fue mi último acto de rebeldía”

El avance de las tropas «Aliadas» por el oeste obligó al movimiento forzoso de prisioneros de los campos de concentración en la Alemania nazi. La mayoría eran judíos y entre ellos muchas mujeres y niños. Se conocieron como las «marchas de la muerte» y con ellas continuó la sangría.

Miles de prisioneros fueron asesinados durante las marchas y miles lo fueron antes de ponerse en camino. También se dio el caso del abandono masivo de prisioneros que sin fuerza para caminar quedaron hacinados en los barracones. No era preciso gastar munición. El hambre acabaría con ellos. Para ocultarle al mundo el resultado del «Holocausto» se destruyeron parte de las evidencias que denunciaban el genocidio y las atrocidades que durante la guerra cometieron en los campos nazis de concentración las macabras SS. Estos actos se juzgaron en los Juicios de Núremberg como crímenes contra la humanidad. Los culpables fueron ahorcados.

Para huir del Ejército Rojo, que invadía Alemania desde el este, las prisioneras del campo de concentración para mujeres de Ravensbrück fueron obligadas a formar parte de la «Marcha de la Muerte» que se dirigía hacia Mecklenburg. Muchas prisioneras se negaron a huir. Dispuestas a morir decidieron quedarse para recibir a las tropas aliadas que venían a liberarlas. Fueron violadas por sus libertadores, los soldados soviéticos.

El tétrico cautiverio había terminado, pero aquellas mujeres que habían sobrevivido al terror siguieron con las pesadillas el resto de su vida. Soñaban con las malvadas y sádicas «aufseherinnen» que por un pequeño motivo podían asesinarlas a golpes. O llevarlas como animales al matadero. A todas les quedó el mismo sentimiento de culpabilidad por haber sobrevivido, mientras otras no lo consiguieron. Las supervivientes de Ravensbrück fueron repatriadas. Las prisioneras políticas españolas no fueron reclamadas por el Gobierno franquista al que no reconocían. Su voluntad fue seguir siendo luchadoras comunistas y exiliadas para participar desde la clandestinidad por el triunfo de la República y el derrocamiento de Franco.



«Si quieres de verdad ganar dinero. Funda una religión»

Este aforismo perteneció en vida a L. Ron Hubbard, autor norteamericano de «Pulp» y ciencia ficción que fundó en Camden-Nueva Jersey el culto a la Iglesia de la Cienciología. Son fieles a la «dianética», un controvertido credo galáctico gobernado por Xenu, el anticristo que habita en la estrella Markab. Aunque ha obtenido el reconocimiento legal sus detractores la califican de religión de ricos y denunciada como secta o empresa comercial con fines lucrativos. Entre otros reconocimientos literarios el fundador de la Iglesia de la Cienciología obtuvo por mérito propio un premio «Ig Nobel»: parodia estadounidense de los Premios Nobel donde un grupo de científicos hacen que los asistentes, primero se rían, y luego se dediquen a pensar.

En Madrid la Iglesia de la Cienciología se encuentra a doscientos metros del Congreso de los Diputados y muy cerca del hotel Palace. Se inauguró el 20 de septiembre de 2004 con la presencia de Tom Cruise, su principal estandarte. En cada país la «Iglesia» tiene su propia junta responsabilizada de las actividades eclesiásticas y corporativas. España según la Constitución Española es un Estado aconfesional...

“Ninguna confesión tendrá carácter estatal. Los poderes públicos tendrán en cuenta las creencias religiosas de la sociedad española y mantendrán las consiguientes relaciones de cooperación con la Iglesia Católica y las demás confesiones. Artículo 16.3”

Tal vez por sentirse especiales tanto estrellas como celebridades de Hollywood se sienten atraídas por otras religiones o creencias minoritarias. Sobre todo, si son de culto tan popular como la Iglesia de la Dianética y Cienciología. La obsesión con la que viven los excéntricos personajes de la industria discográfica, el cine y la televisión, empuja a sus estrellas a demostrarle al mundo la diferencia que existe entre ellos y el resto de los mortales. Ser católico o protestante es muy poco, se les queda corto. Se trata de elegir la religión más extravagante y menos conocida. Sentirse identificados en la competitiva sociedad simulada de los focos y los efectos especiales. No pasar desapercibido. Llamar poderosamente la atención.

La actriz californiana Michelle Pfeiffer llegó a los estudios de Hollywood con veinte años y pronto fue captada por miembros de la hinduista secta del «Respiracionismo», curiosa filosofía en la que los creyentes afirman tener la supuesta habilidad de vivir ¡Sin comer ni beber! Los seguidores de la secta alimentan su cuerpo aspirando el «praná» que contiene el aire. Cuando la Pfeiffer fue invitada a rodar una película sobre «sectas» comprobó que pertenecía a una de ellas; que más que aliviar su cuerpo, le aliviaba la cuenta bancaria. El culto a la «Inedia» obliga a los creyentes a pagar por cada servicio recibido. El «praná» es un aire tan especial que cuesta tanto como el oro.

La popular Iglesia de la Cienciología, nacida como filosofía laica y reconvertida en religión, requiere disponer de elevadas posibilidades económicas y la fe que tiene la hija adoptiva de Tom Cruise y Nicole Kidman, «auditora» y captadora de la «Iglesia» de la que su padre es parte de la «cúpula del poder». Para Isabella Jane la «cienciología» fue la pieza que faltaba en su vida. Su fe es inquebrantable, como inquebrantable es la fe que tiene en el secreto de su padre para conservarse joven y guapo:

“Desde hace años papá se pone en la cara una cosmética mascarilla hecha con excrementos de ruiseñor”

Además de Tom Cruise, John Travolta, Will Smith y Chick Corea, otros famosos del mundo de la música, el cine y la televisión, pertenecen al «Centro de Celebridades», responsable y principal involucrado de la tarea «proselitista». Se trata de armar a la Iglesia de la Cienciología con «líderes de opinión» capaces de convertir. Según L. Ron Hubbard, su fundador: «La fe es sumamente frágil». Sólo el poder y magnetismo de las celebridades es capaz de atraer devotos»

Bajo esta premisa el fundador preparó en su época una elaborada lista con más de un centenar de celebridades a las que había que convertir en «cienciólogos». Entre ellos se encontraban personajes como el calvinista Walt Disney, el ateo Ernest Hemingway, el presunto comunista Pablo Picasso. No lo consiguió, pero no por ello desfalleció. Como dijo Groucho Marx: «Si no te gustan mis principios, tengo otros».

Ron Hubbard los tenía. Tenía... otra lista.

Tampoco Tom Cruise consiguió atraer a su Iglesia a Penélope Cruz en los tres años que fue su pareja sentimental. La actriz madrileña huye de etiquetas. Declara que no desea formar parte de ninguna secta, ni identificarse con ninguna Iglesia establecida:

«Me siento atraída por Buda, pero también por la madre Teresa de Calcuta»

Es cierto. Penélope manifestó su interés por el «budismo» considerando que como filosofía es quizá la más respetuosa de las religiones. Lo dijo en presencia del «dalái lama» cuando recibida por el «maestro reencarnado» este predijo que se convertiría en una gran estrella. A ella le gustó.

“Su marido el actor Javier Bardem, pregona su ateísmo diciendo que Dios existe, pero vive en Los Ángeles y se llama Al Pacino”

El «budista» más famoso de Hollywood es Richard Gere. El galán supermillonario de «Pretty Woman». En esta doctrina filosófica también están la mítica cantante de rock Tina Turner, el golfista Tiger Woods y el actor Keanu Reeves.

Entre otros captados por sectas y religiones alternativas se encuentran los hermanos Jackson, Michael y La Toya. Las tenistas hermanas Williams y Prince, que se negó a operarse dos veces porque la práctica de transfusiones de sangre está prohibida por la congregación cristiana de su religión.

Madonna saltó de religión en religión, incluso estuvo cerca del Opus Dei. Fue seguidora entusiasta de la Cábala, como Victoria Beckham, Paulina Rubio y Demi Moore, la actriz y productora que confesó haber sido violada en su casa a los 15 años por un hombre que pagó a su madre quinientos dólares.

Para John Travolta la Cienciología es la mejor ayuda de los artistas porque les permite concentrarse y ordenar su vida. Su esposa, la estadounidense Kelly Preston, asegura que el «Centro de Celebridades» le salvó la vida... y su carrera de actriz.

La macro pista de la base aérea militar de Torrejón de Ardoz es como un gigantesco portaviones de cinco kilómetros de largo. Su alta tecnología resulta excesiva para el uso civil, pero había que darle alguna función y son los jets privados los que la utilizan desde 1992, cuando el «Ala Táctica 401» de la Alianza Atlántica dejó la base militar a disposición del Gobierno socialista de entonces y trasladó los cazas y superbombarderos B-52 a la base italiana de Aviano. Con disgusto para el anticomunista gobierno de los Estados Unidos y el aplauso de los países del «Bloque del Este».

La sociedad española no es antiamericana. Lo son los jóvenes anticapitalistas van a las manifestaciones antiamericanas, pero comen hamburguesas, se ponen el Levi's y las Nike de Regreso al Futuro y sólo beben Coca-Cola. Antiamericanos que prefieren morir en Manhattan, que ser asaltados en el metro de Moscú.

El «gran jefe vasco» decidió que estuviera a disposición de dos viejos amigos de su etapa universitaria en San Francisco. Se trataba de dos empresarios propietarios de un sello discográfico de Los Ángeles que se habían hecho «cienciólogos». Invitados por David Miscavige a la inauguración de la sede de su «Iglesia» en Madrid se hospedaban en el hotel Palace, por su extraordinaria cercanía entre el hotel y la calle de Santa Catalina, donde está la nueva sede española de la Iglesia de la Cienciología.

“D. Miscavige es el empresario de Filadelfia que como presidente tiene bajo su responsabilidad la corporación mundial y los derechos de «marca» de la Dianética y la Iglesia de la Cienciología”

Tras el retiro público en 1980 ¡Por motivos de salud! El fundador L. Ron Hubbard promocionó a D. Miscavige, «mensajero comodoro» y su fotógrafo personal. Estaba dedicado a combatir los pensamientos o prácticas que eran contrarias a la doctrina de su «Iglesia». Para el ambicioso Miscavige no fue suficiente la promoción y convenció a Mary Sue, esposa de Hubbard, para poner en marcha una serie de procedimientos éticos con los que podía quitarse de encima a los miembros del «Watchdog Committe», comité de «perros guardianes» que interrumpían su llegada a la presidencia.

“Ron Hubbard murió seis años después dejando una herencia de 600 millones de dólares. La autopsia demostró su habitual consumo de drogas y alcohol. Fue incinerado por sus seguidores que aseguraban que su cuerpo desencarnado se había trasladado a una lejana Galaxia desde donde seguía dirigiendo su obra”

Los dos empresarios y «cienciólogos» amigos de «gran jefe vasco» venían a Madrid con su jet privado. Un «Falcon7X» de cincuenta millones de dólares. Fui a recibirles con la limusina Mercedes S600 al Aeropuerto Civil de Torrejón de Ardoz, donde ya esperaba un periodista de «El Mundo» con dos fotógrafos y un operador de video.

—Espero que pueda hacerles la entrevista aquí en el aeropuerto —dijo mirando el cielo con la esperanza de ver al jet atravesando las nubes.

—Lo dudo —le dije para disipar su duda—. Aquí no hay sala de prensa.

Los «cámaras» se relajaron. Saber que no tenían que organizar los bártulos allí en el aeropuerto les vino bien. El Mercedes S600 me miró, fue nuestra buena acción del día.

La prensa llevaba años interesada en las severas críticas que recibían las estrellas de Hollywood por su pérdida de interés por la religión y la búsqueda de otra Iglesia o creencia alternativa. Salvo los judíos, fieles virtuosos de la religión de sus padres y la Torá, base de la fe al único Dios.

“El Mercedes S600 también es monoteísta, obediente y devoto... de su libro de instrucciones”

Esperar la llegada de pasajeros en el Aeropuerto Civil es poco gratificante. Hasta el Mercedes S600 bostezaba aburrido con las puertas abiertas de par en par. Estábamos acostumbrados, el periodista no. Se revolvió mirando con nerviosa insistencia a los lados con la esperanza de ver aparecer entre las nubes el jet privado que esperábamos.

Falta de experiencia.

No es fácil mantener callado a un profesional de la «prensa amarilla». Pura deformación profesional. Yo no soy curioso y el Mercedes S600 valora más que otra cosa el silencio. Nuestros gustos los ignoraba el reportero gráfico, así que soltó uno a uno los cotilleos que su corresponsal en Los Ángeles había enviado a la redacción sobre los raros y exclusivos gustos religiosos de las estrellas de Hollywood.

—Leonard Cohen estuvo un tiempo cerca del budismo Sin embargo en busca de la espiritualidad se acercó más a la Cienciología y gracias a sus generosas donaciones consiguió llegar a golpe de talón bancario al «Grado IV» de su «Iglesia».

Dijo el periodista fijando la mirada en la pista por donde debía aparecer el jet. Hizo una reflexiva pausa y tras ella volvió la cabeza añadiendo una cómplice sonrisa:

—»Su vivo interés por las creencias alternativas le llevaron hasta el culto y consumo del LSD. Le ayudaba a despejar sus dudas. Confesó haber abandonado sin problema a los «cienciólogos, no fue el caso de su colega Isaac Hayes, este murió en extrañas circunstancias cuando anunció que abandonaría la «Iglesia».

Un jet aterrizó produciendo un ruido similar al soplido huracanado de un gigante. Los «cámaras» se levantaron de sus improvisados asientos y el periodista se atrevió a decir mirando al lugar por donde un escandaloso bimotor rodaba camino de la terminal:

—Ya están ahí.

—No es el avión que esperamos —rebatí sin moverme.

—¿Cómo qué no? ¡Es la hora!

—Sí, pero vienen en un Dassault-Falcon7X y ese avión no le es.

Los «cámaras» dejaron de nuevo los bártulos en el suelo y volvieron a sentarse. Son gente especial, están dotados de la infinita paciencia de la que gozan los paparazzi.

—Tanto las sectas esotéricas, como los cultos exclusivos y religiones alternativas ofrecen una vida elitista sin advertir de los riesgos —dije. Conocía casos cercanos.

—Sobre todo los riesgos financieros —terció el periodista sobre mi exégesis.

—Y el peligro de los chantajes con los que amenazan a sus víctimas, entre ellos el aplicado por los «cienciólogos» a Plácido Domingo.

—Y que amenazó su fortuna —ratificó el periodista—. Aunque el tenor lo negó es posible que tuviera que desprenderse de dos millones de dólares para acercarse a parte de su familia que había sido presa de la secta.

—Lo que se presenta como religión no es más que una psicoterapia desquiciada y especialista que aplica prácticas mafiosas para sacar dinero. Los «cienciólogos» están cerca del hotel Palace, he visto como los «captadores» invitan a entrar a los que pasan por la puerta de su «Iglesia». Les invitan a realizar un test gratuito de personalidad y a través de la prueba detectan los puntos débiles de cada persona.

—Y les ofrecen realizar un curso —terció de nuevo el periodista—. Es la forma de enganche que tiene la secta. Los cursos toman una serie de elementos que proceden de religiones orientales y la ciencia ficción.

—Lo sé —dije—. Unos amigos captados por la «Iglesia» llevaron a mi mujer. Al principio estuvo interesada. Se sintió atraída por aquellos que vendían luz y esperanza. Todo acabo cuando le dijeron que llevara cuanto antes allí a los niños.

—Los hijos no deben formar parte de las chaladuras adquiridas por los padres. Es peligroso —dijo el periodista categórico—. Un claro ejemplo lo tenemos con la tragedia vivida desde niño por el actor River Phoenix, joven promesa del Hollywood de 1986.

»Desde los tres años estuvo predicando con los «Niños de Dios». Su madre fue misionera proselitista del culto apocalíptico predicado por el movimiento «hippie». El padre llegó más lejos. Nombrado «arzobispo» de Venezuela tuvo la misión proselitista de la revolución espiritual de la doctrina en todo el Caribe.

—Sobre religión mis gustos son sencillos y no me siento atraído por ninguna secta en particular. Aunque reconozco que de joven tuve algún coqueteo —aclaré sin fijar la vista en ningún punto concreto.

—La secta de los «Niños de Dios» se disolvió hace años, aunque sigue funcionando bajo otras denominaciones. Los padres de River la abandonaron por la falta de recursos financieros, mientras el líder David Berg cada día era más rico y poderoso.

»River acompañaba con la guitarra a sus hermanas. Cantaban en las esquinas para conseguir unas monedas con las que comprar comida para una familia que poco a poco se distanciaban de la secta. Los padres se desilusionaron con algunas prácticas y cultos con los que nunca estuvieron de acuerdo: la pederastia y la sexualidad consentida con la que se enriquecía el líder.

—Y llegaron los problemas —suscribí.

—Se vieron obligados a huir y enterrar su pasado. Cambiaron de vida y apellido. El Bottom, se convirtió en Phoenix. Como la mítica ave renacieron de sus cenizas.

—Muy Poético —dije.

—La vida errante de los Phoenix acabó en Hollywood, donde triunfaron en el cine. River y su hermano Joaquín Phoenix tuvieron más éxitos que sus hermanas —ratificó el periodista—. River fue un activista de los «Derechos de los Animales». Adoptó el veganismo como estilo de vida... y las drogas de diseño como seña de identidad.

»River murió en brazos de su hermano Joaquín Phoenix, después de haber actuado con su grupo en «The Viper Room», el club nocturno que tenía Johnny Depp en West Hollywood. Lo encontraron tirado en la parte trasera del club. Murió de una sobredosis de «Persian Brown», una forma poderosa de heroína aspirada que resultó letal.

—Reconozco que mis conocimientos sobre las drogas de diseño están a la misma altura de los que tengo de la «Fusión Nuclear» —dije zanjando el tema—. Ahí está el Falcon7X. Es el avión que esperamos.

Mis palabras fueron corroboradas por el movimiento de la Guardia Civil de Aduanas y los vehículos de la compañía de Handling que se encargaba de la recepción del vuelo. El periodista y sus ayudantes volvieron a prepararse.

—¿Esperamos aquí, o vamos al avión? —preguntó el periodista.

—Más que de un aeropuerto civil se trata de una base militar. Nadie puede pasar de aquí, los accesos están restringidos.

—¡No podemos hacer la entrevista! —insistió el periodista confuso.

—Me temo que no —contesté—. Mejor en Madrid.

Los «cienciólogos» californianos llegaron a la zona pública del aeropuerto en el minivan del operador de handling y subieron rápidamente a la limusina esquivando las cámaras. El periodista boqueó como un pez fuera del agua. Había perdido la oportunidad de entrevistarles allí. Salimos del aeropuerto dejando atrás el transporte que se encargaría de los trámites de aduana y el equipaje. Llegaríamos antes al hotel Palace, al Mercedes S600 le gusta volar bajo.

Con medidas de extrema seguridad, comparables a las de un primer ministro, Tom Cruise apareció en la puerta de su «Iglesia» con un impecable traje oscuro y gafas de sol rodeado de líderes de la organización y dos amigas actrices y «cientiólogas» españolas: María Luisa Merlo y Mónica Cruz, hermana de Penélope. Entre la sobredimensionada afluencia de medios gráficos y audiovisuales, descubrí al periodista que estuvo en el Aeropuerto Civil de Torrejón para entrevistar a los «cientiólogos» californianos invitados por la autoridad eclesiástica de la Iglesia de la Cienciología. El lugar era una Torre de Babel donde sólo se permitía hablar en inglés.

Los críticos de David Miscavige aseguran que el «líder supremo» es un líder sectario y abusivo que se ha enriquecido con su peligrosa y próspera secta de codicia y poder. Para la revista Time, mediante la intimidación y extorsión de las personas. Su exsecretaria, tras ser despedida, confesó que su jefe abusaba física y psicológicamente de cualquier persona que estuviera junto a él:

«Humillaba a los seguidores de la «Iglesia» con violencia física y verbal con demasiada frecuencia. Todo lo negativo publicado era sistemáticamente negado por el gabinete de prensa de la «Iglesia». A la vez se desacreditaba a sus autores divulgando «fake news» que destruían la credibilidad del medio, y arruinaba la carrera del crítico responsable»

A pesar de todo uno de esos críticos reportajes fue premiado con el Premio Pulitzer.

L. Ron Hubbard se convirtió en fundador, pontífice, profeta y millonario ofreciendo la «felicidad terrestre», el conocimiento de la vida presente y la comunicación humana.

«Nuestra misión no es salvar el mundo. Nuestra misión es liberarte»

Los defensores de la Iglesia de la Cienciología se refugian en sus enseñanzas buscando el mejoramiento de su propia persona. Todos los actos y pensamientos del ser humano obedecen a la orden de «sobrevivir». La práctica de sus doctrinas elimina toda fuente de dolor y malestar, aparta al devoto de la muerte y le asegura ¡la inmortalidad!



«Sincronicidad como ciencia de las consecuencias»

Cada siete años se produce la curiosa coincidencia de la repetición de calendario. Esta regla no se cumple si el año que cumple el ciclo de los siete años coincide con que es bisiesto, en este caso serán precisos veintiocho años para que se produzca la misma repetición de calendario. No es casualidad, sino pura matemática. Sin embargo, hay otros resultados aparentemente inexplicables que dejan de serlo al ser sometidos al concepto de «Sincronicidad» término elegido por Carl Gustav Jung para mencionar la simultaneidad de sucesos vinculados por su sentido, sin llegar a estar emparentados entre sí. Sucesos que no son consecuencia o causa del otro, sino que su relación es más bien de contenido. Para Jung, médico psiquiatra, psicólogo y ensayista suizo, la «Sincronicidad» consiste en unir el estudio de dos sucesos dotados de sentido.

André Bretón no hablaba de sincronicidad, sino de azar objetivo como concepto fundamental del «surrealismo» que designa la confluencia inesperada entre lo que un individuo desea... y lo que el mundo le ofrece.

Los ejemplos de sincronicidad o historia repetida pueden comprobarse con hechos emparentados entre sí. El Golpe de Estado militar del general Napoleón Bonaparte, revolucionario, dictador y republicano que conseguida la victoria definitiva no dudo en ocupar el Trono Imperial, se repite décadas después con su sobrino Napoleón III que, tras varios fracasos obtenidos por vía democrática, repitió el golpe de Estado de su tío y antepasado Bonaparte para ocupar también el trono de Francia.

Ante estos claros ejemplos de «sincronicidad» o historia repetida veamos dos ejemplos más cercanos ocurridos en España en dos fatídicos años bisiestos que, por aritmética pura, resultaron calcados en su distribución en el calendario: 1936 y 2020.

En el mes de enero de 1936, tras unas elecciones que resultaron manipuladas por una izquierda progresista formada por socialistas y comunistas —resultado electoral que la controvertida Ley de Memoria Histórica se fuerza en ocultar—, el marxismo socialista alejándose de su filosofía basada en regular la lucha de clases formó coalición política con los comunistas que buscaban lo contrario: La eliminación de las clases sociales.

Enquistados en el gobierno de la Segunda República el Frente Popular, nombre impuesto por expreso deseo de Iósif Stalin, causó el cisma del Ejército republicano que se identificaba con la estrella roja de Moscú. La bandera roja de la hoz y el martillo, junto a símbolos y fotografías de los líderes soviéticos, estaban presentes en sedes y edificios públicos de ideología marxista-leninista.

En la primavera del polémico año bisiesto de 1936 el Frente Popular puso en marcha la utópica Revolución Social de 1936. Su objetivo era eliminar al presidente de la Segunda República y a los ministros de su Gobierno considerados por la izquierda como antipopulares y servidores de la derecha conservadora. El 18 de julio de 1936 se produjo el Alzamiento militar de los que no estuvieron de acuerdo en dar el primer paso hacia la dictadura del proletariado. No querían que los destinos de España pasaran por Moscú.

Ochenta y cuatro años después del convulso año bisiesto de 1936, en el año bisiesto de 2020, se reedita el nuevo Frente Popular con los mismos actores del fatídico 1936.

“Karl Marx decía que la historia ofrece dos versiones:

La primera como gran tragedia. La segunda como miserable farsa”

Todo iba relativamente bien. La economía se recuperaba «algo» tras dejar atrás los oscuros años de crisis económica del Gobierno socialista de Rodríguez Zapatero.

Todo iba bien hasta que un grupo de jóvenes «pijos» de la izquierda comunista se metió en política para vivir como los jóvenes «pijos» de la derecha. Ser parte de la «casta» criticada por el movimiento indignado del 15-M que con su discurso populista enemistaron a padres e hijos, enfrentaron a homosexuales y heterosexuales, a mujeres y hombres. Resucitaron una Guerra Civil que había sido olvidada. Encendieron la chispa del odio anticapitalista con la que adoctrinaron primero a los hijos... para que los hijos adoctrinaran a los padres.

Los analistas políticos miraron con recelo «las sillas» que los comunistas de Unidas Podemos ocuparon en el Consejo de Ministros de La Moncloa. Quién podía pensar en los efectos de la llegada al Gobierno de un puñado de «perroflautas» que nunca tuvieron auténtica responsabilidad de Estado. Tampoco nadie pensó en la espantosa crisis que desató el caos global sanitario y financiero que cerró las fronteras de todo el planeta y provocó el desplome mundial de la economía. La terrible crisis puso a prueba al primer gobierno de coalición de la democracia. Los políticos inexpertos recién llegados a La Moncloa no deberían haber fallado a la sociedad española. Pero fallaron.

2020 fue un desastroso año bisiesto. Si vemos la historia de tragedias sufridas por occidente, fue el Kremlin quien tuvo el papel de protagonista. No se conformó con papeles de actor secundario hasta que la Perestroika de Mijaíl Gorbachov decidió lo contrario y acabó con la Unión Soviética. A partir de entonces fueron más discretos.

“La Teoría del Caos explica que un resultado depende de distintas variables imposibles de predecir. Dios colocó un huevo en la cúspide de una pirámide y nadie pudo predecir de qué lado caería”

Zhongnanhai es una especie de Casa Blanca norteamericana, o Kremlin soviético donde tiene su residencia oficial el jefe de estado de la República Popular de China. El país más superpoblado de oriente y según el PIB la primera potencia económica del mundo. En China se hace todo a lo grande. Su milenaria costumbre de alimentarse provocó en los humanos la mayor desgracia epidemiológica del siglo XXI.

“Fueron las autoridades sanitarias de Wuhan, provincia de Hubei-China, las que alarmaron al mundo al identificar un nuevo tipo de coronavirus. Los primeros infectados se encontraron entre un grupo de trabajadores de un mercado mayorista que distribuía varios tipos de animales exóticos vivos. El coronavirus Covid-19 descubierto en Wuhan provocó una mortal pandemia con el resultado de millones de contagiados y miles de muertos entre los colectivos más vulnerables en todo el planeta”

España no pertenece al tercer mundo, tampoco su sanidad pública estaba del todo preparada para recibir una epidemia viral lacerante y altamente contagiosa exportada por un malintencionado arsenal epidemiológico de vete a saber que potencia.

El país andaba justo de equipos y medios.

En el cine es diferente. El cine pone a disposición de la ciencia todos los medios precisos para salvar a la humanidad y que los americanos se lleven las medallas.

Pero esto no es Hollywood, la realidad es bien distinta.

Las primeras noticias sobre el coronavirus Covid-19 no alarmaron al primer gobierno de coalición de la democracia. Al principio el virus fue recibido con escepticismo por la autoridad científica que lo clasificó como un desconocido virus similar a la gripe común. No era preciso adoptar medidas preventivas. Se equivocaron.

La OMS no asumió mucha responsabilidad, limitándose al comunicado diario por televisión de su presidente Tedros Adhanom, histórico dirigente político de ideología marxista-leninista en Etiopía.

El Centro Europeo para el Control y Prevención de Enfermedades advirtió a cada país del alto poder de contagio del coronavirus Covid-19 recomendando activar los protocolos de seguridad y respuesta como medida de prevención. Aconsejó suspender manifestaciones multitudinarias. Cerrar estadios y lugares que pudieran convertirse en fuentes de contagio masivo. Desoyendo las recomendaciones la vicepresidenta primera encargada de presidir el Comité de Coordinación Interministerial Covid-19 declaró convencida y confiada:

“Si una mujer me pregunta si debe asistir o no a la manifestación del 8 de mayo, le diré que asista porque en ello va la vida”

El gobierno de coalición más nutrido de la democrática española se equivocó al no escuchar a la autoridad científica que aconsejó al presidente, cuatro vicepresidentes, dieciocho ministros y cientos de consejeros suspender la manifestación ciudadana y feminista del 8-M «Día Internacional de la Mujer». Nadie se atrevió a suspenderla.

Las asociaciones feministas se burlaron de quien advertía del riesgo de un contagio masivo en las principales ciudades del país mostrando sus consignas:

«No comemos murciélagos ni pangolines. Peligroso es el heterofascismo»

«Los heteropatriarcas matan más que los coronavirus».

El heteropatriarcado no mataba más que la Covid-19. Cada día sólo en España se infectaba una media de más de mil personas por contacto social. La mayoría entre el colectivo más vulnerable. La primera oleada provocó la terrible cifra de 28.500 muertos por coronavirus, cantidad a la baja porque ningún país comunicaba la cifra real de víctimas por razones políticas. Nadie quería liderar la cifra de muertos en Europa.

No alejarse de cuestiones de popularidad electoralista fue un error porque puso en riesgo la salud en las principales ciudades españolas donde se celebró el 8-M.

La vicepresidenta del primer gobierno de colación de la democracia acudió a la manifestación del 8-M con otros ministro e inquilinos de La Moncloa que se infectaron con el coronavirus Covid-19. El primer gobierno de coalición más nutrido de la democracia lejos de disculparse se parapetó eludiendo las críticas: «El Gobierno con voluntad democrática se ha adaptado a las recomendaciones de la ciencia».

El relativismo moral del «buenismo comunista» impone sus consignas a la sociedad amordazada, incauta y acomplexada que calla por no parecer fascista. El odio y persecución del populismo de la izquierda a quienes no aplauden a sus líderes ignora que fue Vladímir Ilich Uliánov, alias Lenin, líder supremo y padre de la Revolución comunista quien defendía: «En Italia sólo hay un socialista capaz de guiar al pueblo hacia la verdadera Revolución. Se hace llamar Benito Mussolini».

George Orwell escritor, periodista y antimperialista británico que combatió en la Guerra Civil española de 1936 con las Brigadas Internacionales Antifascistas aseguraba en sus populistas y poéticos manifiestos:

«Las mentiras deben ser confiables. El asesinato, ante todo respetable dando la apariencia de solidez al mero viento»

Observando casos de «sincronicidad» o historia repetida en 1918 el gobierno liberal de Manuel García Prieto también fue ingratamente sorprendido por una grave pandemia viral que, sin base científica para asegurar el número de muertos e infectados, provocó entre veinte y cincuenta millones de víctimas en todo el mundo. La cifra fue difícil de calcular porque fue el año de la Primera Guerra Mundial.

España no se había involucrado en «La Gran Guerra», así que al contrario de los países beligerantes su prensa estaba libre de compromisos militares, civiles y políticos.

Sin censura de prensa periódicos como el ABC informaron sobre unas medidas preventivas puestas en marcha por el Gobierno español ante el brote de una desconocida epidemia de gripe aparecida en Madrid en el mes de mayo. Por precaución sanitaria se habían cerrado escuelas y universidades en la capital y como posible fuente de contagio se había procedido al desinfectado de los trenes que salían o llegaba a la capital.

Era primavera, hacía buen tiempo y se festejaban las fiestas de San Isidro. Las verbenas populares y a las kermeses de barrio fueron potenciales fuentes de contagio social ¿Quién no aceptada la limonada gratis que se ofrecía en los patios?

Como en el año bisiesto de 2020 se pensó que el virus no llegaría más allá de una gripe pasajera. Como «chanza» los madrileños la llamaron «soldado de Nápoles» por el efecto tan pegadizo de la canción de la popular comedia lírica «La canción del olvido».

La gripe tomada a guasa por los madrileños dejó a España sin ataúdes.

Aunque desmentido por la Casa Real, entre los infectados pudo estar el rey Alfonso XIII. Cabe la duda. Sin embargo, sí lo estuvo el presidente del Gobierno de España.

En 1918 España era muy distinta. La mitad de sus habitantes eran analfabetos y tenía una alta tasa de mortalidad infantil. La sanidad era precaria. Los médicos disponían de técnicas rudimentarias y se practicaban las desacreditadas sangrías desaparecidas en el siglo anterior. Se probaban sin éxito vacunas experimentales y ante los resultados negativos de la comunidad científica surgieron las dudas: ¿Sabían los médicos lo que estaba pasando? Su falta de confianza hizo que los españoles se abrazaran a la fe.

Los obispos pedían a los fieles ir a las iglesias. Desafiar al virus en nombre de la fe.

“La primera etapa de contagios de 1918 no fue la más dura. El verano amainó la epidemia. Fue una realidad engañosa, el otoño la trajo con mayor fuerza. La epidemia de 1918-1919 fue la más devastadora de la historia moderna del siglo XX. De los veinte millones de españoles murieron un cuarto de millón”

Estaban en guerra y la prensa de los Aliados no reconocía el número de caídos en el frente de Europa para no informar de las bajas al enemigo. Ni los millares de víctimas sufridas en la población civil.

Noventa años después virólogos y epidemiólogos han podido demostrar que la «gripe española» como fue llamada por los Aliados no se originó en España, sino que pudo haber comenzado en los campamentos del ejército británico entre 1916-1917.

Otra hipótesis científica la acerca a los campos de entrenamiento del ejército de los Estados Unidos. La ciudad más castigada fue Nueva York, como ocurrió en 2020 con el coronavirus Covid-19. Un caso más de «sincronicidad».

No se tuvo en cuenta que el virus pudo ser importando en 1918 desde Francia por los obreros españoles y portugueses que salían y entraban libremente en el país vecino al ser dos países neutrales durante la Primera Guerra Mundial.

“Observando casos de «sincronicidad» postdictadura el Frente Popular del primer gobierno de coalición de la democracia fue sorprendido por la más grave pandemia global surgida o inventada en la República Popular de China. Extendida por todo el mundo causó el caos sanitario más grave desde la epidemia de 1918, más la quiebra y desplome financiero más importante de la Edad Contemporánea que arruinó a más de medio mundo. Menos a China, fuente del conflicto”

Cualquier Estado por pequeño que sea conoce la forma de protegerse de los bombardeos. Pocos países conocen la forma de protegerse del azote de una pandemia.

Ninguna epidemia global fue lo suficiente grave para acabar con la humanidad. Por consiguiente, con la vida en la Tierra. Es posible que el desarrollo de un próximo virus no ofrezca esa oportunidad. Es posible que la próxima vez no tengamos tanta suerte.

Los nuevos virus desarrollados para la guerra bacteriológica serán cada vez más inteligentes. No permitirán ser detectados. Evitarán que el individuo infectado no se sienta mal ni ofrezca síntomas a la vista. Ningún síntoma. A la gente se le verá sana porque presentarán cuadros asintomáticos. Los nuevos virus ocultarán los síntomas para que los infectados se vean libres de movimiento y llenen trenes, aviones y barcos repartiendo el virus por todo el globo terráqueo. Repartiendo la muerte con entera libertad en los estadios, espectáculos, conciertos de rock y en los lugares públicos que por efecto multiplicador y silencioso los infectados contaminarán a miles y estos miles a millones. La pregunta es, ¿deberíamos preocuparnos?

El mundo debería poner a su favor la ciencia y tecnología suficiente para construir con eficacia sistemas de respuesta rápidos y válidos. El uso libre de los satélites de comunicación y los eficaces dispositivos móviles que por ubicación instantánea pueden informar y controlar el movimiento humano. Poner todo en manos del Servicio Mundial de la Salud.

Si la OTAN es capaz de movilizar a miles de soldados en maniobras militares de prevención es la hora de utilizar su potencia militar y organizativa para salvar a la humanidad. Defensa es combatir a los enemigos que sin aparente presupuesto militar atómico son capaces de paralizar el mundo sembrando un virus mortal para la salud y la economía. Organizar un traicionero caos sanitario y financiero de grandes dimensiones para provocar pérdidas millonarias imposibles de calcular.

Defensa es combatir a los que buscan la manera de acabar con la vida.

Los ataques biológicos ha sido una forma singular de combate utilizado desde hace mil años antes de Cristo. Armas diferentes que contienen virus y bacterias capaces de infligir daño masivo sobre todos los colectivos, tanto civiles como militares. El mundo civilizado prohíbe el uso de armas biológicas, según las Naciones Unidas; sin embargo, países reconocidos por la OMS como Potencias militares tienen arsenales biológicos con proyectiles de alcance continental capaces de esparcir virus mortales que pueden aniquilar a miles de millones de personas en un escalofriante corto espacio de tiempo.

Los Estados empeñados en ganar la carrera de la guerra biológica tienen arsenales atómicos; no tan secretos, con armas biológicas tan letales que con un solo gramo de «Toxina Botulínica» pueden matar a diez millones de seres humanos.

“Esta neurotoxina es elaborada por la bacteria más poderosa descubierta hasta la fecha. Una versión popular de esta neurotoxina está siendo utilizada en tratamientos de estética. Destinado a combatir las arrugas faciales es conocido como «bótox». También se usa como medicamento para ciertas enfermedades neurológicas. Como agente viral de intoxicación produce el «botulismo» que desarrolla alteraciones vegetativas y parálisis muscular progresivo y muerte al afectar la función respiratoria. Como arma química o biológica la toxina botulínica es tres millones de veces más poderosa y peligrosa que la molécula quiral «Sarín». Las bacterias tratadas como armas de destrucción masiva están prohibidas por la Convención de Ginebra sobre Armas Químicas”

Según Aristóteles: «No se puede desatar un nudo sin conocer cómo se ha hecho».

Lo que nos lleva a la siguiente pregunta: ¿El coronavirus Covid-19 que provocó el colapso mundial del año 2020 fue un accidente biológico... o un accidente provocado?

Según los «acostumbrados» comunicados de los Estados comunistas los primeros infectados se encontraron entre un grupo de trabajadores del mercado de Huanan, distribuidor mayorista de mariscos y animales exóticos vivos dirigidos al consumo humano. Se encuentra en la ciudad de Wuhan, situada en la zona central más poblada de la provincia de Hubei-República Popular de China. La comunidad científica occidental cuestiona la distribución de este tipo de animales, considerados fuentes originales de coronavirus cuya primera versión procede del murciélago.

El coronavirus Covid-19 partió de una primera infectada vendedora de camarones del mercado de Huanan. Fue la autoridad científica de Wuhan quien alarmó al mundo sobre un coronavirus que no había sido identificado. Precisamente en Wuhan funciona un sofisticado laboratorio biológico de máximo nivel de bioseguridad-4 que pertenece al Instituto de Virología de Wuhan y experimenta con agentes biológicos.

Wuhan BLS-4 representa un alto riesgo individual de contagio, está dentro del plan de arsenales bacteriológicos de la República Popular de China, por lo que acerca más el contagio del virus al resultado de la bioingeniería genética practicada por los científicos chinos de la ciudad de Wuhan.

Wuhan BSL-4 fue puesto en funcionamiento por el Gobierno chino después de la epidemia «Sars» en 2003. Es el lugar preferido para los virólogos, especialmente para los norteamericanos por representar las condiciones ideales debido al lugar donde se encuentra: un clima húmedo y caliente para el desarrollo natural de los más peligrosos patógenos. Fue elegido por Estados Unidos, Canadá y Reino Unido por la existencia en su naturaleza de animales e insectos exóticos portadores y vectores de los coronavirus.

Según una publicación de los medios rusos el coronavirus descubierto en el año 2019 fue conocido por primera vez en 1965. En 2015 Estados Unidos otorgó la patente para este virus al Instituto Pirbright del Reino Unido, especializado en prevenir y controlar enfermedades transmitidas de animales a humanos. El patógeno chino QX. Descubierto en la mitad de los años 90 del siglo XX fue tomado como base para el coronavirus de 2109-nCoV. China comunista se convirtió en el lugar preferido de los virólogos de occidente por sus avances en la investigación de enfermedades contagiosas y creación de vacunas. Para prevenir y combatirlas la Organización Mundial de la Salud autorizó la transferencia de la patente 2019-nCoV al laboratorio de Wuhan BSL-4.

Se deduce entonces que no sólo los científicos chinos tenían acceso a este patógeno capaz de mutar en los experimentos, sino también virólogos norteamericanos, británicos y canadienses.

“En 2018, un año antes del desastre provocado por el Covid-19 en todo el mundo, científicos chinos descubrieron nuevos coronavirus procedentes del murciélago con el mismo receptor que el CoV-MERS. Los avances en la investigación para crear armas biológicas y enfermedades infecciosas fueron compartidos y conocidos por los científicos norteamericanos del Pentágono.

La Facultad de Virología de la Universidad de Duke-USA coopera en el estudio del coronavirus 2019-nCoV con la Universidad de Wuhan. Donde comenzó la epidemia del nuevo coronavirus Covid-19. La Universidad de Duke desarrolla un proyecto conjunto con la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada de Defensa que pertenece al Pentágono. En ella se desarrolla el Programa «P3» para el estudio y la prevención de pandemias. Bajo la supervisión del Pentágono allí se preparan protocolos para el desarrollo de tecnologías de uso militar cuyo fin es el uso y prevención de la guerra biológica.

El Instituto de Virología de la Universidad de Wuhan participa desde 1980 con el Instituto de Investigación Médica para Enfermedades Infecciosas del Ejército de los Estados Unidos para elaborar la vacuna del CoV-SARS de los años noventa. No solo fue el laboratorio principal del Pentágono quien estuvo activo en Wuhan, sus colegas de Alemania y Japón también formaron parte de los estudios de los mortales coronavirus.

“El Instituto de Wuhan fue clausurado por no seguir los protocolos y procedimientos de seguridad exigido no sólo a los científicos, sino a todo el personal. Este pudo ser el principal motivo del contagio en Wuhan”

Llama la atención la estrecha colaboración entre Agencias que desarrollan pruebas de investigación de armas biológicas con los científicos del BSL-4 de Wuhan.

El uso de armas biológicas en la guerra de Corea y Vietnam siguen afectando a los pueblos que las sufrieron. El Pentágono desde entonces no ha dejado de invertir miles de millones de dólares en armas biológicas. En el estudio participan tanto los científicos norteamericanos, como sus colegas británicos y canadienses. Se entienden bien entre ellos porque hablan el mismo idioma.

El Departamento de Defensa tiene más de cuatrocientos laboratorios de nivel de bioseguridad BSL-3/4 instalados fuera de los Estados Unidos. Especialmente en países cercanos a Rusia. Existen medios para poner sobre aviso a la comunidad científica sobre el desarrollo de virus mortales y el desarrollo de insectos asesinos. Se trata de impedir que las potencias económicas no recurran a mecanismos, incluidos los biológicos, para crear el caos que pueda hundir al enemigo... saliendo ellos indemnes del conflicto.

No es posible confiar bajo la influencia del miedo. No es lícito ni moral buscar la hegemonía mundial ignorando las doctrinas éticas sobre el uso de armas biológicas y experimentos con agentes patógenos en países sin respuesta ante una grave pandemia artificialmente provocada.

“El mundo debe sentirse seguro ante cualquier ataque preventivo dirigido desde España hacia cualquier otro país. El ejército español no tiene arsenal biológico. Sólo posee algunas cajas de espráis antimosquitos en su arsenal militar”

Wuhan BSL-4 experimenta en China con agentes biológicos que representan un alto riesgo individual de contagio. Patógenos que provocan síndromes respiratorios graves.

La pandemia global provocada por el Covid-19 en el nefasto año bisiesto de 2020 sepultó a la economía mundial en un grave crack financiero sin precedentes. No sería entonces extraño pensar que la siembra del virus obedeció a intereses económicos entre potencias económicas de este ambicioso planeta.

“La disciplina científica establece parámetros muy precisos sobre el comportamiento a las élites mundiales que actúan de forma diferente a las personas comunes, ya que su ambiciosa mentalidad oscurece los principios morales de la humanidad”

La Covid-19 convalida la tesis los posibles mecanismos de guerra biológica para destruir la competencia y hundir la economía sin importar el número de víctimas y familias destruidas. La red tejida por oscuros laboratorios biológicos pueden llegar a provocar dolor y muerte si se producen fallos de control de seguridad y sus empleados se convierten en agentes vectores de transmisión.

El excelentísimo señor vicepresidente segundo del primer gobierno de coalición de la democracia tuvo que haber apoyado o promovido medidas sancionadoras contra los países culpables de la expansión viral de la pandemia Covid-19. Sus populistas manifestaciones repetidas una y otra vez en los medios toda acción cometida contra el pueblo de ser castigada tomando ejemplo de la Revolución francesa y su herramienta más eficaz, la Guillotina, símbolo histórico de la democracia.

Su señoría parlamentaria del gobierno de coalición social-comunista de 2020 olvida que «el Terror» de Robespierre durante la descristianización de Francia llevó a diez mil franceses enemigos de clase a la guillotina, una cifra que dobla las víctimas causadas por la Inquisición durante tres siglos. El invento infernal de la Revolución francesa decapitó el rey de Luís XVI y su esposa María Antonieta, archiduquesa de Austria y reina consorte de Francia y de Navarra.

Según cita el excelentísimo señor vicepresidente segundo: «Castigar a los opresores es clemencia; perdonarlos es barbarie».



«EPILOGO»

Cada siete años se produce la curiosa coincidencia de la repetición de calendario y la regla no se cumple si el año que cumple el ciclo de los siete años coincide con que es bisiesto. No es casualidad, sino pura matemática.

El año bisiesto de 2020 cumplió con el refranero «año bisiesto año siniestro» y para demostrarlo el mundo se vio amenazado por el Covid-19 sufriendo la mayor pandemia conocida a principios del siglo XXI y como caso de «sincronicidad» el año bisiesto de 2020 tuvo por primera vez en democracia un Gobierno de ideología social-comunista, como ocurrió en el fatídico año bisiesto de 1936.

Si hubiera visto de nuevo al gato encaramado en el borde del recinto amurallado de la terrorífica empresa de business luxury cars donde el «gran jefe vasco» encerraba las limusinas seguro que con su inteligente mirada me hubiera transmitido el peligro que me traería el año bisiesto de 2020, tan deplorable y poco esperanzador. Aunque lo dudo, nunca he sabido comunicarme con los gatos; es más, no nos entendemos un pijo.

En el año bisiesto de 2020 todo hacía predecir que sería un año especial lleno de dicha, cumplí mis bodas de oro y nació mi nieta María. Todo era dicha y felicidad hasta que todo se vino abajo cuando la pandemia global del Covid-19 confinó a la sociedad de los cinco continentes y sumergió al mundo en una catástrofe financiera sin precedentes.

Miguel de Unamuno nos dejó tantas sabías palabras como frases imprudentes, quizá la peor de todas fue el fatídico «¡Que inventes ellos!» contagiado por los tópicos con los que nos castigó «La leyenda negra»: el movimiento propagandístico antiespañol promovido por los escritores ingleses y holandeses en el siglo XVI para reducir la influencia y prestigio del Imperio español durante su Siglo de Oro.

«La leyenda negra» originada hace tres siglos en tiempos de fuerte rivalidad política comercial y religiosa permite que por «sincronicidad» el primer gobierno de coalición social-comunista de la democracia haya trasladado la leyenda al siglo XXI.

INDICE**PÁGINAS****Capítulo I:**

Madrid: durante la primera década del siglo XXI 6-23

Capítulo II:

El increíble recibimiento del «gran jefe vasco» 24-29

Capítulo III:

Cuando entré en contacto con los inhibidores... 30-37

Capítulo IV:

Pues no está tal mal trabajando en la Fiscalía... 38-47

Capítulo V:

A nadie en la Fiscalía general de Estado... 48-53

Capítulo VI:

Si vemos cerca el peligro, a Dios tenemos... 54-64

Capítulo VII:

Lo terrible es salir de casa con la duda de... 65-73

Capítulo VIII:

Visita a España del señor Putin y la señora Putina 74-89

Capítulo IX:

No se nace mujer, se llega a serlo 90-103

Capítulo X:

«Algunos están convirtiendo a este mundo en... 104-108

Capítulo XI:

La elegante flota de Ritz, y la menos estirada del... 109-123

Capítulo XII:

Sólo te creeré si me dices lo que quiero oír 124-135

Capítulo XIII:

Ghost, más allá de lo incomprensible 136-138

<u>INDICE</u>	<u>PÁGINAS</u>
Capítulo XIV:	
Energías renovables, fuente de embaucadores...	139-148
Capítulo XV:	
Si luchas contra los monstruos, procura no acabar...	149-163
Capítulo XVI:	
Cuando el águila deja caer desde lo alto...	164-177
Capítulo XVII:	
Verdades absolutas, mentiras peligrosas	178-189
Capítulo XVIII:	
Si Dios existe, los milagros son posibles	190-208
Capítulo XIX:	
Si quieres de verdad ganar dinero. Funda una...	209-216
Capítulo XX:	
Sincronicidad como ciencia de las consecuencias	217-227
Capítulo XXI:	
EPÍLOGO	228-228



En mi situación rechazar una oportunidad por considerar que ser conductor de limusina no tenía nada que ver con mi perfil profesional sería una irresponsabilidad. Cuando quité la clave personal del ordenador, di la llave del Audi de empresa, la plaza de parking en Torre Picasso y las tarjetas de crédito de la empresa, vi que el mundo se había puesto en mi contra.

Hice una auditoría social tirando de tarjetero para ver dónde podía acudir en busca de ayuda y la ayuda estaba de vacaciones en Cancún. Con la oficina del paro nunca tuve una relación estable, fuimos simples conocidos y en esta ocasión nos pusimos de acuerdo para tener un corto flirteo, nada serio, algo temporal. Pensé que llevar a presidentes y políticos, princesas o hijas del presidente de una República excomunista no rebajaría mi autoestima. Me adapté a mi nueva situación. Recorté mis gastos. Con el paquete de cambios mi vida dejó de estar acelerada. Me quité de encima la presión. Tiré el estrés a un contenedor de reciclado, elegí el de cristal. Di una patada a las responsabilidades y borré de mi vocabulario la palabra éxito. Con la oficina del paro nunca tuve una relación estable, fuimos simples conocidos y en esta ocasión nos pusimos de acuerdo para tener un corto flirteo, nada serio, algo temporal. Pensé que llevar a presidentes y políticos, princesas o hijas del presidente de una República excomunista no rebajaría mi autoestima. Me adapté a mi nueva situación. Recorté mis gastos. Con el paquete de cambios mi vida dejó de estar acelerada. Me quité de encima la presión. Tiré el estrés a un contenedor de reciclado, elegí el de cristal. Di una patada a las responsabilidades y borré de mi vocabulario la palabra éxito. Perdí de vista a los angustiosos objetivos. Con la llegada de la crisis provocada por el «lunes negro» los inmerecidamente ricos yuppies del sur de Manhattan se vieron obligados a cambiar de filosofía: «Menos trabajo - menos ingresos - menos gastos - más vida» ¿Queda entonces claro por qué acepté ser conductor de limusina?